

CARMELA DÍAZ

AMOR  
ES LA  
RESPUESTA

NOVELA HISTÓRICA

# Índice

Cita

Introducción

Primera parte. El jardín de las delicias

Segunda parte. El nacimiento de Venus

Tercera parte. La joven de la perla

Cuarta parte. El lago de los cisnes

Quinta parte. Guerra y paz

*Las confesiones de los Moliere*

*Cartas para Selma*

*Epílogo. De Romeos y Julietas*

*Agradecimientos*

*Créditos*

«El arte es una mentira que nos acerca a la verdad».

PABLO PICASSO

Todo comenzó por amor al arte. El suyo, el mío, el de nuestros padres, el de nuestros antepasados... Pero ¿qué es el arte? Es un don que tiene el ser humano para enmascarar la mediocridad que nos rodea a través de creaciones hermosas. La asombrosa capacidad de hombres y mujeres de perfilar una visión sensible de un mundo cruel. La percepción subjetiva de la belleza. La única forma de inmortalidad. La huella del talento de las civilizaciones. Una habilidad comunicativa obviando las palabras. La rúbrica de los virtuosos. Una declaración de amor eterna. La libertad de expresión del alma. Capturar con maestría la perfección efímera. Plasmar la inspiración acertada de la locura. Esa orgía del talento. La interpretación tangible del delirio de los sueños.

Sin embargo, yo siempre lo percibí como un orgasmo inverso. La eclosión de sensaciones desde lo más íntimo de un artista hacia el exterior.

¿Qué es la vida? Me encantaría conocer una respuesta que contase con la aprobación universal, pero me abstendré de filosofar en genérico y me limitaré a confesar que la mía en estos tiempos es una encrucijada. Los cimientos que sustentaban mi dulce existencia se han resquebrajado por las travesuras del destino. En apenas unos meses he dejado atrás una relación cómoda pero carente de chispa, he heredado por sorpresa un ático en la zona noble capitalina y me ha sido revelado que una de las más entrañables amigas de Fermín, mi padre adoptivo, era en realidad mi abuela biológica.

Eso que mis congéneres denominan arte ha formado parte de mi vida desde que tengo uso de razón. Y precisamente el peligroso trasfondo del negocio del arte, las historias acontecidas en civilizaciones del pasado y

asuntos familiares que me fueron ocultados desde la cuna, se han confabulado simultáneamente para que mi trayectoria dé un vuelco radical.

Disculpad, aún no me he presentado. Me llamo Violeta Velarde —¿o debería decir Violeta Stuart Austen?— y acabo de cumplir treinta y cinco años.

*En algún lugar del Imperio otomano a mediados del siglo XIX*

Desde los albores del tiempo existieron cazadores de presas salvajes, también de tesoros e incluso depredadores de almas. Pero aquellos jinetes ataviados con vistosos uniformes que cabalgaban con expresión altanera, esos fornidos soldados que vagaban sin tregua por vastos parajes y pintorescos poblados del Imperio, se dedicaban a cazar la belleza. Capturaban el primor.

La misión que les había sido encomendada consistía en otear con pericia la hermosura de doncellas de norte a sur, de este a oeste. Cuando una joven captaba su atención debido a sus finos rasgos, su rostro agraciado, su silueta curvilínea, sus manos delicadas, su cabello de seda o sus gráciles andares, pasaba a ser propiedad del sultán. Se trataba de una cuestión de Estado: la eternidad del sultanato dependía de la capacidad de procrear vástagos varones. Antaño las muchachas más espléndidas eran secuestradas y vendidas como esclavas. A veces se entregaban como trofeo de guerra o como regalo. Ahora se pagaba un buen puñado de monedas a sus familias o a sus amos a cambio de semejante mercancía rebosante de sublimidad y lindeza.

Formar parte de un harén suponía un premio. Las elegidas dejaban atrás una vida de sacrificio, pobreza, sufrimiento, a veces maltrato, siempre carencias, a cambio del lujo, las comodidades, el esplendor y la opulencia de la corte. Además, las virtuosas eran educadas con gran esmero y refinamiento en numerosas artes: música, danza, poesía, bordado, dominio de idiomas... La mayoría eran empleadas como sirvientas. Solo las jóvenes más sobresalientes eran reservadas para el sultán o los altos funcionarios. Y aquella radiante

criatura con la que los jinetes de la corte se toparon en la orilla de un río de aguas claras, sin duda lo era. De tez cremosa, mirada rasgada y turquesa, pechos colmados, caderas generosas, carne prieta y cabello del color de los trigales, hipnotizaba a cualquier varón que tropezase con tan esplendorosa anatomía.

Acostumbrados a prender la hermosura, los jinetes cayeron de inmediato en la cuenta de que aquella jovencita podía equipararse a una preciada joya de incalculable valor. Resultaba imposible de predecir entonces que Selma se acabaría convirtiendo en la mujer más codiciada, astuta y enigmática de todo un Imperio.

## Primera parte



# EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

«Sin arte la vida sería un error».

FRIEDRICH NIETZSCHE

Otro aburrido evento. O quizá debiera decir fiesta *benéfica*, acto *solidario*, encuentro altruista o sacacuartos promovido por bobos ególatras. Es cierto que la recaudación se destina a fines sociales y los beneficiarios de tales donativos necesitan que estas reuniones permanezcan en boga por siempre jamás. Pero la parafernalia que rodea el fasto es pura hoguera de las vanidades. Además de coñazos repetitivos y previsibles.

Cualquier foro, evento o celebración de relevancia del cogollito pijo madrileño, los de posado remunerado de *photocall* y petardeo del colorín, está copado por las mismas caras requeteestiradas desde los tiempos de la Tierra Media. Según la convocatoria, conozco de antemano quiénes acudirán, en qué mesa se sentarán y hasta qué personajes conformarán cada uno de los corrillos que departirán en los previos.

Los temas de conversación recurrentes versarán sobre el flamante folleto de menganita, la penúltima abdominoplastia de fulanita o la rumoreada cornamenta de zutanita. Los cotillos ávidos de carnaza destriparán sin piedad la desacertada elección de vestuario de la advenediza de turno, lo desproporcionado del joyón de la nueva rica o el pésimo retoque de pecho que han practicado a la antigualla.

Entre burbujeantes copas de champán, canapés de caviar, piezas de *sushi* elaborado al momento, bocados de jamón de bellota, láminas de *steak tartar* de vacas mimadas —de las que son criadas entre placenteros masajes al compás sinfónico de música clásica—, y bombones de foie recubiertos de polvo de oro, docenas de cínicas sonrisas besarán de refilón mejillas a tutiplén mientras para sus adentros están maldiciendo al besado por cretino, hortera, repelente o bobo solemne.

Y lo más importante: se producirá una concentración de fotógrafos y cámaras de televisión en los alrededores del sarao que dispararán flases a todo lo que se mueva por la alfombra roja. Sí, en saraos de tronío postizo no se privan de extender una *red carpet* como si de una entrega de Oscar se tratase. La soplapollez humana es ilimitada. E inescrutable, como los caminos del Señor.

Durante la bienvenida el cenit se produce cuando la concatenación de disparos por segundo es imparable: nos encontramos ante el detalle definitivo que autoconviene a los asistentes de que son el ombligo del mundo, la *crème de la crème*, los reyes del mambo, tocnillos del mismo cielo, unos privilegiados que distan años luz de esa plebe que se concentra tras los separadores para admirar sus palmitos con envidia y admiración, vigilados con suspicacia por el personal de seguridad.

El plato fuerte de la velada consistirá en una subasta solidaria de pequeñas obras de arte que culminará con la puja de un cuadro de un pintor emergente, de los llamados a crear lienzos que acabarán cotizándose a millones de euros en el mercado internacional. Aviso para navegantes: de esos que algunos interesados colocan en el camino del éxito, solo llegan a saborear sus mieles uno entre diez mil. Advertidos quedan antes de malgastar sus dineros en bazofia con ínfulas.

Aunque subir la escalera de honor del palacio del Casino enfundada en un vestido de noche confeccionado en tafetán es lo más parecido a sentirse princesa de cuento, acudo con pereza a la calle Alcalá. Sí, princesa de las de antaño, de las de verdad, de las que incitaban a soñar, no de las tuneadas que nos imponen por imperativo legal. Pero además de su incuestionable belleza arquitectónica, el Casino está vinculado a la historia de España del último siglo. El rey Alfonso XII jugaba al billar en sus instalaciones, y su nieto, el emérito Juan Carlos, utilizó el mismo taco del yayo con idéntico fin. Escritores genuinos como Espronceda —no los depredadores de *best sellers* que nos invaden— han buscado la inspiración entre las paredes de una biblioteca neogótica de belleza indescriptible plagada de libros de viejo, delicia de los más eruditos; músicos como Andrés Segovia han demostrado su destreza con las cuerdas e incluso *celebrities* contemporáneas se han dejado caer por

Alcalá 15. Este Casino de Madrid es una filigrana de la belleza y además se ha erigido como anfitrión simbólico de las galas más apetecibles.

Pero cuando piensas que este esplendoroso edificio no puede sorprenderte más, te equivocas. La estrecha estructura de la fachada exterior mantiene ocultos sus mejores tesoros: instalaciones de élite que disfrutaban los socios de la institución entre los que, para variar, se encuentran políticos, jueces y periodistas de renombre. Más de la mitad son corruptos y delincuentes de guante blanco. Pura estadística.

Mi presencia esta noche se debe a que mi padre, Fermín Velarde, ha donado dos esculturas para la subasta. Él es anticuario. De los respetados. De los que aman el oficio por encima de los beneficios. De los que consideran a los clientes más fieles como parte lejana de la familia. Lo represento prácticamente en todas las reuniones sociales porque él las detesta. Fermín — siempre lo llamo por su nombre de pila, él lo prefiere así; dice que como es un padre adoptivo lo encuentra más honesto; a mí me divierte su razonamiento y le sigo la corriente— prefiere organizar cenas en casa a entregarse al postureo. Él explica con mucha gracia que estos eventos se focalizan en coronar a aquel de los presentes que la tiene más grande: la vanidad, la cartera, el ego, la fama, la popularidad y hasta el pirindolo.

Lo sobresaliente de la fiesta de esta noche es que, además de las petardas carne de cañón del papel cuché y los pijoadictos al frufnú de los flases y a las cirugías, acudirán algunos coleccionistas notables con el objetivo de apropiarse de algunas de las piezas que se subastan. Exhibiendo el poderío de sus potentes billeteras, *of course*.

Un coleccionista puede serlo por tres motivos. Tal argumento se lo escuché a Michael Findlay —director de la neoyorquina Acquavella Galleries— en una conferencia que impartió en Barcelona. Suscribo sus razones.

—Un coleccionista —nos expuso con gran seguridad en sí mismo y modulando su embriagador tono de voz— puede tener tres motivos para serlo: el amor al arte genuino, las posibilidades de inversión o la promesa de ascenso social. Nunca he conocido a ningún coleccionista al que no le interesaran las tres. Para alcanzar el mayor gozo y recompensa, la motivación debe ser el amor al arte, pero yo cuestionaría la integridad de cualquier

coleccionista que niegue su interés por el valor que el mercado otorga a sus adquisiciones. El aspecto social es otra razón innegable.

Yo añado otra puntualización que Michael, docto en el noble arte de la diplomacia, jamás se atrevería a formular. La creciente obsesión de los pijoprogres y demás faunas urbanas venidas a más por ser —o parecer— *cool*.

Me he calzado unos manolos de «a cien euros por dedo tocamos», un vestido negro ceñido —porque yo lo valgo y porque de momento mis medidas me lo permiten— y cuatro largas cuentas de perlas blancas y negras de diferentes medidas que lucen escalonadas a lo largo de mi torso mientras se deslizan juguetonas entre mi pecho a cada paso que doy. Un moño bajo, labios rojos a lo clavel reventón y un brazalete de Bulgari completan mi estilismo. Cuenta la leyenda popular que las perlas atraen las lágrimas, pero a mí me parecen el complemento perfecto para romper la sobriedad de un *look* negro total. Quien tenga objeción alguna sobre mis gustos por las esferas nacaradas que visualice a Audrey frente al escaparate de Tiffany. Luego, si el objetor tiene huevos, que venga directo hacia mí y lo debatimos. Con o sin *croissants*. Aunque yo siempre he preferido la apabullante belleza glacial de Grace Kelly al *charme* de la Hepburn.

—¡Violeta, querida! ¡Estás radiante! —Ay, Dios, comienza el mamoneo de besos y abrazos a diestro y siniestro. Qué poca paciencia tengo para estas cosas. Y qué poco me gusta que me besuqueen porque sí.

La que se acaba de acercar es la tercera esposa, veinticinco años más joven, de uno de los empresarios más forrados de España. Las lenguas afiladas comentan que firmaron un contrato prematrimonial que le permite a ella disponer de quince mil euros al mes para sus gastos y que recibirá una indemnización de diez millones en caso de divorcio. Algunas lo saben hacer muy bien. Solo es necesario aprender a manejar una dignidad de quita y pon. También ayuda tener un estómago de acero para asumir sin complejos que eres un trofeo de caza mayor o un complemento de lujo de algún ultra *vintage* millonario. ¿El requisito definitivo? Ser capaz de digerir sin dar arcadas esos achuchones —dopados de azul cobalto— de tu senil patrocinador.

—¡Cuchy, preciosa! Tú sí que estás cañón. Te sienta de fábula el color rojo. —Mentira cochina. Está tan huesuda que no le favorecería ni un abrigo de martas cibelinas hasta los tobillos que fuese capaz de ocultar, o al menos

disimular, su antología de pellejos. Pero es una tía guapa y con estilo, eso es innegable. Además de poseer unas piernas kilométricas al estilo Julia Roberts en el ñoño anuncio de Calcedonia. Mis amigos anglosajones la denominarían *thropy wife*, expresión de significado evidente: se aplica a señoritas semidesnudas o vestidas provocativamente que lucen miles de euros encima mientras acompañan a fastos y saraos varios, muy calladitas y complacientes, a sus esposos, treinta años más experimentados. Lo que ignoran estos amiguetes míos es que posiblemente la *trophy* sea en una sola vida infinitamente más *happy-happy* que ellos en diez...

—Hace tiempo que no coincidimos, ¿has estado fuera?

—La verdad es que sí. En los últimos meses no paro de viajar por motivos de trabajo. Fermín cada vez delega más en mí. —Aunque lo que acabo de afirmar es cierto, supone una manera como otra cualquiera de no tener que confesar: «No coincidimos porque evito como si fuese el virus del Zika este frívolo mundo de saraos insustanciales que, sin embargo, suponen el eje existencial de las fatuas vidas de tías como tú».

—Tenemos que quedar a comer y ponernos al día. Ese aspecto tan vibrante que se te ve me hace sospechar de alguna nueva aventura apasionada tras la ruptura con Alex...

—Claro, Cuchy. Llámame cuando quieras. Pero no esperes que te detalle ningún romance exótico durante los postres. Solo estoy comprometida con las antigüedades y el arte.

Qué obsesión tiene la *beautiful people* por emparejar al personal. Lo que hace la carencia de objetivos y retos vitales... Una petarda de manual llama la atención de Cuchy mediante exagerados saludos con la mano izquierda —con la intención de mostrar la cantidad de oro que cubre sus muñecas— y ella y sus eternas piernas —o viceversa— se dirigen solícitas a continuar con la ronda de bienaventuranzas postizas.

Me mantengo apoyada en una esquina con una copa de rosado en la mano. Me entretiene diseccionar con mucha mala leche a la fauna y flora que brujulea a mi alrededor. Cuando acudo a estos eventos me doy al champán, si es rosado, mejor que mejor. Supongo que el cosquilleo de las burbujas consigue que sobrelleve mejor el encontrarme cercada entre los tontainas que oteo. Desde mi premeditada ubicación estratégica no se me escapa ni uno. Al fondo,

rodeada de un corro de urracas adulatoras, la presidenta de la Comunidad. Muy cerca, Toti, la viuda del mayor constructor de Europa, conversa con Fifa, la esposa cornuda del banquero más rico del país. ¿Por qué todas las señoras millonetas (tras estampar sus rúbricas en contratos matrimoniales) se rebautizan con diminutivos tan espantosos?

Atacando sin piedad las bandejas de jamón pata negra observo al futbolista de moda delante del cual babean, sin decoro alguno, un nutrido grupo de guapitas de cara aspirantes —¡ya quisieran ellas!— a Irinas, Giselles y Adrianas. En la parte central del patio interior —la subasta tendrá lugar en la planta de arriba, en el salón Real— se concentra mucho poder por metro cuadrado. Los prohombres del país hacen piña. Algunos periodistas de los que evolucionaron de informadores a tertulianos de todo a cien se acercan aguzando el oído. O directamente se integran en el cogollo de la élite. Entre el grupo de poderosos se encuentra Mario Albert, uno de los coleccionistas con los que me interesa departir a lo largo de la velada. No le quitaré ojo hasta encontrar el momento más adecuado para acercarme a saludarlo.

—¡Buenas noches, Violeta! ¿Cómo estás? Además de guapísima, como siempre. Eres una de las damas con más estilo de todo el casino y parte de la capital. ¡De España entera, hombre ya! ¡Y lo sabes!

Abrazo con cariño a Armando, un gran amigo de mi padre, aunque se ven poco.

—Imagino que tu viejo no se dignará a hacer acto de presencia esta noche. —Se trata de una pregunta retórica. Armando conoce de sobra la respuesta.

—Ya sabes cómo es Fermín: mitad sociópata, mitad insociable... ¡pero todo corazón!

—¡Por eso lo queremos, mi niña! Aunque cuando se lo propone es el anticuario más cascarrabias del mundo. —Ambos reímos con ganas.

—¿Y Sol ha venido? —Tras su interés por mi padre ahora soy yo la que pregunta cortésmente por su mujer. A Armando lo adoro, a ella no tanto. Bondad versus soberbia... Aunque conmigo es encantadora, así que cuenta con mi respeto. Los afectos sinceros los reservo en su totalidad para su marido.

—Mira, por allí la tienes. —Armando me señala con un leve movimiento de barbilla a una pareja de damas con atuendos carísimos, sobrecargados de

abalorios innecesarios, charlando animadamente cerca de las escaleras—. Voy a buscarla antes de que se despendole. Luego nos tomamos un pisco con contigo.

Mientras Armando acude solícito a la vera de su esposa, mis ojos topan con su mirada. «¡Mierda! ¡No! ¡Vincent, no!», me sobresalta mi subconsciente con este pensamiento. Cómo describir a Vincent Moliere. ¡Ay, Moliere! Tarea titánica; a mí él me desconcierta. Está buenísimo. Como un tren de alta velocidad embalado hacia el paraíso de las tentaciones. Eso para empezar. Y casi con total seguridad es el tío que mejor viste del planeta —entre otras múltiples virtudes que saltan a la vista—. Trajes, camisas, americanas, pañuelos, polos, calzado a medida ¡y a juego! A veces me pregunto si sus calzoncillos también son de corte exclusivo. Un hombre que sabe conjuntar con tanta maestría los colores, estampados y hasta los complementos masculinos da pavor.

Pero esto es solo el principio. Planchado impecable, zapatos brillantes, manos perfectas —cual pianista profesional, de los de recital en el Albert Hall—, peinado impoluto —como si llevase plegado un secador de viaje bajo la manga—, un cutis inmaculado, un afeitado perfecto y unos ojos que reverdecerían hasta a una lechuga mustia. Debe de rondar los cuarenta y tantos, pero aparenta una década menos el muy mamón. Su imponente físico, como su estilo, es etéreo, intemporal. No es un guapazo al uso, pero emana un atractivo sublime. Todo él. Hasta sus andares son estilosos. Como si caminase con total naturalidad sobre una pasarela de Adonis. Su elegancia es serena, silenciosa, mientras la mayoría recurre al ruido para intentar destacar.

Para rematar la faena la Madre Naturaleza le dotó de un cuerpo fibroso y hercúleo, y una voz tan grave y varonil que haría perder el sentido a la más frígida si le susurrase alguna cochinada al oído. De padre francés —propietario de un emporio industrial— y madre española —descendiente de estirpe rimbombante de la de apellidos compuestos—, vive entre los dos países, domina varios idiomas, es heredero de una gran fortuna familiar —de las que encabezan los *rankings* de Forbes—, y además ejerce de guardián del vasto patrimonio artístico de los suyos que él se encarga de custodiar y ampliar con piezas únicas. Para ello viaja alrededor del mundo, especialmente a Estados Unidos y a Emiratos. Se rumorea por estas fiestas chismosas que



cultiva unas excelentes relaciones con la realeza y los hombres de negocios de Dubái y Abu Dhabi.

Pues ese tremendo hombre es el que se dirige hacia mí. Creo que le gusto. Soy consciente de que tal afirmación me deja en mal lugar, a la altura de las señoras simplonas a las que llevo criticando desde que llegué al casino. Pero es que una mujer sabe cuándo le hace tilín a un potencial pretendiente.

Vincent me mira con deseo —o al menos con curiosidad en pos de efectos colaterales libidinosos— desde el día en que Kate Austen —la que fuera la gran dama del arte europeo— nos presentó en una velada estival marbellí. Lo advertí entonces en sus mareantes pupilas esmeralda —sí, el hijo de puta tiene los ojos reverdes: unos tanto y otros tan poco— y lo sigo haciendo en las escasas ocasiones en las que coincidimos —siempre en reuniones relacionadas con el arte—. Lo cual no quiere decir nada más que eso. Que puede que desee llevarme a conocer los entresijos de sus sábanas, seguro que confeccionadas con sedas de estampados sofisticados a juego con cortinas, mobiliario, lámparas y suelos marmóreos de alguno de sus dormitorios repartidos por el globo. Sin más.

Pero yo soy distante con él. Puede que hasta borde. Algo que posiblemente llame la atención de un monumento al que le van lloviendo las hembras —de igual manera que le podrían jarrear varones— de todo pelaje y condición a cada paso que da. Y no se trata de ninguna estrategia por mi parte ni de una estricta aplicación del manual básico de armas de mujer; manual que, todo sea dicho, yo me suelo pasar por el forro. Es que hay algo en él que me disgusta. Me desorienta. Me inquieta.

Mantengo la sospecha de que tanta perfección (presunta) oculta algo siniestro, de que lo que muestra ante el resto de los mortales es una fascinante máscara rigurosamente diseñada. Una incomprensible presunción de falsedad me acecha cuando él se acerca, solo porque jamás logro descifrar su mirada. Bobadas, lo sé. ¿Con qué patrañas tendría que complicarse el día a día un afortunado que lo tiene todo para ser feliz desde la misma partida de nacimiento?

—Un placer encontrarte aquí esta noche, Violeta.

Y me toma la mano para besarla con una compostura que pone en práctica los ademanes estudiados en escuelas de galanes de cine. Si es que tales

escuelas existieron alguna vez. A mí un señor que me saluda con un beso efímero en la mano, mientras deja una sutil estela de aroma dulzón, me derrite. Aunque mantengo un semblante neutro ante su galantería. Vincent podrá ser un *cum laude* de los besamanos, pero yo domino el arte de la indiferencia.

—Lo mismo digo, Vincent. Creo que no nos vemos desde el verano pasado si la memoria no me falla.

—Puede que tengas razón. ¡Pero eso es mucho tiempo! Deberíamos poner remedio a estos encuentros fortuitos y además tardíos.

Obvio semejante comentario para no continuar adentrándome por la senda del peligro, un camino que podría conducir a futuribles seducciones. Y de paso evito sonrojarme.

—¿Has venido a por el cuadro de Salas? —Salas es un pintor que está de moda y cuya obra *La batuta de Dios* se subasta esta noche en último lugar. El cuadro representa una especie de vara retorcida que va expulsando diminutas figuras de niños, jóvenes, ancianos, animales salvajes, criaturas aladas, demonios... A mí, sinceramente, me parece un plagio bien disimulado de *El infierno* del maestro Botticelli.

—No es el motivo principal de mi presencia aquí. Estaba en Madrid y hoy se celebra una de las citas benéficas más importantes del año, así que me animé a acudir. Este edificio siempre es un marco espléndido para una velada entre viejos conocidos. Pujaré por varios objetos menores a los que encuentro más interesantes que la obra de Salas. Como ese dinero contribuirá a la ampliación del hospital que acoge a niños que padecen cáncer, el paseo habrá merecido la pena. Entre tú y yo, Violeta, el archinombrado Salas no me convence. Es de los que ahora permanecen en la cresta de la ola debido a una campaña de *marketing* bien orquestada por sus mecenas y a la publicidad gratuita que le están dando los esnobs del arte, que no los coleccionistas pata negra. Pero pronostico que esa burbuja se desinflará. Y no tardando mucho. No le doy más de dos años subido al pedestal de pies de barro en el que se mantiene erguido por la gracia de otros.

Y ahí permanezco, junto a él, intercambiando un parloteo intrascendente pero ameno —es un excelente conversador— durante unos minutos. En cauta actitud hacia un tipo tan insultantemente atractivo que haría tambalear los cimientos de la mismísima estatua de la Libertad.

Lo que me resulta imposible de sospechar durante esta charla banal es que el imponente Vincent Moliere jugará un papel crucial en mi vida a lo largo de los trepidantes meses que nos aguardan.

Aunque la suya será una interpretación imprevista. Adoptará un rol inaudito. Joder con el bombón francés.

*En algún lugar del Imperio otomano a mediados del siglo XIX*

Sus ojos gatunos todo lo observaban con viveza y asombro. Ella se encontraba deslumbrada y hasta aturdida por un lujo ajeno a su humilde procedencia. Se preguntaba si ese palacio decorado con artesanados de filigrana, estancias alicatadas de mármoles y alabastro, techos ornamentados con molduras pintadas, suelos de abedul, cedro y otras maderas nobles, lámparas de finos cristales multicolores, cortinas tejidas con sedas de Oriente, mobiliario artesanal de diversos estilos, espejos con marcos de oro macizo, deslumbrantes alfombras persas, y pesados candelabros de plata y bronce, no sería un delirio producto de su imaginación. Si no estaría disfrutando de una ensoñación nítida bajo la sombra de su árbol favorito cercano a las lindes del río, el lugar al que acudía puntualmente cada tarde; algunas veces para recoger agua, otras para lavar la ropa y siempre para refrescarse sumergida en aquellas aguas límpidas donde un grupo de fornidos jinetes de vistosos ropajes toparon con ella, por casualidad, para trastocar el rumbo de toda una vida.

Tras realizar una parada en la aldea donde vivía junto a su madre y sus tres hermanos pequeños, se acordó entre los adultos un trato que no dejaba de ser una imposición de los hombres del sultán. Selma marcharía con ellos para entrar a formar parte del harén imperial y su familia recibiría a cambio un puñado de monedas de oro. Para unos pobres infelices que dormían sobre la paja y se alimentaban frugalmente por falta de recursos, semejante inesperada recompensa suponía un botín.

—Selma, mi amada hija, en pocas semanas cumplirás dieciocho años. Si la vida sigue su curso natural, dentro de pocos meses, quizá un año, deberías abandonar nuestro hogar para contraer matrimonio con algún muchacho de los alrededores. Y si lo haces, te verás abocada a la misma desgraciada existencia que ya conoces: la mía. Trabajar para cualquier terrateniente de sol a sol a cambio de una miseria, pernoctar bajo un cobijo de madera y paja que apenas nos resguarda de las lluvias y el frío, y padecer un permanente sacrificio para sacar adelante a la prole que vaya llegando. Esta separación será dolorosa, pero dentro de un tiempo me lo agradecerás.

»Posees una extraordinaria belleza que no deberías desperdiciar en las faenas del campo. Formarás parte de un mundo desconocido para nosotros. Las penurias ya no tendrán cabida en tus años venideros. Jamás te faltará de nada. Cuidarán de ti. No tendrás que preocuparte de tu porvenir ni del de los tuyos. Vestirás sedas y te adornarán con piedras tan deslumbrantes como el lucero. Y este saco de monedas que nos ofrecen los emisarios de la corte me ayudará a criar dignamente a tus hermanos pequeños. Los que te hemos visto crecer siempre advertimos tu extraordinaria belleza. Tu lugar en este mundo no pertenece a una insignificante aldea fronteriza del Imperio, sino a su grandeza.

Selma se despidió de su familia apenada y llorosa, pero con un aplomo extraordinario para una joven inexperta. Especialmente le costó decir adiós a Ami, su hermanita de nueve años a la que cuidaba como a una hija desde que era un bebé rollizo y sonrosado. Pero tomó conciencia de que su partida ayudaría de forma considerable a mejorar el porvenir de sus seres queridos durante una larga temporada.

—Madre, compra vestimenta nueva para los pequeños, olvida los remiendos y abastece la despensa de alimentos abundantes. Si eres capaz de administrar con tino estas monedas, podrás abandonar las ingratas faenas diarias en las que ese amo sin escrúpulos te ha llegado a maltratar cuando se levantaba torcido.

Selma desconocía hacia dónde se dirigía ni qué destino le aguardaba. Jamás había traspasado los límites de la aldea, aunque gustaba de moverse por allí con total libertad. Su momento más ansiado de cada tarde consistía en tumbarse a la fresca bajo la sombra de los árboles que rodeaban el río. Extender los brazos sobre el suelo y cerrar los ojos mientras la brisa

vespertina acariciaba sus largos cabellos y cosquilleaba sus pestañas. O sentarse sobre la roca más prominente, la de bordes redondeados, con los pies colgando, mojados por el agua transparente y juguetona, mientras los rayos del sol iluminaban ese rostro tan agraciado. También disfrutaba correteando por los prados verdes y recogiendo florecillas silvestres con las que adornaba su pelo dorado. Y le divertía perseguir sin tregua a las decenas de mariposas que por aquellos parajes revoloteaban. Los trazos de sus alas y la vistosidad de esos colores atrapados en unas criaturas tan diminutas le maravillaban.

Uno de sus mayores entretenimientos durante aquellas horas a la intemperie consistía en observar cada detalle de todo cuanto la rodeaba.

Mientras suspiraba por dejar atrás la aldea que la había visto crecer, pensaba que allá donde se dirigían también podría vislumbrar el contorno cambiante de las nubes, la intensidad de la corriente del río, el vaivén de las ramas causado por las ventiscas, el aleteo acompasado de los pájaros durante el vuelo, la suavidad de sus plumas, el cambio cromático en las tonalidades del horizonte, desfiles incesantes de hormigas, la eclosión del florecer de los capullos, el comportamiento de los animales de cuatro patas que campean por los prados...

Tras un pesado y tortuoso viaje de seis días con sus interminables noches, atravesando caminos polvorientos, escarpadas pendientes, llanuras irregulares y soportando jornadas agotadoras durante las cuales se unieron otras tres jovencitas hermosas y lozanas, alcanzaron su destino final: el palacio del sultán.

Antes incluso de poner un pie sobre los suelos marmóreos de la opulenta residencia de la corte, un médico las examinó a conciencia: boca, dentadura, garganta, pelo, uñas, genitales... Y sin que las recién llegadas se diesen cuenta, los ayudantes del doctor depositaron una diminuta pulga sobre el cuello de las cuatro jóvenes con el objetivo de asegurarse de que no eran portadoras del cólera, la lepra o la peste. Si el bicho no mordía a sus víctimas era señal de que se encontraban infectadas, en cuyo caso hubiesen sido expulsadas de allí de inmediato. Las cuatro superaron la prueba: ninguna estaba contagiada.

Selma no era temerosa de lo desconocido, pero poco sabía del comportamiento humano. Menos aún de las malas artes, las intrigas

palaciegas, la codicia, la envidia o la lujuria. A fin de cuentas, su exiguo pasado había transcurrido alejado de todo lo que no fuese una madre, tres hermanos pequeños a los que proteger, carencia de todo lo material, los mugidos de las vacas, el balar de las ovejas e inmensas campiñas y praderas para disfrutar del libre albedrío.

En cuanto pisó aquel extraordinario recinto consagrado a la ostentación y la opulencia, una sirvienta la guio a través de laberínticos pasillos. Se escuchaban de fondo jubilosas risas, cantos de pájaro y alegres gorgoritos de infantes que jugueteaban alrededor de una sucesión de piscinas con fondos de coloridos mosaicos.

—¡Qué maravilla! Jamás había visto nada igual.

La recién llegada observó con asombro cuanto la rodeaba. Las aguas cristalinas brotaban de magníficas fuentes a lo largo de sucesivos jardines, las mujeres paseaban ataviadas con indumentarias ligeras y una vegetación esplendorosa trepaba sobre regias columnas de mármol recreando un paraíso acotado por infinitas galerías

La luz en todas las estancias de tan inigualable recinto era tenue, provocando una atmósfera calmada, agradable. Cuando alcanzaron el final de uno de los más largos pasillos que hubieron atravesado, la sirvienta que la acompañaba tomó suavemente su brazo para introducirla en una amplia habitación que se encontraba envuelta en vapor y dominada por una especie de alberca rebosante de agua clara. Fragancias irreconocibles para Selma penetraron por sus fosas nasales mientras ella aspiraba con ansia. Era como introducir la cabeza en un inmenso ramo de mil flores.

Alrededor de la alberca revestida de mármol blanco reposaban estantes repletos de jarrones, velas, frascos con aceites, perfumes, llamativas telas, fastuosos trajes, alhajas que resplandecían... Selma estaba tan impresionada recreándose con tal acumulación de olores, objetos preciosos, e incluso de colores hasta entonces desconocidos, que no reparó en la llegada de dos nuevas sirvientas. Apenas opuso resistencia cuando la despojaron de sus bastas y raídas ropas para dejar al descubierto una espléndida desnudez.

Se sintió relajada al contacto con aquellas manos suaves en contraposición con las palmas ajadas y callosas de los vecinos de la aldea y

de su propia madre. La condujeron en volandas a la alberca y una voz casi en susurros se dirigió a ella.

—El agua está tibia. Sumérgete por completo, por favor. Tenemos que enjabonarte. El baño te relajará, no temas.

Selma introdujo primero el pie derecho, luego el izquierdo y poco a poco el resto de su cuerpo en esa bañera rebosante de un agua templada en la que flotaban pétalos de rosa. Un placer al que nunca había tenido acceso. Obedeciendo las órdenes que le daban y algo adormecida por el vapor se sumergió durante muchos segundos en aquel artilugio que olía a flores antes de volver a emerger a la superficie. Al salir, el agua se escurría por su rostro, su cuello, sus pechos y su vientre.

En ese preciso momento y no antes las sirvientas y esclavas advirtieron con admiración la utópica belleza de la recién llegada. Acostumbradas a atender las necesidades de las mujeres más hermosas del Imperio, casi inmunes ya a la gracia y el primor femenino, quedaron sorprendidas por las cualidades físicas de una joven que desnuda y empapada por el agua, reluciente por los destellos de las gotas que resbalaban sobre su piel, bien se asemejaba a una divinidad de las retratadas en los frescos de pintores inmortales que adornaban las estancias de los palacios de las cortes europeas.

Una de ellas se encargó de lavar su cabello mientras la otra masajeaba a conciencia todo el cuerpo de Selma con una esponja de textura aterciopelada. Se dejó asear incluso en sus rincones más íntimos. Sin oponer resistencia alguna. Tras salir del agua la embadurnaron con suntuosos aceites que olían a sándalo dejando su piel sedosa, tersa y flexible.

Después de cepillarlo, trenzaron el largo cabello, la vistieron con túnicas superpuestas, le perfilaron los ojos con una sustancia oscura proveniente de la galena molida y pintaron de color carmesí sus jugosos labios. Sandalias adornadas con alhajas, collares con piedras del color del fuego, brazaletes y largos zarcillos que pendían de los lóbulos de sus orejas, completaron el ritual.

Cuando la sirvienta más menuda terminó de calzar el pie izquierdo de la nueva moradora del serrallo, la perturbadora visión de la más hermosa criatura que jamás había pisado ese palacio sobrecogió a las que allí se encontraban presentes.



Acababa de nacer una nueva mujer. La ingenua e ignorante Selma se había esfumado entre ungüentos y vapores con fragancia a flores frescas para dar paso a una de las damas más influyentes del Imperio.

Pero ella aún no lo sabía.

**R**etratos en sepia de épocas pasadas, relojes rococó de bronce, de péndulo oscilante, jarrones chinos, figuras de porcelana antigua, vasijas expuestas sobre pedestales, piezas únicas de metales nobles mostrándose tras las vitrinas, amuletos de jade, copas Medici de cristal tallado, cómodas francesas, tallas renacentistas, piezas de concha de Avalon, bandejas de alabastro, tallas de marfil... La tienda de antigüedades de Fermín, una de las más prestigiosas de la capital, es mi refugio desde que tengo uso de razón: mi reino en miniatura.

Ubicada en uno de los primeros números de la calle Velázquez, en la planta baja de un edificio señorial, de los de techos eternos, balconadas a la calle y portalón de paso de carruajes, atiende desde hace cuatro décadas a amantes del arte venidos de todas partes de España, de otros países europeos e incluso también es frecuentada por algunos clientes americanos y árabes. De los de pasta fresca, gusto caro y bolsillo ligero.

Fermín es un caballero de la vieja escuela tanto en los negocios como en los aspectos más mundanos. Heredó de su padre la pasión por lo antiguo y de su madre los modales exquisitos. Enviudó joven y jamás volvió a casarse. Por vocación y por convicción. Aunque siempre sospeché que sentía algo más que cariño por Kate, mi verdadera abuela.

Ella era algunos años mayor que Fermín, pero se entendían a la perfección. La complicidad que desprendían en mutua compañía era envidiable. A mi padre no le dio tiempo a tener hijos con su esposa debido al fallecimiento prematuro de ella. A mí me adoptó cuando yo tenía tres años y medio. Así que casi todos mis recuerdos de la infancia pasan por las espaciosas estancias de este vetusto refugio. Aunque mi reino en miniatura

extiende sus dominios hacia el sótano. Allí se encuentra el taller de reparación. No es una parte del negocio que reporte beneficios a Fermín, ni mucho menos, pero él se divierte intentando recomponer maderas y piezas deterioradas. Dice que reparar objetos con alma es una manera de conquistar la eternidad. Y que acariciar sus grietas es equiparable a intentar sanar nuestras heridas.

El contacto con los clientes —muchos de los cuales, debido a la calidez y buen hacer de mi padre, se han convertido en amigos—, el ávido ojo para descubrir piezas que pueden tener rápida salida y su habilidad negociadora a la hora de cerrar tratos son, sin duda, sus puntos fuertes. Él siempre afirma que una pieza vale lo que alguien esté dispuesto a pagar por ella. Ese es el precio por el que hay que pelear. Con independencia de lo que digan los catálogos, los expertos y las tasaciones oficiales. Y también afirma que cuando una persona se encapricha de un objeto —como de una hermosa dama— sus ojos le delatan. Quizá por eso siempre me inculcó la necesidad de indagar en las miradas de los otros para ser capaz de atrapar retazos de sus almas.

—Violeta, las palabras son traicioneras; las miradas, reveladoras. Tenlo siempre presente —me ha repetido centenares de veces en los últimos años. Aunque esto de rebuscar en las ánimas ajenas con premeditación y alevosía a mí nunca se me dio bien.

A Fermín también le gusta trajinar en el taller. Está convencido de que se trata de una actividad terapéutica, pero sin necesidad de visitar al psicólogo ni pagar sus abultadas minutas. A menudo él me recita un viejo proverbio japonés que dice que cuando algo ha sufrido un daño y tiene una historia se vuelve más hermoso; por eso rellenan sus fisuras con oro y plata. En lugar de ocultar esos defectos, los acentúan y celebran, son la prueba de su imperfección y fragilidad, pero también de resiliencia: la capacidad de recuperarse y hacerse más fuerte.

Y allí pasa muchas horas, en penumbra, entre regios butacones tapizados con estampados de otra época, terciopelos de color herrumbre, vidrios tallados, intenso olor a barniz, rodeado de docenas de pinceles, cinceles, libros de tapa dura desparramados por el suelo, lijas, frascos destapados, brochas, trapos polvorientos, una larga mesa de madera, su flexo de trabajo y los objetos maltrechos que se afana en restaurar con irregulares resultados.

A veces baja al taller con una taza de porcelana fina rebosante de té ardiente para saborear despacio la infusión y mimetizarse con un entorno tan auténtico, añejo. Cuando voy a buscarlo me confiesa sonriendo y satisfecho que ahí está en su salsa.

Fermín me adoptó cuando yo era casi un bebé. Apenas carezco de recuerdos anteriores a esa fecha. Mis padres fallecieron en un accidente de coche unos meses antes. Mi única ascendiente viva, Kate Austen, mi abuela, la gran dama del arte y la *socialité* europea de las últimas décadas del siglo XX, acordó la adopción con Fermín. Eran viejos conocidos, se apreciaban, él estaba intentando adoptar y ella no quiso o no pudo hacerse cargo de mí. No la juzgaré por ello, menos ahora que ya se encuentra descansando bajo tierra.

Kate fue la señora más distinguida que yo recuerde. Y aunque la conocí siendo ya una mujer madura, su belleza impresionaba. De joven debió de ser una hembra de bandera. Como es costumbre anglosajona, tomó el apellido Austen de su marido, un lord inglés de los que trae un castillo incorporado, tiene una chequera abultada y posesiones esparcidas por los cuatro puntos cardinales. Aunque parece que por las venas de mi abuela corría sangre de otras nacionalidades. Eso implica que también corre por las mías. Explosiva e inquietante mezcla.

Su porte aristocrático y sus modales eran tan exquisitos que te sentías insegura a su lado. Su educación resultaba tan esmerada que, a su vera, hasta un alumno de Eton College podía pasar por un patán cualquiera.

Su sobresaliente gusto era legendario en los salones más selectos del Viejo Continente. En las dos últimas décadas de su vida usó guantes y sombrero por costumbre. Y a pocas mujeres de su edad las he visto lucir los trajes sastre con tanta clase. Evitaba el maquillaje, solo se empolvaba sutilmente las mejillas y daba brillo a labios con tonos suaves. Pero no necesitaba artificio alguno para deslumbrar: sus ojos azul turquesa casi transparentes, su piel nacarada y su silueta estilizada, casi etérea, eran la mejor carta de presentación. El bisturí puede enmascarar en cierto modo la fealdad física. La clase, el porte, la educación y la elegancia innata no hay billetera que pueda adquirirlos.

La genética ha sido generosa conmigo, puesto que yo he heredado las tres cosas. Bueno, casi. Ni el azul de mis ojos es turquesa, se aproxima más al

índigo, ni mi piel se asemeja a la porcelana. Aunque mi cutis es espléndido y mis medidas no están nada mal. Olé por la esencia de mi ADN. En lo que diferimos es en el color del cabello: el suyo fue de un rubio como el trigo que tornó a plata con el paso del tiempo. El mío es castaño dorado y luzco una larga melena. Desde que yo la recuerdo, ella lo llevó siempre al estilo *garçon*. Ese corte tan atrevido y sensual que solo sienta bien a las mujeres con los rasgos del rostro perfectamente delimitados. Kate tenía cara ovalada, pómulos marcados y labios carnosos —carnosos en su justa medida, sin parecer morcillas burgalesas rellenas de silicona—. Una hermosura de mujer.

Al parecer la muerte de mi madre supuso un golpe devastador en su privilegiada existencia del que jamás logró reponerse del todo. Cayó en una profunda depresión y estuvo en tratamiento durante casi dos años hasta que fue capaz de volver a apreciar la luz de la vida. Argumentó que no podía hacerse cargo de una niña si ni siquiera era consciente de sí misma durante muchos momentos del día.

A pesar de ser una persona instruida, pragmática e inteligente, esa prematura pérdida de su hija le debió dejar tocada en lo más profundo. Se aferraba a la extraña idea de que las descendientes femeninas de su estirpe por línea directa estábamos malditas. Casi todas padecían trágicas desgracias sentimentales o morían antes de cumplir los treinta y cinco años. Un dramón. Debido a esa chocante convicción —aunque Kate falleció hace ya tres años—, yo no heredé el ático de las Salesas, así como otros objetos personales que tuvo a bien donarme, ni conocí la verdad de mi árbol genealógico hasta que cumplí esa edad. Lo impuso como cláusula en el testamento.

Se supone que como he superado esa barrera cronológica *maldita*, estoy a salvo del encantamiento. Como la Bella Durmiente. No es que yo sea una fanática de la secta de la nigromancia, pero siempre resulta una alentadora noticia saberte a salvo de hechizos y conjuros que supuestamente amenazan tu vida.

Sin embargo, suponía una incongruencia que mi abuela siguiese ofuscada hasta su último suspiro vital con esa presunta maldición, cuando ella se acercó a los noventa en pleno uso de sus facultades mentales y disfrutando de una salud férrea. Además de lucir hasta la tumba ese envidiable físico de ninfa mitológica. Pasé de puntillas por la superchería sin querer indagar al respecto,

habida cuenta de que siendo yo su descendiente femenina podría haber heredado una eterna condena. Además de un inmueble de lujo, unas cuantas obras de arte y unas joyas más propias de soberanas coronadas que de mocitas madrileñas de adopción.

Lo ignoré hasta hace unos meses, pero Kate siempre se hizo cargo de mi educación. Algo que explica muchas cosas. La tienda de Fermín va bien. Siempre ha sido un negocio rentable que proporciona ingresos suficientes para gozar de una vida holgada no exenta de caprichos. Además, él es un hombre con cierto capital acumulado y dotado de sabiduría para la correcta administración de sus cuentas. Pero las antigüedades de la calle Velázquez no generan tantos beneficios como para pagar mi bachillerato en el internado más caro de Suiza, el último año de escuela en el más elitista de los colegios femeninos de Gran Bretaña, la universidad en Boston, el máster en Harvard, las prácticas londinenses en Sotheby's y un BMW último modelo como regalo de bienvenida por mi regreso a España. Noooooo... Ni de coña. También comprendo ahora por qué Kate siempre acababa revoloteando tan cerca de nosotros en las celebraciones familiares y fechas especiales del calendario. Porque era la madre de mi verdadera madre.

—Sé cariñosa con ella, Violeta. Es una buena amiga a la que tengo en alta estima. ¡La adoro! Está sola en el mundo y ella te quiere mucho. Muchísimo. —Fermín, con toda la intención, se encargaba de repetirme aquella cantinela frecuentemente.

Lo cierto es que no resultaba complicado sentir veneración por una mujer de sus características. Yo admiraba todo de ella. Su aspecto, su manera de desenvolverse, su innegable clase, la elegancia natural que emanaba, el respeto que imponía en los demás, la cercanía con la que trataba a mi padre y lo cariñosa, tierna, maternal y detallista que siempre fue conmigo.

Ahora comprendo la ternura con la que me miraba. Sus abrazos sentidos. La satisfacción que demostraba mientras conversábamos sobre cualquier minucia. El orgullo que delataba su rostro cuando recurría a ella para empapar me de su sapiencia. El tiempo que me dedicaba. Esas lágrimas conmovedoras cuando partía de mi lado. Lo que yo malinterpretaba como la desazón que conlleva el retorno a su soledad, ha resultado ser pleno amor hacia su única nieta.

Recuerdo que siendo una niña retenía en la memoria sus estilismos para intentar copiarlos en el futuro e incluso reclamaba sus consejos. Fermín me educó de matrícula de honor, me inculcó unos valores sólidos y es un padre maravilloso. Pero por mucha buena intención que un caballero de corte medieval ponga, hay asuntos de mujeres que solo pueden ser resueltos por la experiencia de otra fémica.

—Durante la temporada que padeció la depresión —me explicó Fermín — apenas deseaba verte ni saber de ti. Yo la visité en varias ocasiones: era una obligación moral; desde el día que te adopté, Kate pasó a formar parte de mi familia. Ella incluso llegó a sugerir alguna vez entre delirios que por qué su hija y no tú. No se lo tengas en cuenta, estaba enferma y medicada, a tu madre la había parido, la había amado durante treinta y cuatro años, y tú apenas eras un diminuto ser, llorón, de muslos robustos y mofletes suaves, una nena en tránsito de bebé a infante. Pero en cuanto se recuperó, antes incluso de verte de nuevo, solo quería regresar a España para saber de ti. Al volverte a abrazar, se enamoró para siempre, como bien sabes. Me confesaba que eras una versión perfeccionada de su hija. Se pasaba las horas observándote jugar con una vibrante sonrisa en sus labios. Cuando te conoció a fondo y descubrió la gran persona que eras, fue feliz. Y cuando te graduaste con honores en cada una de las sucesivas fases de tu educación convirtiéndote en esta fabulosa mujer que tengo delante, ella se consideró la abuela más orgullosa del planeta.

Me alegró saber que había conseguido hacer dichosa a una venerable anciana en los últimos años de su vida sin ni siquiera habérmelo propuesto. Y también fue motivo de honra descubrir que por mis venas corría la sangre de una distinguida dama a la que siempre idolatré pese a desconocer los estrechos vínculos que nos unían.

Antes de que me revelasen sin previo aviso de dónde provengo, carecí del impulso y la inquietud de desgranar los detalles sobre mi origen. Es inevitable que me haga preguntas sobre cómo fueron mis auténticos progenitores, si tengo otros parientes vivos, dónde se encuentran mis raíces o sobre cómo hubiese sido mi vida a su lado. Cuestionarme si yo sería ahora una mujer completamente diferente habiendo crecido junto a ellos o si mantendría la esencia de mí misma, aunque con matices. Esas preguntas se me han pasado

de vez en cuando por la cabeza, desde luego. Se me siguen pasando, para qué negarlo.

Pero como Fermín me aclaró sin tapujos desde mi juventud que ellos murieron en un trágico accidente y que yo no tenía hermanos ni familiares directos, jamás tuve la preocupación de indagar, de ir más allá, de adentrarme en los peligrosos terrenos que lindan con el morbo y suelen delimitar con otras fronteras poco halagüeñas: la inseguridad, la inestabilidad y la frustración.

Me he sentido querida desde siempre por la gente que me rodea y puedo afirmar que disfruto de una vida gratificante, con problemas y sinsabores, como todos, pero sé que soy una privilegiada en muchos aspectos. Saber a mis padres muertos desde que tengo uso de razón, conocer que la causa de mi adopción provenía de una dramática desaparición y no de un rechazo, ha supuesto en cierta medida un bálsamo. No he necesitado ir más allá. Aunque siempre anhelaré la existencia de una hermana. O de un hermano. O de varios... Ese penar me acompañará hasta la muerte.

Pero la imprevista revelación a mis treinta y cinco años de que Kate Austen, esa gran señora a la que admiraba y quería, era mi abuela, contar con un hilo conductor del que tirar, disponer de una, a priori, fascinante biografía en la que escarbar, indagar en unos orígenes teniendo un punto de partida o conocer por fin los nombres y apellidos de mis padres, está activando de improviso un resorte que hasta este momento había permanecido adormecido en mí: ahora sí que deseo conocer la historia, semblanza y biografías de los miembros de mi familia.

Entonces no podía prever que profundizar en las trayectorias vitales de mis ancestros iba a sumergirme de lleno en una caja de Pandora, en un vaivén de sobresaltos, en una noria de sentimientos encontrados. Estupor, asombro, admiración, fascinación, desconcierto y conmoción son sensaciones con las que tendré que aprender a convivir.

Y es que por mucho desparpajo, insolencia y descaro que una atesore, descubrirse súbitamente vinculada a los grandes imperios del pasado y hasta a supuestos tesoros legendarios, desencaja a cualquiera.

Por no hablar de la inesperada aparición de los servicios secretos en la novelesca escenografía de mi porvenir.



*En algún lugar del Imperio otomano a mediados del siglo XIX*

**S**elma se habituó con relativa facilidad a las costumbres del que se había convertido en su nuevo hogar, pese a tener que adaptarse a unas rígidas normas marcadas por la obediencia, la férrea jerarquía, la tradición y numerosas ceremonias. Echaba de menos a su madre y a sus hermanos, sobre todo la ternura de la pequeña Ami, pero se encontraba fascinada observando la opulencia y fastuosidad que la rodeaba.

Antes contemplaba el verdor de los prados, las travesuras de la naturaleza, el correteo de los animales silvestres, el zumbido de los insectos, el ajeteo de los caminos, el descenso incesante de la corriente del río, el bamboleo de las ramas de los árboles y el colorido de las flores. Ahora examinaba con asombro las balaustradas, cada recoveco de la laberíntica edificación en la que moraba, los divanes de sedas persas en los que se recostaban las mujeres, cada detalle de las estatuillas de bronce y marfil que adornaban los jardines interiores, los exóticos peces que nadaban en los estanques artificiales, las primorosas vidrieras, los pisos alfombrados, las griferías de oro macizo, los azulejos multicolores que alegraban los rincones a los cuales la luz natural no alcanzaba, la forja tallada de las rejillas de las ventanas...

Le gustaba recrearse con aquella colección interminable de objetos de filigrana, las porcelanas, los cofres de ámbar, el resplandor de las alhajas, el refulgir de los metales, la combinación de fragancias suaves e intensas, el tacto del terciopelo, los brocados de las pesadas cortinas, las bandejas de

plata en las que servían bocados deliciosos, el sabor de aquellos manjares que se deshacían en la boca provocando una explosión de sabores hasta entonces desconocidos, la armonía de las formas ovaladas de los juegos de té... Pero añoraba corretear sobre la hierba con los pies descalzos, capturar entre sus dedos el rocío de la mañana, sentir el frescor del agua del riachuelo que erizaba su piel y aspirar el olor a tierra mojada.

Los grandes aleros del inmenso palacio proporcionaban sombras y las celosías conseguían mantener un ambiente agradable y fresco, pero nada era comparable a la caricia del aire puro provocándole escalofríos desde la cabeza hasta los pies. Se sentía atrapada en un fascinante edén protegido por infranqueables murallas.

Si la ávida observación de todo cuanto la rodeaba resultaba entretenida, lo que más placía a Selma en aquellas primeras semanas en el interior del harén era contemplar el comportamiento del resto de las mujeres que convivían junto a ella en aquella residencia íntima dentro del palacio imperial. Docenas de damas de diversas edades, aspecto físico y condición. Su origen era variopinto, provenían de todos los territorios que aún pertenecían al Imperio o de las tierras con las que mantenía estrechos lazos a mediados del siglo XIX. Balcánicas, eslavas, circasianas, abjasias, armenias, turcas, africanas... Selma curioseaba el proceder cotidiano de aquellas que la rodeaban: cómo se vestían, cómo se movían, cómo comían, cómo se bañaban, cómo se peinaban, cómo gesticulaban, qué colores adornaban su rostro, cómo se enjocaban o qué calzado utilizaban en cada ocasión. No descuidaba los pormenores referentes a quienes por su modo de actuar parecían habladoras, tímidas, sociables, pausadas, inquietas, melancólicas, nerviosas, templadas o cuáles de ellas intimaban más con cada quien.

También estudiaba con agudeza las peculiaridades de sus cuerpos desnudos en el recinto de los baños turcos, las piscinas y entre las grandes tinas: había mujeres de robustas caderas, muslos rollizos, pezones de almendra, finas piernas, estrechas cinturas, escotes colmados, pechos pendulares, tobillos huesudos, espaldas anchas, rostros agraciados, caras toscas, cabellos rizados, o lacios, pieles de porcelana, algunas tostadas... Entre aquellas paredes se acumulaban tantas morfologías femeninas como gustase la imaginación. Tampoco perdía detalle en el corazón de aquel

peculiar jardín de las delicias de cómo las muchachas se frotaban con esponjas y jabones de madre selva el vientre y la espalda, de aquellas otras que se masajaban con aceites de jazmín, de las recién paridas que amamantaban a los bebés, las que se lavaban el cabello entre ellas o las que parloteaban animadamente sentadas en las escalinatas o alrededor de las mesas bajas donde las uniformadas sirvientas preparaban el té o servían café con cardamomo.

Selma advirtió desde el primer día que las damas de más edad la miraban con recelo y las más jóvenes con admiración. Nunca antes había sido consciente de su extraordinaria belleza hasta entrar a formar parte de aquel espacio rebotante de fémimas. Al contraste con otros cuerpos y otros rostros percibió que su anatomía era armoniosa, su torso curvilíneo, sus pechos turgentes, los rasgos de su cara simétricos y sus facciones serenas, excesivamente agraciadas. Hasta sus pestañas destacaban por su extensión y curvatura.

El harén no solo era la residencia de las mujeres y los solícitos eunucos blancos y negros que las custodiaban; aquellos extravagantes seres amputados de sus atributos masculinos aseguraban un impecable servicio y una coordinación precisa entre los apartamentos y el mundo exterior. Además de acoger a los bebés y a los niños de corta edad, aquel micro-mundo también contaba con numerosas habitaciones para los jóvenes príncipes y varias estancias privadas para el sultán, que se consagraba a los asuntos de Estado exclusivamente en el palacio oficial y disfrutaba de los momentos familiares entre aquellas paredes.

La organización interna del harén, un recinto privado con pequeñas mezquitas, bibliotecas, salas de música, de costura, invernadero, jardines interiores, cocinas, alcobas, salones de té e incluso un hospital, estaba estrictamente codificada; se constituía como una sociedad propia desde épocas ancestrales, con su jerarquía, sus reglas y su estricta disciplina, cuyas normas debían ser escrupulosamente acatadas. La clase alta la ocupaban la sultana madre —la llamada Valide, dotada de gran poder y autoridad— y la primera esposa, la *kadin*, madre del heredero del sultán. Las otomanas se enorgullecían de que la influencia en la sombra de las sucesivas Valides

podría equipararse al poderío de mujeres míticas de la historia occidental como Catalina de Medicis o Isabel la Católica.

Gracias a sultanes como Mehmet el Conquistador o Suleimán el Magnífico, hábiles en la guerra y en la política, el Imperio otomano llegó a ser uno de los más poderosos, extendiendo sus dominios, desde el Nilo hasta el Danubio, por tres continentes —Europa, Asia y África—. La creación de este vastísimo Imperio no fue debida a motivos de herencia, enlaces matrimoniales o relaciones dinásticas, sino por el efecto de conquistas iniciadas en el Medievo y de acertadas decisiones políticas. La intervención de las mujeres otomanas desde los impenetrables serrallos y la influencia que ejercieron sobre los altos dignatarios siempre resultó determinante en los asuntos de Estado.

En el orden jerárquico del harén, tras la Valide y las kadinás, se ubicaban el resto de las esposas, que solían ser tres o cuatro; aunque en épocas pasadas algunos sultanes habían llegado a poseer hasta diez esposas, siendo capaces de engendrar más de cien hijos, como el legendario Murat II, quien tuvo ciento doce de sus múltiples consortes. Inmediatamente después se encontraban las que también daban descendencia al sultán, las llamadas *ikbal*. Las esposas oficiales participaban a veces en los asuntos políticos y eran muy respetadas.

Por debajo se encontraban las concubinas, las denominadas *gözde*, que recibían el estatus de afortunadas; eran doncellas que destacaban por sus atributos físicos y se convertían en las alumnas de la escuela del harén: se las educaba con esmero y refinamiento instruyéndolas también en el dominio de las bellas artes. En último lugar se encontraban las odaliscas, que eran las mujeres de cámara, personal de servicio de la corte que atendía las necesidades de los moradores del harén. Solo por debajo de ellas se encontraban las esclavas: ninguna de ellas era musulmana.

Formar parte de aquel singular universo de mujeres era un privilegio al alcance de muy pocas: por el hecho de entrar, aunque quedaba restringida la libertad de movimientos y la capacidad de tomar decisiones, se adquiría un estatus de lujo y un rango social de categoría. Cuando una joven ingresaba en el serrallo se ponía al servicio de una de las favoritas e iba aprendiendo las estrictas costumbres internas. Selma, como cualquier recién llegada, fue relegada a una baja posición. Pero aquella criatura no pasaba desapercibida a

los ojos de nadie. Su presencia atraía las miradas ajenas como un imán y su portentoso físico llamó de inmediato la atención de la madre del sultán, la regia Valide, la verdadera reina del harén. Selma quedó acogida bajo su protección directa. Una concesión y un honor al que solo podían acceder las elegidas.

La joven fue llamada a los aposentos privados de la Valide una tarde cualquiera.

—Acércate, muchacha, te estaba esperando.

La madre del sultán se situaba al fondo de una estancia amplia y luminosa de piso alfombrado y gran cantidad de objetos de decoración. La Valide era una dama de edad indeterminada, con marcadas arrugas surcando un rostro que desprendía seguridad y poderío por cada poro. Sus gestos y su actitud rebosaban altanería. Vestía una túnica amplia de gasas superpuestas de color esmeralda. En la intimidad de sus aposentos apenas llevaba joyas encima. Tan solo lucía unos sencillos pendientes largos y una gema preciosa del tamaño de una castaña adornando el turbante.

—Eres ciertamente hermosa, pequeña —afirmó la Valide al observar de cerca el rostro de Selma. La severidad de su tono de voz imponía respeto—. ¿Cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir dieciocho.

—¿Te has adaptado bien a tu nuevo hogar? No suele resultar fácil para las jovencitas como tú alejarse de sus familias, al menos durante los primeros meses. Sin embargo, qué curioso, a la larga, con el trascurso del tiempo, nadie quiere regresar a su lugar de origen. Cuando se ha conocido la gloria y el lujo más exquisito carece de sentido retornar a la mediocridad y al sacrificio.

—Sí, señora. Me he adaptado bien. Para mí supone un privilegio pertenecer al harén imperial del sultán.

—Ven, acércate más, no temas. Tú y yo estamos condenadas a ser amigas, bella Selma. Por la prosperidad del Imperio.

La joven se arrodilló frente al diván para que la mujer más poderosa del harén y posiblemente del continente pudiese contemplar aún más de cerca sus finos rasgos, sus ojos de gata, su cutis níveo y el resto de atributos que completaban una anatomía humana cincelada a semejanza de una diosa.

—Eres una joven realmente portentosa.

Selma desconocía si debía responder a un halago directo de la todopoderosa, así que optó por mantenerse en silencio a la espera de que fuese su anfitriona la que volviese a tomar la iniciativa de la conversación. Se mantenía serena, pero cohibida ante tan magna presencia.

—¿Ya conociste varón?

La Valide conocía con certeza esa respuesta. El examen médico al que la joven fue sometida a su llegada era irrefutable. Solo pretendía tantear sus reacciones ante lo imprevisto, lo embarazoso. Selma se ruborizó al escuchar aquella pregunta y sus mejillas se tiñeron del color de las cerezas maduras. No estaba acostumbrada a desvelar aspectos de su intimidad. Pero respondió con sinceridad.

—No, mi señora. Ni aquí ni en la aldea de la que provengo.

—¿Eres virgen, pues?

—Sí, mi señora.

—Tu destino ya ha sido escrito y está solo al alcance de las elegidas: entregarás tu virtud al más grande.

La soberana no alargaba las conversaciones. Su experiencia y su intuición conseguían extraer la esencia de las jóvenes candidatas observando cómo se comportaban ante su imponente presencia. Y mirándolas a los ojos. Apenas unos minutos le resultaban suficientes para averiguar si las nuevas moradoras del harén eran temerosas, viscerales, ambiciosas, inseguras, sumisas, agudas, disciplinadas, díscolas, aprensivas, taimadas, insidiosas, lúcidas o despreciables.

Sonrió veladamente ante la confesión de Selma. La expresión de su cara era contenida, algo habitual en su modo de proceder, una costumbre de los de su rango, pero delataba satisfacción. Parecía complacida ante esa respuesta escueta y sincera.

—La lozana novata ha pasado la prueba. Aunque prudente, no se deja amedrentar por sus superiores y sabe mantener la calma. También es poseedora de una dignidad innata. Todo ello, unido a su incuestionable belleza, la hacen merecedora de un estatus superior. Que sea instruida sin dilación por las mejores —ordenó la Valide a las personas que componían su séquito más cercano.

Tras aquel breve encuentro Selma fue alfabetizada. Era avispada y en pocos meses aprendió a leer y escribir. Se le asignó un séquito de dos esclavas y una habitación más grande para su uso exclusivo. También fue ilustrada en el arte de la danza, la cocina, el bordado, la poesía, el canto y el refinamiento amoroso, a la par que iba aprendiendo con soltura el idioma griego y el ruso.

Selma, además de por sus exuberantes atributos, pronto destacó por su saber estar y por sus habilidades en casi todas las disciplinas en las que estaba siendo educada, motivo por el cual se iba ganando envidias y enemistades de muchas de las mujeres que la rodeaban.

El harén, amén de constituir un oasis de lujo, riqueza, ostentación, de conformar un espacio aislado del resto del mundo destinado a la relajación, el placer y a preservar la privacidad de la familia más poderosa del Imperio, constituía el epicentro de las intrigas palaciegas. Las preferencias del sultán provocaban los celos entre las diversas candidatas a sus atenciones y la sucesión del trono solía acarrear disputas familiares al no estar estrictamente reglamentada la línea hereditaria: en ocasiones se presentaban candidatos alternativos, todos ellos hijos del sultán, pero de distintas madres.

Si algunas recelaban de las cualidades de Selma solo por su excepcional hermosura y su talento natural para el canto, el baile o la declamación de los poemas que memorizaba, pronto aquellas suspicacias de las que se consideraban rivales se iban a multiplicar. Aquella virtuosa joven debía enfrentarse a la gran prueba de fuego: su primer encuentro con el sultán.

Semejante velada iba a suponer un punto de inflexión en la azarosa vida de un caballero regio, experimentado y poderoso, habituado a la pompa, la reverencia, el exceso y el deleite de los sentidos, pero poco versado en el atractivo de la inocencia, la sinceridad y la naturalidad.



¿Por dónde comienza una chica curiosa a recabar información cuando quiere aventurarse en lo desconocido? Obviamente por lo cercano, por lo que tiene más a mano. En el caso que me ocupa, por mi propio padre. Fermín trató a mi

abuela de forma íntima durante décadas, así que se hacía inevitable mantener una charla con él. Como es lógico, habíamos intercambiado muchas conversaciones en torno a Kate a lo largo de los años, pero como se trataba de alguien a quien considerábamos prácticamente de nuestra familia, la temática se centraba en asuntos banales y cotidianos, en lo efímero del día a día.

Siendo sincera he de confesar que al recordar lo que yo conocía de Kate, me di cuenta de que era más bien poco en lo referente a su pasado y a las circunstancias que rodearon su ajetreada existencia. Apenas que su verdadero nombre era Catalina, que había nacido en Inglaterra y que allí vivió la mayor parte del tiempo. Viajaba a menudo por los cinco continentes, sobre todo a España en los últimos años. Y ahora comprendo el porqué: para verme a mí, naturalmente.

También sabía que mantuvo un largo matrimonio con un lord inglés de ascendencia rimbombante, que parió una única hija, mi madre, fallecida junto a su marido, mi padre, en accidente de automóvil a los treinta y cuatro años. Y cómo no, que era un personaje admirado en ese mundillo frívolo que algunos petardos denominaron en los años ochenta «jet set internacional». También conocía que su esposo poseía una considerable fortuna y que ella compraba piezas de arte a Fermín desde el inicio de su amistad, la mayoría de las cuales, por cierto, se encuentran ahora decorando las vitrinas, repisas, paredes y chimeneas del minipalacio de las Salesas que me convirtió en heredera por sorpresa. Y en propietaria de un precioso ático.

Mucho dato superficial y poca chicha. Típico y terrible momento en el que te das cuenta de que ya no puedes compartir complicidad —ni tan siquiera una charla intrascendente— con los que se fueron para no volver. ¿Por qué me dejaría deslumbrar por las formas de Kate en vez de haber profundizado en lo que de verdad importa? Pues porque yo desconocía que su sangre corría por mis venas... Nadie me confesó el origen de mi turbadora genealogía. Aunque ahora que me ha sido revelado, una punzada me instigará de por vida: el doliente aguijón de la nostalgia por los afectos perdidos.

Sé cómo, cuándo y dónde debo abordar a Fermín: bajando a última hora de la tarde al taller con una bandeja repleta de moscovitas —unas finas pastas de almendra marcona y nata bañadas con cobertura de chocolate que venden en la confitería Rialto de Núñez de Balboa—, unos carbayones —pastelitos



almendrados tradicionales asturianos comprados en el mismo establecimiento — y un par de tazas de porcelana fina colmadas de humeante café. Bien cargado y con una chispa de azúcar. «El sabor amargo estimula la perspicacia y despierta el ánimo», suele decirme mi apreciado *páter*.

He determinado atracar sus recuerdos aprovechando su mejor momento del día, parapetado tras la mesa de madera gastada, después de haber intentado recomponer alguna pieza antigua, relajado y saboreando sus dulces favoritos. No quiero otorgar a este interrogatorio una solemnidad innecesaria, pero resulta adecuado conseguir un ambiente cómplice. Así que, sin dudarlo, secuestrar su instante mágico es la opción más acertada. Él sonríe con cierta picardía al verme descender ceremoniosamente las escaleras bandeja en mano. Si es que solo me falta la cofia almidonada...

—Vaya, vaya, la princesa quiere algo. —Cuando Fermín quiere cachondearse de mí me llama *princess*.

El pasteleo —en literal y en figurado— nunca ha sido lo mío. Así que Fermín se huele que algo tramo cuando aparezco interpretando el papel de hija almibarada. Soy directa, brusca y bastante torpe en el dominio de la diplomacia en el ámbito personal. En el profesional me defiendo con el manejo de la mano izquierda, aunque soy más de mano de hierro en guante de seda.

—Sí, tomarme un tentempié con el rey de la casa.

Coloco la bandeja en el centro de la vetusta mesa y acerco una butaca de terciopelo magenta del siglo XVIII para aposentar mi delgado culo. Siempre he pensado que cuarto y mitad más de carne prieta en cada carrillo no le vendrían mal a mi escuálido trasero. Por aquello de bambolearlo al estilo brasileño. Mucho más sexy y provocativo que un culo esmirriado como el mío, ¿dónde va a parar!

—Violeta, hija, que te tengo bien calada... Esta parafernalia interpretada a media tarde de un día cualquiera conlleva implícita una petición. ¡Seguro! Pero si hasta te has molestado en ir a comprar mis confites preferidos.

Ambos estallamos en carcajadas. ¡Para qué engañarnos! Nos conocemos de sobra. Así que decido que lo mejor es entrar a matar. Sin medias tintas. Hasta el fondo. Suspiro y lo suelto.

—Verás, Fermín, ahora que conozco quién es mi familia biológica, me surgen dudas. Inquietudes, preguntas que me gustaría resolver en la medida de lo posible. Bien sabes que desde que conocí de tu boca que era adoptada, allá por mi adolescencia, jamás me asaltó la preocupación de ahondar a fondo sobre el tema. Era feliz, me sentía —¡¡¡me siento!!!— adorada y lo dejé estar. Pero ahora que sé que mi abuela era alguien tan cercano y querido por nosotros, alguien a quien pongo cara, con quien compartí tantos momentos entrañables, ahora que voy a mudarme a la que fue su casa en Madrid... En fin, que por nada del mundo querría yo ofenderte o hacerte de menos...

Fermín me interrumpe con dulzura. Acaricia mi mejilla.

—Es normal, Violeta. Lo extraño es que no lo hayas hecho antes. Llevo esperando esta conversación unos cuantos meses.

—Esta situación me apura. Por ti. Sabes que para mí eres mi padre. Bueno, te considero aún más: padre y madre. Y si digo o hago algo que pueda herirte no me lo perdonaría.

—Que quieras conocerlo todo sobre tu genealogía y tus antecedentes familiares me reafirma por enésima vez que eres una mujer sensata y coherente. ¿Qué podría molestarme, pues, al comprobar una vez más que he criado a una hija sabia y juiciosa? Así que hasta donde yo pueda ayudarte... ¡dispara! Pero he de advertirte que mis conocimientos sobre tu familia biológica son, hasta cierto punto, limitados. Quizá yo no pueda resolver todos los interrogantes que debe estar barajando ahora mismo esa tan bien amueblada cabecita tuya.

—Pero sí conociste bien a Kate. Ese es el motivo del cariñoso tercer grado al que pretendo someterte hoy.

—Ella fue una gran amiga. Un ser idolatrado por este viejo galerista. La consideré como un miembro más de mi familia desde el mismo instante en el que firmé los papeles de tu adopción. Mantuvimos esa inquebrantable amistad a lo largo de casi cuarenta años. Sé mucho acerca de su forma de ser. Bastante de su forma de pensar. Pero poco conozco sobre su vida personal. Además de un icono, era una mujer hermética y enigmática.

—Siempre me habéis contado que os conocisteis por vuestra común devoción al arte.

—Y así fue. En Londres. A mediados de los años setenta. En la recepción que organizaba una casa de subastas. Cuando yo todavía me dejaba caer de vez en cuando por esas soporíferas reuniones que potencian el paripé colectivo... El postureo que decís ahora los jóvenes. Su marido conservaba con tino un considerable patrimonio familiar, pero Kate se encargaba de agrandararlo adquiriendo jugosas piezas puestas a la venta. Tenía pericia para eso. Nos presentó un conocido común y congeniamos. Lo cierto es que resultaba imposible no fijarse en aquel monumento. Destacaba entre un millón. Sus ojazos encandilaban a la primera caída de pestañas y su porte aristocrático atraía irremediabilmente las miradas masculinas. Las femeninas escudriñaban de arriba abajo y sin disimulo alguno su esmoquin de raso negro, sin camisa debajo ni más adorno que unos cuantos collares de perlas blancas, grises y negras. Divina. Una pionera para la época.

—Mira, acabo de averiguar de dónde procede mi pasión por las esferas de nácar —interrumpí sin querer.

—Fue una casualidad, o un hilo bien tejido por los duendes del destino, que justo en la fecha en la que coincidimos en aquella tediosa reunión de coleccionistas, ella estaba organizando una visita a España, así que me ofrecí a ser su cicerone. Sin pensar. ¡Lo sorprendente es que aceptó! Viajó durante un mes por el sur y las islas, y luego permaneció otro mes en la capital, que fue donde me empleé a fondo con mis dotes de anfitrión. Pero todo esto ya te lo habíamos contado ambos en más de una ocasión...

—Cierto, pero me gusta escuchártelo de nuevo. Además, ahora que sé que Kate era mi abuela, supongo que presto más atención. Me gustará conocer las anécdotas. Y te aseguro que mi ánimo se aviva durante el relato de aquellos acontecimientos.

—Esa hembra era pura hermosura. Por entonces todavía vivía tu madre, a la que no llegué a conocer personalmente. Aunque Catalina —Fermín a veces utiliza su nombre de pila al referirse a ella— me mostraba decenas de fotografías de «su criatura...», ¡¡¡una linda mujer ya veinteañera!!! Charlotte, tu madre, era muy guapa, pero el carisma que irradiaba tu abuela era demoledor. Hipnotizaba a su paso. Personalizaba la elegancia. Subyugaba a cualquiera que se acercase a su radio de acción. Puedo afirmar con rotundidad

que siguió siendo así hasta el último día. Llegué a pensar en más ocasiones de las recomendables que su cuerpo era el lugar más peligroso de este planeta.

Cuando Fermín habla de ella se iluminan sus ojitos pardos. A lo bestia. Creo que me quedaré con las ganas de averiguar si entre ellos dos hubo algo más que una bonita amistad o un inocente amorío platónico. Pero esa pregunta, «¿papá, tuviste un lío con mi abuela?», soy incapaz de formularla.

—Tú también eres una delicia de mujer, Violeta. Pero no lo aprecias. O pareces no darte cuenta del físico tan imponente que tienes. Te pareces mucho a tu abuela. La diferencia entre vosotras radica en que ella sí era plenamente consciente del poderío de su belleza, de los efectos que sus atributos provocaban en el ánimo masculino y de cómo utilizarlos para marear al personal a su antojo. Tú ni siquiera te lo has planteado. Las señoras que dominan el arte de poner al servicio de su cabeza las bondades de sus cuerpazos podrían dominar el universo si les viniese en gana.

Puede que Fermín tenga razón, pero nacer pintona no tiene ningún mérito. No soy capaz de tirar de morritos ni de miraditas lánguidas para salirme con la mía. Aunque hay muchas tías que hacen de esa habilidad una forma de vida. Desde desembarazarse en un pispás de incomodidades cotidianas hasta dar un braguetazo.

Pero ¿cómo se culmina con éxito un braguetazo? Obviamente me estoy refiriendo a la estrategia de seducción que desemboca en una vida resuelta. El comienzo está claro: una sonrisita tonta por aquí, un escote profundo por allá, una caidita lánguida de párpados, un sensual cruce de piernas, un te rozo sin querer con el tetamen, un balanceo de caderas a tiempo, un enseñar carnaza como por descuido... Una cosa lleva a la otra, y pin, pan, pun, ya estás retozando en el lecho del billonario. Eso es relativamente fácil: lugar adecuado, momento preciso, descaro congénito, osadía... Los cuerpos diseñados para el pecado también ayudan. Lo que me resulta una filigrana es hechizar al objeto de deseo, hacer caer en la trampa más vieja del mundo a hombres —o mujeres— en la cima, que no tienen un pelo de tontos —por algo están donde están— y se saben anhelados por lo que acumulan y no por lo que son.

Puede que a veces se encienda la chispa del amor puro, pero en otras muchas —si no en la mayoría— lo que chorrea es la ambición por una

abultadísima cuenta corriente, fama, notoriedad o el disfrute de las élites. No es criticable: cada uno que malgaste su vida como le dé la real gana.

Coincidió hace algunas semanas con Adelita Aranzábal en una entrega de galones de esos en los que los premiados lo son por la repercusión mediática que van a aportar a la gala y no por derrochar meritocracia. Nada que objetar: como estrategia de marca es rentable según qué tipo de comunicación busques. Una tipa de 1,80 de estatura calzando unos taconazos de quince centímetros es toda una declaración de intenciones: destacar a cualquier precio. Aunque pasear con descaro dos metros no resulte elegante, era inevitable para la concurrencia —y para los fotógrafos— visualizar la testa de Adelita desde cualquier ángulo.

Esta voluptuosa belleza acapara flashes, es la heredera de treinta millones de euros provenientes de la fortuna de un hombre cuatro décadas mayor. Todo ello, antes de alcanzar las veinticinco primaveras. Semejante proeza requiere talento además de una anatomía divina.

Aunque los braguetazos de antaño se están quedando obsoletos ante la proliferación de una categoría que aún me fascina más: los «coño *business class*», expresión vulgar, pero muy gráfica, de pronunciación contundente (con su equiparable versión masculina, naturalmente). Esta modalidad es de nota: los que la practican se llevan al huerto sucesivamente a aquel o aquella que les va interesando en función de cada nuevo objetivo a conseguir. Y aquí es cuando me asalta la incertidumbre: ¿cómo lo hacen? ¿Suspiran sutilmente sus verdaderas intenciones entre polvo y polvo? ¿Sueltan la bomba mientras encienden el cigarrito poscoito? ¿O directamente lo negocian antes, como cualquier cláusula de un contrato: si quieres copular dame tal beneficio a cambio? ¿Cómo se consiguen favores en la intimidad? Debe ser, como dice Fermín, que carezco de picardía. Vaya por Dios. Dejo de lado estas divagaciones para volver a centrarme en lo que realmente me interesa: el relato de mi padre.

—Aunque Kate no se excedía sacando partido de su hermosura. Se sabía irresistible, pero utilizaba su gracia con delicadeza. —Parece que mi padre me está leyendo los pensamientos—. Se casó muy joven —prosigue, está embalado, es lo que busco, espontaneidad—. Perdón, corrijo, a una edad adecuada para aquella época, a los dieciocho años, con un galante noble

inglés, poseedor de un título de alta alcurnia y abultadas cuentas corrientes en entidades bancarias centenarias. El linaje de su familia política se remonta varios siglos atrás y creo que están emparentados con los Hannover. De tierras y fortuna siempre estuvieron sobrados. Charlotte, tu madre, vino al mundo apenas un año después de la boda. Pero ese matrimonio no volvió a concebir otro hijo. Aunque siempre lo intentaron.

—¿Estaban *in love* o se trataba de un matrimonio de conveniencia de los de entonces?

—Te voy a dar una opinión personal, porque Kate era discreta al respecto. Y respetuosa con su esposo y todo lo que estuviese relacionado con su entorno familiar. Una verdadera dama. Eso es lo que era. Por supuesto que quería a William, pero desconozco si la pasión que inflama y la admiración eterna formaban parte de su relación. Y como ya te he advertido, ella era tan hermética en las cosas del amor y el ámbito de los afectos... Se quisieron de una manera templada, se demostraron cariño sincero durante todos los años que duró su matrimonio, y hasta donde alcanza mi conocimiento del asunto, fueron leales el uno con el otro hasta el final de los días de tu abuelo.

Reparo en que ha dicho «leal» no fiel. Puede no significar nada o puede que sí...

—Él murió a principios de los años noventa tras una enfermedad degenerativa que lo postró en cama durante años. A su esposa siempre le consintió todo cuanto quiso. Siempre. Le sacaba dieciocho años a Kate. Cuando falleció el lord, el título, las tierras, fortuna y el patrimonio artístico pasaron a su sobrino, el hijo mayor de su hermano. Se trata de herencias familiares que deben legarse de generación en generación solamente entre los que se apelliden Austen en primer lugar.

—El yugo implacable de las estirpes ancestrales...

—Oye, ahora que lo pienso, tú eres su nieta de sangre, la hija de su hija. No soy docto en las leyes que rigen las sucesiones, pero... ¡¡¡podrías tener derecho a reclamar todo lo que le correspondió en gracia al sobrino mayor de tu abuelo!!! —bromea Fermín con sarcasmo.

—¿Para pleitear durante años por un título nobiliario arraigado a las Islas Británicas y adueñarme de unos castillos pétreos, ubicados en bucólicos prados cubiertos de perenne neblina? ¿En un entorno donde los rayos del sol

son el único objeto de deseo? ¿Habiendo ya recibido, sin esperarlo, un ático repleto de filigranas y virguerías, con media docena de balcones a una calle de postín y techos de cinco metros en un edificio señorial del Madrid castizo? ¡Ni de coña, Fermín! ¡Ni de c-o-ñ-a!

—¡Esa es mi niña! Jajajajaja...

Fermín me abraza con orgullo y prosigue rebuscando en sus recuerdos.

— William, tu abuelo, consciente de que tras su muerte la herencia pasaría a manos de los varones Austen, se encargó de donar en vida a Kate un gran capital en efectivo y un par de inmuebles de lujo, el de Londres y el de Madrid. Su objetivo era que cuando él faltase su esposa mantuviese hasta el final el estilo de vida de lady inglesa al que estaba acostumbrada.

—Y lo consiguió. Vaya si lo hizo. ¡Bravo por mi abuelo!

—Durante los primeros años de nuestra amistad, Kate y yo nos veíamos de vez en cuando. Subastas de arte, inauguraciones de galerías, ferias, encuentros esporádicos aquí o en Londres. Ella siempre lucía vibrante. Aunque sabía mantener unas exquisitas formas y una cierta distancia controlada hacia el resto de los mortales, podría decirse que era una mujer alegre. Su cuerpo de diosa, su estilizada figura y su elegancia la convertían en protagonista de cualquier velada. Aunque tampoco se dejaba caer por muchas, no te creas: solo por las más elitistas vinculadas al mundo de la cultura o el arte. También frecuentaba las reuniones de la aristocracia más rancia, el *gotha* europeo, pero claro, esos fastos de postín con invitados *royals* yo ni los olía...

Fermín hace una pausa para sorber un traguito de café y zamparse de golpe cuatro moscovitas. Antes de proseguir, me guiña un ojo. Me alegra intuir que mis ganas de saber no le incomodan.

—Tras las décadas de vino y rosas llegaron los años oscuros. La vida misma, hija... —Fermín hace una breve pausa mientras su mirada se pierde. Supongo que rememorar sus propios recuerdos le está provocando algún que otro pellizco de melancolía—. Poco puedo contarte de lo que aconteció tras la muerte de tu madre. Kate se encerró en sí misma de tal manera que durante dos años estuvo bajo tratamiento médico. Desconozco si psiquiátrico, psicológico o ambos. Mantuve correspondencia periódica con ella interesándome por su estado de ánimo y por su salud, pero poco más podía hacer yo. Tampoco pertenecía a su círculo cercano social o familiar. Lo debió pasar francamente

mal para derrumbarse de aquella manera, ya que Catalina siempre destacó por su fortaleza y su aplomo. Antes del trágico accidente habíamos intercambiado alguna confianza acerca de mi deseo de adoptar un bebé. Yo no concebía la madurez sin hacer frente a la paternidad. De hecho, ya había comenzado los trámites, aunque hace treinta años la adopción en solitario por parte de un viudo era muy compleja. Todo aquello implicaba trabas, caras suspicaces y comentarios maledicentes. Yo ya había superado la barrera de los cuarenta, no mantenía ninguna relación sentimental y las ganas inmensas de ser padre se acrecentaban a diario. Por las noches, en soledad, se me ocurrían las ideas más descabelladas para conseguirlo...

—Y entonces te planteó la posibilidad de hacerte cargo de mí.

—Más o menos. Todavía hoy me sigue sorprendiendo su proposición. Cómo, cuándo o por qué yo me convertí en una opción. Yo. Un tipo agradable y de fiar, sí, pero al fin y al cabo un simple conocido que pasaba por allí. Un españolito cuarentón con una tienda de antigüedades en el barrio de Salamanca como única carta de presentación. ¡Señor, qué cosas! Cuando superó su crisis tú tenías tres años y medio. Habías pasado dos a cargo de una legión de sirvientas, nurses y de una institutriz germana educada en no sé qué escuela de niñeras de élite... Dios sabe qué pasó por la cabeza de Kate, pero se creía incapaz de cuidar y educar a una cría. Y conocía mi anhelo por adoptar un bebé. Según me confesó, me consideraba un hombre cabal, instruido, con principios, un caballero de los pies a la cabeza, además de buena persona, con un negocio consolidado, una vida dedicada al arte y una situación económica desahogada. «Aunque el dinero jamás será un problema para mi nieta», sentenció tajante. Y también me recalcó lo que resultaba crucial para ella, lo que afianzó su decisión: mi deseo por entregarme a la paternidad sin reservas y mi determinación por mantener mi estilo de vida tranquilo, rutinario y sin sobresaltos en Madrid.

—¡Algo debiste hacer bien, papaíto, para que la gran dama te tuviese en tan alta estima!

—Supongo que eso que llaman química personal existe, y Kate la sintió hacia este servidor. El resto de lo que a ti te compete ya lo conoces. Pactamos ciertas cláusulas sin rúbrica. Un trato entre una dama y un caballero que cumplimos a rajatabla sin necesidad de recordatorios. Básicamente el



compromiso se cimentaba en que ella impondría las condiciones sobre los aspectos más relevantes de tu formación y educación, y que podría verte a su libre conveniencia. Nada de visitas predeterminadas ni horarios impuestos. Se preocupó con esmero por ti durante tu infancia, pero definitivamente se enganchó a la señorita Violeta en la adolescencia. ¡Y al convertirte en una adulta de bandera, la enamoraste! Estaba muy orgullosa de su nieta. En sus últimos años en más de una ocasión estuvo a punto de revelarte que era tu verdadera abuela. Pero temió romper la magia que existía entre ambas, le frenaba el miedo a tu posible rechazo, a previsibles reproches, y, además, ella ya ejercía veladamente como tal desde siempre. Así que desistió de la idea y dejó las cosas como estaban.

De repente nos envuelve un silencio espeso. Supongo que mi padre está sumergido en los retazos de la memoria, su expresión nostálgica lo está delatando. Mientras él se recrea con estampas mentales de su pasado y se le dibuja una media sonrisa infantil en el rostro, yo voy trazando un puzle acerca de mi abuela. Y me invade la congoja, la que aprieta el corazón: habiéndola tenido siempre cerca, yo hubiese elegido conocer nuestro vínculo de sangre. Para mimarla. Para cuidarla. Para ejercer de nieta consentidora. Para mirarme en sus ojos y ver los de mi madre. Para preguntarle todo sobre mi padre. Puedo comprender su temor e inseguridad ante mi reacción por conocer la verdad en mi edad adulta. Pero, de haber tenido la opción, yo habría elegido saber. Su verdad. La verdad de los míos.

Han debido transcurrir, al menos, dos horas desde que bajé al taller. Los tonos anaranjados del ocaso que acompañaron mi llegada, visibles por las dos ventanas situadas a ras del suelo de la calle Velázquez, ya tornaron a azul oscuro casi negro. Pero yo sigo teniendo hambre de información familiar. Vuelvo al ataque.

—Fermín, ¿qué sabes de la vida de Kate antes de que se cruzase en tu camino? Además de su temprano matrimonio con mi abuelo y la llegada inmediata de mi madre...

—Rara vez mentaba su época de juventud. En realidad, ella evitaba las explicaciones y las confidencias íntimas. Decía que a veces las personas son molestas porque sienten la necesidad de hablar sobre cualquier cosa, que en vez de apreciar el encanto del silencio prefieren desvelar miserias. Kate iba,

venía, entraba, salía, viajaba por Europa a su antojo... Generalmente a la caza de piezas de arte valiosas, aunque también por ocio. O quizá por otros motivos, pero jamás daba porqués. Podías permanecer a su lado durante horas charlando sobre pintura impresionista, sobre los trazos de *El gran canal* de Umberto Boccioni, un cuadro que le fascinaba, sobre arquitectura renacentista, la etapa rosa de Picasso, o la azul, música barroca, literatura inglesa y moda francesa, pero sobre los aspectos personales pasaba de puntillas. No sé si por pudor o a propósito, para continuar envolviéndose con ese manto misterioso que tan bien le sentaba. Quizá por ese hermetismo innato, por el desprecio no disimulado hacia el amarillismo y los cotilleos de salón, y por esa templanza de la que hacía gala, siempre me llamó la atención su histerismo irracional sobre esa supuesta maldición que acechaba a las mujeres de su familia... Cuando cumpliste los treinta su temor se acrecentó. Ya sabes, querida: ¡te acercabas a los temidos treinta y cinco!

—Pues aquí me tienes, *alive and kicking!* Y guerreando todo lo que puedo y más.

—Ese tipo de supercherías chocaban frontalmente con la esencia de Kate. En fin, qué quieres que te diga, hija, supongo que estaba en su derecho de dejarse llevar por alguna extravagancia. ¡Nadie es perfecto! Pensaré a fondo sobre tu abuela para ver si consigo recordar detalles que pudo desvelarme a lo largo de los años. Creo que conservo algunas cartas tuyas, las releeré por si algo de lo escrito sobre el papel te puede ayudar a reconstruir su figura. O lo que quiera que estés buscando...

—¡Gracias, Fermín! ¡Eres un cielo!

—Ay, hija, un asunto relevante que me acaba de venir a la cabeza. ¿Te comenté en alguna ocasión que su madre era rusa?

—¿¿¿La madre de Kate???

—Exacto, tu bisabuela. Aunque se trasladó a vivir a Inglaterra siendo muy joven, parece que nació y creció en Rusia. Concretamente en San Petersburgo. Kate mencionó por encima en varias ocasiones que su madre procedía de aquellas tierras. Pero poco más me desveló acerca de su progenitora.

—¡No tenía ni idea! ¡Madre mía! La tontaina que se creyó durante treinta y cinco años españolita de pura cepa, una ibérica de raza, resulta que atesora

desde la cuna un explosivo mestizaje danzando por sus venas.

Echo un rápido cálculo mental. Los números no son lo mío: soy hábil con las letras, sagaz con las obras de arte y jodidamente lenta con las cifras. Pero me concentro y hago el esfuerzo. La ocasión lo merece. Y entre cálculo y cálculo me pongo a elucubrar. Semejantes antecedentes familiares merecen ser versados en la estrofa de un bolero. Y también frente a un gin-tonic fresquito que llevarme a la garganta. O dos...

Kate murió a la edad de ochenta y nueve años. Nació a principios de los años veinte. Para entonces su madre ya vivía en Inglaterra, puesto que mi abuela nació allí. Que mi bisabuela viviese parte de su juventud en Rusia podría implicar la nada descabellada idea de que marchase de su país natal antes de 1920. En esa década tuvo lugar la revolución bolchevique... Alguien que abandona su patria tras un cataclismo político es porque pertenece al bando de los vencidos. Y el gran perdedor de la revolución que comenzó el 8 de marzo de 1917 fue el antiguo Imperio ruso.

Automáticamente un legendario personaje me asalta, se materializa entre esa nebulosa espesa que recorre a toda velocidad mis neuronas: el gran duque de Wladimir, de Smolensk, de Moscú, de Novgorod, señor de Psbow, zar de Moscú, Wladimir y Novgorod, de Astrakán, de Siberia, príncipe de Estonia y Livonia, rey de Polonia, gran duque de Finlandia, y, finalmente, emperador de todas las Rusias. Me refiero a Nicolás II, el último zar.

En fin, lo que mi cabeza ha sido capaz de maquinarse sobre la marcha algo de sentido podría albergar, de igual modo que tiene cabida cualquier otra explicación. Mi bisabuela pudo emigrar a un país extranjero en busca de un futuro mejor como tantos otros o cambiar su residencia por amor, que sé yo. O huyó de los bolcheviques porque formaba parte de la corte de los zares rusos...

¿Por qué no? Toda la vida obviando a mi familia biológica y en pocos meses descubro a una distinguida abuela inglesa, siempre enguantada y tocada por clásicos sombreros, que cumplía escrupulosamente con la elegante tradición del *afternoon tea*, una mujer de pasado misterioso y físico portentoso. Y ahora resulta que aparece una bisabuela que podría haber huido de Rusia en los tiempos de la caída de los zares.

Pero estas cavilaciones eran solo el aperitivo de lo que más tarde me revelaría mi convulso árbol genealógico: todavía me quedaba por descubrir lo más exótico en cuanto a antepasadas se refiere...

Fermín se ha comprometido a compartir conmigo cualquier detalle relevante que se le pase por la testa o que encuentre entre su propio baúl de los recuerdos acerca de Kate. Y yo he apuntado entre mis tareas pendientes explorar el ático de las Salesas, hogar que mantiene impresas las huellas de lady Catalina Austen en cada rincón.

¡Diosssssss! *Laaaaady Catalina Austen* suena a heroína de folletín rosa escrito por Bárbara Cartland... Tendré que acostumbrarme a que soy la descendiente de una aristócrata con nombre de protagonista de novela romántica.

Algo me dice que las averiguaciones por tierras patrias ya poco darán de sí. Cuando no puedes extraer más información de tu entorno cercano debes acudir al meollo del asunto. Y el epicentro de la vida de Kate fue Londres, ciudad en la que nació, se casó, parió a mi madre y mantuvo su residencia habitual.

Salvo escapadas puntuales y desde mi temporada de prácticas en Sotheby's hace ya casi diez años, apenas he vuelto a caminar por las orillas del Támesis envueltas por esa neblina brumosa que ralentiza mis sentidos.

Puede que este sea un buen momento para visitar a mis antiguos compañeros y dejarme caer un par de semanas por la capital británica.

*En algún lugar del Imperio otomano a mediados del siglo XIX*

La tarde estaba resultando más fresca de lo habitual. En la línea del horizonte el sol palidecía. Cuando observaba el panorama a través de las ventanas enrejadas, Selma anhelaba sentir sobre la piel del rostro la brisa del ocaso. Deseaba aspirar aire puro correteando descalza por cualquiera de los parques y jardines que recorrían el Bósforo a lo largo de sus prolongadas riberas. O ascendiendo las colinas boscosas que se intuían allende.

Suspiraba por experimentar de nuevo los escalofríos que provocan las pisadas desprovistas de calzado sobre la hierba húmeda. Y embriagarse con las fragancias de las glicinas, las rosas y las lilas manteniendo los ojos bien cerrados. El aire de montaña y los espacios despejados constituían su más ferviente deseo. Pero aquella noche le aguardaba una velada muy alejada del disfrute del libre albedrío, de dejarse llevar entre arbustos, matorrales, riachuelos y tupidos prados. El sultán esperaba por ella con expectación en sus magnos aposentos.

Desde que llegó al serrallo Selma era consciente de que una noche como aquella acontecería más temprano que tarde. No temía ese encuentro puesto que había interiorizado que las noches al servicio del hombre más poderoso del Imperio estaban impresas en los renglones de su destino desde el día que entró en aquel recinto sagrado dedicado al mimo y bienestar de las elegidas. En el mismo instante en que traspasó las puertas palaciegas para vivir bajo el abrigo de unos muros de oro asumió con resignación el sometimiento a la virilidad del soberano.

Tampoco se encontraba inquieta ante los previsibles acontecimientos que tendrían lugar en el lecho del sultán por el hecho de no haber conocido varón: fue concienzudamente instruida por las damas más experimentadas de la corte en las artes amatorias refinadas. Y para las mujeres otomanas, a diferencia de las occidentales, la sexualidad jamás constituyó un tabú.

—Todas las doncellas en algún momento se entregan con fervor a sus caballeros. Regalar la virginidad forma parte de la esencia femenina más pura. Procrear y consagrarse sin reservas al hombre que te elija, satisfacerle, deleitarle y desbordarle de placer es un privilegio que la Madre Naturaleza concede en exclusiva a las mujeres de este mundo. Todas pasamos por ese trance, bella Selma. Y todas lo superamos felizmente. Tú no serás menos. — Le habían repetido sus instructoras en varias ocasiones.

La todopoderosa Valide, dueña y señora de los entresijos que gobernaban el harén, se había encargado personalmente de supervisar con esmero cada detalle que rodeaba aquel primer encuentro entre la criatura más primorosa que sus ojos hubiesen contemplado y su amado hijo. Un hijo que la enorgullecía, pero cuya elección de esposas resultaba errática a ojos de su astuta madre. Ella seleccionó la fecha propicia de semejante cita evitando que coincidiese con los compromisos oficiales del sultán, tuvo en cuenta la alineación favorable de los astros, escogió al personal de servicio más solícito para atender a la joven aquella tarde, el atuendo que luciría, las joyas que adornarían ese cuerpo celestial, el ritual de belleza al que sería sometida... Estaba todo tan orquestado por la voluntad de otros, que Selma se dejó llevar. Sin más.

Las sirvientas acudieron en su busca cuando el sol caía, aunque aún se hacía palpable su dorado poderío en la lejanía del horizonte. La envolvieron en un pestemal ricamente bordado y la guiaron hacia la sala del vapor. Una vez acomodada allí permaneció tumbada por largo espacio de tiempo. Entre aquellas paredes de mármol blanco se respiraba con dificultad debido a la densidad del vapor, pero resultaban placenteros los masajes que dos esclavas ejecutaban con destreza en su nuca, sus hombros, su espalda, su pecho, su vientre, sus piernas y finalmente sus pies.

Cuando salió del hamman, somnolienta por el efecto del calor y los vapores, otras dos avezadas esclavas la aguardaban para encargarse de rociar

su piel de agua fresca primero, y bañarla en agua caliente después. Mientras se encontraba sumergida, unas manos suaves se dedicaban a masajearla con aceite de esencia de rosas, depilarla y perfumarla desde la cabeza hasta los pies. Al salir del agua y tras ser envuelta en una ligera bata confeccionada con varias capas de muselina, fue calzada con unos coturnos incrustados en nácar. A continuación, la trasladaron en volandas hacia uno de los rincones míticos del serrallo: el tocador dorado. Estaba presidido por un espejo de grandes dimensiones enmarcado en oro macizo con incrustaciones de diamantes puros y rubíes. A ambos lados del tocador, sendos ramos elaborados y más de cuatro docenas de lirios y gardenias dotaban a la luminosa estancia de un perfume dulzón.

Las sirvientas le ofrecieron té a la hierbabuena con golosinas.

—Señora Selma, deguste este brebaje. La refrescará e hidratará tras padecer el ambiente caluroso de las salas de vapor.

Selma saboreó la infusión. Mientras apuraba las últimas gotas del contenido de su taza, una esclava de no más de quince años iba trenzando con habilidad su dorado, largo y sedoso pelo, a la par que lo adornaba con cintas de satén de llamativos colores y con pequeñas gemas distribuidas estratégicamente a lo largo de la espesa cabellera. El efecto que proporcionaban los destellos de las joyas con el movimiento femenino resultaba tentador a la mirada masculina. O eso afirmaban con vehemencia las más versadas mujeres en los asuntos del amor.

Perfilaron sus ojos con un delicado trazo de negro kohl que destacaba con más brío la profundidad del azul de sus pupilas.

—Tu mirada felina derribaría un Imperio —le confesaría horas después el mismísimo sultán apoyado ya en su regazo, exhausto de placer y completamente rendido a las bondades de una hembra extraordinaria—. Tu belleza es hechicera y tu candidez cautivadora.

Un carmín magenta coloreó sus sensuales y gruesos labios, y unos leves toques de polvos del tono de las arenas del desierto marcaron el contorno de unos angulosos pómulos.

Tras ser sometida al intenso ritual de belleza, Selma se observó a sí misma durante apenas unos instantes en el imponente espejo de marco de oro, advirtiendo ruborizada que su beldad, comparada con la de las otras chicas

que la rodeaban, era descomunal. Y todavía restaba cubrir su cuerpo con la más pomposa de las vestimentas, además de enjorarla de pies a cabeza.

La Valide había seleccionado una fabulosa túnica blanca tejida con seda de damasco, adornada con brocados bordados artesanalmente en plata y centenares de diminutas perlas. Un grandioso broche de diamantes simulando la figura de un pavo real blanco con la cola extendida —el animal más admirado por el sultán— fue situado estratégicamente sobre la túnica, justo encima de su pecho izquierdo. Le calzaron unas sandalias cuajadas de perlitas y cristales diseñadas a juego con la vestimenta, y abrocharon con delicadeza sendas tobilleras de las cuales colgaban decenas de cascabeles de plata sobre sus finos y huesudos tobillos, finos como una hebra de hilo egipcio.

—La sutil sinfonía que provoca el sonido de los cascabeles cuando la mujer está cabalgando sobre el hombre los vuelve locos de placer —había recalcado la Valide con un aplomo impresionante.

Los dictámenes de la madre del sultán jamás eran replicados. Mucho menos cuestionados. Aquella vigorosa mujer ejercía una recia influencia sobre todas y cada una de las moradoras del harén imperial. Todas la veneraban y temían a partes iguales. Su gélida o benevolente mirada, según requiriese la ocasión, hablaba más que las palabras. Tal era su poder intramuros.

A continuación, la sultana madre se acercó enérgica hacia una impertérrita Selma, casi pétrea, para rodear su estrecha cintura, como marcaba la tradición del harén, con un hermoso collar de blanquísimas perlas del tamaño de las olivas.

—El sultán romperá con sus manos este collar que los joyeros de la corte han elaborado para que lo luzcas esta noche. Él es el único que tiene potestad para hacerlo: estas perlas níveas y puras simbolizan tu virtud. La virtud con la que esta noche obsequiarás a nuestro soberano.

Tras recrearse con parsimonia en el sensacional efecto que el ceremonial había conseguido sobre la primorosa anatomía de aquella joven, la madre del sultán, dejando entrever en la comisura de sus labios una leve sonrisa, solo exclamó.

—Alá está contigo, sublime Selma. Ve hacia él sin demora. El sultán te aguarda.



## Segunda parte

# EL NACIMIENTO DE VENUS

«La belleza perece en la vida, pero es inmortal en el arte».

LEONARDO DA VINCI

**A**firman los que bien me conocen que mi espíritu es tropical. No sé muy bien qué quieren decir, pero la idea me hace gracia. Supongo que pretenden reflejar mi pasión por la climatología cálida, el dominio del sol sobre las nubes, los parajes gobernados por palmeras y arena blanca carentes de género humano en muuuuuuchos metros a la redonda, mis ansias por beber agua de coco en la misma cáscara del fruto recién cortado y mi absoluta rendición ante la inmensidad de mares y océanos.

Nada me hace más feliz que navegar. Cerrar los ojos y sentir la brisa marina sobre el rostro... mmmm. Y esa refrescante sensación de la piel tostada salpicada por las gotas de agua salada es inigualable. A pesar de mi obcecación por los carísimos *stilettos* de tropecientos centímetros de tacón y por los últimos designios de la moda clásica francesa e italiana, como más plétórica me siento es con la melena suelta, ondulada y revuelta, un pareo ligero y multicolor atado de cualquier manera, y unos pies descalzos sin más adorno que un par de tobilleras superpuestas. Si son de cascabeles, mejor. La plenitud para mí es eso: libertad, despreocupación, sencillez y naturaleza. Y disponibilidad total para hacer lo que me da la real gana.

El paso del tiempo aniquila esperanzas a la vez que doblega a la inocencia. Mentiras que se dicen y verdades silenciadas, sonrisas que se esfuman y lágrimas que afloran, miedos vencidos y retos consumados, fracasos asumidos y éxitos consagrados... El devenir de los años nos señala implacable lo que fuimos y lo que seremos, lo que hicimos y lo que haremos. Es un magistrado sádico con la decadencia corpórea, pero eficaz para el entendimiento cabal de los acontecimientos que marcan nuestra vida. Por eso hay que exprimirlo mientras nos es concedido.

Aunque desgraciadamente las trayectorias contemporáneas —a no ser que mandes todo a tomar por saco y montes un chiringo a pie de playa en Aruba, Martinica o paraísos isleños similares— se desarrollan en otras circunstancias menos idílicas. Así que, para reflexionar, activar mis neuronas y agudizar mis sentidos las metrópolis como Londres me sientan bien.

Me eduqué entre Suiza y Boston, que no son precisamente el paradigma de lo caribeño. Y desarrollé mis primeros escauceos profesionales —y algo más— en la brumosa capital británica, por lo que el clima desapacible y los amaneceres grisáceos siempre me han acompañado. Los largos paseos en soledad por las riberas del Támesis, enfundada en gruesos abrigos de lana, envuelta en *pashminas* y tocada con todo tipo de sombreros se encuentran arraigados a mis recuerdos de juventud. Las siluetas difuminadas por la neblina matutina también cuentan con mi beneplácito.

Ahora estoy de regreso a esta ciudad para caminar de nuevo por idénticos rincones, aunque por diferentes motivos: personales, familiares, sentimentales... No se trata tanto de rebuscar entre mis orígenes, que también, sino de intentar conocer mejor a la que fue mi abuela, la *donna* que siempre estuvo a mi lado sin yo saber los lazos que nos unían.

Fermín me apoya y continúa escarbando en los recovecos de su pasado para ver si consigue extraer algún dato o información que pueda serme útil. No se ha opuesto a mi viaje a Londres. Al contrario, le parece acertada mi determinación por saber más acerca de Kate y los míos. Incluso aprovecharé mi estancia para acudir en su nombre a la inauguración de una nueva galería que ha puesto en marcha un conocido suyo de los de antaño.

No tengo una hoja de ruta definida porque tampoco soy plenamente consciente de lo que estoy buscando. Sé que me acercaré al condado donde se encuentra el castillo de los Austen. El que se hereda salvaguardando el apellido paterno y protegiendo la continuidad de linajes ancestrales. Qué anticuados me resultan semejantes planteamientos en la era de la tecnología, la información instantánea y las redes sociales... En fin, será que el rancio abolengo no lo tengo interiorizado, aunque forme parte de mí.

Pretendo husmear un poco por aquí y por allá, preguntar sobre ella a personas que pudieron conocerla. Pero supongo que los que trataron con mi abuela de manera más íntima deben estar ya bajo tierra, incinerados o a punto

de caramelo. A fin de cuentas, se trata de una persona que, de estar viva, sobrepasaría los noventa años de edad.

Antes de viajar he contactado con Marc para ver si me puede echar una mano con esta encrucijada. Marc Ribó. Menudo personaje. Pintoresco. Interesante. Seductor de palabra, obra y hasta de omisión. Periodista de arte —curiosa combinación—. Es un *freelance* que escribe con acierto en algunas de las principales cabeceras del país (en sus correspondientes secciones de cultura) y en varias revistas especializadas. También colabora esporádicamente con las publicaciones de algunos museos. Lo conozco del mundillo: exposiciones, galerías, subastas, ferias de arte... Al final, cualquier ámbito profesional es endogámico. Las mismas caras una y otra vez.

Es un tipo que va a su aire: independiente, sarcástico, ácrata, culto, viajero y perspicaz, lo que implica que tenemos un montón de cosas en común. Marc es un culo inquieto, mercenario de la información al mejor pagador, pero un profesional riguroso que despierta mis simpatías y al que guardo cierto cariño. Nos llevamos bien y de vez en cuando quedamos para tomarnos un vermú rojo de grifo en el barrio de las Letras mientras parloteamos sobre las obras que se están cotizando a precios prohibitivos. También cotilleamos a conciencia, recreándonos en los artistas emergentes. Se nos da especialmente bien despellejar a los sobrevalorados. Marc es un fanático de la pintura de Caravaggio, los grabados de Durero —en el fervor por el alemán ambos coincidimos—, los claroscuros de Rembrandt y las sinfonías de Beethoven. No tiene mal gusto el plumilla. No, señor.

Sin estar bueno de tirar de espaldas ni dejar a las tías babeando a su paso, Ribó tiene un puntazo. Cultiva con esmero el típico aspecto de malote perfectamente estudiado: rizos definidos, barba de tres días, fulares italianos de seda, vaqueros raídos y deportivas urbanas de marca último modelo. Presume de mirada bruna, penetrante y vivaz, arrugas marcadas en el contorno de los ojos, sonrisa amplia e incipientes canas. No es alto, aunque está fibroso. Se cuida y trota por el asfalto un par de veces por semana. Pero su hercúleo cuerpo es el resultado de su vicio por pedalear: araña minutos de donde sea para montar en bicicleta. Si es a través de polvorientos caminos de arena, parajes abruptos y montañas empinadas, mejor que mejor.

Marc sabe lo que hace en lo que a su profesión se refiere y es respetado en nuestro gremio. En el resto de los ámbitos vitales apuesto a que se desenvuelve con igual soltura. Tiene una gran experiencia, cuenta con reputación consagrada, dispone de buenos contactos entre marchantes y coleccionistas, y está bien informado. Parece que esporádicamente ha actuado como intermediario entre compradores y vendedores de arte llevándose al bolsillo la consiguiente comisión. E incluso los bien informados afirman que también ha asomado su patita en el trasfondo del tráfico de arte... Así que le he pedido un favor: que tantee entre sus conocidos más veteranos a ver si con suerte alguno de ellos trató a lady Catalina Austen o ha oído hablar sobre ella.

Al confesarle que acabo de descubrir que es mi verdadera abuela le ha picado la curiosidad —puro morbo, nunca falla, menos en un periodista— y se ha mostrado de lo más solícito para prestarme su ayuda. Él es hábil sonsacando declaraciones y un maestro haciendo preguntas como si no las estuviese formulando; al fin y al cabo, en eso consiste gran parte del éxito de su trabajo.

—¡Así que Kate era tu abuela! Menuda sorpresa, Violeta. —Sin haber intimado, Marc llegó a conocerla y coincidió con ella en varios eventos artísticos, tanto en España como en otros países europeos.

—Pues si a ti te sorprende, imagínate a mí. Siempre estuvo cerca, aquí, al lado, pero nunca tuve ni pajolera idea acerca de la verdadera relación que nos unía... La dama que tanto me fascinaba desde mi niñez por su exquisitez y distinción, la que compartía con nosotros vacaciones y fechas representativas, resulta que era la madre de mi madre. Hay noticias para las que nadie está preparado: aunque estoy intentando sobrellevarlo con calma, me ha dado un vuelco la vida.

—Pero tú la conocías a fondo, como bien estás diciendo... ¡formaba parte de tu núcleo familiar y mantenía una férrea amistad con tu padre desde hacía décadas! ¿Qué podría yo aportarte que tú o Fermín no sepáis?

—Verás, es algo más complicado de lo que parece. Kate estaba a mi lado, me protegía, era cariñosa, generosa, se hizo cargo de mi educación — algo que he descubierto ahora, por cierto—, me cuidaba, se preocupaba por mí, mimaba a mi padre... Pero realmente sé poco de ella. Era hermética respecto a su vida, a su pasado. Fermín me ha desvelado pinceladas, lo que él

conoce: que fue la esposa de un lord inglés de estirpe centenaria, que la fatídica muerte de mi madre le provocó una depresión bestial, que reinaba en las veladas europeas de alta alcurnia de los años setenta y ochenta, que fue un pibonazo que epataba a los señores, que tenía buen ojo y amplia chequera para conseguir las piezas de valor que le venían en gana, que viajaba asiduamente, que parece ser que su madre nació en Rusia... Quizá no encontremos nada más que lo que ya sabemos, pero tú te desenvuelves de fábula por los mismos ambientes que frecuentó Kate y sabes extraer hábilmente información... Ahora lo quiero saber todo sobre ella. Sobre los míos, al fin y al cabo. Se trata de colorear el lienzo de mis orígenes.

—Lo entiendo, Violeta. Creo que yo actuaría de igual modo. Pero... ¿me estás llamando entrometido? ¿Cotilla? ¿Fisgón? ¿Periodista, tal vez? Jajajajaja...

—Nooooooo, te estoy adulando con mesura. Dominas el arte de curiosear en beneficio propio, eres jodidamente bueno descubriendo cosas y los largos tentáculos de tu agenda te abren muchas puertas. Y cuando te han dejado entrar ya no hay quien te pare, señor Ribó.

—Entiendo, zalamera. Preguntaré por aquí y por allá. Conozco a muchos estirados que seguro que trataron con ella. Y el meollo de este asunto me divierte. A mí también, como a cualquier mortal con ojos en la cara y dos dedos de frente, me llamaban la atención el porte, el estilo y las maneras de Kate Austen... Nadie llevaba los sastres, los guantes y los sombreros como ella. ¡Y encima resulta que era la abuela de la inaccesible, pero siempre apetecible, Violeta Velarde!

—Ay, Marc. Un millón de gracias por aceptar ayudarme. ¡Te voy a deber una bien gorda!

—No cantes victoria, porque ya negociaremos cómo me la devuelves. ¿Abandonándonos a la lujuria de una vez? —Y va el tío y me guiña un ojo. ¿Broma o insinuación velada? A saber. Con este reportero una nunca está segura del todo.

Hace unos meses Marc y yo tuvimos un rifirrafe sin consecuencias. Fiesta privada de uno de los patrocinadores principales de Arco con motivo de su inauguración, ambiente entre esnob, ecléctico y selecto, abundante champán a disposición de los invitados, unas risas entre colegas que se conocen desde

hace años, cierta complicidad mutua, una lujosa terraza con vistas a la plaza de Colón capitalina, una fría noche de cielo estrellado, un beso robado por su parte y un corte seco por la mía.

—No, Marc, no sigas por ese camino. Me siento halagada por tu interés, eres un hombre muy atractivo, pero estoy bien con Alex. Y yo no soy una picaflor. Nunca lo fui. La infidelidad no me tienta, es lo fácil. Elijo lo correcto: mantenerme fiel a mí misma y leal al hombre que me quiere.

La tentativa de Marc de incitarme al gozo carnal no me pilló por sorpresa. Sospechaba —aunque sin certeza absoluta— de sus ganas de tirarse a mi cuello, pero nunca imaginé que se lanzaría de un modo tan directo. Quizá en otro momento me hubiese animado a sucumbir al encanto del periodista instruido y avisado con aspecto de canalla. O puede que no. Pero con toda seguridad jamás estando Alex de por medio. Alexander ha sido mi, llamémoslo novio, aunque detesto ese palabro, durante los dos últimos años y medio.

Lo dejé con él hace unos meses. Ningún problema digno de mención en nuestra serena relación y nada que reprocharle. Él es un tío intachable, de los que cualquier madre querría como yerno. De hecho, Fermín lo adoraba. ¡Lo adora aún! Nos imaginaba rubricando nuestro amorío en un altar de postín, tipo Los Jerónimos o la iglesia de Santa Bárbara, esos templos del casorio rimbombante de las pijas con ínfulas. También conozco a gente maja que firmó los papeles allí, pero se han convertido en enclaves aspiracionales para matrimoniar.

Alexander es atento, elegante, tierno, detallista y físicamente aceptable —aunque sin tirar cohetes, tampoco vamos a idealizarlo—. Tenemos la misma edad y compartimos los mismos intereses. Otro friki de la pintura y la escultura, especialmente la renacentista. Su padre es patrono del Museo del Prado y mecenas del Teatro Real. Lo dejé con Alex de la noche a la mañana y cerrando las puertas a futuribles segundas partes, a pesar del disgusto de todo quisqui por tan inesperada decisión.

¿Por qué me alejé de él? Por puro aburrimiento, falta de chispa, monotonía y ausencia de pasión. Digan lo que digan de los romances sosegados y amables, una relación sin cosquillitas galopantes en las tripas es como un pintor sin lienzo. Quizá cuando yo sea una setentañera cascarrabias



necesite un compañero de camino, pero ahora el cuerpo me pide un varón que me regale mambo. Y por supuesto, flores, bombones, libros y más libros sin más motivo que el de agradarme. ¡Ah! Y que sepa sorprenderme con escapadas a destinos tentadores los fines de semana. Si encima me lleva el desayuno a la cama tras una larga noche de rayos y centellas, me habrá ganado irremediablemente.

Alex le ponía empeño y es un hombretón estupendo. Sigo conservando su amistad, la cual valoro de veras. Yo me dejé querer el primer año. El segundo me mantuve entre sus brazos por pura pereza. Él se esforzaba por conquistarme cada día, de eso no hay duda (su jodía madre no tanto: qué señora más frívola, insustancial e insoportable). Pero una mujer sabe cuándo el amante que tiene el lado no la va a trasladar al cielo sin despegar de la tierra.

Además, he hecho un gran favor a las cazafortunas en búsqueda permanente de cualquier príncipe azul. Esas pelmas codiciosas e interesadas, por desgracia, siguen existiendo a mansalva. Señor, en el siglo XXI y continúan comportándose como cortesanas del XVIII. He liberado a una joya de su corona: un claro exponente de los denominados solteros de oro por las pedorras de pro. Espero de corazón que el buenazo de mi ex no caiga entre las garras de una harpía redomada. Aunque él es carne de ese cañón...

En Londres me alojo en el Savoy, un histórico del *british style*. Está ubicado en pleno Westminster, a orillas del Támesis. Fue el primer establecimiento de la capital británica que dispuso de electricidad, ascensores y baños en casi todas las habitaciones, allá por el siglo XIX. Y su American Bar, en el que sirven cócteles de la década de 1920, está considerado como uno de los mejores bares de hotel del mundo. Se gastaron más de doscientos cincuenta millones de libras en reformarlo y lo han dejado impecable, la verdad. Me fascina su suelo, siempre reluciente. Su atmósfera aristocrática. Y sus manojos de orquídeas carmesí sonriéndote en cada rincón.

El rey Eduardo VII celebró aquí una impresionante fiesta en la que hizo cubrir de agua el patio central para que los invitados pudiesen cenar sobre góndolas y sentirse como en la mismísima Venecia. Millonetas del mundo: tomen nota de lo que son veladas con ingenio, de las que dejan boquiabiertos al personal. Marilyn Monroe dio en sus salones su primera rueda de prensa en

Reino Unido y Churchill era un comensal habitual del restaurante del Savoy durante la Segunda Guerra Mundial.

Me gustan este tipo de hoteles, los de apariencia palaciega externa, pero que ofrecen interiores cálidos y lujosos dotados de todas las comodidades. Y, sobre todo, siento un obscuro embeleso por los establecimientos con alma: los que atesoran entre sus paredes capítulos de la historia, los que esconden secretos tras sus ventanas, los que han sido testigos de apasionados amores y desamores. Por eso detesto los nuevos hoteles urbanos, asépticos, repetitivos, decorados siguiendo un patrón frío, impersonal, y adoro los clásicos. No puedo negar que me tira lo *vintage*...

Cuando visito cualquier lugar del mundo me acerco a conocer sus hoteles míticos: el Balmoral en Edimburgo, el Waldorf en Nueva York, la Mamounia en Marrakech, el París en Mónaco, el Raffles en Singapur, el Ritz parisino, el Gritti en la ciudad de las máscaras, el Pera Palace en Estambul, el Negresco en Niza, el Nacional en La Habana... Recogen la esencia, la armonía, la distinción genuina de cada urbe desde la perspectiva del mimo, el detalle y el lujo. Son auténticos oasis urbanos. Una de mis fantasías confesables consiste en terminar viviendo en la última planta de un hotelazo grandioso.

No estoy de viaje de ocio, así que pasaré por alto la obligada orgía de compras londinenses, los conciertos en directo en clubs concurridos y las cenas en restaurantes de moda. Eso sí, intentaré visitar Chelsea, caminar por Sloane y Sydney Street, comer sobre la hierba en Saint Lukes Park y, por supuesto, me dejaré caer algunas tardes por Covent Garden para zamparme patatas asadas rellenas de todos los *topping* que sean capaces de aguantar. Mientras las disfruto sentada sobre cualquier acera de la plaza, observaré las actuaciones de los artistas callejeros. Es una vieja costumbre que adquirí en mi primera visita a Londres y que jamás he dejado de practicar desde entonces. No concibo esta ciudad sin sus patatas asadas. ¡Aunque en los últimos años la hegemonía culinaria de Covent es para los crepés de Nutella!

La próxima semana tendré que ponerme de tiros largos para la inauguración de la exposición: perezón superlativo. Es la única fecha que he marcado con círculo rojo en el calendario de este viaje y la que menos me apetece. Pero se lo he prometido a Fermín y no le fallaré. Bueno, esa fecha y la de mañana mismo, que visito Cambridge y sus alrededores.

Sí, a escasos noventa kilómetros de Londres, en dirección norte, se encuentra el condado de Cambridgeshire que, además de la mítica universidad, acoge en sus tierras, algo alejada del núcleo urbano, la gran mansión centenaria que pertenece a mi familia. Mi familia, qué extraño me resulta pronunciar esas dos palabras seguidas. Aún no me he acostumbrado a saberme parte de un linaje, a tener parentela real con nombre y apellidos. Tengo una mezcla de sensaciones contradictorias: por un lado, me resulta agradable entroncar con una dinastía, pero por otro me inquieta. Nadie es inmune a las inseguridades. ¿Soy lo que mis seres queridos hubiesen esperado de mí de haber estado vivos? ¿Estoy a la altura de mi madre, de mi abuela, del resto de integrantes femeninos de mi clan a lo largo de las generaciones? ¿Cómo fueron ellas? ¿Sufrieron, alcanzaron su plenitud, conocieron la felicidad, cumplieron sus sueños? ¿Cómo sería ahora mi madre de seguir con vida? ¿Y mi padre? ¿Se sentirían orgullosos de la mujer en la que me he convertido? Cuántos interrogantes inciertos me acechan en las últimas semanas...

Descarto la opción de trasladarme en bus porque tarda dos horas en realizar el trayecto y decido tomar un tren matutino que me dejará allí en tan solo cincuenta y cinco minutos. En la ciudad alquilaré un coche para desplazarme hasta la espléndida residencia, que se encuentra entre Cambridge y un pueblo llamado St. Ives. Lo que todavía no tengo claro es si dispondré de tiempo libre para volver a contemplar la belleza arquitectónica de la ciudad de arraigada tradición universitaria que se remonta al siglo XIII. Me apetece caer en la tentación de navegar de nuevo, como hace diez años durante mi época de prácticas en Sotheby's, en las barcas que surcan el río Cam.

Soy muy torpe leyendo mapas y encontrando lugares, la inteligencia espacial no es lo mío ni pretendo que lo sea, pero lo cierto es que no me ha costado esfuerzo dar con la mansión. Siguiendo la carretera de Cambridge a St. Ives aparecen un par de indicaciones; la segunda, sobre el mismo desvío, conduce tras un camino de unos ochocientos metros a las verjas que acotan el perímetro de Austen House. Mi verdadero nombre, teniendo en cuenta los patronímicos paternos, sería: Violeta Stuart (el apellido de mi difunto padre) Austen (el de mi madre).

Lo he meditado y de momento no voy a dar señales de vida en lo que a los miembros de la familia Austen se refiere. Todavía me aturde enfrentarme cara a cara con mis vínculos de sangre. Me resultaría ridículo y comprometido llamar a una puerta a la que no he sido invitada y soltar algo parecido a:

—Hola, qué tal, querido tío segundo o lo que seas en la jerarquía de la consanguinidad; te conservas de maravilla, pese a haber cumplido ya los taitantos. Tienes delante a la nieta de tu tío William, sí, Violeta, la niña que fue dada en adopción a la edad de tres años y ha vivido toda su vida en el país del sol. Pasaba por aquí y se me ha ocurrido acercarme a saludar.

Que igual les hacía ilusión acoger en su seno a un miembro reaparecido de la familia, en plan hijo pródigo bíblico. Con los humanos nunca se sabe... Pero hay incertidumbres que es conveniente mantener en candilejas. Por si acaso. Simplemente ojearé la mansión y he pensado merodear por el cuco pueblo de St. Ives a ver si consigo cruzarme con alguien que conozca a los Austen, preferentemente con algún lugareño que tratase a mi abuela en vida.

Cambridge tiene más de cien mil habitantes y resultaría tarea titánica una búsqueda personal, por muy célebres que sean los míos por estos lares. Que tampoco conozco yo en profundidad la popularidad de mi familia por las verdes campiñas inglesas... Sin embargo, St. Ives es una población pequeña, con unos pocos miles de paisanos, y el meollo social está más concentrado. Apenas media docena de calles destinadas al ocio, la restauración y el *shopping*. La probabilidad de tener éxito se incrementará considerablemente en un municipio de menor tamaño. Puras matemáticas.

Tras avanzar en segunda marcha (para no perderme detalle del panorama) por el sendero de apenas un kilómetro desde la desviación de la carretera, una cerca de hierro forjado obstaculiza a los extraños el paso al enorme jardín cuajado de enredaderas y brezos que rodea la residencia Austen. Pero no impide la visión de una mansión perfectamente conservada que me recuerda por su aspecto a la de Baskerville, inmortalizada por ese prodigio de la narrativa que fue Arthur Conan Doyle.

—¡¡¡Coño!!! —grito a pleno pulmón—. La morada de los Austen parece una mansión de nobles de las que retratan en los libros.

De impresionante fachada de piedra cubierta de hiedra, portalón con escudo de armas, antiguos cristales de colores en los ventanales, enormes

balconadas en sus tres plantas y tejados picudos en sus dos torres altas y estrechas. Situada en un entorno campestre, agradable, tranquilo, rodeada de prados, laderas cubiertas de manzanos, arbustos con flores, y sauces, pinos y abedules salpicando los caminos. A pesar de la localización bucólica y la arquitectura señorial, la mansión me resulta algo sombría. El humo que desprende una de las chimeneas es señal de que alguien se encuentra en su interior en este mismo momento. Cosquilleo vertiginoso pataleando las entrañas. ¡Ay! Por mucho que una intente ignorar el umbral que te adentra en la morada de los sentimientos, estoy descubriendo que la llamada de los lazos de sangre es muy poderosa.

No me entretengo más de diez minutos contemplando el lugar en el cual se crio mi madre y en el que residieron mis abuelos. Pero a pesar del escaso tiempo que permanezco en aquel lugar, el hogar de mi verdadera estirpe, su estampa va a quedar definida para siempre en mi disco duro. Efectos de la puñetera melancolía que también ataca a los más escépticos. Aunque intento desechar la idea del hemisferio cerebral que gobierna el pragmatismo, la sensiblería se está desperezando dentro de mí. Y la emoción por saberme parte de una estirpe familiar se está desbordando.

Regreso a St. Ives algo tocada por el momentazo de enfrentarme cara a cara al hogar de mis ancestros, martilleada por la emotividad que conlleva lo consanguíneo, aunque procuro batallar con las resacas sentimentales. Tengo tareas pendientes y no he de permitir que los pellizquitos de nostalgia influyan en mi ánimo: la lucidez me reclama. Tras aparcar el coche, paseo un buen rato sin rumbo definido por las laderas del río de aguas claras que atraviesa el pueblo. Docenas de ¡¡¡cisnes blancos!!! nadan despreocupados sobre él, y a lo largo de la orilla se dan cita una sucesión de puestos de frutas, verduras, lácteos y otros productos frescos. Lo cierto es que este sitio es una auténtica monada. Además de tranquilo y relajado. El día soleado ayuda a que lo identifique con la Comarca de los hobbits, con un hipotético escenario de cuento infantil donde nada malo puede ocurrir. Veremos.

Tras mi largo paseo bucólico me dirijo caminando despacio hacia las calles comerciales. Tiendas de *souvenirs* «no, estos cambalaches no los necesitan los vecinos potentados de la zona», almacenes de ropa «supongo que lady Catalina Austen frecuentaba más las boutiques parisinas que los

ultramarinos populares», una panadería que desprende un aroma a bollos recién hechos que resucitarían a un muerto «un placer al que nadie se resiste, ni los de alta cuna ni los de baja cama: este es mi sitio».

Momento crítico, me adentro resuelta en la panadería, pero una vez en su interior no se me ocurre qué decir. ¡Mierda! Con tantas cosas en la cabeza no había planificado un guion detectivesco propio de la literatura de género negro. Joder, en las novelas y en las películas todo parece más fácil. La actitud de los protas fluye sin titubeos. Resultan desenvueltos y admirables ante los ojos del lector. Aunque el autor se las haga pasar putas a medida que avanza la trama, coyuntura en la que los personajes deben recurrir a argucias más propias de superhéroes que de comunes mortales...

—Buenos días —carraspeo—. Me da una barra de pan con cereales, una porción de bizcocho de limón, media tarta de manzana, un cuarto de tarta de zanahorias, un muffin de chocolate y otro de canela.

¡Toma castañas! Como cada vez que quiera averiguar algo de mis antepasados me dé por llevarme un recetario de repostería pesada al completo, me arruino. O terminaré por asemejarme a una hembra alfa de tiranosaurio si me lo zampo todo. «Venga, Violeta, ataca, coño, que solo tienes que formular una pregunta: cosas peores has hecho».

—Me preguntaba —comento ruborizada—, bueno, yo me estaba preguntando, ejem, en fin, me gustaría saber si usted conocería a algún miembro de la familia Austen, los de Austen House, de aquí a las afueras...

La panadera, una robusta mujer pelirroja de mediana edad, me mira y levanta la ceja sin dejar de envolver con destreza el arsenal de calorías que voy a llevarme bajo el brazo. Posiblemente los cisnes del río se den un festín a mi costa esta tarde.

—Pues claro. ¿Quién no conoce a los Austen en cuarenta millas a la redonda? Son clientes de toda la vida de este establecimiento. Y dan empleo a medio condado. Muchos de nuestros parientes y amigos faenan en sus terrenos. Ahora cultivan agricultura ecológica. ¿Lo sabía?

Ya está. Así de fácil. En lo referente a este aspecto parece que sí suele ser más complicado en las novelas. Búsquedas infructuosas, suspense, unos cuantos whiskis *on the rocks*, llamadas telefónicas a tutiplén, confidentes siniestros, fumeteo precipitado de pitillo tras pitillo, rubias inquietantes,

nervios a flor de piel... Pero esto es la vida real, mucho más sencilla y profana: se trata de una pequeña localidad de pocos miles de habitantes y una ilustre familia de terratenientes asentada desde hace siglos en los alrededores, que da trabajo a parte del pueblo, a la vez que reparte buenos puñados de libras en los pequeños negocios de la zona. Es como si algún guiri despistado se pasea por Jerez preguntando con cara de pánfilo si alguien conoce a los Osborne. ¡Seré gilipollas!

Tras la franca respuesta, me quedo en blanco. Diría que hasta permanezco inmóvil mientras la tendera me mira ávida; supongo que espera una continuación por mi parte, ya que yo he iniciado esta conversación. ¿Y ahora qué? Me sale una mentirijilla sobre la marcha.

—Verá, es que asisto a un curso en Cambridge y en mis ratos libres salgo a conocer el condado. ¡Qué bonito pueblo es St. Ives! Resulta que yo soy, ejem, estoooooo, soy una ahijada española de lady Catalina y he recordado que la residencia familiar se encontraba por aquí cerca.

—¿Ahijada de la difunta señora Austen? —La pelirroja sonrío, parece que ahora me mira con otros ojos.

—¿Conoció usted a mi abuuuu, esto, a mi madrina?

—¡Cómo no voy a conocerla! Era la dama más hermosa y admirada de todo el Cambridgeshire. ¡Qué digo! De todo Londres. E incluso de toda Gran Bretaña. ¡Qué señora! Con sus sombreros de ala ancha, sus zapatos de salón, sus guantes immaculados, esos vestidos a medida... ¡Ni en las revistas salen modelos como su madrina! Y a pesar de tanto bueno como atesoraba, era amable. Muy atenta con todos los habitantes de este pueblo. Venía a comprar verduras, carne y pan cuando se encontraba por aquí. Le gustaba elegir personalmente los alimentos que llenaban su despensa. Sentimos mucho su muerte aquellos que la conocimos. Aunque desde que falleció el señor Austen, su marido, allá por los noventa, apenas volvimos a verla. Se mudó a la capital. Cuando éramos chiquillas todas queríamos ser como ella.

—Yo también quería ser como Kate. Cuando era una niña hasta memorizaba sus estilismos...

—Claro, claro. Tome. —Me acerca el paquetón kilocalórico—. Invita la casa. Siempre es un placer conocer a personas que fueron queridas por lady Catalina.

—¡Muchísimas gracias, pero no puedo aceptar! Si he pedido media tienda... Huele todo tan bien que alimenta.

—Insisto. Su madrina nos dio mucho negocio a lo largo de los años.

Acepto con una sonrisa, para qué contradecir a la panadera ahora que se muestra comunicativa.

—¿Usted trató mucho con ella?

—Más mi madre, por la edad. Yo ayudaba tras el mostrador esporádicamente, pero en los noventa era una jovencita insensata. Me interesaban más los mozos de buen ver de los alrededores que la bollería casera, como a todas en la adolescencia, supongo. ¿Le gustaría charlar con alguien que la conoció a fondo?

—¡¡¡Por supuesto!!! —Upsssss, creo que he sido demasiado enérgica en la respuesta. Debo contener estos arrebatos de entusiasmo en presencia de desconocidos.

—Acérquese a una tienda de ropa infantil ubicada en la calle paralela. En el número 16 de Vincci Road. Pregunte usted por Sarah, es la dueña del establecimiento. Su madre fue la secretaria de la señora Austen durante al menos veinte años.



Me acerco cautelosamente a la señora Robinson mientras la observo con asombro y curiosidad. Difiere bastante de como había imaginado yo al personal de confianza de Kate. No intenten visualizar a una miss Robinson en plena eclosión de una madurez seductora, a punto de interpretar un numerito erótico —medias de cristal en mano— para encandilar a universitarios pánfilos. Es todo lo contrario. Su hija me confesó que tiene ochenta y dos años, que es una fanática de la Premier League... ¡y una devota del Manchester United! Lo que no me adelantó en nuestra breve conversación es que debe sobrepasar los cien kilos, que le gusta fumar en pipa y que es una deslenguada. ¡Pero en el trato resulta una anciana adorable!

Cuando charlé con Sarah, su hija, me sinceré con ella. Se trataba de alguien cuya madre sí perteneció al círculo íntimo de mi abuela. No podía



arriesgarme: las mentiras hubiesen sido un pésimo comienzo si quería ganarme la confianza de unas desconocidas. Le confesé que yo era la nieta de los Austen, que fui dada en adopción a los tres años y que hacía escasos meses que había conocido la verdad respecto a mis orígenes. Aunque no estaba muy al tanto de los asuntos de los Austen, Sarah conocía mi existencia. De inmediato, antes incluso de que yo se lo propusiese, estaba telefoneando a la señora Robinson para desvelarle la noticia.

—¡Mamá se va a emocionar cuando le cuente esto! Hace unos años ella se preguntaba a menudo sobre qué habría sido de la nieta de lady Catalina. ¡Y fíjate que un par de décadas después, ella, o sea usted, aparece un día cualquiera en mi propia tienda de St. Ives! ¡Es fabuloso! ¡Gracias por venir, miss Austen!

¡Vaya! ¡Qué chocante me resulta que se dirijan a mí como miss Austen! Parece que su madre perteneció a la legión de cuidadoras que se hizo cargo de mí siendo yo un bebé, cuando Kate padeció la depresión. Dos días después de conocer a Sarah me citó con la señora Robinson en Cambridge. Vive desde hace un lustro en una residencia de ancianos. Le está permitido roncar hasta bien entrada la mañana, ver cuantos partidos de fútbol guste y fumar su pipa en el jardín.

—No hay duda de que eres una Austen de pura cepa. Esa familia tiene el don de la guapura. Eres igual que tu abuela a tu edad y has heredado su finura. También te pareces mucho a tu madre, que en paz descanse. Pero eres más alta. Y más flacucha.

Así me recibe la señora Robinson en su banco de piedra favorito, ubicado bajo un sauce al fondo del jardín exterior de la residencia. Con un abrazo de oso entre medias.

—Cuando me contó Sarah lo de tu repentina aparición, me asaltó la duda de si no serías una chalada o alguna estafadora en busca de libras fáciles. Comprende que tras treinta años sin saber nada de ti... Pero teniéndote delante es obvio que llevas impresos los puñeteros genes de las damas Austen.

—Nunca di señales anteriormente porque acabo de descubrir hace apenas unos meses quién es mi verdadera familia. Cuando cumplí los treinta y cinco.

—¡Eso es cosa de Catalina y su obcecación con esa maldición de los cojones!

—Y escuchándola hablar sobre semejante superchería no hay duda de que usted intimó a fondo con mi abuela.

Ambas reímos a carcajadas. Hemos congeniado. ¡Objetivo conseguido! La señora Robinson me cuenta que trabajó como secretaria personal de Kate desde que mi abuela tenía veinticinco años hasta que murió William. Que a pesar de las palpables diferencias sociales y culturales, siempre confiaron la una en la otra. Que pese a trabajar tanto tiempo a su lado había aspectos de su biografía que desconocía, ya que, como me había adelantado Fermín con acierto, Kate practicaba con soltura un hermetismo sublime. Casi como una religión. Y que ella misma me había acunado entre sus brazos en infinidad de ocasiones cuando yo era, según su propia descripción, «una mocosa mona, pero muy, muy, pero que muy llorona».

—¿Cómo era mi madre, señora Robinson?

—Una dulzura de mujer. Físicamente muy parecida a tu abuela, pero más sencilla, más tranquila. Catalina tenía un toque de sofisticación, tanto en el estilo como en el carácter, que jamás he llegado a encontrar en otras señoras. Charlotte se parecía más a tu abuelo en la forma de ser y vivir la vida: era feliz paseando por el campo, recogiendo manzanas, plantando tomates y lechugas, montando a caballo o jugueteando con los perros. Cara lavada, mejillas sonrosadas, sonrisa perenne, vaqueros ceñidos, camisetas y camisas blancas, botas de montar, pelo recogido con coleta alta. Así era tu madre. Jamás dio ningún problema. Ninguno. Bueno, algún revuelo se armó cuando eligió a tu padre, si es que a eso podemos denominarlo problema...

—¿A mi padre? ¿Qué problema había con él? —Algo se me remueve por dentro, aunque intento disimularlo. Me estoy enfrentando por primera vez a la esencia de mis verdaderos padres.

—Realmente ninguno. Él fue un santo varón que sentía una profunda veneración por Charlotte. Y muy apuesto. Has heredado su estatura. Y el tono de la piel. Pero Kate era clasista. Algún defecto debía tener doña perfecta. Hubiese preferido un compañero de la alta nobleza o un ricachón para su niña. De su estrato social: la puta élite entre las élites. Pero Charlotte le salió rana: en el último curso de la universidad se enamoró hasta el tuétano de un fotógrafo de *National Geographic*. Un tipo con un cuerpazo que incitaba al pecado diario, que exploraba el Amazonas, metía las narices en volcanes en

erupción o se perdía en islas remotas buscando dragones de Komodo o cualquier otro bicho exótico al que inmortalizar con su objetivo. Era un artista con los primeros planos. En el fondo, Samuel era perfecto para Charlotte: ella nunca hubiese perdido la cabeza por un señorito adicto a los salones de sociedad, a los calcetines de hilo escocés y a los puños de camisa almidonados.

Mi padre era un aventurero, mi madre luchó por su amor. Ambos rebosaban vitalidad, ganas de comerse el mundo, palpitaban en mutua compañía, se adoraban, se amaban... Se me escapa una sonrisa envuelta de morriña: es agradable saberse el fruto de un amor puro.

—¿Pero mi padre se llevaba mal con mis abuelos?

—¡Qué vaaaaaa! En cuanto lo conocieron a fondo, se convirtió en un hijo para ellos. Era un tío cojonudo. Auténtico. Sin dobleces. Solo que al principio temían que fuese un golfo, un cazafortunas, un granuja que hubiese embaucado a la ingenua Charlotte con el único fin de pegarse una dulce vidorra a costa del dinero de los suegros. Pero esa preocupación es lógica: los Austen acumulan una fortuna escandalosa y tu madre era un bombón. Había que asegurarse de que no sucumbía a los encantos del primer sinvergüenza que se cruzase en su camino. Cosas de padres. Por cierto, ¿tú tienes hijos?

—¡¡¡No!!! Soy demasiado joven para procrear.

—¡Con treinta y cinco! Pero qué burradas decís las mujeres de hoy en día... Tu madre te tuvo con treinta y uno. Se casó con tu padre nada más terminar la universidad y anduvieron seis o siete años recorriendo mundo con la cámara auestas. Tu nacimiento supuso su culmen de la felicidad. Jodido fatal accidente que se llevó por delante a dos personas tan jóvenes y extraordinarias, a una pareja que tanto se quería... Les quedaba tanto por hacer... Pero la vida es lo que tiene: tantas almendras dulces como amargas, sin olvidar las castañas podridas. Catalina enfermó de tristeza.

—Lo sé, dos largos años...

—Dos largos años por fuera. Por dentro lo llevó toda la vida. Nunca dejó de echarse la culpa por el accidente.

—¿Y ella qué culpa tenía?

—Obviamente ninguna. Pero estuvo años maldiciéndose a sí misma, convencida de que era la culpable de la desgracia. Los padres sentimos que

tenemos la obligación de proteger a nuestros hijos por encima de todo. Y cuando creemos que hemos fallado en esa misión, nos flagelamos sin piedad. No hay excusas ni justificación posible para los errores que causan daño a nuestros polluelos. Aunque, desde luego, nada de lo ocurrido es achacable a Catalina. Una noche de perros y una curva cerrada fueron los causantes de que el coche que conducía tu padre se saliese de la carretera, se precipitase por un embarrado terraplén y fuese a chocar contra el tronco de un árbol. El automóvil que conducían aquella noche era el de tu abuela. Supongo que eso la traumatizó más.

—¿Mi padre conducía el coche de Kate la noche del accidente? ¿Lo hacía a menudo?

—No. Creo recordar que el suyo estaba en el taller, tenían una cena en Londres aquella noche y tomaron prestado el de tu abuela. Imagino que eso provocó que arraigase en ella un sentimiento de culpabilidad extrema. Nunca dejó de repetir «todo fue por mi culpa, por mi culpa, por mi culpa». Parece que todavía la estoy escuchando repetir esa pesarosa cantinela... Catalina era el prototipo de impecable dama: guapa hasta la náusea, estilosa, culta, refinada, independiente, muuuuuy inteligente, templada, astuta... Solo perdía la compostura con tres tontadas: la supuesta maldición de los treinta y cinco, su autoconvencimiento de ser la causante del accidente que mató a su hija y la búsqueda de un hipotético tesoro familiar en los últimos años de su vida. Excentricidades de rica, imagino.

Me acabo de quedar anonadada. ¿Que mi abuela se consideraba responsable de la muerte de mi madre? Eso carece de sentido. ¿Solo porque condujesen su coche aquella maldita noche? Todos los hijos conducen los coches de los padres en cuanto cumplen la mayoría de edad. Pero lo de buscar un ¿¿¿tesoro??? me descoloca. ¿Quizá le acechaba una demencia en sus últimos tiempos y no lo advertimos? Ni de coña. Traté a Kate hasta el final y su cabeza funcionó con precisión, sabiduría y serenidad.

—¿Un tesoro, dice? —Me atrevo a preguntar algo aturdida y con cara de lerda. Hasta me da apuro formular la pregunta...

—Tesoro te digo, sí, has oído bien, muchacha. Extravagancias de señorona viejuna, no hagas mucho caso. Yo ya no trabajaba para ella desde hacía más de una década, pero me seguía visitando de vez en cuando. Se

acercaba por aquí cuando pasaba temporadas en Londres. Me traía pipas del extranjero, tengo una fabulosa colección gracias a ella. También venía cargada con bolsas de regalos para mis hijos; siempre fue muy generosa. Manteníamos la confianza de antaño, a pesar de no vernos a menudo, y en un par de ocasiones me comentó de pasada, sin extenderse, que estaba atareada siguiendo la pista de un supuesto tesoro de la familia. No le concedí mayor importancia. Podía tratarse de cualquier cosa: tu abuela siempre vivió rodeada de opulencia, diamantes, caviar, millonetas y obras de arte.

La señora Robinson nunca llegó a saberlo, pero mi abuela no bromeaba cuando mencionó la existencia de un tesoro. Vaya con la lady inglesa. Y yo me lo quería perder...

De igual modo que la secretaria de mi abuela no pudo advertir que aquello no era una chaladura de octogenaria, yo tampoco podía vaticinar que en menos de veinticuatro horas me aguardaba una sugestiva velada. ¿Mi partenaire? Vincent Moliere.

*En algún lugar del Imperio otomano a mediados del siglo XIX*

Selma se desperezó bien entrada la mañana. Había permanecido en la habitación del sultán hasta casi el amanecer, entregados sin ambages a las sutilizas del amor. Él cayó rendido al poder de la belleza sin oponer resistencia alguna. Amaba la hermosura en cualquiera de sus manifestaciones y aquella criatura no tenía parangón. Unificaba en una sola persona el encanto, la gracia, el primor, la excelencia, la seducción, el erotismo y la atracción sexual. Demasiadas virtudes para un único cuerpo de mujer.

Pero hubo algo que todavía llamó más su atención, habituado como estaba a los caprichos y exigencias de las consentidas moradoras del harén. Tras cada noche de pasión compartida, él les concedía un deseo a cambio: todas solicitaban por costumbre piedras preciosas, filigranas de oro puro, alhajas de plata, sedas de Oriente, terciopelos con aderezos, encajes de Damasco, en definitiva, cualquier cosa que pudiesen ponerse encima. Y él encargaba para ellas las más extraordinarias joyas y ropajes porque disfrutaba observando sus rostros de satisfacción ante la generosidad de su Señor, de él mismo, el magnánimo sultán del Imperio. Y porque le gustaba que sus mujeres luciesen con donaire tal cúmulo de riqueza y resplandor sobre sus lozanos cuerpos delante de él.

Sin embargo, Selma lo turbó. No solo era capaz de embaucar hasta el delirio a un varón mediante unos atributos físicos portentosos, sino que también contaba con la capacidad de sorprender a uno de los hombres más avezados que pisasen este mundo con sus pasmosas respuestas.

—¿Qué te gustaría recibir en tus aposentos como prueba de mi devota admiración por ti, preciosa Selma? Pide lo que quieras y mis sirvientes te lo entregarán por la mañana. No hay nada que tu señor no pueda conseguir para ti. Seré feliz haciéndote dichosa.

Ella ni se lo pensó. Simplemente sonrió con candor y posando su mano de tacto aterciopelado sobre la mejilla del sultán, afirmó:

—Una invitación a pasear con los pies desnudos por las riberas del Bósforo, en la zona donde las colinas se aproximan al río. Cualquier tarde clara en la que podamos contemplar la caída del sol y sentir la brisa fresca del ocaso sobre nuestros rostros.

—¿Acaso no os placen los jardines del palacio? —replicó asombrado—. ¡Son inmensos! Cuentan con todo tipo de brotes, macizos de hortensias, excelsos rosales, racimos de lilas, árboles frutales y plantas exuberantes que tiñen de colores el paisaje; con fuentes de mármol en las que refrescarse, estanques con peces exóticos traídos de parajes lejanos, pabellones contruidos con maderas nobles para resguardaros de los rayos del sol y tomar un refrigerio cuando aprieta la sed, rincones cubiertos de alfombras y mullidas almohadas para reposar. Además, ¡fueron diseñados por los mejores!

—Por supuesto que me placen. El momento más ansiado del día es aquel en el que me relajo caminando entre los requiebros de esos jardines o sentada en el pabellón del fondo, el más alejado del edificio principal situado sobre el cauce del río. Pero a mis rincones predilectos les falta lo capital: son imperfectos porque están amurallados.

El sultán quedó admirado ante la inusitada solicitud de la joven, pero no dudó ni por un instante en complacerla.

—Pasearemos, pues, por las riberas del Bósforo al atardecer.

A pesar de concederle el deseo suplicado, el sultán también quiso obsequiar a Selma con un cofre de piedras preciosas. Aquella criatura merecía ser agasajada como ninguna, puesto que no había otra mujer en los confines del gran Imperio que se le asemejase. No, al menos, de entre las doncellas que habían ocupado su lecho, que pasaban por ser las más extraordinarias allende fronteras. También recompensaría al grupo de jinetes que la descubrieron donde quiera que lo hiciesen con un buen saco de monedas de oro: cuando los soldados de la corte se excedían en su cometido debían ser premiados. Y por

supuesto lisonjearía a su amada y sabia madre por haber insistido con vehemencia en la celebración de ese encuentro. Encargaría para ella una nueva colección de sus fetiches favoritos: los arcones dorados con filigranas de nácar, ámbar y esmeraldas.

Transcurridos unos pocos días desde la primera noche compartida con el sultán, Selma recibió un baúl repleto hasta los bordes de gemas de un único color, el azul. Zafiros, topacios, aguamarinas, lapislázuli, espinelas, circones, tanzanitas, turmalinas, ágatas y piedras de luna arco iris reposaban sobre un fondo de terciopelo también azulón. El efecto de tantas piedras preciosas, las unas sobre las otras, era demoledor. Una simple nota escrita del puño y letra del sultán acompañaba el impresionante cargamento:

*Alhajas para rendir pleitesía al color de los ojos  
que serían capaces de derribar un imperio.*

Con el transcurrir de los meses el monarca adoptaría la costumbre de escribir versos dedicados a su amada. Tal afición no constituía una excepción. La poesía siempre había ocupado un lugar de honor entre las preferencias de la corte otomana, y otros predecesores suyos en el trono habían cultivado tal disciplina con acierto. El gran Solimán el Magnífico, sultán de sultanes, llegó a escribir más de cuatrocientos poemas de amor a la sobresaliente Roxelana, la sultana immortalizada en un lienzo de Tiziano en el año 1550.

Selma alabó de corazón semejante dispendio. El sultán le agradaba, y a menudo reflexionaba sobre la relación que los unía.

—A pesar de demostrar una altanería innata, sin duda un atributo indefectible entre los llamados a gobernar vastos territorios diseminados por tres continentes, se comporta conmigo como un hombre atento, paciente y cariñoso. Pero a su lado no he sentido un vaivén de sensaciones ni un fuego creciente bajo la piel cuando yacemos juntos.

Ella no tenía experiencias carnales previas, pero eso era lo que afirmaban las otras mujeres del harén y las expertas en los entresijos del amor más refinado, aquellas que la habían instruido durante los últimos meses.

—Debes complacerlo en todo lo que te pida, su plena satisfacción es tu cometido, pero si consigues relajarte y te abandonas al placer acabarás



disfrutando de sensaciones inimaginables. Tu cuerpo ascenderá a otra dimensión: la del deleite.

«Quizá la próxima vez...», pensaba ella tras cada nuevo encuentro con el soberano.

Había otra persona henchida de satisfacción por el resultado tan prometedor de los amoríos entre Selma y el sultán; la mujer que los había propiciado: la Valide. No era persona proclive a promover argucias sin el propósito de conseguir objetivos precisos, siempre vinculados a favorecer los intereses del Imperio.

Sus intenciones estuvieron claras desde el día que descubrió intramuros a aquella jovencita: sustituir a la esposa principal de su hijo. Aquella extranjera no poseía ninguno de los atributos físicos de Selma ni podía competir con su naturaleza candorosa.

Más al contrario, la extranjera cuestionaba en ocasiones la autoridad de la Valide y ponía en entredicho con sus quejas la rígida jerarquía del gineceo. Una estructura consolidada y respetada a lo largo de los siglos por generaciones de mujeres de la familia real.

—¿Quién se ha creído que es semejante engreída salida de una granja de puercos para contravenir las sagradas costumbres del sultanato? —vociferaba a menudo la sultana madre en la intimidad de sus aposentos.

Pero había encontrado la solución para quitarse de encima a semejante petulante envanecida: Selma. El devenir de los meses, los sucesivos encuentros, los encantos de la joven y sus propios consejos de madre solícita acabarían por hacer mella en el ánimo de su hijo. Pero los avatares de la vida son más complejos y cambiantes que los enredos de una vieja intrigante.

El sultán y Selma tomaron por costumbre salir a pasear por las riberas del Bósforo una vez al mes: la fecha que coincidía con el esplendor de la luna llena. De este modo podían disfrutar del embriagador espectáculo de la puesta de sol con el telón de fondo de las colinas, el caudaloso río, los tejados, almenaras, siluetas palaciegas a su alrededor y las sempiternas orillas de dos continentes bañadas de mar. En ocasiones se dejaban mecer por las suaves corrientes del más íntimo y estrecho río Göksu.

A la par que semejante espectáculo de la naturaleza tenía lugar, la escenografía se completaba con el ascenso de la redonda bola de argento que

todo de destellos de plata lo cubría.

—Al fin y al cabo, lo que en un inicio me resultó una petición descabellada por parte de Selma, ha resultado ser uno de los momentos más ansiados por mí. Bendita criatura, madre —reflexionaba el sultán con regocijo y satisfacción entre los brazos de la Valide.

La pareja se desplazaba navegando en el caique imperial del sultán, tapizado de terciopelo grana bordado con hilos de oro, rodeados de su guardia personal más cercana y de los eunucos de cabecera: blancos los de él, negros los de ella. Cubierta de velos en los trayectos, Selma solo se descubría ante los ojos de un sultán cada vez más fascinado por aquella hembra divina, dócil en el trato, pero indómita de espíritu.

—Embalsamas mis sentidos, ojos de gata —susurraba con frecuencia el sultán a una mimosa Selma.

Él admiraba cada movimiento sensual de su cuerpo, las danzas en su honor sobre la hierba al atardecer acompañadas con los tintineos de las tobilleras sobre sus pies desnudos, su soltura persiguiendo mariposas, el grácil caminar de una gacela humana, el perfil de su cuerpo sentado en cualquier roca de la orilla, la forma en que aspiraba el aire puro como si en ello le fuese la vida...

Las tardes que desembocaban en noches de luna llena se convirtieron en el momento más ambicionado por el sultán. Él seguía colmando de los más caros regalos y los más exquisitos manjares a esa dama que parecía haber embrujado su voluntad, aunque ella seguía mostrando desapego hacia todo lo material: lucía con gusto y orgullo todo aquello que él le regalaba, pero su genuina fuente de gozo residía en el contacto con el exterior y el disfrute de la naturaleza.

He solicitado en la recepción del Savoy que un *black cab* pase a recogerme a las siete en punto. Con su interior amplio y su carrocería sobria. Tarde de tiros largos y besos cruzados. Toca inauguración londinense y representar dignamente a papá. Para compensar la desahogada atmósfera y el color mustio de un cielo copado de nubarrones que presagian chaparrón, he optado por una blusa de Jorge Vázquez confeccionada en raso magenta, falda corta y piernas largas (esas las pongo yo, no Jorge). Me calzo unos salones de Chanel a juego con el mítico bolsito de la cadena de cuero acolchado, rematando el estilismo con un semirrecogido en el cabello y unos pendientes en forma de lágrima. El espejito me dice que puedo darme un garbeo entre la élite de la sociedad londinense sin temor a desentonar.

Las obras de Aleksander Laktionov, Vera Mukhina y otros grandes artistas y escultores soviéticos se presentan en un espacio de lujo en la exposición *El legado de la Segunda Guerra Mundial en el arte ruso*: la mundialmente famosa Galería Saatchi, fundada por el empresario británico y coleccionista de arte Charles Saatchi. Su verdadera intención es que la galería termine por convertirse en el próximo museo de arte contemporáneo de Londres. Ambicioso que es Charles. Y bien que hace si se lo puede permitir. En esta sociedad de aborregados crónicos y conformistas endémicos, la avidez de triunfo siempre está bajo sospecha.

El anfitrión es un viejo conocido de las batallas de juventud de mi padre. Se aprecian y admiran, y soy consciente de que hubiese preferido hoy la presencia de Fermín antes que la mía, pero qué se le va a hacer. Lo cierto es que me apetece conocer las obras que se exponen, aunque me temo que mi visita consistirá en un efímero visto y no visto. Aunque en Madrid me aburra

toparme con los mismos caretos en todo sarao que se precie, al menos me puedo entretener despellejando al personal entre rosado y rosado. Intercambiar frívolas frases de cortesía con todo crápula con el que me cruzo, en el fondo me divierte. Sin embargo, parece que por suelo londinense tocará retirada tras observar las obras expuestas. Conversar con las paredes no me va.

El taxi tradicional inglés pasa a recogerme puntual y tras un trayecto hacia Chelsea que aprovecho para responder wasaps retrasados, me deja en la puerta de la galería. Alfombra roja, fabulosos efectos luminosos en la fachada palaciega y portadón con columnas de estilo helénico. El edificio de la Saatchi ya de por sí es impresionante; engalanado me deja boquiabierto. Quizá tampoco resulte un incordio entregarme por un par de horas al hedonismo que me regala la hospitalidad inglesa.

Tras cruzar la puerta principal una de las primeras personas con las que topa mi vista, aún cegada por el destello de los flases, es Carmen Cervera.

Me llama la atención esta mujer, miembro destacado del club de «hago lo que me sale del moño y porque yo lo valgo». Es deslenguada, excesiva y sabe explotar el guiño pelicularo que la aristocracia, aunque sea postiza, conlleva. La baronesa Thyssen consiguió traer a España la mayor colección de pintura privada del mundo, ha reunido una nutrida colección propia con el transcurso del tiempo, abrió un segundo museo en Málaga y pretende hacer otro tanto en Barcelona. Me encantaría mantener un vis a vis con ella para que me confiese cómo lo consiguió. Versión extra oficial, por favor: gracias a su saber hacer, Madrid cuenta con el triángulo de museos pictóricos más prestigioso del mundo.

Me encuentro absorta contemplando el diamante que Tita luce sobre la pechera —semejante piedra no cabe en un puño— cuando otra rubia llama mi atención. «Esta tía me suena...», me digo, mientras enfoco mi miopía galopante hacia esa cara de madura conejita Playboy. En vez de un tesoro colgante, como el de la baronesa, lo que llama la atención de esta señora, que yo he visto en otra parte, son unos morros rellenitos y respingones. «¡Coño! ¡Si es la titulada como Zu Sayn-Wittgenstein!». Y no puedo evitar que me fluya una sonrisa espontánea. Y maliciosa. Casi una carcajada socarrona me provoca la célebre comisionista. Sí, a dos palmos de mis narices se encuentra

Corinna Larsen, la amiga entrañable. No se pierde una, qué bien se desenvuelve en el cogollito de las élites esta princesa de apellido lustroso y prestado. Despellejar a Corinna a conciencia bien vale un paseo a Londres.

Pero mi gozo se va a tomar por saco enseguida. Cuando estoy comenzando a regodearme de lo animado de la convocatoria, alguien se acerca con sigilo por detrás de mí para susurrarme al oído:

—¿Te diviertes, Violeta?

Ay, ayyy, ayyyyyyy, ese tono de voz varonil y ese inconfundible aroma dulzón que incita a chupar la piel que lo arrastra cual golosina tentadora... Antes incluso de darme la vuelta sé con seguridad que quien se pavonea a escasos centímetros de mi nuca es el jodido Vincent Moliere.

—Entre tanta vestimenta cenicienta, tu atuendo carmesí capta la atención de cualquiera. Tienes un gusto exquisito, ¿te lo he dicho alguna vez?

Este tío me pone nerviosa. Solo por estar ahí: su presencia me perturba. Que tengo un gusto exquisito, afirma este pincel. El que luce como nadie un impecable traje a medida, una corbata de seda salvaje que, atención, es de un tono casi idéntico a mi blusa, un calzado tan reluciente que alumbraría en la oscuridad con más intensidad que la pantalla del iPhone y un afeitado propio de un anuncio de *aftershave*. Este tipo ensombrece al mismísimo dandi Beckham en sus mejores tiempos. Y cuando lo tengo delante me bloqueo. Creo que con mi habitual actitud asustadiza debo resultarle una tontita redomada. O algo peor.

—No, no me lo insinuaste nunca. ¿Acaso lo piensas de veras? —Quizá mi mecanismo de defensa por la obstrucción irracional que siento ante su presencia sea comportarme como una borde.

—¿Y por qué iba a confesarte una cosa que no siento?

Y se queda tan pancho. Ahí. Frente a mí. Sonriendo complaciente como lo hacen los maromos mientras son fotografiados para acaparar la portada de *Esquire*.

—Por ser atento y cortés, supongo. ¿Quieres una copa? —Sin esperar a obtener respuesta alguna, me abalanzo sobre la bandeja que acerca un repeinado camarero, agarro dos copas de champán como si fuesen mi más preciada posesión, le entrego una y bebo la mía de un trago rápido. Sin respiro.

—¡Vaya, parece que tienes sed! —Su tono guasón delata que se está descojonando a causa de mi comportamiento infantil. ¿Esas tenemos? Pues te vas a enterar...

—Pues sí, bastante sed. He tenido un día muy ajetreado. Muchos días, en realidad. Quiero decir unas semanas. Lo cierto es que los últimos meses han resultado de lo más agitados. De hecho, estoy pensando que esta inauguración resulta tumultuosa para mi ánimo cansado de hoy. Me voy a marchar al hotel a tomarme una copa más tranquila. ¿Te apetece venir?

Ese momento en el que mientras estás soltando unas palabras sin pensar —solo porque te has puesto gallito— te las quieres tragar según están siendo pronunciadas. Ese momento... Porque a lo peor el pibón de Moliere lo está interpretando como una tosca invitación a pecar.

«Joder, Violeta, que lo acabas de invitar a TU HOTEL, a tomar una copa MÁS TRANQUILA. No sería una interpretación rebuscada por su parte la idea de que lo estás seduciendo. Se trataría de una conclusión lógica en los mecanismos analíticos de la mente masculina. Pues ya no hay vuelta atrás, so chula. Así que apechuga».

Creo advertir una mueca de sorpresa en el imperturbable rostro de Vincent, pero su respuesta es impecable, para variar.

—Si lo que realmente te apetece es un entorno más calmado, será un placer acompañarte. Por supuesto, invito yo. ¿En qué hotel te hospedas?

—En el Savoy. Estaba pensando que su American Bar es un sitio agradable. —La traducción simultánea de esta frase en mi sesera es «el BAR, nos vamos a tomar la copa en el BAR; ni se me había pasado por la cabeza acercarnos a los ascensores. De subir a la planta en la que está situada mi habitación ni hablamos, a ver qué te has creído».

—Me parece una elección de lo más acertada. ¿Ves como sí tienes un gusto exquisito? Ese espacio tiene *charme*, un pasado con historia e incita a la complicidad de los que por allí se acercan a conversar.

Tras saludar cálidamente al anfitrión en nombre mío y de Fermín y después de ojear de pasada la exposición que tiene una pinta excelente, ponemos rumbo al Savoy. No sin antes beber con ansia un par de copas de champán más. Al menos por mi parte. Él ni se las lleva a los labios. Todo compostura, faltaría más. ¿Pero este tío ensaya las puestas en escena o qué?

Lo cierto es que, tras nuestro encuentro fortuito en la galería, parece que mis nervios se van relajando ante su libidinosa presencia. Eso o que los efectos secundarios del champán siguen su curso. El trayecto hacia el Savoy discurre sin mayores contratiempos. Miro mucho por la ventana, doy palique al taxista y los tres ocupantes del coche charlamos sobre banalidades. Creo que no he vuelto a ser arisca. Al menos lo he intentado.

Es llegar al hotel y Vincent toma las riendas: baja del coche, abre mi puerta, me cede su mano para facilitarme la salida, me conduce con una parsimonia calculada a lo largo del *lobby*, me guía hacia el American Bar, selecciona una mesa rinconera sin titubear, llama la atención del camarero... ¿Se trata de un marimandón de manual o este tipo es el paradigma del acompañante servicial?

—¿La señora sabe lo que tomará o le acerco la carta de cócteles y bebidas? —Un camarero interrumpe mi ensimismamiento puesto que yo todavía estoy analizando los intachables modales de Moliere.

—Lo sé, lo sé. Por favor, tráigame un Macallan con dos hielos en vaso bajo. Si es posible, Oscuro, de 1824.

—Por supuesto, señora.

El camarero se aleja hacia la barra con nuestra comanda: whisky de malta para mí... ¡y agua con gas para Vincent!

—Violeta, he de confesar que eres una caja de sorpresas. Whisky escocés. En vaso bajo y con un par de hielos. Nunca se me hubiese ocurrido.

—Pues sorprender a un hombre tan versado como tú no debe de ser fácil.

—¿Hombre versado?

—Te las sabes todas, has estado en todas partes, conoces a todo dios y sospecho que además debes de ser muuuuuy listo. Intuyo algo de Pitagorín en tu estudiado aspecto. —«No, no, no, Violeta. Esto debería ser una velada amena. Rebaja el tono. Fuera sarcasmos». Definitivamente Vincent trastoca mi voluntad. En su presencia trasmuto de mujer cabal y sensata a soplapollos consumada. Y creo que no hay solución... Me inflamo sola cuando se aproxima. Afortunadamente él parece tomárselo a broma.

—¿¿¿Pitagorín??? Nadie me llamó jamás algo parecido. Definitivamente eres una delicia.

«Espero que no esté queriendo decir: definitivamente eres una payasa». Tras unos cuantos halagos más por su parte y otro par de Macallan por la mía el devenir de la conversación se ha suavizado. Yo me encuentro parlanchina y risueña, y en un arranque de sinceridad (sin duda, consecuencia directa de una incipiente melopea en sus albores) le confieso cuál es el auténtico propósito de mi viaje: saber más sobre mi abuela. Semejante revelación implica confesarle el reciente descubrimiento sobre quién es mi verdadera familia biológica: los Austen.

Al fin y al cabo, fue precisamente Kate la que nos presentó a ambos hace un lustro en Marbella. Sé que él congeniaba con mi abuela y que ella sentía debilidad por Vincent: hablaba maravillas del monumento que ahora contemplan mis ojos con cierta picardía —Miguel Ángel hubiese cincelado mármol siguiendo los patrones del torso del francés de haber sido coetáneos—. Incluso creo recordar que mi abuela llegó a insinuarme en más de una ocasión la fabulosa pareja que formaríamos si nos decidiésemos a copular. ¡Ay, Dios! ¡En qué estaré pensando! Kate me animaba a que nos planteásemos salir juntos en alguna ocasión. Salir, no copular... Esa extraña idea del fornicio se le ha escapado a mi retorcido subconsciente. El alcohol. Sin duda es el efecto de las burbujas trasteando a su antojo por mis vasos sanguíneos.

—¿Y has encontrado lo que has venido a buscar, Violeta?

—Me acerqué a conocer la mansión familiar, Austen House. Está aquí al lado, entre Cambridge y St. Ives.

—La conozco. Alguna vez he visitado allí a tus parientes junto a mis padres.

—Ha sido emocionante, aunque no he llegado a entrar. No me he atrevido. Una mezcla de miedo e inseguridad, supongo. De momento no me planteo llamar a esa puerta. Más adelante, ya veremos... Charlé durante toda una tarde con la que fue secretaria de mi abuela durante más de veinte años. Fue gratificante y revelador. ¡Menuda señora! Fuerte como un roble y adicta a la Premier. Imagínate que le he prometido un par de entradas para presenciar un partido de Champion en el Bernabéu...

Vincent sonrío mientras me observa con esos ojazos verdes que soy incapaz de descifrar. Como no se manifiesta, solo posa sus pupilas con insistencia sobre las mías, yo continuo parloteando a mi ritmo. El champán



parece diluir el efecto bloqueo que siempre me acompaña cuando me encuentro junto a Moliere.

—Y he descubierto que sobre su conciencia pesó hasta el fin de sus días un absurdo sentimiento de culpabilidad por la muerte de mis padres. Él conducía su coche la noche en la que se estrellaron contra un árbol. ¡Ah! Y parece que durante sus últimos años a mi abuela le rondaba una extravagante inquietud: encontrar un supuesto tesoro familiar...

—No deberías hablar tan ligeramente de hipotéticos tesoros con semidesconocidos —me reprende con severidad Vincent—. Tú y yo nunca hemos llegado a intimar, a pesar de que nos merodeemos en citas sociales. No todo el mundo es de fiar, Violeta. Además, la gente está muy necesitada de dinero. Y de aventuras. Y de notoriedad. De cualquier cosa que aporte pimienta a sus anodinas vidas. Incluso aunque convivan con la riqueza, la codicia humana no conoce límites. Es una bestia hambrienta e insatisfecha que siempre quiere más.

—Podía tratarse de una fantasía, de una pista errónea, quizá tan solo de algún objeto extraviado que para ella tuviese gran valor sentimental y por eso lo denominase como su tesoro. —¡Ay, Dios! Parezco Gollum en *El señor de los anillos*: su tesorooooooooo....

Estoy intentando justificarme ante él para amortiguar lo que parece una reprimenda. Vuelvo a sentirme ridícula en su presencia. Pequeñita, pequeñita... Y a todo esto, ¿por qué me está abroncando este tío por un asunto que ni le va ni le viene? Pero qué bien le sienta el ceño fruncido. Ainsssssss.



La melodía hortera que he programado como sintonía de llamadas me despierta. Boooooommm. Boooooommm. Mi cabeza está claramente perjudicada. Los pinchazos sincopados en la nuca me advierten con crudeza que la mezcla de champán con Macallan no es acertada para conseguir un bonito despertar. Si buscas unos «buenos días» ásperos, entonces sí resulta altamente recomendable seguir el guion de las consumiciones que me tomé anoche. Un inciso que no exculpa, pero atenúa: el motivo de mi ingesta de

alcohol nada tiene que ver con una quiebra de mi voluntad ante los encantos del espumoso y del brebaje ambarino. Se trata de la inseguridad que me provoca la cercanía de un pibón monumental. Raro, raro. ¿Será que ese tío me pone? Otra explicación no encuentro para mi titubeante comportamiento en su presencia, cuando al resto de los lechuguinos de similar corte y confección los toreo por chicuelinas. Y por norma.

Destierro semejante idea de mi testa como si del Anticristo se tratara. El galán Moliere debe de contar con un colosal plantel de bellezotes a su disposición. Si sucumbiese a la llamada carnal, yo me convertiría en el número un millón entre sus conquistas. Aunque poco se sabe acerca de sus amoríos: la discreción extrema rodea su intimidad. O eso, o que remunera con generosidad a las beneficiarias de sus revolcones para mantener bocas cerradas.

A pesar de portar un físico que incita a ser catado hasta el desfallecimiento y de que la velada de anoche fue agradable —hasta que él me riñó por parlotear sin precaución sobre historias infantiles de cofres del tesoro—, sigo convencida de que Vincent tiene un doble trasfondo. Un tipo tan perfecto no tiene cabida en una sociedad defectuosa: podría pasar por un holograma de diseño en vez de por un mortal de carne y hueso. ¡Ah! Y creo recordar vagamente que me ha invitado a cenar. Lo que no recuerdo es cuándo ni dónde... Los *warning* que advierten peligro se iluminan en la profundidad de mis entendederas.

Pulso por inercia el botón de respuesta del móvil sin mirar siquiera qué nombre está parpadeando en la pantalla.

—¡Buenos días, *cuore*! Repite conmigo ¡qué bueno eres, qué bueno eres, pero queeeeeee bueno eres! ¡¡¡Eres bueno, redíos!!!

Silencio por mi parte. ¿Quién es el mamón que me grita disparates en una mañana de espeluznante resaca?

—¿Hola? ¿Violeta? ¿Estás ahí? ¡Holaaaaaaaa!

¡Ahhhh! Reconozco la voz. Es Marc Ribó. Intento parecer despejada. Esta llamada me interesa.

—¡Hola, Ribó! ¡*Good morning* desde la capital británica!

A pesar de mi enérgica respuesta, algo debe fallar porque Marc se burla sin compasión de mi perjudicada voz. Parece que a estas horas los bufidos que

emito emulan a la perfección el timbre de los cazallaadictos.

—Alguien pasó una divertida nocheeeee... O bien te implantaron unas nuevas cuerdas vocales con el tono apropiado para doblar pelis serie B de zombis mutantes.

—Joder, Ribó. Eres perro viejo.

—Y aunque fuese un tierno cachorrito. Tu voz te delata. ¿Fiesta de tiros largos? ¿Juerga demoníaca? ¿Madrugada de mordiscos y pasiones?

—Ni lo uno ni lo otro ni lo de más allá. Una mezcla explosiva: champán y whisky de malta. A las once y media estaba en la cama. Con acompañante excepcional: una almohada pija, enorme y mullida de las que ofrecen en el menú del Savoy.

—¿Qué planazo, oye! Ya que te da por jugar a los alquimistas mezclando alcohol en probetas con forma de copa, al menos diviértete, Violeta, coño.

—Si los previos tuvieron su morbo, oye. Inauguración de una exposición en la Saatchi con Corinna Larsen de atrezo, paseando su altanería recauchutada y esos morros extra XXL. ¿Qué te parece?

—Jajajaja jajajaja ¿Corinna, Corinna? ¿La amiga entrañable?

—La misma.

—¿Y qué ocurrió entonces? ¿La visión de la rubia te impactó tanto que te diste a la botella?

—¿Qué va! Simplemente acabé la velada en el American Bar, el del Savoy, de palique con otro de los invitados. Nada excitante.

—¿Español?

—No, francés. Seguro que lo conoces: Vincent Moliere.

Ahora el silencio se traslada al otro lado de la línea.

—¿Marc? ¿Sigues ahí?

Carraspeo. Más silencio. Mi interlocutor al fin da señales.

—Ya. Moliere. El sueño erótico de toda señora hecho carne. Que tiemble *Cristóbal* Grey y el tambor de su lavadora. Algo estirado, pero he de reconocer que si yo no fuese hetero hasta la médula ese maromo me gustaría hasta a mí... ¿Y dices que solamente te acompañó la almohada esta noche?

—Pero qué entrometido que es Ribó, oigan... Tras un par de Macallan por mi parte y un par de aguas con gas por la suya, me acompañó al ascensor, pulsó el botón, me dio las buenas noches, juntó talones al estilo militar, dobló

espina dorsal, tomó mi mano y la besó con suavidad. A eso se redujo lo que tu mente calenturienta ya está visualizando como polvo intergaláctico con el *gentleman*.

—Vale, vale, mea culpa.

—¿Lo conoces?

—Por supuesto. Es uno de los más destacados coleccionistas contemporáneos a cuenta del patrimonio familiar. Su padre fundó un próspero emporio industrial en Francia y países limítrofes como Benelux. Acero, energía y telecomunicaciones. A modo de detalle exótico creo que también pueden presumir de dárselas de terratenientes en países tropicales: son dueños de varias plantaciones de café. Vincent se desenvuelve con pericia en el ámbito empresarial, parece ser que han delegado en su talento el manejo de los negocios familiares en el Medio Oriente. Pero destaca, por encima de todo, por ser un crack en el mundo del arte. Compra bien, es una eminencia mundial en pintura del siglo XX y ejerce un mecenazgo internacional en numerosas universidades y escuelas de arte. Por supuesto, resulta imposible obviar que la cercanía de sus huesos hipnotiza a toda dama que tenga el placer de coincidir con Moliere.

—Jajajaja... ¿Noto cierto resquemor en tus últimas palabras, Ribó?

—Es que los hay suertudos, joder. Lo tuvo todo al alcance de su mano desde el día que nació. Luego estamos los gilipollas que tenemos que ganarnos la vida, soportar jefes cretinos, comernos marrones a diario e intentar pelear de barra en barra por un mísero polvo del que ni siquiera podemos predecir si será satisfactorio. Pero no me cae bien.

—Mmmmm, interesante. ¿Y eso? ¿Por qué no te cae bien Moliere?

—No sabría decirte. Es un tipo con el que no me iría de copas. Aunque no me hagas caso: el motivo puede ser que jamás mojaría el churro con ese maromo como compañero de correrías nocturnas. ¿Qué churro? A su vera ni siquiera me llevaría un terrón de azúcar a la boca como premio de consolación. Los tíos sentimos celos de los que son mejores que nosotros.

—Supongo que no me has llamado para que departamos largo y tendido sobre las desventuras del bombón francés.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, has oído bien. Bombón francés. Lo llamo jodido bombón francés.

La carcajada descomunal de Marc lastima mis perjudicados sentidos. Aunque me espabila su sarcasmo de rigor: «Ten cuidado, Violeta Velarde, porque los bombones tienden a derretirse en la boca».

—Bien, pues dejando de lado las chocolatinas macizas, te llamo porque he hablado con unas cuantas personas acerca de tu abuela. Podría enrollarme diciéndote que me he empleado a fondo, que he desarrollado un arsenal de técnicas detectivescas, que he sobornado a agentes encubiertos de la CIA y no sé cuántas trolas más. Pero lo cierto es que no me ha costado nada en absoluto. En el cogollito del pedigrí europeo, Kate era una celebridad, especialmente durante la década de los ochenta y los noventa. Contactos y conocidos de toda índole, mecenas, pintores, escultores, galeristas e incluso periodistas, coincidieron con ella a lo largo de los años. Y casi todos la recuerdan con claridad. Si te parece cuando regreses a Madrid comemos un día y te cuento detalles. Aunque te adelanto que a grandes rasgos se trata de información que ya conoces: elegancia sublime, porte aristocrático, refinamiento extremo, oratoria culta, inteligencia notable... Y muuuucha pasta que gastar y buen ojo para hacerse con obras célebres y piezas de valor. Pero hay dos detalles que sí me han llamado la atención. Puede que no sea nada relevante, pero al menos son curiosos.

—Cuéntame, Marc.

—Durante los años setenta y los ochenta viajó a Rusia con frecuencia. Seré preciso: en aquella época visitaba la Unión Soviética. El hijo de un embajador inglés de la época la recuerda porque acudía a la residencia diplomática de la capital soviética. Pero parece que con el cambio de milenio sus preferencias turísticas sufrieron un giro hacia el este.

—¿Y cuáles fueron los destinos prioritarios que eligió Kate a partir del año 2000? —Un cosquilleo me azota la espalda y mis nervios se tensan.

—Emiratos. Y en menor medida Arabia Saudí.

## Tercera parte

# LA JOVEN DE LA PERLA

«El arte no es una cosa, sino un camino».

ELBERT HUBBARD

*En algún lugar del Imperio otomano, cuatro años después*

Transcurrieron años de placidez y sosiego. Selma supo alzarse con una hegemonía intramuros sin apenas pronunciar una palabra más alta que otra. Manteniéndose alejada del avispero de problemas motivados por los celos femeninos, siempre presentes en el harén. Su capacidad de observación la iba guiando certeramente por el camino adecuado. Apreció desde el inicio, desde que la todopoderosa madre del sultán puso sus ojos en ella, que no contradecir y complacer a la Valide se volvía a su favor: gozaba de múltiples privilegios y de una existencia tranquila en la que nadie se atrevía a perturbar su rutina. Tales prebendas eran el resultado de una relación cordial y respetuosa con la verdadera reina de la corte.

Su convivencia con el resto de las mujeres era correcta, pero no íntimo con ninguna. Todas envidiaban su preciosura y las regalías que recibía, pero no la frecuentaban. Selma advirtió desde su ingreso en aquel utópico universo femenino que una amistad sincera y desinteresada era imposible de conseguir. Todas se consideraban rivales que competían por las permanentes atenciones de un único señor. Contaba por decenas los casos de jóvenes moradoras del harén imperial que un día eran inseparables y al siguiente se habían enemistado a causa de nimios detalles. Los chismes y hostilidades entre las féminas constituían la esencia de aquella residencia con barrotes de oro.

Sin embargo, había tomado verdadero cariño a una de sus sirvientas, una caucasiana de dieciséis años que sentía pura veneración hacia su señora. Anna, que así se llamaba la joven, entró a formar parte del servicio de Selma



dos años antes, cuando apenas había cumplido los catorce. Con aquellos mofletes generosos teñidos de rosa pálido y una sonrisa perenne en su rostro, aquella chiquilla espabilada y obediente le recordaba a su querida hermanita Ami. Quizá por ello la apreciaba tanto.

Proporcionar cariño y placer al sultán sin exigir nada a cambio —aunque los regalos de él se contaban por miles— había situado a Selma en una de las posiciones más elevadas entre las favoritas del harén. Un único obstáculo la privó de convertirse en esposa principal: Selma no había concebido un hijo, no había parido un heredero imperial. No hasta la fecha.

La Valide ya había perdido la esperanza, muy a su pesar, de que aquel primor de mujer, cuya belleza se incrementaba con el devenir del tiempo hasta resultar apabullante, pasase a convertirse en su sustituta. Solo las madres de los herederos del sultanato ostentaban tal privilegio. Sin embargo, continuaba proporcionando protección y honores a Selma de buen grado porque era consciente de que su compañía hacía muy feliz a su hijo. Su presencia cercana le calmaba de los pesares de la corte, a su lado su sonrisa era franca y espontánea, y los días en los que la plenitud de la luna ascendía por el horizonte, el sultán se convertía por unas horas en el hombre más dichoso de la Tierra. Ninguna madre se atrevería a privar a su hijo de instantes efímeros de auténtica felicidad por muy yerma que fuese la fémica con la que los compartiese.

También valoraba la Valide que la prodigiosa Selma, quien a sus veintidós años resplandecía como la más extraordinaria de las alhajas, nunca había dejado de ser una aliada fiel en las laberínticas intrigas del harén: una partidaria incondicional que jamás la traicionaría. Pese a contar desde hacía cuatro años con la más alta estima del sultán, lo cual la ubicaba en clara ventaja y en una situación destacada frente al resto de moradoras, jamás se inmiscuía en problemas, cuitas con otras ni cuestionaba la autoridad de la Valide, motivos suficientes para permitir que aquella hermosura mantuviese su estatus. Pese a tanta beldad, tampoco mostraba señales de altanería, soberbia ni engreimiento. Destinaba su energía vital a mantener un continuo aprendizaje sobre las disciplinas que más le encandilaban: lectura, poesía y danza. De vez en cuando también se entretenía bordando.

Selma se había resignado a aquella existencia entre algodones, a no tomar decisiones, a entregarse a la lectura de los clásicos, a recitar con maestría cientos de poemas, a danzar para el sultán, a recibir los más exóticos presentes de su parte, a aceptar con condescendencia sus versos de admiración, y a dosificar su ansiado contacto con el libre albedrío y la naturaleza una única tarde por mes. Hasta que un ocaso cualquiera, en uno de sus habituales paseos agarrada del brazo del sultán, admirando la puesta de sol y recreándose con el colorido estelar que provocaba el descenso del astro rey, sin ningún aparente motivo, solo porque brotó de su interior —sin premeditación alguna—, se sorprendió a sí misma con una espontánea petición cursada al sultán.

—Mi señor, ¿por qué son tan escasas nuestras salidas por el Bósforo? Desde que comenzamos este ritual hace casi un lustro, no hemos variado de costumbre: solo caminamos juntos extramuros una vez por mes. Y estas salidas nos relajan tanto a ambos...

—Porque mis compromisos no me conceden más tiempo para el asueto, querida niña. Tengo asuntos políticos que resolver y actos oficiales que atender a diario. Nada me regocijaría más que poder disponer de mi tiempo en exclusiva para compartirlo contigo. Para perdernos por bosques, arboledas, montañas y cordilleras o viajar allende mares. Como a ti te placiera. Pero no es posible. Las responsabilidades de mi linaje reclaman mi atención y plena dedicación.

—¿Y me sería concedido el deseo de transitar por estas praderas, aunque no sea en su presencia?

—Tú no eres mi prisionera, Selma. Si anhelas estos parajes, tuyos serán. Si tanto lo deseabas, ¿por qué no lo solicitaste antes? Cuando tú te sientes afortunada dejándote llevar por estos herbazales, yo también lo soy.

Las mujeres no tenían prohibido salir del serrallo por norma. Podían hacerlo acompañadas de eunucos y con el beneplácito de la Valide, conociendo en todo momento la motivación y el destino de dichas salidas.

—Incluso mi madre aceptará que disfrutes de estas excursiones campestres una vez por semana. La propia Valide podría acompañarte en alguna ocasión, ya que ella también parece gozar de la presencia de la joya más valiosa de su harén: tú, mi gacela.

Así pues, el sultán dispuso que además de sus evasiones conjuntas en busca de las noches hermosas de luna llena, Selma se regocijase por aquellos rincones silvestres que tanto amaba una vez cada siete días. Lo que nadie podía prever es que el verdadero destino de Selma acechaba tras una orilla cualquiera.

Saberse libre para corretear con más frecuencia sobre la hierba supuso una buenaventura en la vida de Selma. Era como retornar durante unas horas a aquellas tardes de libertad en los límites de su aldea natal, cuando perseguir mariposas moteadas suponía todo un acontecimiento. Nada había de extraordinario en pasear arriba y abajo, pero respirar aire puro, refrescarse los pies con agua helada, tumbarse sobre la hierba, sentir el tacto de las hojas silvestres florecidas, escuchar el zumbido de una abeja o perseguir con la vista la senda celestial de las nubes, elevó su ánimo hasta el nirvana. Sus ojos brillaban con más intensidad y una sonrisa incesante adornaba su rostro.

Siempre debía recibir el permiso de la Valide, y la compañía de un séquito reducido que la vigilaba y protegía era obligatorio en sus salidas. Pero a ella eso qué más le daba. En el harén también estaba bajo permanente observación, pero en un espacio resguardado por tres murallas, con ventanas cubiertas de celosías y una luz natural que solo llegaba a través de las claraboyas de los techos palaciegos, ubicadas cinco metros por encima del suelo. Los remeros del caique imperial, su eunuco de confianza, dos sirvientas y un par de guardias personales del sultán constituían la comitiva habitual.

En ocasiones se sumaba al grupo el jefe de los eunucos e incluso la misma Valide, la cual no comprendía del todo el afán de Selma por convivir con la flora y fauna salvaje. A fin de cuentas, los inmensos jardines imperiales ofrecían lo mismo que ella buscaba fuera con el añadido de disponer de cualquier lujo al alcance de su mano, y un ejército de esclavos entrenados para complacer cualquier súbito capricho. Pero como consideraba aquella una afición inofensiva, casi infantil, propia de una chiquilla asilvestrada, no se opuso a dar ese gusto a la bien amada de su hijo, a una joven que tanta dicha proporcionaba y tan poco pedía a cambio.

En ocasiones las sirvientas cargaban cestas de mimbres repletas de manjares tales como dulces del obrador de las cocinas del palacio, panes recién horneados, mermeladas artesanas, dátiles maduros, pastelillos de miel y

pistacho, sorbetes de violeta, fiambres... Selma extendía una alfombra sobre las riberas, bajo la sombra de cualquier árbol, para degustar almuerzos y meriendas camperas. Desde que pasó a formar parte del gineceo imperial hacía ya casi un lustro, jamás se había sentido tan complacida.

La mayoría del tiempo transcurría como siempre, intramuros, pero contar con la certeza de que cada semana volvería a navegar por el ancho cauce del Bósforo, o enfilando el pequeño río Göksu a la búsqueda de nuevos rincones bucólicos por descubrir, le embriagaba de una dicha similar a la que experimentaba siendo una niña.

Una calurosa tarde estival, el sultán quedó liberado de sus tareas a una hora más temprana de lo habitual. Sabedor de que Selma se encontraba disfrutando de su agreste escapada semanal quiso darle una sorpresa. Ordenó que preparasen otro de los caiques imperiales y salió en su busca. Se cruzaron por el camino, cada uno en su propia embarcación, pero navegando en dirección contraria: Selma retornaba ya a palacio y el sultán acababa de salir a su encuentro. Con la espontaneidad que caracterizaba a Selma cuando se encontraba alejada de la estricta rigidez del harén, se acercó a la proa para saludar de cerca a su señor. Casi podían rozarse con las yemas de los dedos. Su espléndida esbeltez quedaba enmascarada por capas superpuestas de organzas.

Ella intentó estirarse un poco más para acariciar las manos del sultán, cuando un precipitado movimiento oscilante del agua empujó a la embarcación hacia adelante haciendo perder a Selma el equilibrio. Ella cayó al agua. El sultán creyó enloquecer con la sola idea de que su linda gacela pudiese resultar lastimada.

—¡¡¡Al agua, mis hombres!!! ¡¡¡Rápido, sin demora!!! ¡¡¡Suban a bordo de inmediato a la dama imperial!!!

Selma sabía nadar, aprendió a temprana edad en el riachuelo de la aldea, pero el peso de los ropajes y la superposición de gasas y velos dificultaban en demasía las brazadas. Tragando agua y esforzándose en el impulso, estaba a punto de alcanzar el casco de su goleta por sus propios medios cuando sintió alrededor de su cintura el empuje de unos brazos hercúleos. Un soldado de los que viajaba en la embarcación del sultán se había tirado al agua para rescatarla. En cuestión de segundos había alcanzado a Selma y en apenas un

par de rápidos movimientos consiguió devolverla a la cubierta de su embarcación.

Tumbada sobre el suelo de terciopelo bordado en hilos de oro, jadeante, empapada desde la cabeza a los pies, desprovista de sus velos que ahora flotaban sobre el Bósforo y algo aturdida por la rapidez con la que se había solventado el suceso, Selma levantó la vista. Lo que vio le produjo una sacudida, una agitación desconocida para ella.

A escasos centímetros de su rostro descubierto, un joven de singular atractivo, piel tostada, pómulos marcados, hoyuelo en el mentón y unos profundos ojos negros la observaba casi tan atónito como ella a él, clavando su mirada en la enorme perla incrustada en la diadema que adornaba la frente de Selma.

Minúsculas gotas resbalaban por su rostro varonil, mojaban un pelo lacio y moreno, y unos brazos vigorosos, bien formados, sostenían aún la estrecha cintura de la recién rescatada sirena. Fueron apenas unos instantes, ya que el soldado se retiró de inmediato: pese a lo gallardo de su comportamiento, recibiría un severo castigo si continuaba observando la cara descubierta de la favorita del sultán.

Selma se sintió mareada por motivos ajenos al sobresalto causado por el remojón. El tacto de esos brazos masculinos sobre su piel empapada y el cruce de miradas intensas con aquel desconocido de inquietantes ojos azabache provocaron una revolución en su, hasta entonces, adormecida esencia de mujer. Una conmoción bailando desde su cabeza hasta los pies, un cosquilleo trepidante recorriendo acompasado sus extremidades, un calor desbocado procedente de las entrañas, un agradable hormigueo punzante alrededor de su ombligo, pupilas dilatadas, mejillas sonrojadas y una presión extraña se apoderaron de su cuerpo alterando su voluntad. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Acaso el contacto con las frías aguas del río le había provocado una visión?

Selma se dio cuenta de que aquellas sensaciones incontenibles no se habían producido por haberse sumergido accidentalmente en las corrientes del río. Solo afloraron desde lo más hondo de su ser cuando se sintió observada por el joven más apuesto que sus ojos hubieran conocido y la piel de ese bravío soldado rozó fugazmente la suya.

¿Se trataría tal cúmulo de sensibilidades de aquella sensación de deleite que referenciaban con ardor las eruditas que la instruyeron en el arte del amor?

He regresado ya a Madrid. Atrás quedaron las tierras británicas y una promesa que me he hecho a mí misma: debo volver a la tierra de los Austen. Mi tierra. Al fin y al cabo, ahora resulta que soy española de corazón e inglesa de nacimiento. Mi vida se ha puesto patas arriba a los treinta y cinco, pero creo que lo sobrellevo con dignidad; diría que hasta con cierto humor. Afirman los sabios que la risa es otro modo de conocer la realidad. Puede que con veinte primaveras tanta verbena emocional hubiese devastado mi equilibrio interior. Pero atravieso una edad en la que se presupone que domino mi alma, corazón, mente y psicología... O al menos lo intento. Aunque por mucho empeño que yo ponga, he de reconocer que no soy indemne al impacto de los afectos genuinos. Estoy haciendo frente al apasionante desafío de rastrear las huellas de mi existencia.

La primera tarea pendiente que debo acometer tras volver de Londres es almorzar con Fermín para ponerle al día sobre mis correrías por el condado de Cambridgeshire. La segunda, finalizar la mudanza y trasladarme —por generosidad de lady Catalina Austen— a mi nuevo hogar: el ático de las Salesas. La tercera tarea no sé si es capital, pero sí algo perniciosa: debo acudir a una cena con Vincent. ¡Ay, Dios! ¿Por qué me ha salido Vincent, su nombre de pila, en vez de mi apelativo corrosivo para referirme a él? Esto es un claro signo de debilidad por mi parte. ¡Mecachis! Cuando mi cabeza se despejó tras aquella noche de mezclas alcohólicas puñeteras, recordé lo que me propuso:

—En dos semanas pasaré cuatro o cinco días en Madrid. El tedioso papeleo y un par de reuniones me mantendrán allí prácticamente durante toda

la semana. ¿Estarás en la capital por entonces? ¿Te apetecería compartir una cena para dos? Tú y yo...

Y servidora, en plena exaltación de las burbujas, aceptó entusiasmada en vez de mostrarse indiferente ante su invitación. Que es lo que debiera haber hecho: apartarme de la tentación. Me comporté como una de tantas: rendida a sus despampanantes encantos a la primera de cambio. En fin, la suerte está echada. Veremos.

Desde que piso el último escalón de la escalera que da acceso al salón principal de La Lonja del Mar, puedo apreciar los exagerados aspavientos de Fermín con los brazos para llamar mi atención. Sentado en su mesa favorita, la del fondo que da a la ventana, su cara se ilumina al verme. Según me acerco no puede contenerse, se levanta para darme besos, abrazos y achuchones. Por partida triple. ¡O cuádruple! Pierdo la cuenta de sus muestras de cariño.

—Mientras te esperaba he pedido una botella del tinto que tanto te gusta, unas anchoas del Cantábrico, un plato de buen jamón y una ración de salpicón de marisco para ir abriendo boca.

—¡Y yo me he permitido el lujo de traerte este regalo británico! —Le entrego un paquete cuidadosamente embalado que contiene una litografía que compré en la tienda de la Saatchi; a ambos nos encantan los recuerdos que venden en las tiendas de los museos—. Por cierto, con lo que has pedido de aperitivo será más que suficiente.

—Que tú eres de buen comer, hija. En cuanto te metes en faena engullas como un mocetón de dos metros y cien kilos.

Tras reír su ocurrencia y darle la razón, soy una glotona insaciable, picamos con gusto todo lo que nos han servido sobre la mesa —cuanto más viajo, más admiro la gastronomía española y nuestras costumbres— y comienza el tercer grado. Que si ha resultado agradable el viaje, que si me he alimentado bien, que si me han tratado como a una reina en el Savoy, que si saludé a Charles de su parte, que qué tal la exposición, que si visité la mansión Austen, que si estoy satisfecha con lo que voy descubriendo... Le pregunto por la señora Robinson, para mí, sin lugar a dudas, el gran descubrimiento de mi excursión británica.

—¡Menuda sorpresa me llevé con la secretaria de Kate! ¡Es que no puedo imaginar a mi abuela trabajando codo con codo con la oronda amante del



fútbol inglés y adicta al fumeteo en pipa!

—Ya sabes que a veces el antagonismo entre dos humanos favorece la convivencia. ¡La atracción de los polos opuestos! —responde un jovial Fermín mientras coge al vuelo la última anchoa y pide al camarero un rodaballo asado a las brasas de encina para compartir.

—¿La conociste?

—Coincidí con ella en alguna ocasión cuando yo viajaba a Londres. He de decirte que hace quince o veinte años ni estaba tan rolliza como afirmas ni recuerdo que hablásemos de fútbol. Solo soy consciente de que Catalina la tenía en alta estima en lo que a efectividad y compromiso en el trabajo se refiere. Confiaba mucho en ella.

—Así debió de ser. Mi abuela la siguió frecuentando hasta el final. Le obsequiaba con pipas artesanas que compraba para ella en los países que visitaba y también con regalos para sus hijos.

—Siempre te he dicho que el altruismo de Kate tenía las puertas muy anchas.

—Y te voy a contar una cosa de lo más curiosa: algo que me confesó la señora Robinson tras unas cuantas horas de entretenida charla y que llamó mucho mi atención. En las últimas ocasiones en las que se vieron, mi abuela andaba rumiando sobre un supuesto tesoro familiar.

¿Estoy equivocada o creo haber percibido un leve sobresalto en el rostro de Fermín? Joder, las reacciones de los interlocutores son extrañas cuando pronuncio la palabra tesoro: Moliere me riñe, Fermín parece haber dado un respingo... Claro, que siendo sincera y poniéndome en la piel del otro, si alguien de mi entorno me cuenta vaguedades sobre antepasados tras la pista de posibles tesoros perdidos, con toda seguridad soltaría una carcajada. Suena a argumento de peli Disney, *best seller* literario ideado para vender a tutiplén, fantasías infantiles...

—Las residencias de los Austen, especialmente la centenaria mansión del condado de Cambridgeshire que acabas de conocer, constituyen pequeños museos en sí mismos por la cantidad de obras de arte que albergan. Las joyas familiares de los Austen datan de siglos atrás, algunas pertenecieron a personajes de los que se estudian en los libros de historia... ¡Catalina siempre estuvo rodeada de tesoros, mi niña!

Es la única respuesta que obtengo de Fermín acerca de las indagaciones de Kate. Obvia el tema, y el resto de las conversaciones del almuerzo se centran en las anécdotas y detalles de mi viaje. La hora del café la dedicamos a charlar sobre nuestra tienda de antigüedades y a organizar una tarde de compras para que mi padre renueve su vestuario. No le resulta una tarea grata, así que siempre lo acompaño cuando tiene que ir al sastre y a El Corte Inglés de caballeros de Serrano.

Segunda tarea, mi nueva vivienda casi está lista para ser habitada. Apenas me atrevo a cambiar nada y sería un sacrilegio hacerlo. Respeto la estética de mi abuela, el buen gusto es su seña de identidad, y he decidido que la decoración y el mobiliario permanecerán prácticamente igual a como los dejó Kate. También es una manera de honrar su memoria y de conservar parte de su esencia en el que se va a convertir en mi hogar. De mantener presente a mi abuela en mi nuevo refugio vital.

Tan solo he encargado una mano de pintura general, un nuevo plato de ducha en uno de los cuartos de baño, dos aparatos de aire acondicionado más potentes, el traslado de mis objetos personales, de mi amplio ropero y toda la parafernalia electrónica e informática: ordenadores personales, iPad, *tablets*, instalación de fibra óptica... Mañana pasaré allí mi primera noche. Me conmueve comenzar una nueva etapa gracias a la generosidad de mi abuela. ¡Cómo me hubiese gustado compartir con ella el caos de la mudanza! O mi primera cena en el ático, el ritual femenino de ordenar el vestidor, encender juntas las brasas de la chimenea, desvelarnos confidencias frente a los ventanales, brindar con un Rioja en tardes lluviosas... Cómo aflige la maldita nostalgia de lo que no se ha tenido.

Jamás hubiese soñado con ser propietaria de un ático en mi barrio favorito, en un edificio señorial, con balcones a la calle, tres amplios dormitorios —el principal con un vestidor ideal para las adictas a la moda—, dos baños, un aseo, salón con chimenea, enorme comedor, despacho recubierto de maderas nobles, cocina propia de una revista de decoración y una terraza con cenador. Por si semejante regalo no fuese suficiente, casi es mejor lo que este palacio en miniatura esconde en su interior: un cuadro flamenco, *La primavera*, del círculo de pintores de Rubens, que se vendió precisamente en Madrid, en la feria de Almoneda, por doce millones de pesetas en el año 97,

una *chaise longue* victoriana, jarrones de la dinastía Ming, un bargueño castellano del siglo XVI, tres grabados firmados por Dalí y una primera edición de *El Quijote*. Casi estallo en lagrimones al tocarla. Aunque el libro que salió del taller no es ninguna obra maestra, responde al nivel medio —más bien bajo— de la imprenta española de la época, como objeto de culto es una reliquia. El papel utilizado fue el del monasterio del Paular y la letra una «atanasia» de cuerpo doce; la tirada pudo ser de entre mil quinientos y mil setecientos cincuenta ejemplares. En el mercado esta primera edición podría alcanzar más de doscientos mil euros, pero tendría que estar muriéndome de hambre para deshacerme de ella.

Pese a toda la belleza y el arte que me rodean, lo que realmente me sobrecoge es que cada objeto y cada uno de los detalles acumulados en esta casa formaron parte de la vida de Kate. Los eligió entre miles por algún motivo y la acompañaron en sus estancias en la capital. ¿Por qué seleccionó cada una de las obras que decoran estas paredes? ¿En qué momento las hizo suyas? ¿Qué recuerdos me desvelaría si ella estuviese ahora conmigo? Tendré que aprender a convivir con la congoja que conlleva extrañar lo desconocido. Hay respuestas que reposarán para siempre en el desván de la memoria perdida.

No recuerdo a Kate luciendo encima semejantes tesoros, pero en el dormitorio principal también hay una caja fuerte que contiene joyas que le pertenecieron: he echado un vistazo rápido y guarda varias gargantillas, pendientes, anillos, algún brazalete, una tiara y un par de relojes. Todos llamativos y ostentosos, engarzados con piedras preciosas de muchos quilates. Lo cierto es que no he prestado demasiada atención a las alhajas porque este tipo de aderezos, ideales para acudir a una boda real o para posar presumiendo de joyones en portadas del petardeo rosa, no me vuelven loca. Aunque soy consciente de que una pequeña fortuna descansa en esa caja.

Todas mis atenciones han recaído en el mobiliario de época y en las pinturas originales. Deformación profesional... Y en algunas fotos enmarcadas, esas sí que constituyen un verdadero tesoro para mí: una de la boda de mis padres —¡mi padre era un auténtico bellezón, no me extraña que mi madre cayese rendidita a los encantos de ese cuerpazo y de una mirada demoledora!—, varias de Charlotte, mi madre, en diferentes etapas de su vida,

de mí misma siendo un bebé regordo junto a diferentes miembros de la familia, de Kate y yo compartiendo numerosas celebraciones, otra en sepia de mis abuelos en lo que parece ser una fiesta de sociedad de antaño...

Esta colección de fotografías no conforma un paquete de recuerdos familiares al uso: transforma en tangibles los retazos de un pasado hasta ahora etéreo. Va a suponer una piedra angular en lo que me quede de vida. Es un hilo conductor que me guía hasta una meta retrospectiva, la de mi concepción. Estas imágenes, algunas en blanco y negro, la mayoría en color, han dibujado ante mis ojos el rostro de mis verdaderos padres: Samuel y Charlotte, Charlotte y Samuel, jóvenes, entusiastas, sonrientes, aventureros, cómplices, profundamente enamorados... Qué curiosos son los mecanismos de la mente humana. Durante mis treinta y cinco años he mantenido una coraza sobre mi verdadero origen. Para protegerme de los interrogantes que acarrea lo desconocido. Para sentirme a salvo de la añoranza que conlleva unos lazos de sangre vacíos. Y ahora, unas instantáneas inanimadas, un hogar y las pertenencias de los míos están removiendo mi alma.

Y todavía quedan unos cuantos cajones y armarios para seguir escarbando en el pasado. Lo haré a conciencia cuando me instale. Seguro que encuentro más imágenes y cachivaches que revelarán otros detalles íntimos del ayer de mi familia biológica.

Y ahora toca enfrentarse a la tercera tarea pendiente tras mi regreso. Embrollo lo denominaría yo. O directamente marronazo... A ver, Violeta, llámalo por su nombre, venga ya. Cita, se trata de una cita. C-I-T-A. Y me pongo a hablar sola conmigo misma frente al espejo para intentar combatir la incertidumbre que Moliere me provoca.

—Un portento te ha invitado a cenar y tú has aceptado. Otra cosa es que te cueste afrontarlo porque don perfecto, tu anfitrión, altera tus nervios, desconfías de su monumental estampa solo Dios sabe por qué, y a su lado no te sientes la tía segura, convincente y con aplomo que acostumbras a ser con cualquier otro.

Así me encuentro a escasas veinticuatro horas de la dichosa cena: peleando con mi sombra por culpa del jodido bombón. Y lo que me queda...

El arma de destrucción masiva me alcanza de lleno en forma de llamada telefónica cuando el pretendiente teclea su pantalla táctil de ultimísimo

modelo para comunicarme dónde ha decidido que compartamos mesa y mantel: en la suite real del hotel Villa Magna. El madelman tiene los cojones como sandías. Si eso no es una muestra de aplastante fe en las posibilidades de uno mismo y una incitación directa al fornicio por la vía rápida, que vengan los angelitos a iluminarme.

Que ha pensado que estando a su disposición una de las mejores suites de Madrid —allí pernocta en sus estancias en la capital—, para qué dejarnos caer por cualquier otro local. Que contando con el atento servicio de un hotel gran lujo, para qué compartir atenciones con los otros taitantos comensales de un restaurante cualquiera. Que ofreciendo la susodicha suite una de las mejores terrazas privadas de la Castellana, para qué buscar algo menos exclusivo. Que si semejante idea no me apetece, no tengo más que decirlo y reserva donde yo le diga. Que si bla, bla, bla...

—¡Vale! ¿Por qué no? La cocina del Villa Magna es fabulosa y puedo ir caminando desde mi nueva casa. Apenas veinte minutos de agradable paseo nos separan.

Naturalmente está hablando de nuevo la Violeta gallito en vez de la Violeta racional. Si mi anfitrión se las da de *soy el rey del mundo y el emperador del mambo*, pues yo no voy a ser menos. ¿Desde cuándo me va a intimidar a mí un tío? Si hay que cenar en su suite, pues se cena. Si hay que meterse en la boca del lobo... pues no sería la primera vez que una linda Caperucita se zampa al lobo feroz. De un bocado. Sin contemplaciones.

Así es como me encuentro en las horas previas a la velada: con un apoteósico cacao mental. Mientras tanto, por si no tuviese ya bastantes frentes abiertos, otro dilema comienza a acecharme. Me refiero al dramón que supone decidir qué mierda me voy a poner encima para la velada... Yo nunca suelo dedicar más de dos minutos a semejante menester y hoy no sé ni cómo enfocar el estilo del atuendo. *Dress code* lo llaman los esnobs.

—¿Formal? ¿Informal? ¿Arreglada? ¿Sexy? ¿Arrebatadora? ¿Sensual? ¿De trapillo? ¿Vulgar? ¿Monacal? Si voy de tal manera se va a pensar esto, si voy de esta otra imaginará lo de más allá, si luzco así puede equivocarse, si luzco *asao* dará pie a malentendidos... A tomar por saco: no voy a perder ni un minuto más con esta gilipollez. ¿Desde cuándo tú, Violeta Velarde, afrontas una ansiedad ciclópea motivada por un tío? Un puto tío. Por el amor de Dios,

que ya estás crecidita, experimentada, y el cosmos viril lo dominas con cierta destreza. —Cuando estoy inquieta me da por hablar sola y en voz alta.

Vaqueros, camisa blanca, zapato plano, cola de caballo alta y la cara completamente lavada. Ni una gota de maquillaje. Ni una pizca de simple *gloss*. ¡Ah! Y ropa interior blanca. De algodón. La lujuria desatada no va a tener cabida esta noche. Mi aspecto grita al mundo, bueno, a Moliere, «me importa un rábano esta cita, cena, reunión o lo que sea; he aceptado por pura cortesía». Claro que una nunca sabe calcular hasta qué punto sus predicciones tornarán a erráticas. Sobre todo, cuando entran en juego parámetros que la racionalidad no puede controlar.

Camino hacia el Villa Magna. Dejo atrás las calles castizas de Chamberí. Cruzo la Castellana. Me adentro en los dominios del hotel. Un señor uniformado de rostro amable me abre la puerta principal. Piso mármol sin garbo ni salero —a estas alturas estoy acojonada, para qué negarlo—. Me introduzco en el ascensor. Pulso el último piso. Lo alcanzo. Respiro muy despacio, una, dos y hasta cien veces. Avanzo por el largo pasillo en modo piloto automático. He llegado a mi destino —joder, parezco un GPS—. Golpeo la puerta de la suite real. Me abre un mayordomo. Observo el panorama: un fastuoso ático de doscientos noventa metros cuadrados espera por mí.

Amplio salón con un piano de cola en el cual ¡¡¡un pianista!!! ya está tocando sonatas clásicas, un comedor privado con una mesa vestida para dos, una cocina en la que un chef da los últimos retoques a las viandas que estamos a punto de degustar —huele de maravilla—, dos camareros y un sumiller preparados para atendernos, dos dormitorios —paso de largo sin ni siquiera ojear, las camas son mi anticristo particular por esta noche—, un despacho, dos espléndidos cuartos de baño, un área *fitness* y *wellness* con baño turco. Y una terraza privada de 120 metros cuadrados —con majestuosas vistas sobre el corazón capitalino— en la que han instalado una coqueta barra con barman incluido como guinda del pastel. ¿El que vive permanentemente sobre ella sabe (y aprecia) lo que significa estar en la cima del mundo?

Y un zasca en todos los morros cuando asoma la cabeza el que podía alzarse con el título de míster universo sin pestañear. «Esto es un castigo divino, no me puede estar pasando a mí, debí ser un asesino en serie en otra

vida, el sádico destripador de York, tal vez...». Vaqueros, camisa blanca, calzado informal. Así se presenta ante mí. Parecemos gemelos ataviados de idéntica guisa. O lo que es peor. Dos panolis recién salidos de un posado de revista del colorín. De las que se caracterizan por la abundancia de contenidos redaccionales sesudos entre sus páginas.

Vincent sonrío al observar mi aspecto. ¿O está sonriendo por verme a mí? Es igual. No hace comentario alguno sobre la coincidencia de indumentarias y me guía hacia la terraza que toda mujer soñaría tener.

—Me he permitido el atrevimiento de hacer subir una botella de Macallan, Oscuro, de 1824, por si quieres tomar un aperitivo o una copa en la sobremesa. Pero también puedes pedir cualquier otra bebida que te apetezca, esta barra tiene de todo: cerveza, vermú, vino, champán... O tu cóctel preferido: Mario es un excelente barman y sus creaciones se encuentran entre las más laureadas de España.

—Te lo agradezco. Un agua con gas estará bien.

«¡¡¡Tomaaaaaaa!!! Esta por Londres y el American Bar. Te la devuelvo».

—Perfecto. Un agua con gas para la señora y un Macallan Oscuro en vaso bajo con dos hielos para mí.

«¿Einssssss? ¿Pero esto de qué va? ¿De competir a ver quién de los dos es más gilipollas? Mira que precisamente en eso te puedo llevar mucha ventaja, monsieur Moliere...».

—También me he permitido otra osadía: ya he elegido el menú. Creo que será de tu agrado, pero si lo prefieres, el chef puede cocinar cualquier otra cosa para ti. O encargamos los platos a uno de los restaurantes del hotel y nos cocinarán lo que elijas de inmediato.

—No te preocupes. Me gustan todos los tipos de cocina. Así que cenaremos tu menú.

—He preferido la gastronomía sencilla, espero haber acertado. Encargué los mejores tomates cuarentena para degustarlos con sal del Himalaya. —«Bien, soy adicta a los tomates y los cuarentena me pierden, son un lujo»—. *Dim sum* del Tse Yang de distintas variedades: langostino y cola de bambú, pollo con trufa, langosta con jengibre, salmón con huevas y pato con boletus —«estoooooo, ¡yo adoro el *dim sum*!»—, y, por último, como plato principal, el chef está cocinando pasta fresca con marisco: almejas y gambón rojo.

—«Joder, ¿¿¿esto es una broma con cámara oculta??? ¡¡¡Las cenas a base de pasta marinera me resultan románticas!!!»—. Como acompañamiento del plato principal he seleccionado un vino blanco de Abadía Retuerta.

«Ayyyyy, Diosssss. ¡La pasta marinera regada con un vino blanco fresquito es lo más! Y el Abadía Retuerta es mi blanco español preferido».

Creo que mi cara se ha vuelto pálida. Albina como la de Copito de Nieve. Lechosa. Nívea. Me estoy volviendo traslúcida. No puede estar ocurriendo. Esto es una broma. Que sí, que hay una cámara oculta y ahora sale cualquier mamonazo, flores en mano, clamando ¡¡¡inocentona!!! No puede ser casualidad. La pasta con marisco acompañada por un buen vino blanco siempre me pareció una combinación perfecta para una cena a dúo. Incluso es una vieja costumbre adquirida: en Roma siempre pido ese menú en alguna terraza con panorámicas monumentales.

Además, tengo debilidad por el *dim sum*: todas y cada una de las especialidades que Vincent acaba de enumerar las pido cuando acudo al Tse Yang, el referente indiscutible de la cocina cantonesa en Madrid. Y los tomates que saben a tomate cortados en gruesas rodajas, sin más aliño que un aceite virgen y escamas de sal, son un manjar divino. O este tío tiene poderes paranormales o bien un ejército de certeros videntes bajo sus órdenes o simplemente me espía.

—¿Te ocurre algo? Te noto incómoda. Si algo no te gusta no tienes más que decirlo y cambiamos inmediatamente de menú.

—Al contrario, me parece una elección excelente. Tomates con sabor, bocado asiático de textura suave como toque exótico y pasta marinera cocinada al momento, regada por un buen blanco fresquito. Impresionante elección.

—Disculpa. Se me olvidaba. Como postre nos van a servir sorbete de caramelos de violeta. ¡En tu honor!

Me niego a seguir elucubrando o saldré corriendo. Esta concatenación de aciertos me da miedito. Porque el hijo puta ha vuelto a dar en el clavo. Nada tiene que ver con el hecho de llamarme así, pero el color, el olor y el sabor de las violetas me vuelve loca.

—Perdón, acabo de decidir que voy a cambiar esa agua con gas por un Macallan. —Me sentará bien un lingotazo de whisky de malta después de



semejante despliegue. Esto último no se lo confieso al niño prodigio, pero lo pienso.

Entretanto, el pianista se afana tocando las melodías más adecuadas para recrear un ambiente agradable. La cocina y el servicio impecable, el entorno immaculado y la compañía inmejorable. Vincent se esfuerza por ser amable y cercano. Lo de ejercer como un caballero de modales intachables lo lleva en los genes. También toma la iniciativa en la primera conversación de la noche, que gira en sus inicios, cómo no, sobre el arte. Me decido a dar la réplica.

—¿Si tuvieses que elegir al mejor artista de todos los tiempos con cuál te quedarías? Ya sé que es pregunta manida de respuesta imposible, pero me gustaría conocer tu opinión.

—¡Pero Violeta! Eso tiene una fácil respuesta: el mejor autor de todos los tiempos, creador de obras maestras irrepetibles, y en las disciplinas más variadas, es la Madre Naturaleza.

Hala. A ver quién discute eso. Esto te pasa por jugar a hacerte la normal con un tipo excepcional. Me quedo tan planchada que me bloqueo. Y reincido en aparentar necedad con mi siguiente pregunta. Vaya interrogatorio estúpido, me estoy cubriendo de gloria. Aunque no me fustigaré por mi torpeza: creo que este tío, además de ensayar las escenografías, cuenta con un manual personalizado de respuestas. Para dejar noqueadas al batallón de pánfilas entusiasmadas por sus encantos, quienes, como yo, se las van formulando.

—¿Qué destino le haría ilusión visitar a alguien que viaja frecuentemente por el mundo entero? Tú que todo lo has visto...

—Lo tengo clarísimo. Un safari fotográfico. Un safari fotográfico de dinosaurios.

Decido que por esta noche ya he hecho el ridículo lo suficiente y que una retirada a tiempo siempre es más digna que la consabida derrota a manos de un rival superior. Rechazo la invitación a una copa terracera en las alturas tras el postre. Por cierto, ni rastro de algún lejano signo de seducción por su parte. De futuribles fornicios ni hablamos, pues. Es hora de relajarse. Y ya que estamos, cuando llegue a mi casa sería conveniente que me autoazuzara una buena tanda de mamporros por creída e inmodesta. ¡Y pensar que he llegado a fantasear acerca de que este cañón, que debe coleccionar ángeles de Victoria Secret en la intimidad, quería copular con una hembra terrenal! ¡Conmigo!

—En ese caso te acompañaré a tu casa.

Llegados a este punto imagino que don perfecto va a chasquear los dedos para que el mayordomo llame al chófer, el chófer se acerque a la entrada del hotel con un cochazo de doscientos mil caballos y volante de oro y el personal del hotel extiende una alfombra roja bajo nuestros pies.

—Hace una noche estupenda y vives cerca. ¿Paseamos hasta tu casa? No voy a permitir que regreses sola.

Como pitonisa no tengo precio. O simplemente resulta que él está por encima de los vulgares y dolientes mortales. La opción paseo dual en la noche madrileña prospera, así que nos ponemos en marcha. Nos dirigimos caminando con parsimonia hacia la plaza de las Salesas. Podría apostar mi melena a que él se encuentra cómodo, relajado y hasta risueño. Que me pone ojitos. Que su sonrisa invita a la complicidad. Pero teniendo en cuenta que respecto al comportamiento de Vincent Moliere no doy ni una, me abstendré hasta de intuir.

Nos acercamos al impresionante edificio señorial que acoge mi nueva vivienda. Entro en pánico. Momento puerta. «A pesar de no haber advertido ni un imperceptible signo al respecto ¿qué ocurriría si el pincel andante se abalanzase con arrebatadora pasión sobre mí? ¿Y si me besa?». Cosa que obviamente no ocurre. Este hombre no perdería la compostura ni aunque sus carnes prietas se estuviesen cocinando a fuego lento en un caldero removido por caníbales.

Ha sido un placer tu compañía, qué velada más agradable, me encantaría repetirla, no tardemos mucho en volver a vernos, beso en mano como acostumbra, golpe marcial de talón, espina dorsal gacha y una sonrisa luminosa de oreja a oreja en su rostro. Me retiro a mis aposentos. No sé si me invade una sensación de liberación o de inquietud. Tras encender las luces del portalón me dirijo sin más hacia el ascensor. Fatídico instante en el que las fuerzas del mal me poseen, pero bien poseída, y como una maníaca en trance echo a correr hacia la pesada puerta de hierro forjado. Como un alma endiablada. La abro. Jadeo. Grito. Voceo un nombre.

—¡Vincent, espera!

Se da la vuelta, queda quieto, me mira extrañado, me acerco hacia él — apenas cinco zancadas nos separan—, agarro su cintura, lo miro intensamente,

me pongo de puntillas —es alto el jodío—, acerco mis labios a los suyos...  
¡¡¡y beso de tornillo al canto!!!

De los largos, húmedos, profundos y arrebatadores. De los inesperados. De los que chorrean pasión por cada poro. De los que congelan el tiempo. De los que te hacen suspirar. De los que suplicas que no terminen. De los que te transportan a otra dimensión. De los que pensabas que solo ocurrían en la literatura cursi. De los que te elevan por encima del suelo. De los que te incitan a flotar en una nube de felicidad. De los que rememoras a cámara lenta una y otra vez. De los que te hacen sentir la única mujer del universo. De los que te vinculan a alguien para toda la eternidad.

Sí, esos besos existen. Y yo acabo de comprobarlo. Mero preámbulo de una noche de las que te dejan anonadada. Sin aliento. Desorientada. Porque tenías la certeza de que tú estabas por encima de los edulcorados asuntos del corazón, esos en los que los demás tontainas que te rodean caen una y otra vez, pero a los que tú resultas —o resultabas— indemne desde que tienes uso de razón. ¡¡¡Aaaaaaaamiga!!! Llegó tu hora. Pasar la noche con el bombonazo ha sido tu perdición. Jamás tuviste una madrugada tan dulce. Ni imaginaste que llegarías a tenerla.

¿Y ahora qué? Me desperezo con expresión facial bobalicona. Con sonrisita pícara. Ni los dos años de plácida relación con el bueno de Álex son comparables a un solo despertar con Moliere. Caíste en los tópicos más típicos y hasta el fondo, Violeta Velarde. Despertar con Moliere, mmmmmmm. Miro al otro lado de la cama y... ¡vacío!

—¿Hola? ¡Buenos díassssss! ¿Vincent? ¿Dónde estás?

Me levanto agotada y dolorida porque la noche ha resultado larga, vibrante y traqueteada. Echo un vistazo a la cama y aledaños y ni rastro suyo. Su ropa tampoco está esparcida por pasillos y suelos, lo cual me indica que el pájaro voló de buena mañana mientras tú dormitabas con expresión de pánfila.

—Eso te pasa por ponerte a practicar a los treinta y cinco la religión de los cuentos de princesitas —me recrimino a voz en grito—. Por gilipollas. ¿Acaso creías que una pieza con semejante trayectoria, y a buen seguro con un historial sentimental épico, iba a caer rendido a la primera de cambio contigo, so lerda?

Me estoy dando cabezazos contra la pared. Literalmente. Golpeo mi testa contra mi particular muro de las lamentaciones, uno de los largos pasillos de mi casa, cuando escucho el tintineo de unas llaves. Alguien está abriendo la puerta de entrada. Acojonada me quedo. Las llaves de esta casa solo las tiene Fermín y no aparecería un día cualquiera de buena mañana sin avisarme ni telefonar antes. Busco con la mirada algo que me pueda servir como arma arrojadiza. Sobre mi cabeza reposa un retablo flamenco tardogótico que debe estar valorado en un riñón. A tomar por saco. Mi vida vale bastante más. Estoy intentando alzarlo en volandas —pesa un huevo la dichosa obra de arte—, cuando la puerta se abre del todo y escucho:

—¡Violetaaaaaa! ¡Despierta! ¡Buenos días! ¡El desayuno está listo!

«¡Coño! Esa es la voz del francés». Y yo completamente en bolas en el pasillo con un retablo recién descolgado de la pared entre mis manos. Así me encuentra el caballero. Al otro lado del pasillo Vincent sostiene varias bolsas en las dos manos —¿¿¿ha ido a hacer la compra al alba???—, mientras me observa perplejo. Definitivamente va a pensar más pronto que tarde que estoy tarada. Demente perdida.

Sin mediar palabra me dirijo al dormitorio, me pongo una camiseta blanca y camino hacia la cocina. No dejar de hacer el ridículo frente al mismo tío una y otra vez es toda una experiencia. No sé si placentera o vergonzosa. Pero toda una experiencia. Al menos para mí, que siempre me había caracterizado por una imperturbabilidad y una frialdad tenaz en los entresijos del flirteo.

Cuando asomo la cabeza por la puerta de la cocina alucino con el panorama. Sobre la encimera de silestone hay expuesta una pastelería: croissants de chocolate, *sacher* de cerezas, *éclair* de caramelo, un bizcocho de la abuela, *cookies* de varios sabores, tostadas de jamón ibérico, de salmón ahumado... Con semejante catering puedo organizar un desayuno colectivo para toda la comunidad hoy, mañana y pasado.

—Desconozco tus preferencias para el desayuno, así que he traído todas las especialidades de Mamá Framboise. Abrí tu nevera y encontré varias bandejas con envoltorios de ese establecimiento por lo que supuse que te gustaban sus productos. Al comprobar que estaba aquí al lado, me decidí a

bajar. También he comprado capuchinos, cafés con leche —largos y cortos—, y expressos. Es que tampoco sé cómo te gusta el café matinal...

—Las..., las..., las llaves... —Me encuentro tan anonadada que tartamudeo. Y en vez de agradecer el detallazo repostero, solo atino a preguntar por las llaves. Mis neuronas empequeñecen de modo inversamente proporcional a la grandeza de Moliere.

—Estaban colgando de la cerradura. Me tomé la libertad de tomarlas prestadas. No quería despertarte. Estabas muy tierna y muy bonita mientras dormías. Espero que no te haya molestado —me explica con voz melosa este semidiós que habita entre los hombres, a la par que extiende su mano para devolverme el llavero.

Y mientras lo hace se acerca para estrecharme contra su cintura y besarme hasta dejarme sin respiración. Una vez más. Tiemblo. Las secuelas de la pasión carnal que te deja tiritando son todo un descubrimiento.

*En algún lugar del Imperio otomano*

El incidente de la goleta trastocó a Selma. Reanimó su alma. La recondujo hacia la senda de la vida real. Su trayectoria hasta aquel instante se había mantenido oculta bajo el velo de la supervivencia, que no de la plena existencia. Despertó a la emoción de las pasiones, los sentimientos, los afectos, las esperanzas, la sensibilidad, las sorpresas, las congojas y las inquietudes. Comenzó a avivarse en ella una necesidad que jamás había sentido con anterioridad: la curiosidad por otro ser humano.

Deseaba conocerlo todo acerca de alguien, quería saber más sobre aquel soldado desconocido. Se preguntaba cómo sería, suplicaba por volver a encontrarse con él, aunque solo fuese para observarlo en la lejanía, fantaseaba con amenas conversaciones en mutua compañía bajo la sombra de cualquier frondoso árbol de las riberas mientras compartía confites y golosinas y jugueteaba con una nervuda mano varonil. Con la excusa de alabar la valentía del soldado que fue raudo y hábil en su rescate, había preguntado al sultán por su identidad.

El fornido guardián que la rescató de las aguas agitadas se llamaba Selim.

—Tiene nombre de sultán el bravo hombre de mi guardia —había comentado su señor—. Mi predecesor, Selim I, llevó las riendas de nuestro Imperio en el siglo XVI y fue también conocido como «el Severo». Selim II gobernó a finales del mismo siglo. Fue uno de los hijos de nuestro admirado Solimán el Magnífico, el grande entre los grandes que tanta gloria y grandeza

proporcionó a este Imperio, y de su esposa, Aleksandra Lisovska, también conocida como Roxelana.

El sultán también hizo referencia a las excelsas cualidades del soldado Selim: llevaba diez años engrosando las filas imperiales y seis formando parte de su estrecho círculo de confianza. Era leal, disciplinado, enérgico, duro, aguerrido, firme y corajudo. Contaba con madera de líder. Y con arrojo sobradamente probado en las circunstancias críticas. En un futuro cercano podría llegar a dirigir el mando de los ejércitos. Tras su intrépida actuación sobre el Bósforo se había ganado un nuevo ascenso.

—De haber venido al mundo unas décadas antes, Selim hubiese llegado a ser uno de los miembros más destacados del temible cuerpo de los jenízaros. Sin ninguna duda. ¿Te han instruido acerca de los jenízaros, dulce gacela?

—Sí, mi señor. Mi educación abarca numerosas disciplinas, pero se dedica mucho tiempo al estudio de la historia de nuestro Imperio. Aunque será un honor escuchar de su boca acerca de ellos. Su sabiduría me ilumina.

—Los jenízaros eran un cuerpo del Imperio formado por unidades de infantería adiestradas para custodiar a los sultanes y las dependencias de los palacios reales. Esta guardia de élite fue fundada por Murad I en 1330 e inicialmente estuvo formada por adolescentes y jóvenes provenientes de familias cristianas. También de prisioneros de guerra. Los jenízaros constituyeron el primer ejército otomano permanente, cuyos miembros recibían una preparación profesional para la guerra, con duros entrenamientos físicos. De origen griego, albanés, serbio o búlgaro, se les instruía en la religión musulmana y aprendían idiomas, literatura y otras disciplinas. Hacia finales del siglo XVI se convirtieron en un auténtico cuerpo selectivo de difícil acceso. Muchas familias ofrecían sus hijos a mis antepasados con el objetivo de medrar socialmente. El poder de los jenízaros llegó a ser inmenso. A principios de este siglo conspiraron para intentar deponer al sultán, lo que llevó a Mahmud II a abolir el cuerpo tras ejecutar a todos sus miembros — apostilló el sultán ante la atenta mirada de su gacela, quien, si bien prestaba atención a sus palabras, mantenía los pensamientos muy lejos de allí.

Selma recordaba una y otra vez los efímeros instantes en los que aquel joven de figura imponente y cuerpo musculado había permanecido sobre ella. El breve tris en el que ambos fijaron su vista en las pupilas del otro.

Recordaba con nitidez cada uno de los rasgos que conformaban el rostro de aquel agraciado varón. Y aquella verbena de sensaciones que cual latigazo placentero habían desbordado de júbilo cada rincón de su anatomía.

Apenas unos minutos sirvieron para que ella apreciase que su alma había permanecido adormecida. Que se había acomodado a una existencia apacible, serena, tranquila, pero vacía de motivaciones e incentivos. Comprendió que desde que pisó el harén había formado parte de una glosa protagonizada por ella, pero escrita por otros. Y que sus sentimientos se fueron aletargando hasta convertirla en una mujer mansa, carente de afectividad. Ni triste ni feliz, ni sensible ni insensible, ni trágica ni entusiasta, ni tierna ni cruel, ni compasiva ni inhumana, ni bondadosa ni brutal. Una especie de ser etéreo, abstracto, que vagaba emperifollada como una ninfa por los jardines, salones, vergeles y estancias imperiales por mera costumbre, porque era lo que de ella se esperaba. Sin penas, preocupaciones, pesares ni sufrimientos, pero carente de esperanzas e ilusiones. Como los pavos reales del sultán. O como sus caballos pura sangre. Un ornamento más en un idílico espacio de fantasía.

Y debido a un contratiempo, a una imprevista caída al río, un soldado imperial había sido capaz de recomponer en su interior todo lo que alguna vez quedó enterrado tras traspasar el umbral palaciego hacía ya más de cuatro años.

Selma comenzó a suspirar tras las ventanas recubiertas por celosías. A mezclar melancolía con expectación, desazón con perspectivas, ánimo, confianza, fe y seguridad con futuro. Lucía con frecuencia la diadema coronada con una enorme perla dorada que adornaba su frente el día que se precipitó al Bósforo. El color dorado natural estaba considerado como el más raro de todas las perlas, y el sultán había hecho traer para ella una de las de mayor tamaño desde los remotos mares del sur. Esa perfecta circunferencia del color del oro le recordaba el momento brujo que había desencadenado ese ciclón interior que ahora la atormentaba: el talismán de un despertar a otra vida.

Vagaba entre el dulzor de un tormento dichoso. De una placentera tortura. E imaginaba una y otra vez cómo podría reencontrarse con el bravo Selim, cómo sería disponer de la oportunidad de intercambiar unas palabras a solas con él, qué sentiría si pudiese volver a rozar esos fornidos brazos masculinos, si las yemas de sus dedos se atreviesen a acariciar la piel tostada por el sol de



aquel hombre misterioso. Cómo se sentiría si sus miradas pudieran cruzarse de nuevo, pero esta vez sin la atención de ojos ajenos: las retinas de la corte, ávidas de comadreo.

Le dio muchas vueltas. Las largas horas de encierro en el harén ahora contaban con un aliciente para Selma: entre templados baños con pétalos de rosas en las piscinas, profundos masajes con aceites de madre selvas, de almendras dulces, de melisa o de lavanda, rituales de belleza para mantenerse esplendorosa para el sultán, entre declamación de versos, bordados de colores, sinfonías de instrumentos musicales y coreografías de danzarinas lozanas a su vera, ella podía reflexionar acerca de cómo propiciar un encuentro con el hombre de las aguas.

No resultaba tarea asequible. Los varones no tenían acceso al harén con la salvedad del señor de todos, de los niños, los adolescentes y los custodios. Aunque para Selma los eunucos en realidad eran medio hombres: se encontraban castrados de sus atributos masculinos en su totalidad o en parte. «¿Qué clase de hombre permite que le despojen de su hombría?», pensaba.

Selma disfrutaba del privilegio de caminar por el exterior, pero con restricciones: salía una vez al mes con el sultán y un solo día por semana sin su regia compañía, aunque rodeada de una comitiva obligatoria. ¿Y si ella solicitase que Selim pasase a ser un miembro destacado de la guardia personal que acompañaba sus salidas regulares de palacio para protegerla?

Selma conocía la alta estima que tenía el sultán por aquel soldado; él mismo se lo había confesado, alabando su entrega y gallardía. Por tanto, era consciente de que no sería de su agrado desprenderse de un sujeto de tal valía y confianza. Aunque teniendo en cuenta que Selma solo lo iba a reclamar para sí una vez cada siete días y durante apenas unas horas, quizá no resultase una idea descabellada. El resto del tiempo Selim podía permanecer a pleno rendimiento en su puesto habitual de guardia personal del sultán. Sabía que argumentando ese planteamiento sí tendría alguna oportunidad de salirse con la suya.

Calculó riesgos. Había percibido que el éxito de cualquier ardid no solo dependía de cómo se plantease, sino del dónde y el cuándo. El ánimo del que tenía que tomar decisiones solía pesar más que cualquier otro parámetro de la estrategia. Una de las noches en compañía del sultán no sería el momento más

acertado para pronunciar, entre el éxtasis de dos cuerpos desnudos, el nombre de otros varones, aunque fuese en pos de su propia seguridad. Durante los paseos bajo la gran luna su señor gustaba de recitar los versos que componía en su honor. Después bebían y saboreaban delicadas ambrosías tumbados sobre alfombras extendidas en la hierba fresca. Recostados en mullidos cojines y almohadas recubierta de sedas, él le suplicaba a Selma que danzase exhibiendo su embriagadora sensualidad bañada por los rayos de plata. Romper el hechizo de semejante puesta en escena tampoco sería del agrado del sultán.

Pero pudiese ser que, durante la travesía a bordo de la goleta imperial, quizá acercándose al lugar donde ella cayó... Podría tratarse de la ocasión ideal: el sultán sugestionado por el desagradable recuerdo de su favorita en peligro y ella envolviendo sus palabras de temor por lo acontecido y representando con maestría el papel de damisela asustadiza.

Así pues, aquel mes de finales de verano, además de un hálito de libertad, el plenilunio traería la posibilidad de conseguir el mejor de los regalos para Selma: la cercanía de Selim. Ensayó centenares de maneras de exponer su ruego, las palabras exactas, la expresión de la cara, la intensidad de la mirada... Nada quedaría al azar tratándose de una interpretación que podría suponer acercarse a la única ilusión que ella había sentido desde que se convirtió en moradora del harén imperial.

Contó los días, los minutos, los segundos para la llegada de la gran luna, danzaba sola en sus habitaciones privadas, las sonrisas espontaneas acudían a un rostro pletórico por el efecto de la ilusión. Incluso sociabilizó como nunca con las otras mujeres. Una alegría desconocida se había apoderado de su hasta entonces calmoso, retraído y apocado carácter.

No erró en su estrategia. Cuando mecido por la corriente del Bósforo el caique imperial —con el sultán y Selma navegando en cubierta— se aproximaba al punto exacto donde ella se precipitó al agua, con el gesto compungido, mirada lastimera y la voz pesarosa solo tuvo que insinuar su deseo para que su súplica fuese admitida.

—¿Se imagina, mi señor, qué habría sido de mí si aquel avispado soldado no hubiese actuado con tanta pericia y habilidad? Aquello fue un golpe traicionero de las aguas en el casco de la embarcación cuando más

desprovista de protección yo me encontraba. Sé nadar desde niña, pero las pesadas vestimentas, la superposición de capas y velos, y las joyas que llevaba encima dificultaban mis brazadas contra la corriente de este río revuelto.

—Mi gacela, no pienses más en ello. Fue un desafortunado incidente rápidamente solventado. Debes borrar de tu memoria los pérfidos recuerdos y rememorar solo la felicidad que nos rodea.

—Yo los intento borrar, mi señor, pero me asalta el temor acerca de qué ocurriría si alguna vez semejante percance volviese a repetirse y no estuviese cerca de mí un bravo soldado. A pesar de que aquella tarde los dos caiques imperiales llevaban a bordo a una cuantiosa comitiva, tan solo un hombre entre ellos estuvo a la altura de las circunstancias.

—¿Qué quieres decir, Selma mía?

—Que si mi señor da el beneplácito y perdona mi atrevimiento, yo solicitaría en base a su contrastada generosidad para conmigo, que mi salvador, el gallardo soldado Selim, hombre a su servicio, custodiase mi seguridad cuando me encuentro a bordo de las embarcaciones imperiales. El resto del tiempo el soldado Selim seguiría formando parte de su guardia personal, mi señor. Solo serían tres o cuatro horas un día por semana. Si he ofendido a mi sultán ruego que disculpe mi torpeza. Tan solo pretendo calmar mi timorato ánimo tras el accidente del río.

—Jamás me perdonaría que te ocurriese alguna fatalidad por mi descuido o falta de protección. Tampoco me place observarte asustadiza, insegura y nerviosa. Sea como dices. Yo mismo ganaré en tranquilidad sabiéndote protegida y vigilada por uno de mis mejores hombres.

Selma ignoraba que en otras dependencias del palacio imperial, a poca distancia de allí, un apuesto joven, confuso y turbado, se encontraba pensando en ella. Selim siempre había pertenecido al cuerpo de élite del sultán. Se había educado como soldado desde que era casi un niño y su vida estaba entregada a la defensa del Imperio, la estrategia militar, la disciplina marcial y la gloria otomana.

Su madre murió cuando él apenas tenía diez años y su padre se quedó a cargo de él durante un breve periodo de tiempo, hasta que fue admitido en las filas del ejército. Su altura y excelente condición física lo avalaron. Su

hermano Kemal, dos años menor, fue enviado a Rusia con su tía, la hermana de su madre. El padre no podía hacerse cargo de dos críos: su oficio era mercadear con especias, lino, jade, ámbar, marfil, vidrio, coral y armas. Viajaba continuamente en la búsqueda de nuevas mercancías de calidad, cerrando tratos y negocios por las distintas poblaciones de Turquía y por otras tierras del Imperio. Tras el inesperado fallecimiento materno, en la familia acordaron que él se quedaría con el hijo mayor, ya crecido. La hermana de su esposa muerta se haría cargo del vástago de menor edad: Kemal era todavía un niño y necesitaba las atenciones provenientes de una figura femenina.

Cuando crecieron ambos desarrollaron una complexión atlética y una fortaleza física impresionantes. Tales cualidades corpóreas dotaron a los hermanos de ventaja para ingresar en los ejércitos. Kemal también formaba parte de una tropa legendaria: engrosaba con honores las filas de las milicias del zar de Rusia.

Los hermanos, aunque apenas se habían visto, mantenían una habitual correspondencia. En su carteo se iban contando las experiencias que acontecían en sus vidas desde aquella infancia en la que el destino los separó. Ambos anhelaban reencontrarse algún día. Se habían convertido en cómplices y amigos desde la distancia.

Selim estaba satisfecho de su trayectoria a las órdenes del sultán. Era reconocido por sus superiores como uno de los más cualificados soldados de cuantos tuvieron al mando. De los cientos de miles que servían al Imperio, él gozaba del privilegio de hacerlo a la vera del monarca. Solo los oficiales extraordinarios eran llamados a salvaguardar el corazón de un Imperio que se extendía a lo largo de tres continentes. La vocación de servicio, la disciplina y el entrenamiento enriquecían y colmaban a Selim de gratas experiencias y satisfacciones. Servir a la patria era un honor y una responsabilidad.

A la edad de veintiséis años no se había planteado tomar esposa y formar una familia. Apenas se había distraído con asuntos de mujeres. Pero la visión de la joven de la perla le perturbaba noche y día desde el instante en el que sus torsos empapados reposaron uno junto al otro sobre la aterciopelada cubierta del caique imperial.

Jamás había sospechado que tal cantidad de perfección, sensualidad y belleza pudiese depositarse sobre un único cuerpo femenino. El físico de

aquella mujer, a la que todos reconocían como la favorita del sultán, era de un esplendor sublime. Superaba cualquier ensoñación. Perderse en el brillo de sus vibrantes pupilas azules resultaba doloroso.

La belleza de Selma era proverbial en la corte. Aunque oculta a los ojos de los hombres, todas aquellas damas que la habían visto y tratado describían con admiración las bondades de su hermosura. En los ambientes selectos de Estambul se extendía una leyenda acerca de que el sultán guardaba en su harén a la más primorosa de las mujeres que la madre Tierra hubiese visto. Que la perfección de sus rasgos deslumbraba y el contorno de su figura hipnotizaba.

Por obra de los designios de la providencia Selim se había convertido en mudo testigo de que aquellas murmuraciones persistentes se quedaban cortas. Selma simbolizaba la reencarnación terrestre de la deidad de la hermosura, una Venus de carne y hueso. Hechizado se encontraba desde que la conoció y sus pensamientos se centraban día y noche en cómo contemplar de nuevo la lindura extraordinaria de una semidiosa. Aun a sabiendas de que semejante hembra, una propiedad exclusiva del sultán, jamás podría pertenecerle.

Pero se conformaba con volver a posar su mirada sobre el cenit de la gracia femenina. Sobre Selma.

**E**stoy padeciendo una *molieritis* aguda. Molesta, aunque placentera dolencia, he de confesar. Ese hombre ha parasitado mis neuronas desde que lo he saboreado a conciencia. No dejo de pensar en Vincent, aunque ahora desde una perspectiva más sabrosa. Me relamo cuando recreo los pormenores de la degustación de semejante bestia primaria. Hala. Ya lo he confesado. La honestidad con uno mismo resulta el más adecuado de los refugios. La nohecita en vela a su lado no es de las que se olvidan chasqueando los dedos. Él tampoco: si trajeado y encorbatado es un pibón, desnudo es un pecado mortal. De los que conllevan una condena eterna.

Y qué decir de esos detalles colaterales que Vincent mima en exceso para coronarse de gloria. Seduciendo con maestría es un abusón. Las maniobras de aproximación ya apuntaban maneras: que si el pianista tocando melodías para envolver el ambiente, que si un chef para dos, que si una suite real que domina los tejados de Madrid...

Sobre el despliegue del desayuno a domicilio no tengo palabras. Hasta hace un par de días tenía el firme convencimiento de que tíos así eran pura invención de guionistas retorcidos y escritoras de mente calenturienta, de neuronas febriles y exaltadas. Me explico. ¿Alguien en su sano juicio imagina que un recién molido a polvazos se va a tomar la molestia de subirte una pastelería a casa? ¿Solo para dar en el clavo con los bollitos con los que asesinas al ayuno matutino? Pues eso. Puro argumento de ciencia ficción de las Danielle Steel de la vida...

¿Pueden visualizar a un amante estudiando de buena mañana el frigorífico de su última conquista para acertar con sus hábitos alimenticios? Igual que husmeó en los electrodomésticos pudo hacerlo en los cajones de mi ropa

interior. Mmmmmm. A ver si en su próximo arranque de generosidad Vincent me agasaja con una colección de virguerías íntimas de La Perla en vez de con un surtido de confituras artesanales.

Me queda la duda de si dejé las llaves en la cerradura... Él afirma que así fue, que las cogió de allí. Yo juraría que las volví a meter en el bolso después de abrir. Aunque con el frenesí del momento y el guateque de besuqueos que nos entretenía a aquellas horas tampoco estoy plenamente segura. ¿Por qué habría él de mentirme con semejante gilipollez? La diabólica vocecita interior que siempre da por culo cuando menos la necesitas me susurra que quizá se trata de una mentira piadosa: si cogió las llaves de mi bolso temerá que me moleste con él por haber cotilleado sin permiso en el santo grial de los secretos femeninos.

Dejando de lado estos análisis absurdos, debo asumir que el shock post Moliere es traumático. Sigo dudando de todo él —lo sé, paranoias sin fundamento tras su intachable comportamiento—, pero quiero repetir. Muuuuuuchas veces. Mi cuerpo suplica abandonarse a la lujuria más cochina con el francés. ¿Y por qué tendría yo que negar un caprichito erótico a ese talle de finas hechuras y atributos viriles colosales?

Entretanto él seguirá acumulando puntos en sus tarjetas diamante de las compañías áreas más elitistas: se embarca en un Dubái-París-Nueva York durante diez días. Pero me ha prometido aterrizar en Madrid dentro de un par de semanas procedente de la Gran Manzana. Incluso me ha invitado a viajar con él a Dubái, pero yo acabo de regresar de Londres y de instalarme en el ático. Tengo faena pendiente tanto en los asuntos domésticos como en temas relativos al negocio. Estoy algo inquieta porque en las últimas semanas, con tanto vaivén genealógico, he descuidado la tienda de antigüedades.

Además, hoy he quedado a comer con Marc Ribó. Me explicará a fondo sus averiguaciones sobre el pasado de Kate y yo tengo una propuesta que hacerle. Por supuesto, no pienso soltar ni una palabra acerca de mis novedades íntimas. De momento ni a Ribó ni a absolutamente nadie. Mi hermetismo es enfermizo, lo debo haber heredado de mi escurridiza abuela. Todavía no me fío de mi recién estrenado amante, tampoco tengo claro que esto vaya a ir más allá de unos revolcones pasionales, ni estoy segura de lo

que yo quiero de un tipo tan inverosímil como Vincent. Pero las cosquillitas en la tripa brujulean y las mariposas revolotean. ¡Ay!

Marc me sugiere ir a La Parra y he aceptado sin rechistar. Se trata de un coqueto restaurante, situado en la calle Monte Esquinza, de ambiente señorial y decoración particular: mezcla el encanto de una taberna andaluza, con sus azulejos estilo mozárabe, y el romanticismo de un club inglés. Además, cuenta con una novelesca historia. El origen de la primera Parra se encuentra en Sevilla durante la Segunda Guerra Mundial, donde Bryan Walmsley, actor inglés y bohemio (entonces hacía de espía para el MI5), conquista a Teresa Pérez de Guzmán, se casa con ella y se la lleva a vivir a Carvajal, un pequeño pueblo malagueño donde abren el primer restaurante. Allí, un Sean Connery desconocido que hacía de extra en películas rodadas en la zona dejaba cada día la cuenta sin pagar. Años después, cuando trasladaron La Parra a Londres, apareció la esposa del ya por entonces sir Connery con un cheque con el que pagó lo fiado. Los años en la capital inglesa fueron los más alocados: allí cenaban los Rolling Stones, los Who, la princesa Ana, Cristopher Lee, Gunter Sachs... No descarto que mi ilustre abuela frecuentase aquellas veladas. Cansados de tanto ajeteo, los propietarios regresaron a Sevilla a mediados de los años setenta, donde abrieron la tercera Parra. En esa época Ginés conoce a Tessa, la hija de los dueños. Se casan e inauguran el restaurante de Madrid en el que precisamente estoy entrando ahora.

Al fondo del local, en una mesa esquinada, un sonriente y bronceado Marc me saluda cerveza en mano. Es un tío con magnetismo, carismático y que irradia seguridad. ¿Este hombre y yo podríamos mantener un *bad romance*? A veces me asaltan las dudas, aunque en la mayoría de las ocasiones lo tengo claro: el NO gana por goleada. ¿Por qué? Ni pajolera idea. En lo referente a vetar revolcones con tíos de fábula los recovecos de la mente femenina son inescrutables. Como los caminos del Señor.

—¿Me puedes explicar cómo lo haces? Violeta, creo que no te das cuenta de que cada día estás más buena. Nunca te lo planteaste, pero pudiste haber sido modelo de pasarela. De las caras. De las que no se levantan de la cama por menos de tropecientos mil euros. Estás hecha una supernena.

—¿Qué hubiese sido de mi vida dando vueltas, poniendo morritos y brazos en jarra a través de un pasillo estrecho y elevado? Todo ello mientras



mi cuerpo es devorado por las pupilas dilatadas de los adictos a las tendencias. Y machacada por los flases. Menudo coñazo. Desconozco cómo evoluciona mi supuesta guapura con el paso del tiempo, pero tú sí que eres más embaucador cada día, Ribó. ¡Si ya me tienes ganada para tu causa! No abuses de lisonjas o no creeré ni un solo piropo más proveniente de tu lengua.

Tras los besos y abrazos de rigor pido un vermú y ni siquiera abro la carta. Hoy me apetece *steak tartar*, que es una de las especialidades de la casa, lo hacen rico, rico, y le pido a Marc que elija un par de entrantes para compartir.

—¿Langostinos crujientes y lasaña de chipirón?

—Me parece perfecto.

Tras escuchar nuestra selección de platos, el camarero se aleja, momento en el que Marc retoma la conversación. ¡Menudo es él!

—Lo de tu guapo subido iba en serio. Te conozco desde hace ya unos cuantos años y estás radiante. Más que nunca.

—Bueno, bueno, no sigamos por ahí que yerras el camino —bromeo para picarle.

—Mira —señala Marc elevando la barbilla—, aquel señor de allí, y estos de aquí al lado, el de la esquina, el grupo del centro, todos, todos, todos, me están envidiando a muerte en este preciso momento. Que lo sepas. No ha habido un solo tío en el interior de este local que no haya vuelto la cabeza para clavar sus sátiros iris sobre ti. Los observaba mientras caminabas hacia la mesa. Es un ejercicio visual que me divierte: poner el foco en los que están abstraídos por algo que les llama la atención. Ya sabes, pericia periodística, estamos entrenados para cazar los detalles al vuelo.

—Acabas de sacar a la palestra una temática ideal. Vamos a centrarnos en la destreza del reportero, que se trata de un contenido que hoy me interesa mucho más que mi supuesto efecto AXE sobre la testosterona... Verás, lo he meditado y vengo con una propuesta para ti bajo el brazo.

Marc no disimula una expresión de sorpresa. Curiosidad, seguramente. El ceño fruncido y su vista fija sobre mí con los ojos muy abiertos le delatan.

—Desembucha, Violeta. ¿Debo agarrarme o crees que esa proposición que te traes entre manos no será capaz de tirarme de la silla?

—¿A ti? Dudo que haya nacido la mujer, y menos el planteamiento, que sea capaz de tumbarte.

—Soy todo oídos. Me estás intrigando...

—Quiero contratarte. Formalmente. Para que investigues más a fondo el pasado de mi abuela, de mi familia.

—¡Pero si eso ya lo estoy haciendo y de buena gana! Concatenación de llamadas, correo de e-mails, conversaciones informales con contactos y conocidos... ¡Hasta he obtenido unos cuantos cotilleos y alguna jugosa información! Por ejemplo, esos frecuentes viajes de Kate a la Unión Soviética en los ochenta y a los Emiratos en los últimos años de su vida. Incluso tengo apuntadas en mi agenda a un par de personas con las que todavía no he podido contactar. ¡Considéralo un favor de amigo! Te puedo asegurar que me resulta divertido fisgonear en la trastienda de una ilustre familia de lores ingleses y en los secretos de hermosísimas damas de alta alcurnia. Palabrita de reportero canalla. ¡Ah! Y las entretelas de tu familia podrían servir como base para la trama de una novela.

—Pero es que te voy a pedir ir un poco más allá.

—¿Un poco más allá? ¿A qué te refieres?

—A que te emplees a fondo. A que dediques más horas. A que viajes a Inglaterra a Rusia o a Emiratos si fuese necesario. A que rebusques en documentos oficiales. O extraoficiales. A que visites, y entrevistes si fuese relevante, a personas que quizá todavía no conozcas. A los que no pertenecen a tu agenda de contactos. A los que se encuentran alejados del círculo de tus conocidos. Todo esto es casi un trabajo. ¿Verdad?

—¿Me estás pidiendo algo similar a hacer de detective para ti?

—No lo había analizado exactamente así. Pero pudiera ser... De todas formas, si la perspectiva detectivesca te incomoda, plantéatelo de otra manera. Actúa como si tuvieses que buscar información para un gran reportaje. O como si estuvieses documentándote para escribir un libro, como tú mismo acabas de señalar. Lo que te estoy pidiendo tampoco difiere en exceso de lo que hacéis los periodistas cuando investigáis para conseguir una exclusiva. No dejáis de ejecutar las mismas técnicas que un detective.

—¿Y por qué no acudes a un profesional? De los que tienen licencia oficial y un buen manajo de casos resueltos de los que presumir ante sus

potenciales clientes.

—Por simple pereza. Tú ya me conoces personalmente desde hace años y estás al tanto de las particularidades de mi familia. Incluso has tenido la oportunidad de tratar con mi padre y conociste a mi verdadera abuela. Porque sabes obtener información sin despeinarte, es tu trabajo. Y porque dominas el mundo del arte y cuentas con el listado de contactos de sus principales protagonistas. Además de tener acceso a la gran mayoría de ellos... Puedes preguntar, entrar, salir, llamar, sin que nadie se extrañe ni se entrometa demasiado. Y porque confío en ti, coño.

—No sabría qué decirte, supernena. Me dejas anonadado con esta petición. ¡Qué arte tienes, Violeta!

—¿Eso es un sí?

—Podría serlo...

Ni sí ni no. Llega el crítico momento en cualquier negociación en el cual una de las partes quiere conocer qué obtendrá a cambio. Todo controlado. Yo vengo con los deberes hechos.

—Acordaríamos unos honorarios fijos por mes, más dietas y desplazamientos. Con libertad total de horarios y organización por tu parte, para que no desatiendas tus obligaciones con los medios. Te contrataría solo por dos o tres meses. Si transcurrido ese periodo lo que averiguamos entra dentro de los estándares de la normalidad, lo único que habré obtenido será un bonito dossier adicional sobre las ramas de mi árbol genealógico. Un voluminoso informe que pasará a engrosar mi baúl de recuerdos familiares. En ningún caso supondrá una inversión económica inútil.

—¿Y qué es lo que pretendes que yo busque, Violeta? —Marc fija sus ojos sobre los míos con una expresión enigmática mientras saborea a conciencia el último langostino crujiente. Siempre me ha gustado observar a los hombres que se deleitan saboreando la comida sin parecer orcos de Mordor. Imagino que también son capaces de disfrutar de otros placeres terrenales de una manera sutil y delicada...

—Lo que quiero es que profundices sobre lo que ya has averiguado. Deseo obtener respuestas. ¿Qué hacía una respetable y archimillonaria lady, una noble mimada, consentida e idolatrada, miembro honorífico de los privilegiados integrantes del club europeo de la *vie en rose*, una privilegiada

que se codeaba con los *royal*, una notable coleccionista de arte, viajando constantemente a la Unión Soviética en los años setenta? ¿Y qué carajo se le había perdido a una honorable octogenaria forrada de pasta en Oriente Medio? Quizá estuviera fascinada por las churriguerescas torres de acero de Dubái, Qatar o Abu Dhabi. O quizá no.

—Pues a lo mejor en los setenta tuvo un amante que la hizo gozar de su particular pasión rusa. Y el lujo asiático y el boato árabe la deslumbraron en los últimos años. Puro ocio y querencia por el hedonismo. Tenía suficiente pasta para permitirse un final de vida saliendo por la puerta grande. Y ya sabes lo que dicen los esnobs: *The Orange is the New Black*, y Dubái es el nuevo Nueva York.

—Joder, Marc, visto así... ¡Ese pragmatismo asusta, amigo!

—Los periodistas debemos plantearnos cualquier posibilidad hasta conseguir pruebas que corroboren o desestimen nuestras teorías.

—Tu razonamiento podría resultar certero; pudiera ser que el comportamiento de mi abuela no se debiera a ningún trasfondo raro. Tal vez disfrutó de un romance clandestino a orillas del Volga, aderezado con bocados de caviar azul, blinis de salmón, vodka y notas de balalaicas allá por los setenta... O exprimió las delicias del lujo antes de pasar a mejor vida. De hecho, Kate viajó desde siempre. Tus deducciones podrían estar en lo cierto, pero descubrí un detalle que me inquieta. Que podría cambiar las cosas.

—Tú dirás.

—Hace poco volé hasta Inglaterra para saber más acerca de los míos. Visité la mansión familiar de los Austen... —Me sobreviene una pausa involuntaria: la imagen del hogar de mis antepasados me arranca un suspiro y un breve ataquito de melancolía. Me estoy ablandando. Respiro y continúo—. Y en Cambridge charlé durante horas con su antigua secretaria. Trabajó para ella durante más de veinte años. Era su persona de confianza. Todo un personaje la señora Robinson. Todavía lúcida, robusta como un semental de bulldog y una *hooligan* del Manchester. Trató a mi abuela de forma íntima hasta el final de sus días. Cómo me gustaría volver a visitarla en breve para que me cuente más acerca de Kate. Qué extraña pareja debieron formar.

—¿Y?

—¡Agárrate, Ribó! Parece ser que durante los últimos años Kate buscaba un tesoro.

—¿¿¿Un tesoro??? ¿Tesoro, tesoro? Esta sí que es buena.

—Puede no significar nada. Mi padre afirma, y no le falta razón, que podría tratarse de cualquier cosa, incluso de objetos, documentos o recuerdos personales con vinculación emocional para ella. Kate siempre estuvo rodeada de lo más suntuoso: de arte, joyas, obras de arte... Existe la posibilidad de que ella denominase «tesoro» a bienes familiares sin más valor que el sentimental. O quizá descubrió algo, dentro o fuera de la familia, que le llevó a seguir alguna pista. Mi abuela convivía con la élite, formaba parte del cogollo de los poderosos de la época, por lo que manejaba información privilegiada. Pero no nos pongamos tontorrones por simples habladurías sin contrastar. Si en un trimestre no averiguas nada, lo dejamos. Lo considero un tiempo más que razonable para dar con algo, si es que lo hay. No tengo vocación de Clive Cussler... En cualquier caso, sea cual sea el resultado de tus pesquisas, yo conseguiré una buena compilación de retazos de arqueología sentimental.

—Acepto la propuesta. Con una condición.

Lo suelta a bocajarro. Pese a sus reticencias iniciales sobre mis motivos al elegirlo a él para esta tarea, ha sido insinuar de refilón el supuesto «cofre del tesoro» y se ha tirado al pozo de cabeza. Sin ni siquiera preguntar la cantidad mensual que recibirá a cambio.

—Dispara esa condición, Marc Ribó.

—No creo que vayamos a descubrir el oro de Moscú ni los supuestos millones ocultos de los nazis. Desde luego que no. Pero seré previsor. Si hubiese «algo» y diésemos con ello, quiero la exclusiva informativa.

—¿Eso es todo?

—A priori, sí.

—Hecho.

Acabáramos. Pero qué poco hábil he estado. Joder, que estoy negociando con un periodista... Debí haber enfocado el trato desde esa óptica. Posible exclusiva jugosa a la vista, ¿te interesa, plumilla?

La de explicaciones que me hubiese ahorrado. Y de pasta...



Me alivia que Marc haya aceptado mi propuesta. Yo podría tolerar meter las narices veladamente en la trastienda de conocidos. Pero reencarnarme en una contemporánea Miss Marple de muslos prietos no se me daría bien. Me incomodan las preguntas, las respuestas, las explicaciones, las justificaciones, las excusas y el ser consciente de entrometerme en intimidades ajenas. Me siento ridícula embrollada en semejantes coyunturas. Aunque el fin último sea fusionarme con mi familia biológica. Que lo es. Estoy muy ilusionada por el hecho de conocer de dónde procedo, la historia de las personas que me dieron la vida y de sus antepasados. Los pilares de mi existencia. Pero he de confesar que más allá de remontarme a mis orígenes y a los tejemanejes de mis ancestros, me ha picado otro gusanillo. Se trata de Kate.

La figura de mi abuela es fascinante. ¡Qué mujer! Puro retrato del divismo supremo. Fisonomía portentosa, estirpe de alcurnia, vida de heroína hollywoodiense, hermetismo alrededor de su estampa, lujo y glamur como seña de identidad, obras de arte como decorado de tronío, viajes con propósitos indescifrables y hasta un hipotético tesoro remoloneando por su cabeza al final de sus días. Me siento pequeñita, vulgar ante semejante despliegue de prodigios. Sí, esa señora era mi abuela, la madre de mi madre.

Cuando me comparo con ella siento que estoy desperdiciando la única vida que me va a ser concedida. Me asalta la sensación de que sobrevivo pisando sobre seguro, sin salirme del carril de una senda preestablecida: niña protegida de educación exquisita que accede a las mejores prácticas profesionales y toma las riendas de un negocio familiar rentable. Entremedias, un par de largas relaciones sentimentales con pretendientes cándidos... Nunca me había replanteado mi trayectoria: hice lo que me apeteció en cada momento y podría confirmar que, dejando de lado los inevitables tropiezos y sinsabores, estoy siendo razonablemente feliz. Pero descubrir que poseo un ADN que proviene de mezclar la esencia de una náyade con extracto de titán, me incita a darle al chachachá con ritmo de marimba.

Aunque quizá haya comenzado a tocar otros instrumentos dirigida por la batuta celestial de Vincent Moliere. Ese hombre que me desconcierta en el

fondo, pero que me hace vibrar. Como nunca. O al menos como nadie que yo recuerde, lo que viene a ser lo mismo. Otro ser humano tocado por la varita de los dioses, como mi abuela. Quizá por eso ella me empujaba hacia él. La procedencia de ambos se remonta al Olimpo. Por lo menos. Codearme con divinidades acrecienta mis inseguridades.

—¡Ay, Kate! ¡Ayyyyy si nos vieses en pleno cortejo! ¡Qué sonrisa picacona ibas a poner! —Miro al cielo mientras pronuncio estas palabras dirigidas a mi abuela. Ojalá ella esté encauzando mi destino desde alguna parte. Me cuesta creer que hay un más allá después de la muerte, pero quién sabe...

Reflexiono mientras contemplo el inmenso ramo de camelias que Vincent me ha enviado. Con una blancura que embelesa, las flores reposan en un jarrón de cristal tallado que acabo de colocar sobre la repisa de la chimenea del salón principal. Las hojas de las camelias son majestuosas. Imagino que, para un hombre de costumbres exquisitas, un buen ramo de rosas o unas orquídeas resultan ordinarias. Por tratarse de las florecillas más manidas en esto de los requiebros del flirteo.

Recibí las treinta y seis camelias la mañana que él se marchó a Dubái. El ramo venía acompañado de un cofre de terciopelo que contenía un broche *vintage* con el distintivo mítico de Chanel. Es decir, un broche en forma de camelia envuelto con esa parafernalia que despliegan las marcas de lujo cuando quieren seducir desde el mismo *packaging*. Los gurús del *marketing* no se dan cuenta de que lo que nos fascina de un regalo no es ni el objeto ni el envoltorio de fantasía, sino las manos de las que proviene...

Una expresión de atontada es la que viene adornando mi rostro desde que el mensajero me hizo entrega del paquete. Recrearme con la fragancia que desprenden me mantiene pasmada. Espero que la tontería que me arrebuja no vaya más allá. Correría el riesgo de pegarme un castañazo monumental contra el muro de los amoríos de dudosa evolución. Los cuentos de hadas son para principiantes. O eso creo. O creía... Cuántas certezas que suponía infalibles se están resquebrajando en las últimas semanas...

Estoy flaqueando ante los afectos de Moliere y me hallo batallando la típica lucha interna de corazón versus cabeza. Sería muy estúpido por mi parte, una escéptica ante el impacto de las flechas de Cupido, no controlar la

explosión hormonal que me provoca un semidesconocido (aunque las credenciales de mi abuela hacia él sean de matrícula de honor). Como estoy inquieta, vuelvo a hablar sola y en voz alta. En este caso creo que me recrimino el embobamiento que me ronda.

—La ciclogénesis desatada en tu útero y alrededores por los atributos *made in Moliere* no debería nublar la probada sensatez de tus entendederas, Violeta Velarde. La cordura siempre fue uno de tus puntos fuertes. Pero una cosa es teorizar y otra bien diferente practicar. Todos caemos en el error de creer que seremos capaces de ceñirnos a las teorías que nos autoimponemos.

Mientras Ribó se imbuje de lleno en la caza y captura de los antecedentes de Kate en particular y los Austen en general, se acercan mis singulares días de vino y rosas. Este amante parisino se ha propuesto marearme a atenciones. Y a otras cuantas cosas igual de placenteras. Su regreso de la Gran Manzana y del parque temático del lujo, Dubái, ha supuesto un remolino de impresiones.

Permanecerá durante unos días en Madrid liberado de obligaciones, entregado a malacostumbrarme. Y yo me dejo querer. Porque me lo pone fácil y porque a pesar de mi férrea voluntad antimamoneos sensibleros, soy de carne y hueso. Y este tío es para regocijarse con su santa estampa. Además de sus habilidades erótico-festivas, cuenta con una increíble soltura para sorprenderme. Tarea que no resulta nada fácil, pero que el condenado cumple con creces. He de reconocerle, pues, un ramillete de talentos y destrezas.

Aperitivos en tascas castizas que no sabía ni que existieran —soy consciente, tiene delito que un forastero me descubra rincones con encanto de mi propia ciudad—, desayunos amenizados con acordes de violín y un maestro cortador de jamón, escapadas de fin de semana a algún paraje cercano que me apetecía conocer —como el refugio de Abadía Retuerta Ledomaine—, una cena bajo las bóvedas de los Jerónimos tras una visita privada al Museo del Prado... Y un ágape inverosímil en Roma. Sí, estoy hablando de una de esas veladas que recrean las americanadas de sobremesa. La escena cinematográfica que consigue que te descojones frente a la pantalla por lo fabuloso de la situación.

—Ponte (más) guapa porque pasaré a recogerte en media hora. Nos vamos de cena.



—¿¿¿A las cinco de la tarde???

—No hagas preguntas y déjate llevar.

Y a las cinco en punto mística siberitísimo me está esperando en la calle junto con su chófer al volante. ¿Destino? El antiguo pabellón de Estado del aeropuerto de Barajas; el lugar desde el que despegan los aviones privados en la actualidad. Hace un par de años dejaron de hacerlo desde la base aérea de Torrejón.

La imponente silueta de un jet con revestimiento de titanio que esconde en su interior sillones y techos tapizados en cuero color crema de primera calidad, que ofrece *amenities* de Hermés y vajilla de Limoges, me impacta hasta el punto de dejarme sin palabras. Hecho inaudito, por cierto. ¿Este pijobicho aéreo con tripulación uniformada está esperando por nosotros? Ay, Dios. Madre del amor hermoso.

Nos embarcamos en un vuelo con destino a Roma. El tiempo deja de tener sentido a ras de las nubes debido a las conversaciones eruditas de Moliere, a sus caricias y arrullos. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Este hombre es de otra galaxia. El bombón es cosa de otro planeta. ¿Es esto ardor? ¿Encoñamiento? ¿Ilusión? Ayyyyy, ¡qué lío! ¿Amor? ¿Quizá no lo comprendía en toda su extensión porque no lo había experimentado hasta este momento? Decía Morand que la pasión son los viajes del corazón. Solo sé que si durante este vuelo el firmamento me regalase un lucero fugaz, le pediría como deseo no bajarme jamás de este avión. Una odisea eterna con Vincent y su polvo de estrellas.

Un coche tipo berlina nos recoge a pie de pista en el aeropuerto romano de Fiumicino. Nos traslada en dirección hacia el norte durante un breve trayecto de setenta kilómetros. En apenas cincuenta minutos llegamos a nuestro destino final.

—Vincent, ¿podemos detener los relojes y permanecer aquí por siempre?

—Tienes el privilegio de elegir, Violeta: si aquí decidieses quedarte, yo estaría a tu lado.

Un vergel repleto de palmeras de nombres impronunciables hace de antesala a un edificio del siglo XIX. En su interior alberga ricos mosaicos y un establecimiento inaudito: *Solo per due*, el restaurante más pequeño del mundo. Un ambigú solo para dos, para Vincent y para mí. El camino está alumbrado

por docenas de velas que nos guían hacia la luminosa sonrisa de Remo Di Claudio, un hombre que transmite cordialidad. Él es el propietario de este universo idílico en miniatura. Luces que se apagan, candelabros que se encienden y una sola mesa flanqueada por dos regios butacones junto a una chimenea encendida. Todas las atenciones recaerán sobre nosotros, los únicos comensales. Solo me basta con agitar una campanilla de plata para tener el servicio a mi entera disposición.

La experiencia comienza incluso antes de sentarnos. El menú, cocinado a fuego lento, promete sabrosura mediante las especialidades gastronómicas de Vacone, el coqueto pueblo que nos acoge y que destaca por sus setas y frutas silvestres, pasta artesanal, pan casero, exquisita carne, y tartas y dulces locales. Una botella de mi champán favorito, una selección de los mejores vinos y una cuidada decoración floral en la que no faltan las camelias blancas nos dan la bienvenida.

Escucho acordes interpretados por un cuarteto de cuerda. No logro ver a sus integrantes, quienes deben permanecer semiescondidos en algún recoveco del jardín para preservar nuestra intimidad. Tocan magistralmente algunas de mis piezas clásicas preferidas. Varias antorchas alumbran este recinto de ensueño, ubicado en un área histórica sugerente: aquí se encuentran los restos de una villa romana que afirma la leyenda perteneció al poeta Horacio y posteriormente fue la casa de campo de Carlo Bartolomeo. Esto es demasiado hermoso hasta en su simbolismo como para ser real. Creo que me estoy enamorando. ¿Debo sucumbir a mis sentimientos o combatirlos? ¿Es Vincent un capricho, una extravagancia o el regalo que toda mujer espera?

Me dejo caer sobre el regio butacón color burdeos y se me escapa un suspiro. Dejaré los debates internos para otro momento: ahora toca disfrutar de este cuento de hadas. Vincent me mira con atención y su expresión traviesa denota satisfacción. El muy astuto sabe que me ha dejado KO. ¿Qué se puede decir cuando has enmudecido de la impresión? ¿Qué certera es aquella cita que afirma que si vas a mancillar la belleza del silencio es mejor permanecer callado! Así que, llegados a este punto, solo se me ocurre un lenguaje válido e infalible: el de los besos. Besar es la expresión más hermosa y embriagadora, la forma más placentera de dialogar. ¡Y sin que medie palabra alguna! Pura magia...

Casi todas las buenas historias comienzan con un beso, así que me levanto, me dirijo hacia ese monumento que tengo enfrente, me siento en sus rodillas, lo miro con deseo, puede que también con agradecimiento, rodeo su cuello con mis brazos, mordisqueo su cuello con suavidad, junto mis labios a los suyos mmmmm y lo beso hasta que me quedo sin respiración. Me gusta besar a este hombre. La felicidad también puede aprenderse.

—Pensé que nunca sería capaz de disfrutarte así. Entregada. Tierna. Mimosa. Esta inverosímil faceta tuya supone para mí una revelación: Violeta regalando dulzura.

—¿Por qué dices eso, Vincent?

—¡Porque nunca me hiciste ni caso! Te mostrabas indiferente ante mí. Te diré más si me prometes que no te vas a enfadar...

—Dispara.

—Eras seca, hosca, distante, y afirmarías que en ocasiones hasta desagradable conmigo.

—Solo mantenía las distancias. ¿Te has mirado en un espejo? ¡Debes de ser uno de los tíos más solicitados del planeta! Yo no quería resultarte la pelma número un millón.

—¡Esto sí que es una sorpresa! ¿La gélida Violeta practicaba a propósito la estrategia de la displicencia?

—¡Para nada! Es que no me salía otro comportamiento estando a tu lado. Temores infundados, supongo. Imaginaba que dijera lo que dijera o hiciese lo que hiciese ya lo habría puesto en práctica alguna otra admiradora tuya con anterioridad. Y posiblemente con más éxito que yo. Ante la crónica de un ridículo seguro, prefiero el repliegue sutil.

—Violeta, desde que tropecé contigo hace unos años en Marbella, pensé que eras la mujer más guapa que había visto jamás. ¡Deslumbrabas! El efecto de tu piel bronceada bajo el vestido turquesa de espalda descubierta que lucías resultaba perturbador. Y el exótico turbante, a juego con esas pupilas azul intenso, noqueaban a cualquier varón que te merodease. Y al mentar la guapura no me estoy refiriendo solo al físico. Tu naturalidad, tu manera de observar a los demás, ese modo de caminar, como si nada de lo que te rodeaba fuese contigo, o mejor aún, como si acabases de emerger de la cuna de la fantasía, tu elegancia serena, tu sonrisa franca, tus movimientos acompasados,

esos ojazos expresivos, cierta timidez bien disimulada, un candor innato, esa armonía corporal, tu voz de azúcar... Todo, todo me atrajo de ti.

»Le pedí a Kate que nos presentase y recuerdo que me advirtió «cuidado con esa niña, porque la quiero como a una hija». Aún desconocía el vínculo que os unía, pero yo le respondí con sinceridad «así debió de ser usted a su edad: una diosa, como ella. Y a las criaturas celestiales se las reverencia». Las mujeres de tu linaje sois un espectáculo para el iris masculino. Tras mi halago, Kate me palmeó la espalda con satisfacción y me condujo agradecida hacia ti. Desde entonces he intentado atraer tu atención en cada uno de los encuentros casuales que mantuvimos. Con nulo éxito. Dada tu palpable apatía hacia mi persona, no me atreví a dar ningún paso para cortejarte por miedo a fracasar. Ni una diminuta señal de empatía por tu parte... Solo charlas de cortesía. Educadas, pero banales. Finalizadas con despedidas precipitadas y huidas encubiertas. Así que ahora me encuentro feliz por compartir contigo momentos como este. Espero que podamos disfrutar de muchos más en mutua compañía. Me emplearé a fondo para que así suceda.

—Pues has comenzado con buen pie, bombón francés.

—¿Cómo has dicho?

Me sonrojo, pero confieso.

—En mi cabeza me refiero a ti con el apelativo que acabas de escuchar: eres mi jodido bombón francés.

Vincent no estalla en carcajadas ante mi confidencia porque las risotadas no tienen cabida en su código de perfecta urbanidad. Aunque esa sonrisa que ilumina su cara demuestra que mi ocurrencia le ha hecho gracia. Mucha. Sentido del humor tampoco le falta, pues. Otra virtud en su haber.

Ay. Igual he sido demasiado severa e injusta con él. Para no reconocerme a mí misma la falta de seguridad galopante que me provoca un hombre de bandera. Porque ni siquiera tiene una reputación que le preceda. Su pasado sentimental es desconocido. Eso sí. Debo comenzar a encontrarle defectos en breve o la idea de que semejante espécimen pertenece al espacio exterior irá cobrando forma. Y copular con alienígenas no entra en mis planes. De momento.

A pocos pasos del inaudito *Solo per due* se ubica una romántica villa de piedra construida entre olivos, flores y árboles frutales. Hacia allá nos

dirigimos. Como no podía ser de otra manera, una coqueta quinta solo para dos. Vincent la alquiló por una noche. Si la velada nocturna ha traído como consecuencia desear la inmortalidad al lado de semejante semental, el despertar no ha desmerecido. Porque una noche fascinante no debe finalizar tras la cena. El estallido de cariño con un amante cómplice es tan placentero como el orgasmo. Observar a Moliere desperezarse me provoca ternura. He descubierto una plenitud desconocida al despertar entre sus brazos, abrigada por el tacto de su piel y embriagada por su perfume dulzón.

—Vincent, no se te escapa un detalle. Gracias a tus habilidades de conquistador implacable he tenido un despertar de lujo: a mi vera un hombre reguapo y de fondo las vistas que ofrece esta cabaña. Las panorámicas que tengo enfrente constituyen uno de los parajes naturales más bellos de Italia.

—Nada me provoca más satisfacción que sorprendente.

—¿¿¿Nada???

—Bueno, quizá sí. Pero hay ciertas cosas que es mejor practicar en vez de comentar... Mmmmm

—Eso está mejor. Pero no te lo creas demasiado o perderás muchos puntos conmigo... —Mentira cochina. Este tío me ha hechizado. ¡Y adoro sentirme embrujada!

Nos suben dos bandejas con pan y bollos recién horneados, mermelada artesanal, fruta cortada y zumo de naranja natural. Una cafetera humeante que huele que da gloria completa el bufet matutino. Desayunamos en una amplia terraza presidida por una mesa de mármol con mantel de hilo y dos sillas de hierro forjado pertenecientes al mobiliario original de esta villa. Un sol espléndido nos hace compañía: el astro rey también quiere ser partícipe de la magia que desprende el momento. ¿O la desprendemos nosotros? Pese a flotar en lo idílico, no puedo resistirme a iniciar una conversación sobre mi abuela con alguien que formó parte de su vida. Soy consciente de que ella lo apreciaba de veras.

—¿Cuándo conociste a Kate?

—Ufff, no sabría decírtelo con exactitud. Recuerdo el momento en el que tú te cruzaste en mi camino. —Acerca su rostro y me besa en los labios—. Anoche mismo te lo rememoré al detalle. Pero no podría decirte cuándo vi por primera vez a tu abuela. Aunque ella aparece en mis recuerdos desde siempre.

Desde mi infancia, quizá. Pertenece al círculo en el que se mueve mi familia: mismos conocidos, idénticos intereses, mismos ambientes, compañeros de eventos y celebraciones...

—¿Y recuerdas cuándo comenzaste a tratarla de un modo más íntimo?

—En mi edad adulta. En mi juventud manteníamos conversaciones de cortesía, esas que a ti se te dan tan bien. Con el tiempo la relación se fue estrechando.

—¡Vincent, no me riñas! —protesto. Asumo que he sido muy dura con él antes de caer flechada. Esa coraza de autoprotección que nos imponemos para salvaguardarnos de hipotéticos enemigos que ni siquiera sabemos si realmente lo son. De cuántas personas que merecían la pena nos habrá privado el dichoso blindaje.

Es algo que hacemos a menudo, pero que resulta injusto: juzgamos, tratamos los acontecimientos y vivimos las nuevas experiencias influenciados por el pasado, según nos fue con otros que son ajenos a los que nos rodean en el presente. Sin embargo, estos suelen ser a menudo infravalorados, o al menos, pagan por lo que hicieron aquellos. Es como si nos colocásemos un muro de autodefensa solo porque ciertos capullos nos ganaron la batalla o nos dejaron demasiado malheridos para aguantar otro envite más. Y de esta forma, cerramos la puerta, negamos oportunidades a personas que lo merecen. Yo he sido víctima de esta peculiar filosofía, pero lo terrible es que aprendes a ser verdugo con el tiempo.

Mientras los remordimientos me hacen cosquillas, Vincent prosigue hablándome de mi abuela. Presto toda mi atención.

—La traté en profundidad durante los últimos seis o siete años de su vida. Llegamos a ser grandes amigos. La quise mucho. Sentí su muerte casi como la de mi propia abuela.

—Yo siento no haber conocido antes nuestro parentesco para haberla disfrutado más. Me remuerde la conciencia saber que siempre la tuve cerca, pero no me comporté como lo que soy: su nieta. La hija de su hija muerta.

—Por eso no debes preocuparte, Violeta. Desconocías vuestro vínculo de sangre. Y la colmaste de satisfacciones. Te adoraba. Estaba completamente orgullosa de ti. Formabais una pareja envidiable en mutua compañía.

Representabais la elegancia personificada en dos mujeres distinguidas de épocas dispares. Etéreas, como las bailarinas de Degas.

Por un instante se me pasa por la cabeza volver a reincidir sobre el tema del tesoro. Si Vincent fue su amigo en los últimos años, cabe la posibilidad de que en algún momento ella le comentase ese asunto. Aunque fuese de pasada. Pero teniendo en cuenta el rapapolvo que me echó cuando se lo insinué, descarto la idea. Por ahora.

—¿Qué relación os unía exactamente?

Me da la sensación de que Vincent baja la vista y titubea antes de responder. Pero posiblemente sea solo eso: una impresión. Todavía no lo conozco a fondo. Además, estos días me encuentro muy susceptible sobre cualquier apreciación referente a Kate.

—Por mi parte una relación de sincera complicidad y de suprema admiración. Por la suya un cariño devoto e incluso cierta protección maternal. Para mí, además de una amiga, era una mentora: me instruía con generosidad sobre los entresijos de los coleccionistas, sobre determinados artistas cuya obra ella dominaba a la perfección, sobre las relaciones humanas, sobre la vida misma... Y a pesar de la diferencia de edad, cuarenta y cinco años nos separaban, fuimos capaces de cultivar nuestra amistad. Añoro mucho la compañía de Kate, Violeta. Y su sabiduría.

Vincent me está diciendo la verdad. Pero no toda la verdad...

*En algún lugar del Imperio otomano*

Y el imparable encantamiento del corazón entre dos jóvenes corazones ávidos de amarse se puso a danzar. Cuando a Selim le fue comunicado que formaría parte de la comitiva de la favorita del sultán en sus salidas, sufrió una placentera conmoción ante lo inesperado de la buena nueva. Tras asimilar semejante sorpresa, un gozo de intensidad desconocida inundó su ánimo. Era como si los astros del universo le hubiesen favorecido. Como si las plegarias del ejército imperial hubiesen sido canalizadas de pleno hacia su más ferviente anhelo: contemplar de nuevo el paradigma de la hermosura plasmado en un rostro de mujer.

Y cuando Selma consiguió aquel propósito largamente planificado, se sintió de nuevo la chiquilla que correteaba libre y despreocupada por la campiña, la que se embriagaba con el aroma de los pinos. La que era dichosa persiguiendo animalitos silvestres y salpicando agua fresca del riachuelo con los pies desnudos. La que recogía las gotas del rocío y jugueteaba con ardillas y conejos en las inmediaciones de sus madrigueras.

Una plenitud inmensa se apoderó de ella, un apogeo que no sentía desde sus escapadas agrestes por la aldea se adueñó de su ánimo. Solo porque a bordo de la goleta podría volver la vista y admirar la anatomía de un hombre que prendía su ilusión. Solo por tener la certeza de que él estaría allí, Selma había recobrado súbitamente su verdadero yo; el que quedó marchito al traspasar los suntuosos portones palatinos.



Cuanto más se acrecentaba su bienestar, más convencida estaba de que aquello que estaba experimentando se trataba de la sensación que tanto referenciaban las doctas en las artes del amor que la instruyeron hacía casi un lustro. Emociones que jamás apreció en compañía del sultán. La inmensa ventura que la embargaba por la sola cercanía de un joven apuesto, apenas un desconocido, no tenía parangón. Pero anhelaba volver a admirarlo una y otra vez. Algo tan sencillo y a la vez tan colosal inflamaba su recuperada dicha.

En las primeras salidas conjuntas, acompañados del resto de la comitiva imperial, se trataba tan solo de gestos livianos. Ambos se desgastaban los ojos de tanto contemplarse. Se atisbaban, cruzaban miradas tanto como les estaba permitido sin rebasar los límites de la prudencia y el decoro. Sin levantar suspicacias entre los demás miembros del séquito. Selma sonreía bajo los velos cada vez que se percataba de que la vista del vigoroso soldado reposaba sobre su rostro. Se ruborizaba por ello y un hormigueo ardoroso y agradable martilleaba acompasadamente sus vísceras.

Cuando Selim fruncía el gesto, Selma advertía que se trataba del varón más apuesto que jamás hubiera contemplado. Su hombría la perturbaba, ese cuerpo hercúleo y proporcionado conseguía excitar sus sentidos. El soldado era un hombre fornido y corpulento. Cuando se encontraban relativamente cerca, nunca juntos ni a solas, ella apreciaba con más detenimiento el encanto de sus facciones, especialmente la tersura de su piel, la expresividad de sus ojos y la enorme longitud de unas pestañas que se asemejaban a las interminables bovinas de los hilos de tejer.

Desde el primer paseo en la embarcación imperial en mutua compañía ambos se habían percatado de que no se quitaban ojo el uno al otro. Consciente de que aquella divinidad era fruta prohibida para cualquier hombre del Imperio que no fuese el sultán, Selim se emocionaba con los guiños mesurados que le dirigía la mujer más hermosa de la Tierra. Se sentía privilegiado por el mero hecho de captar su atención, de atraer sus miradas. Así trascurrieron varias semanas sin más novedad que las gozosas excursiones fluviales a bordo del caique. Cada uno en la posición que le correspondía, manteniendo el comportamiento recio que de ellos se esperaba. Pero cuando entran en juego los pícaros designios de un destino travieso en nombre del amor, no hay mortal que se les resista.

Selma, risueña, animosa y perseverante desde la aparición inesperada del soldado, no se resignaba a observar desde la distancia al único joven que había encendido su esencia de mujer, el que había encandilado sus sentidos. Cada noche, en la soledad de sus aposentos privados, fantaseaba con nadar junto a Selim por el Bósforo.

—Quiero recitarte versos de amor, danzar para ti bajo los rayos de luna como lo hago para el sultán, arrebujarme entre tus brazos bajo las ramas de un roble, o de un ciprés, o de un nogal; sentarnos juntos en un risco para disfrutar del armonioso declive del sol, tumbarnos a la fresca sobre una alfombra mullida mientras bebemos sorbetes de fruta, entrelazar nuestras manos, rozar tu piel... ¡Hay tantas y tantas cosas que ansío compartir contigo, Selim! — susurraba Selma para sí misma tumbada en la cama.

Meditó y reflexionó, analizando ventajas e inconvenientes. Fue templada en este minucioso estudio sin dejarse avasallar por la pasión que la absorbía. Consideró, deliberó, razonó y llegó a la conclusión de que ningún riesgo corría por escribir mensajes a Selim siendo cuidadosa en la entrega. Si nadie advertía que ella depositaba en las manos del fornido miembro del ejército imperial un diminuto trozo de papiro, podría conversar con el hombre que deseaba, aunque fuese a través del lenguaje mudo de la escritura.

Selma era una mujer instruida que había leído centenares de libros de todos los géneros, especialmente literatura clásica y poesía. Podría desenvolverse con maestría en la ardua destreza de flirtear con la palabra. Aunque jamás lo hubiese hecho con anterioridad. ¿Por qué no aventurarse a lo desconocido cuando la recompensa pudiese ser el júbilo del alma? Si su cuerpo era rehén de los caprichos de otros, al menos su ánima volaría en libertad.

La decisión fue firme. No había vuelta atrás. Su pecho palpitó a un ritmo frenético cuando tomó la pluma con pulso tembloroso para escribir las primeras letras destinadas al hombre que había despertado en ella esperanza e ilusión.

*Agradecida por rescatarme de las aguas.*

*Bendecida por la insistencia de tu mirada.*

*Nunca olvides que el primer beso se da con los ojos.*

S.

Firmó con la inicial de su nombre. Selma solo había una en el harén. Mujeres cuyos nombres comenzaban por la letra «s» moraban al menos una decena. Cualquier precaución supondría una buenaventura en caso de adversidad. La meticulosa selección de una indumentaria adecuada como vestimenta para la próxima excursión culminaría su propósito. Una túnica de mangas acampanadas, estrecha desde el hombro hasta el codo y ensanchada con cierto vuelo en la muñeca hasta tapar casi por completo las manos conseguiría que ante unos cuantos ojos extraños pasara inadvertida la entrega del mensaje en la cubierta del caique.

Selim se sobresaltó por lo que estaba aconteciendo. Un estremecimiento fugaz recorrió cada poro de su piel cuando sintió que Selma lo rozaba brevemente. ¡Ella acababa de depositar algo en su mano! Sin inmutarse ni modificar compostura ni gesto, deslizó aquel diminuto pedazo de papel hasta ocultarlo a la vista de todos bajo los pliegues de su uniforme. Cuando al regresar, ya en la intimidad de su alcoba, leyó el contenido, experimentó conmoción y alborozo.

¿Acaso la divinidad femenina de todo un Imperio sentía algo por él más allá de la innegable atención que le otorgaban sus turquesas pupilas? ¿Estaba siendo incitado a mantener correspondencia privada con la mujer más hermosa? ¿Suponía semejante mensaje una invitación velada a dejarse besar? La perplejidad lo había dejado atolondrado, y antes de dar paso alguno decidió escribir a su hermano, como tantas otras veces, para ponerlo al corriente de semejante buena nueva. Al menos una confesión fraternal aplacaría en parte los nervios e inquietud de semejante momento.

Tras desahogarse con aquel testimonio desgarrado escrito en un tono filial, tomó otro pedazo de papel para responder a Selma. Desconocía si dispondría del arrojo suficiente para entregar dicha respuesta a la dama, pero todo su ser clamaba por dedicar unas palabras a la joven de la perla.

Perdió la noción del tiempo porque cualquier texto le parecía insignificante para ser consagrado a aquella ninfa. Sudaba a causa de la turbación y la desazón, y tenía la boca seca por la ansiedad. Tras muchos pedazos de papel rotos y muchas palabras desechadas, decidió escribir lo que le salía del corazón. A fin de cuentas, él solo era un oficial avezado en las

artimañas de la guerra, pero ignorante en las cuitas del amor. Un profano de los versos de poetas célebres y de las plumas de autores insignes.

Como sus nombres comenzaban con las mismas letras, Selim decidió añadir la primera consonante de su apellido en la firma de sus escritos para personalizarlos respecto a los de Selma.

*La distancia física puede impedir los besos, pero nunca mis sentimientos.  
Bendecido por tu mirada que tan bien expresa lo que tu corazón calla.  
S.M.*

Selma y Selim se aventuraron durante semanas al intercambio de mensajes. Sus hasta entonces disciplinadas y rutinarias vidas comenzaron a girar en torno a su correspondencia secreta. Confidencias que se iban avivando a cada nuevo mensaje. Una complicidad que se consolidaba a pesar de la distancia. Y del riesgo. Un intercambio de anhelos y congojas, pero, sobre todo, de sentimientos desgarrados, de esperanzas venideras.

*Obligación tenemos de mantener nuestras bocas selladas,  
nuestros labios silenciados,  
pero mi corazón te llama a gritos.  
S.*

*Sediento de un beso, sed que solo se aplacará con el elixir de tu boca  
S.M.*

*Cada cual elige los labios que quiere besar y los ojos que quiere mirar.  
Mi elección eres tú, pero no encuentro el camino para llegar a tus besos.  
S.*

*Buscando eternamente en cada paso el camino que me lleve hacia ti.  
¿Cómo encontrarnos?  
¿Dónde hallar el sendero que me conduzca hacia ti?  
S.M.*

El entusiasmo y apasionamiento de Selma y Selim se acrecentaba a cada nueva mirada, en cada nuevo carteo, a cada nueva sonrisa, en cada nuevo suspiro. Pero ambos eran lo suficientemente lúcidos como para ser

conscientes de que estaban construyendo una adoración muda, cimentada sobre los pilares de un imposible, encadenada a una realidad amurallada por la compleja coyuntura que los rodeaba. Un amor inverosímil, pecaminoso, impracticable y prohibido.

Ella era la favorita del sultán, él uno de los más acreditados integrantes de su guardia personal, llamado a liderar gloriosas gestas militares. Ella vivía en el harén, lugar vedado para todo aquel varón que no perteneciese a la familia real o formase parte del cuerpo de los medio hombres, los eunucos. Él pernoctaba dentro del recinto palaciego, aunque en otras dependencias ajenas por completo a la ostentación y suntuosidad del gineceo. Selim pertenecía a un mundo verídico, rudo, fatigoso, el que acarrea dificultades y pesares diarios. Selma era la protegida de un cosmos quimérico.

Pero ella no se iba a amedrentar ahora que había recobrado la fe en una existencia esperanzadora, por más que todo pareciese hallarse en su contra.

«No pasaré el resto de mis días atisbando una realidad ilusoria a través del filtro de una celosía, respirando aire puro una única vez por semana y jamás en soledad. No me resigno a vivir una pasión de fantasía a través de la tinta de un papel. He tomado la decisión de mantener un encuentro a solas con Selim. Uno para comenzar. Luego ya se verá cómo nos las ingeniamos para reincidir bajo el manto de la clandestinidad», se prometió a sí misma.

Y tenía idea de cómo hacerlo. Aunque necesitaba un cómplice. Suponía una tarea imposible llevar a cabo su plan en solitario. Era consciente de que la participación de terceras personas podría acarrear un peligro incontestable: el de la traición. Pero el riesgo era una consecuencia que estaba dispuesta a asumir. La anhelada felicidad bien vale embestir a un manojito de lances.

Para sortear la felonía iba a recurrir a una persona de su máxima lealtad: su noble y querida Anna, quien se estaba convirtiendo en una joven de espléndida belleza, considerable estatura y gran esbeltez. Tras cavilar durante semanas con frialdad sobre cómo afrontar tal desafío, Selma había deducido que existe algo más infalible que la lealtad: el interés propio.

Con la incorporación de Anna en su particular tablero, una nueva e insospechada participante que todavía no había sido llamada a jugar, y la intervención indirecta de la mismísima Valide, Selma ambicionaba salir

victoriosa de esta crucial partida. Se jugaba ni más ni menos que acariciar a Selim. Pero también volver a abrazar la vida.

Selma bien conocía que la Valide conspiraba desde hacía tiempo para sustituir a la primera esposa, la extranjera, en las preferencias de su hijo y en el estatus del harén. La todopoderosa le había confesado en más de una ocasión que de haber florecido una semilla del sultán en su vientre, ella misma ostentaría ahora ese privilegio. Su prodigiosa capacidad de observación le había alertado de que la madre del soberano ponía sus ojos en Fátima, una turca bien parecida, avispada, desenvuelta, pero muy dada a provocar controversia entre las mujeres del serrallo. Aprovechando una comida al aire libre a solas con la Valide, Selma se dispuso a sincerarse.

La hierba había sido cubierta con alfombras y cojines. Antes del ágape las sirvientas rociaron sus rostros con agua perfumada de menta para combatir la cálida temperatura exterior. Una orquestina tocaba piezas de Mozart mientras la servidumbre iba ofreciendo exquisitos manjares expuestos con armonía en bandejas doradas.

En cuanto las esclavas se replegaron unos pasos para preservar la intimidad de tan insignes comensales, una intrépida Selma puso en marcha su plan.

—Señora, con su anuencia, vengo observando que en los últimos tiempos presta atenciones y deferencias hacia la joven Fátima. ¿Acaso pudiese ser ella la muchacha que está en sus pensamientos para ocupar el puesto de kadina?

La verdadera reina del harén, la sultana madre, sonrió con pillería y guardó silencio mientras saboreaba unos dátiles maduros.

—Bella Selma, ¡qué certera observadora eres y en qué gran mujer te has convertido! Aún albergo esperanzas de que concibas un nieto para mí. Estás sana. Eres la hermosura en estado de gracia, y la sabiduría que has adquirido a mi vera durante estos cinco años te ha convertido en la candidata ideal para gobernar con destreza el serrallo. El vientre de una criatura tan sublime como tú debería dar frutos.

—¡Qué amabilidad desprende hacia mi persona la magna Valide! No merezco tantos parabienes procedentes de su boca, pero agradecida y honrada quedo porque me tenga en tan alta estima.

—He de reconocer que en mis cábalas pergeño la posibilidad de que Alá no tenga a bien concedernos la fertilidad de tus entrañas. En cuyo caso, cierto es que, entre otras, he depositado mis pensamientos en Fátima. Esa joven pudiera ser útil para ocupar el puesto de la extranjera. No posee tu apabullante hermosura, pero es avispada, voluptuosa, grácil, versada en las disciplinas que al sultán más le placen y me reverencia. Sé que me guardará lealtad y que seguirá mis consejos en lo que a la regencia de este recinto se refiere.

Selma mantuvo un astuto silencio manteniendo la cabeza gacha ante la exposición de la Valide.

—¿Qué ocurre, Selma? ¿Por qué callas? ¿Acaso mi elección no te satisface?

—Yo jamás osaría contradecir la sapiencia incontestable de toda una sultana descendiente de una estirpe legendaria.

—No te estoy preguntando eso, querida niña. ¿Hay algo de la joven Fátima que te desagrade?

—Nada en absoluto. Usted bien conoce que no mantengo brete ni discordia alguna con las moradoras del serrallo.

—Soy consciente de que Fátima sí se enzarza en disputas con las otras jóvenes. Tiene carácter. Eso supone una ventaja para dirigir con firmeza un gineceo. Bregar entre mujeres que se saben rivales nunca resultó tarea sencilla.

—Un temperamento desbocado también podría traer como consecuencia, con el paso del tiempo, dejar de lado los ilustrados consejos de la más sabia entre nosotras, de vos, para acabar por imponer los suyos. La egolatría humana engorda una vez conquistada la cima del poder. Y deja de atender los dictados del sentido común en pos de la soberbia engrandecida.

—Razón no te falta, pero se trata de un riesgo que debo correr. Ninguna de las candidatas es perfecta. No existe la mujer impecable. Un momento, Selma. ¿Tú tienes en mente alguna postulante que cuente con todos los atributos requeridos para regir el harén y además goce de una personalidad templada?

—Fátima está demasiado maleada. Lleva años pernoctando intramuros. Pero ambas estamos a tiempo de moldear a nuestro gusto a una joven que sí cuenta con medida, atributos y belleza suficiente para complacer las

necesidades del sultán, y doy fe de que ella, además, constituye un dechado de lealtad hacia mí. Hacia nosotras, dado el caso.

—Explícate de inmediato. Me interesa tu razonamiento. Conoces los tejemanajes de este serrallo casi con tanta pericia como yo.

—De todas las sirvientas que acompañan nuestro devenir, la más fiel, sin dudar, es mi querida Anna. Se ha convertido en una joven encantadora, estilizada, fina, de rostro agraciado, con el pecho alto y las caderas generosas. Larga melena blanca, como la que yo luzco, y aunque más oscuros, sus ojos son de una agradable tonalidad azul. La he educado, casi criado, ya que entró a mi servicio siendo una niña, por lo que me quiere como a una madre. O como a una hermana mayor. Conoce a la perfección mis gustos, los aderezos que utilizo con cada vestimenta, qué calzo, cuáles son mis rituales de belleza, con qué ungüento me perfumo según la ocasión, conoce los poemas que declamo, la música que toco, borda a mi lado... Es mi mano izquierda, mi mano derecha, mi segundo yo. No solo nos guardaría cumplimiento y devoción hasta el fin de sus días, sino que sabría sacarse partido delante del sultán como si fuese yo misma la que estuviese allí, frente a él.

La Valide abrió los ojos, estupefacta, porque había caído en la cuenta de lo que Selma estaba intentando decirle con toda la sutileza de la que siempre hacía gala.

—¡Qué sagacidad! ¡Cuánta astucia! Bien sabes que mi amado hijo te venera. Está completamente rendido a tus encantos desde vuestra primera noche compartida. Lejos de decaer, su interés hacia ti se ha incrementado con el paso de los años. Ambas somos conscientes de que está enamorado como un jovencito. Lo que me estás insinuando es recrear en esa Anna, tu pupila, una segunda Selma. Tu belleza es inimitable, pero considerando vuestro parecido físico y emulando el resto de tu personalidad, vestimentas, peinados, aderezos, joyas, perfumes, enseñándole la música que tú tocas para él, las danzas que bailas... ¡El sultán quedaría pasmado porque estaría viendo tu propio reflejo, el de la mujer que idolatra, en una chica más joven! Y ella se convertiría en una aliada sin fisuras porque tú eres su única familia. Bendita seas, Selma. Admiro tu clarividencia, ingenio y entendimiento. Qué orgullosa estoy de ti.

—El orgullo es mío. Nada, nada es comparable a servir al sostenimiento de la grandeza de este Imperio.



A Selma poco le importaba ya el Imperio, el deleite del sultán o el regocijo de la Valide. Su propósito iba más allá, encaminado a su propia felicidad: si Anna se intuía a sí misma con posibilidades de reinar en un futuro cercano dentro de los confines del harén, estaría complacida de alejar de allí a la única rival que podía hacerle sombra: su señora Selma.

Independientemente de agradecimientos y afectos personales, Anna jamás la traicionaría en su huida si la máxima beneficiaria de que se marchase de allí era ella misma. Y con tales propósitos comenzó a tomar forma el taimado plan de Selma. Involucrando a Anna desde los mismos pilares de sus argucias.

Decidió que había que ir paso a paso para que la joven sirvienta se empapase desde el comienzo de la historia de amor de su señora. Antes de avezarse en los intrínquilis más complejos de la confabulación que se avecinaba, había que cimentar un marco de complicidad femenina. La rivalidad entre mujeres se relaja cuando asoma la connivencia.

A todas las doncellas de edades tempranas les perdían las aventuras de amoríos apasionados, el conocer los detalles de un seductor galanteo: las únicas faltas que gozaban de la condescendencia ajena solían ser las cometidas en nombre del amor. Todas las féminas del Imperio aspiraban a ser protagonistas de los épicos romances que recogían los versos de los poetas más insignes, las ciegas pasiones de las leyendas y los cantos populares que se iban transmitiendo de generación en generación.

Mientras se hallaban concentradas, tejiendo, una tarde cualquiera, Selma confesó a Anna su secreto.

—Mi querida niña, mi casi hermana. He de contarte lo que bulle por mi alma y ya no puedo callar. Ardo en deseo hacia un apuesto oficial de la guardia personal del sultán: mi salvador de las aguas del Bósforo. Desde el instante en que aquel joven desconocido rozó casualmente mi cuerpo, una sacudida de sensaciones jamás apreciada por mí recorrió mi anatomía hasta hacerla despertar de un largo letargo. Pese a yacer durante años junto al sultán, nunca sentí la intensidad del placer que las yemas de los dedos varoniles del soldado me han hecho experimentar. Las miradas del joven conmueven mis entrañas y me inundan de felicidad. Sueño con él cada noche y hasta despierta: Selim encadena mis sueños. Lo que más deseo en esta vida es un encuentro íntimo con él. Aunque sea durante escasos minutos, durante unos efímeros

segundos, tengo que verlo a solas. Cualquier instante en mutua compañía supondrá para mí un dulce recuerdo eterno.

También le reveló a una sobrecogida Anna que ambos ya se carteaban con ardor desde la clandestinidad y que Selim también suspiraba por ella. Anna escuchaba con perplejidad el relato descarnado de su señora. Jamás habría imaginado que la mujer más admirada de todo el Imperio, la envidiada por cualquier dama, de alta y baja alcurnia, la codiciada por todos los varones en edad adulta, la catalogada como diosa terrenal, la de lindeza sublime, la virtuosa de tantas disciplinas, la respetada por la severa Valide, la reverenciada por el mismísimo soberano poseedor de vastos territorios en tres continentes, la musa de los versos rubricados de su puño y letra, la numen palaciega, la mimada y agasajada con los tesoros más esplendorosos por su Señor, se desvivía calladamente por el amor de un miembro del ejército que la correspondía en secreto.

Pese al impacto que semejante confesión supuso en la joven sirvienta, aquella asombrosa revelación, lejos de escandalizarla, gozó de sus simpatías. Ella también aspiraba a vivir alguna vez una historia de amor que diese un vuelco a su alma.

Selma le mostró los mensajes intercambiados que no dejaban lugar a duda de la intensidad de su frenesí. Anna los leía con avidez. Ojalá fuese ella, en alguna ocasión no muy lejana, la destinataria de semejantes palabras ardientes provenientes de algún garboso caballero.

—¡Qué hermosura, mi señora! ¡Cuánto sentimiento! ¡Qué arrebató! ¡Cuánta intensidad! ¿Qué ha de sentirse al ser correspondida con una pasión tan intensa?

Entretanto, ayudaría en lo que fuese posible a su adorada Selma, la única persona que le transmitía cariño, protección y palabras amables desde que llegó al palacio.

—Intentaré colaborar para aplacar su creciente melancolía por un amorío censurado, mi señora. Contribuiré hasta donde me sea posible para evitar que su esperanza sea aniquilada. La ayudaré para que pueda acariciar exiguos retazos de felicidad con el joven que se ha convertido en el único receptor de sus desvelos.

Pese a ser la favorita de uno de los hombres más poderosos del mundo, admiraba que Selma hubiese decidido dejarse llevar por los dictados de su corazón, dando de lado comodidades, riquezas, alhajas, exquisiteces y todo lo material que su estatus le proporcionaba solo por despertarse cada mañana.

Anna comenzó a ejercer de mensajera entre ambos enamorados, ayudando a repartir las apasionadas palabras plasmadas en los papiros que se dedicaban. Era bien conocedora de que aquella colaboración acarreaba un riesgo, pero nadie sospecharía que una humilde servidora de la deidad palaciega estuviese conspirando a su favor. Además, la jubilosa expresión de aquella a quien consideraba su hermana cada vez que desplegaba esos nimios trocitos de papel, o el brillo que durante su lectura adquirirían esas pupilas turquesas, casi transparentes, compensaban futuribles escollos.

—¡Ay, mi queridísima Anna! ¡Cuánto bien me hace tenerte cerca! Bendecida seas.

—Su felicidad también es la mía, mi señora.

—He de agradecerte tu disponibilidad y pleno servicio hacia conmigo. Lejos de juzgarme, me has mostrado un apoyo incondicional en esta enajenación en la que me hallo sumergida en nombre del amor. Selim y yo nunca podremos gratificar como mereces tu decisión de ejercer como cómplice en esta locura de incierto porvenir.

—Solo cumplo con mi deber y lo hago de buena gana. Yo también me dejo guiar por mi corazón. Jamás vi tanta dicha en esa exquisita faz. Y semejante ventura también me satisface a mí. Si mi señora es feliz, yo también lo soy.

Selma intuyó que aquel momento de intimidad a flor de piel constituía una buena oportunidad para comenzar a abrir los ojos de Anna ante un nuevo futuro.

—Algún día tú también gozarás y sentirás con tanto entusiasmo. ¿Has advertido que el tiempo ha depositado en ti la semilla de la belleza y el primor? Claro que sí lo apercibiste, porque eres una señorita avispada y despierta. Te has convertido en una mujer deseable para los hombres. Deberíamos plantearnos la posibilidad de buscarte un marido. Eres demasiado bonita para seguir dedicando tu tiempo a las tareas de servidumbre, a los recados del hogar. En este aislado refugio femenino, tu belleza y compostura

destaca mucho más que la de la mayoría de las mujeres que ocupan puestos destacados en la jerarquía del gineceo. He de confesarte que la Valide y yo hemos hablado sobre ti.

—¿Sobre mí? ¿Una sirvienta como yo ha captado la atención de las dos mujeres más admiradas del harén? —La tez nívea de Anna palideció ante semejante comentario. Ella en boca de dos mujeres tan poderosas...

—No temas, pues traigo para ti buenas nuevas. Ambas estamos de acuerdo en lo que voy a proponerte. Una criatura tan soberbia como tú debe ser aprovechada para el amor, no para el servicio. Durante estos años a mi lado has aprendido a leer, sabes bordar, estás al tanto de los rituales de belleza más sofisticados, conoces los dictados del buen vestir, sabes combinar tejidos, aderezos... Te enseñarán canto y danza. Te instruirán en las destrezas del amor. Podrás ser una concubina. Tienes talento para llegar más lejos. Incluso podrían casarte con algún alto funcionario de la corte. O con un apuesto oficial al servicio de su majestad, como mi amado Selim. Y ya no tendrás que volver a servir. Más al contrario, otras a ti te rendirán pleitesía.

Anna estaba atónita. Sus ojos denotaban desconcierto. Por una parte, suponía una aventura maravillosa lo que Selma le proponía. Pasar a ser moradora del serrallo era un privilegio. Vestiría las mejores sedas, luciría oro, esmeraldas, rubíes, diamantes, degustaría sabrosos manjares, descansaría durante el día, se relajaría en las piscinas, otras mujeres masajearían su cuerpo, cepillarían sus cabellos, atenderían con devoción sus necesidades y caprichos... Pero nunca se imaginó en semejante tesitura. Ella complaciendo a un hombre de rango elevado de la corte.

—Pero mi señora, aquí estoy bien. Lo que me rodea es mi hogar y usted es mi familia. ¿Cómo llegaré a ser útil a un hombre extraño?

—Ese hombre que te acoja no tiene por qué ser un extraño, mi dulce Anna —respondió una enigmática Selma.

—¿Pero yo podría llegar a ser una dama deseada?

—¿Tú confías en mí, mi querida niña?

—Bien sabe que así es. Más que en nadie en este mundo.

—Te convertirás en una de las damas más admirables y sensuales del harén imperial. Cuentas con un porte apetecible y una figura estilizada. Por haberme acompañado fielmente durante estos años, practicas modales

refinados. Tienes conocimientos acerca de la elegancia en el vestir, la disciplina del harén y los secretos que mantienen bellas a las mujeres. Además, serás sometida a un intenso aprendizaje en diversas disciplinas bajo mi propia supervisión.

—¿Mi señora vigilará personalmente ese aprendizaje?

—No solo lo vigilaré, sino que me pondré al frente. Recorreremos juntas este camino que vas a emprender. Te convertiré en el miembro más destacado de este nuestro hogar, del harén imperial.

Una acongojada Anna, casi con lágrimas en los ojos, se arrodilló ante Selma en señal de honda gratitud.

—Gracias, mi señora. Agradecida de corazón. No merezco tanto halago, atenciones y parabienes de la persona que más admiro, del espejo en el que me reflejo cada mañana para intentar ser mejor mujer y persona. Al fin y cabo, yo solo soy una joven inexperta e inocente consagrada desde chiquilla a su bienestar.

—¿Debo entender que aceptas los planes que para ti hemos trazado la Valide y yo misma?

—Con humildad, sí, acepto. ¿Quién soy yo para cuestionar los juicios de las damas más virtuosas de nuestro Imperio?

—Acabas de tomar la mejor decisión. Bienvenida al harén imperial, Anna. Dentro de pocas semanas dejarás de formar parte de mi séquito personal para tener el tuyo propio. Y te convertirás en mi pupila durante tu periodo de instrucción.

Todavía con lágrimas en los ojos, arrodillada ante la que seguía siendo su señora, casi temblando por la turbación, Anna tomó las manos de Selma para besarlas con emoción, gratitud y sentimiento.

—Mi querida niña, casi medio hermana, ¿tendrías a bien ayudarme una última vez estando bajo mi servicio?

—Ahora y siempre. Nunca dejaré de considerar a la dama Selma como mi amada y única señora.

—¿Me ampararías para que yo pueda hacer realidad mi verdadero deseo? Encontrarme con mi bravo soldado, mantener un rato a solas con él. Es necesario que alguien de mi máxima confianza nos cubra.

—Ampararé a mi señora tantas veces como sean necesarias.

Y así fue como, tras largos meses de relación platónica y clandestina, Selma y Selim al fin se encontraron en los aposentos privados de la predilecta del sultán. Intramuros del prohibido serrallo. Desafiando las normas establecidas.

Ocurrió al regreso de una de las salidas del caique imperial tras el paseo semanal de Selma. En el gran cesto de mimbre que usualmente transportaba las viandas que servían de merienda a la favorita del sultán, Anna había introducido a hurtadillas un charchaf. Como era ella quien se hacía cargo de servir el tentempié de media tarde, y Selma la única que miraba en el interior del capacho mientras preparaba su merienda, nadie se percató de la vestimenta femenina que permanecía oculta en el fondo.

La jornada de la comitiva transcurrió rutinaria y monótona hasta llegar a puerto. En ese momento Selim permaneció a propósito retrasado, supervisando con celo el amarre de la embarcación, a la vez que se ofrecía a trasladar el cesto de Anna en el corto camino de regreso al palacio. Cuando el resto del séquito se adelantó unos metros, el gallardo oficial aprovechó para ponerse encima la típica vestimenta negra destinada a cubrir por completo todo el cuerpo de las mujeres cuando salían al exterior. Para mantener oculto su físico a los ojos masculinos que no perteneciesen a la familia.

Anna, ágil y delgada, se introdujo con habilidad en el interior del cesto de la merienda y permaneció silenciosa y acurrucada mientras Selim ocupaba su lugar en el grupo que retornaba al harén. Como esa vestimenta tan ancha ocultaba las hechuras fisiológicas propias de un varón y como Anna contaba con buena estatura, nadie se percató de anomalía alguna durante el regreso. Entraron en el serrallo el mismo número de mujeres que habían salido apenas tres horas antes.

Anna volvió oculta en un gran cesto que Selim transportó en sus fornidos brazos como si de un mimbre vacío se tratase. Mimbre que llegó intacto hasta las lujosas estancias privadas de la preferida del sultán. Tras abrazarse con su señora, Anna salió discretamente de allí para que los dos enamorados pudiesen disfrutar por primera vez de unos instantes a solas.

—Tras una larga espera, mitigada con miradas furtivas, roces fugaces, sueños compartidos, suspiros de nostalgia y docenas de mensajes en los que reflejábamos los anhelos de nuestros ánimos y corazones, al fin nos

encontramos frente a frente, mi soldado. Sin más testigos que nuestros propios cuerpos y las ansias incontables del uno por el otro. Con la piel erizada y los nervios inflamados.

Después de cinco años yaciendo por obligación con el sultán, tras innumerables noches en brazos de un amante al que respetaba, pero no quería, Selma comprendió a la primera embestida de su soldado lo que verdaderamente significaba ser una mujer para su hombre. Una única noche en comunión con Selim bien valía por toda una vida.

Y él, recién llegado al deleite de las pasiones carnales, embriagado por el tacto de una piel de terciopelo, enmudecido por unos labios ávidos de sus besos, embelesado por unas caricias galvánicas, decidió que aquella adoración mutua no podía permanecer acorralada entre los límites de lo prohibido. Aquel delirio de gozo había marcado un punto de inflexión a su existencia tal y como la conocía.

—La censura y la clandestinidad no tienen cabida en lo más grande que me ha ocurrido jamás, Selma. La calidez de tu cuerpo tiene más valor que todo un Imperio, que la promesa realizada a los galones de un uniforme, a los colores de una bandera. El resto de mi vida no tendrá sentido si no es en tu compañía, mi diosa. Tu cuerpo será mi único país y mi amor por ti la única frontera.

—Ahora comprendo que yo nací para conocerte, Selim. Para abrazarte, acariciarte, cuidarte y amarte. Aunque me haya costado media vida encontrarte. Qué injustos los vaivenes del destino que te obligan a malgastar tu tiempo con seres que te provocan desapego y apatía. Entretanto, te niegan el disfrute de tus días y tus noches junto a la persona que anhelas y por cuya cercanía tu alma se desvive.

—¿Por qué han tenido que transcurrir tantos años sin saber el uno del otro, Selma mía? ¿Por qué?

—No merece la pena destapar la esencia de los tormentos. A la tristeza le gusta el sabor amargo. No te compadezcas por un pasado que no compartimos. Alégrate porque nos estamos abrazando. Y por lo que esté por venir en mutua compañía. Sea lo que sea lo que nos tenga preparado la antojadiza y veleidosa fortuna.

—¿No es cierto que en este momento tú y yo estamos en un rincón del paraíso, mi Selma?

—Tú eres mi paraíso, Selim. Si no puedo estar contigo, prefiero conocer el rostro de la muerte. Cuando vuelvas a salir por esa puerta enmascarado bajo las telas del oscuro charchaf, mi espíritu se escapará contigo. Y entre estas paredes permanecerá vagando un ánima en pena, un alma errante hasta que vuelva a tenerte frente a mí.

—No tenemos por qué morir, mi amor. No, al menos, de momento, porque no ha llegado nuestra hora. Ni tú tienes que seguir atormentándote por permanecer encadenada un día tras otro entre los barrotes de esta jaula de oro.

—No te dejes vencer por una ilusión imposible. Solo nos queda robar efímeros momentos a nuestro destino, Selim. Tal y como hemos hecho esta noche, burlando la vigilancia de todos cuantos nos rodean. Nada más podemos hacer. Solo somos dos pobres infelices batallando contra un inmenso poder que nos supera: el corazón del Imperio.

—No, Selma. No sucumbas al desaliento. No claudiques a la desesperanza. No permitas ser sometida a la tiranía del abatimiento. No ahora. Tenemos otra salida. Hay una solución. Compleja, peligrosa, pero factible. Vamos a escapar de aquí. Y lo vamos a hacer juntos.

—Eso es casi un imposible, mi amor.

—No lo es. Es arriesgado, pero hacedero.

—Te escucho temerosa, pero ilusionada.

—Vamos a hacerlo: dibujaremos juntos los trazos de un nuevo destino. He pensado tanto sobre ello...

—Me escaparía contigo donde tú propusieses. A riesgo de morir en el intento. ¿Pero cómo? ¿Cómo sería eso posible, Selim?

—Juntos nos enfrentaremos con éxito a cualquier contratiempo. Nuestro amor derribará las barreras por otros construidas.

«Habla como un hombre enamorado, no como lo que es, uno de los mejores estrategas de la corte», reflexionó Selma. Estaba orgullosa por ser capaz de despertar semejantes sentimientos en el hombre al que amaba, pero se encontraba turbada por la osadía de Selim.

—¿Eres consciente de quién es la mujer de la que te has enamorado? ¿Del lugar que ocupamos en este mundo? Yo soy el capricho del omnipotente



sultán del Imperio otomano, y tú, uno de sus más cercanos hombres de confianza.

—Soy plenamente conocedor de las previsibles consecuencias de este impetuoso plan. Pero sé cómo debemos hacerlo. He meditado mucho acerca de ello. Y también conozco dónde construiremos el futuro de lo que esté por venir para nosotros: en Rusia.

*Noches de bohemia y de ilusióooooon... Pero a tu ladoooooo... ¡Hey, solo pienso en tiiiiiiii!... Quisiera ser el aire, que escapa de tu risaaaa... Porque amores que matan nunca muereeeeeeen... Escondidooooos, solos tú y yo, atrapados sin poder salir del interior, de tu interior, mientras que hacemos el amooooor...*

Así ando por los pasillos. Levitando y tarareando lo que hasta hace escasas semanas denominaba estribillos cursilones, escritos para adormecer en nombre del manido amor. Ese sentimiento tan sobrevalorado. Y resulta que ahora esas frasecillas musicales hasta me suenan bien. ¡Jesús! Lo que es capaz de conseguir un cuerpazo varonil, un campeón del *falómetro* y una galantería masculina bien explotada. Me cuesta, pero soy capaz de reconocerlo: adoro a Vincent.

—Vamos, sé franca contigo misma, Violeta. No te hagas trampas al solitario. Venga, vaaaaa: estoy loca por él.

Otra vez hablando sola. Desasosiego interior a la vista... ¡Ayyyyy! Para autojustificarme, por aquello de que este amante francés me machaca los esquemas, me repito una y otra vez a voz en grito.

—¿Qué mujer sana y heterosexual, en plenas facultades, no sucumbiría ante tal cúmulo de virtudes y tentaciones? ¡Pues ninguna! Y no voy a creer lo contrario por mucho que alguna abogada del diablo se ponga chula.

En mi interior persiste el molesto runrún acerca de que la perfección no existe. Algo me advierte de que semejante dechado de virilidad y excelencias debe tener su cara B, como la de la luna, la que se supone siniestra y tenebrosa. Pero, de momento, no he encontrado rastro de ese supuesto requiebro lúgubre, por más que intento escarbar en busca de no sé qué.

El objeto de mis desvelos (y deseos) ha tenido que regresar por unos días a París para atender sus negocios. No sin antes desvelarme otra de esas proposiciones que se le pasan por la cabeza y que me dejan epatada. ¿Verdaderamente se le ocurren a él? ¿Las estudia? ¿Las encarga? En esta ocasión se trata de su propuesta más extravagante, pero he aceptado. Lo contrario hubiese resultado una descortesía. No, no se trata de una invitación para hacer el paseillo hacia el altar complementada con perifollos en tono blanco roto, cual princesa Disney.

—Violeta, te enviaré unos billetes de avión en los próximos días. Vendrás a conocer a mis padres. Quiero que pongan cara a la mujer que me hace feliz. Además, sé que a mi padre le hará especial ilusión tenerte cerca.

¿Qué pasa, que su madre no se alborotará ante mi presencia? En fin, suspicacias aparte, no es que se trate de un plan que yo esté deseando poner en práctica. Pero hay que pasar por ese trago ineludiblemente: el severo examen de las familias ajenas y el juicio implacable de las madres sobreprotectoras. Así que, bien analizado, cuanto antes se enfrente una al dichoso trance, mejor para todos.

La presentación de uno de los miembros de una pareja trae como consecuencia la exhibición del flamante dúo de tórtolos ante la otra familia. Así pues, a la vuelta del jolgorio paterno-filial a la francesa, he puesto fecha para una cena madrileña a tres bandas en la que Fermín y Vincent se hagan los honores en mi presencia.

Ya he contado a mi padre lo básico acerca de mi nueva relación. Él, como es obvio, conoce a la archipopular familia Moliere y la grandeza de su emporio. Se ha alegrado por mí, aunque con reservas. Como todos los papis que habitan este planeta, supongo. Ningún pretendiente es lo suficientemente adecuado para sus nenas. No hay hombretón que esté a la altura de sus princesas.

—¡Vaya, Violeta! Qué sorpresa. No sabía que andabas pelando la pava con alguien. No lo conozco en profundidad, pero las referencias sobre Vincent Moliere son extraordinarias. Parece que se ha hecho cargo —y con buen tino— de las riendas de una gran parte de las empresas familiares, que no son pocas. Aunque yo lo que más sé acerca de él es la alta consideración que le profesan en los ambientes académicos y eruditos. Es considerado un experto

en la pintura del siglo xx. Y también sé que es uno de los más destacados coleccionistas de nuestros días, un gran mecenas contemporáneo. Aunque tanta aparente virtud quedará en mera insignificancia si no se trata de un hombre íntegro. Y lo que a mí de verdad me importa: tanto currículum servirá de muy poco si él no te hace feliz. Si Moliere no valora que eres la más delicada y hermosa obra de arte que existe, conmigo, tu padre, no tiene nada que hacer.

—Te aseguro que hasta la fecha me hace feliz. Demasiado. Me gusta mucho, Fermín. No seas duro con él, que ya le di yo bastante caña durante los previos de nuestro tonteo. Sabes que puedo ser muy borde si me lo propongo.

Mi padre me abraza con cariño. Sé que Vincent y él se harán amigos. Completamente divergentes en las formas, ambos cuentan con un buen fondo.

—Prometido, hija. Pero en los inicios de cualquier relación las melodías acompañadas de violines envuelven cualquier ambiente ocupado por los tortolitos. Por desgracia, la realidad no siempre regala los desenlaces felices de los que tanto presumen las novelas rosas. Lo vigilaré, por si el joven Moliere se tuerce por el camino. Los hombres tendemos a tropezar estrepitosamente en los asuntos de faldas. Somos más débiles y cobardes que las mujeres. Y más dispersos. Acabamos sucumbiendo a la displicencia sentimental.

Dejo a Fermín ocupado en su taller, observándome con sonrisa pilla, y salgo disparada hacia mi casa. He de responder e-mails y alguna llamada antes de que se haga demasiado tarde. Detesto molestar al personal con asuntos laborales a partir del declive solar. Nada mejor que abrir la puerta, tirar el bolso sobre la primera repisa que encuentras, descalzarte al modo peliculero —un taconazo por allí y otro por allá, sin reparar en dónde caerán—, encender unas velas aromáticas de precio prohibitivo, preparar una generosa copa de vino y tirarte en el sofá con los pies en alto mientras saboreas intensamente el zumo de uva reposado en barricas. Ambiente relajado, calma, silencio, bienestar y tiempo para uno mismo: ¡eso es el verdadero lujo!

Muy trillado como reclamo *women power* en las teleseries, sí, pero gloria bendita. Ese momentazo íntimo al final del día es difícilmente superable. Reparador de cuerpo, mente, ánimo, vigor y hasta potenciador de frescura espiritual. Excepto si algún capullo proveniente del averno te lo

fulmina con una inoportuna llamada a horas en las que los riiiiings telefónicos deberían estar prohibidos. Maldices su estampa antes siquiera de haber visualizado el nombre de semejante cretino en la pantalla del móvil.

¡Upsssssss, si es Marc!

Entonces me desdigo de mi anterior retahíla de blasfemias porque se trata de una llamada que estoy deseando atender. ¿Por dónde estará y que habrá averiguado Ribó? Si es que hay algo que averiguar...

—¡Buenas noches, Sherlock Holmes! ¿Cómo estás? ¡Pero qué ganas tenía de hablar contigo, Ribó! ¡Vendes cara tu voz, pendejo! —Siempre he sentido predilección por ese término latino para soltárselo a los tíos. Con cariño, por supuesto, pero con toda la contundencia que el vocablo conlleva. PEN-DE-JO.

—Oiga, usted, señorita Velarde, la harpía que ahora mismo está protestando por la falta de noticias, o sea, TÚ, también puede llamar a este mamonazo cuando le plazca. Si tienes ganas de escuchar la voz de este detective de pacotilla que te has agenciado... ¡ataca, coño!

—Pues tienes razón, Marc. ¡Para qué negártelo! Pero es que estoy muuuuuy liada.

—Típica excusa femenina. Ni preguntaré qué te mantiene tan exhausta y ocupada, aunque puedo imaginarlo. Pero no profundizaré en el tema para no encabronarme. Explorar en profundidad los tesoros ocultos de nuestros vecinos franceses requiere mucha atención... y esfuerzo, supongo.

—Jajajaja jajajajaja. ¡Ribó, que nos conocemos! Evitemos los asuntos escabrosos y centrémonos en el negocio que nos ocupa. ¿Avanzas? ¿Necesitas ayuda de una miss Watson?

—Avanzo, avanzo... Y una miss Watson como tú merodeando cerca sería un privilegio. Pero, querida supernena, te traes entre manos negocios con un profesional de la información.

—Nunca lo he dudado. Por eso te contraté. E insistí. ¿O acaso no recuerdas tus reticencias iniciales para aceptar el encargo?

—Es que me gusta hacerme de rogar... Uno también tiene su corazoncito a pesar de todo. Y su ego.

—¿Y bien? ¿Das con algo que merezca la pena? ¿O la vida de Kate no se escapa de las lindes que ya conocemos?

—Tú siempre tan prosaica. En el fondo me gusta tu parte masculina. La tienes muy desarrollada. En fin... Al lío. He recopilado unos cuantos detalles desconocidos que ya te desvelaré personalmente en Madrid. Pero hoy te he llamado para contarte lo más interesante.

El corazón me da un vuelco. ¿Hay algo interesante? Mmmmm... Además de la expectación hay algo que me inquieta: el temor a que lo que averigüemos no sea todo de color de rosa.

—¡Ay! Tú dirás, Ribó.

—He visitado uno de los bufetes de abogados que Kate contrató en los últimos tiempos. La pista me la dio la señora Robinson, ¡esa mujer es una mina! Le he regalado una pipa de coleccionista que me ha costado un riñón. Lo incluiré en la factura. Pues bien, los picapleitos se encargaron, además de otros trámites menores, de vender su casa londinense una vez fallecida tu abuela. El montante que resultó de la operación inmobiliaria fue destinado a obras de caridad. Conocen perfectamente tu existencia, vuestra relación de consanguinidad y que eres la beneficiaria de una parte importante de sus bienes, así que me presenté como tu abogado.

—Muy detallado el relato, nuevo letrado postizo de los Velarde, pero ¡ve al grano, por Dios! La incertidumbre me pone de mala leche.

—Ella siempre tan delicada y paciente... —apostilla con sorna mi amigo—. Me atendió el hijo del fundador del bufete, un clásico *gentleman* inglés, algo acicalado, pero educadísimo. Pura flema británica aromatizada con una tonelada de esencia de Loewe. Mantuvimos una charla amistosa sobre las últimas operaciones legales de Kate, ya que no son confidenciales. De hecho, yo lo podía haber averiguado, pero míster Wallace, el *Loewe lover*, me ha ahorrado la visita a un par de registros con la tediosa y lenta burocracia que conllevan. Por cierto, tu abuela debió de ser una gran clienta suya, puesto que hasta me han invitado a whisky de malta del bueno.

—Me alegra saber que te abren las puertas de par en par en tu particular búsqueda de mi pasado y alabo que los ingleses te peloteen, Ribó. Recuérdame que te regale una botella de Macallan a la vuelta. Es mi malta favorito.

—Me parece una idea excelente. Tomo nota. Pero esa botella tendrá que esperar algunas semanas más.

—¿Y eso por qué? ¿No regresas ya de la tierra de los Austen?

—No.

—Ay, Marc, no me asustes. ¿Por qué no te encuentras ahora mismo enfilando el camino hacia la T4? —Palpitaciones repentinas y un sudor frío que recorre mi columna. Últimamente los sobresaltos forman parte de mi día a día. Parece que el desconcierto y los impactos súbitos han llegado para quedarse. Deben ser implícitos a los Austen.

—Porque he visto la partida de nacimiento de tu abuela. Ya conozco el nombre y apellidos de sus progenitores, o sea, de tus bisabuelos. Y también descubrí en el bufete de los perfumes pijos y los maltas de pedigrí que pocos años antes de su muerte Kate vendió otra propiedad inmobiliaria. En esta ocasión fuera de Gran Bretaña. Violeta, he comprado un vuelo para seguir tirando del hilo. Todas las pistas me conducen a un mismo lugar. Mañana me marcho a Rusia.

## Cuarta parte



# EL LAGO DE LOS CISNES

«Amad el arte, entre todas las mentiras es la menos mentirosa».

GUSTAVE FLAUBERT

*En algún lugar del Imperio otomano, 1888*

**A**нна estaba resultando una alumna aplicada, una pupila extraordinaria. Avispada, disciplinada, entusiasta y agradecida. Ciertamente es que partía con ventaja. Desde que entró al servicio de Selma siendo tan solo una adolescente, se había ocupado a diario del cuidado de la mujer preferida del sultán. La vestía, calzaba, maquillaba, peinaba, bañaba, perfumaba, enjoyaba... Conocía sobradamente los métodos y procedimientos para explotar el donaire femenino, así como cualquier entresijo referente a las vestimentas apropiadas para destacar en los ambientes más refinados de la época. Para ascender en el escalafón del harén, además de belleza, se requería astucia.

Desde su llegada también había convivido con el rígido protocolo imperante intramuros y con la inflexible estructura del serrallo: ella misma formaba parte de ese sistema de organización desde lo más bajo del escalafón. Por haber acompañado a su señora a lo largo de muchas horas en las labores de bordado, también era muy habilidosa tejiendo. Incluso había memorizado numerosos poemas de tanto oírseles recitar a Selma. Ninguna de las finas artes en las que estaba siendo instruida le resultaba ajena, excepto las enseñanzas referentes al deleite del varón. Desconocía los secretos de las pasiones humanas y los detalles del cuerpo masculino, motivos por los cuales prestaba especial atención mientras le impartían conocimientos y destrezas para maximizar el placer carnal.

Selma supervisaba con esmero el aprendizaje de su pupila bajo la perspicaz mirada de la Valide. La madre del soberano se mantenía alejada del

amaestramiento, pero se encontraba muy al tanto de los progresos de la doncella caucasiana. En su fuero interno le apesadumbraba la congoja al verse obligada a asumir que la mujer que consideraba perfecta para sustituirla como gobernanta del harén no era capaz de concebir un hijo del sultán. El único requisito que legitimaría a Selma para tal fin era parir un hijo varón que fuese nombrado heredero del sultanato. Pero a pesar de su incapacidad para preñarse, le enorgullecía que la mujer más virtuosa del Imperio controlase puntillosamente la evolución de la joven que ambas habían considerado idónea para agradar al soberano.

Además de los avances en el dominio de las disciplinas del saber, los rituales de belleza a los que era sometida iban haciendo mella en la apariencia física de Anna. Jamás su aspecto podría equipararse a Selma, pero las más vistosas sedas, un vestuario confeccionado a medida —al estilo del que usaba su hasta entonces señora—, las piedras preciosas, el pelo trenzado, los deslumbrantes brazaletes, los brillantes zarcillos y los toques de color en párpados, mejillas y labios, acrecentaban su guapura.

Le enseñaron a caminar grácilmente, a moverse con donaire, a danzar rezumando sensualidad, a no pasar inadvertida ante los ojos de un hombre ávido de perderse en la carne cálida de una hembra. Y ella, alumna aplicada de físico atractivo y dulces facciones, vestida a la usanza de las exquisitas mujeres de la corte otomana, comenzaba a presentarse como una de las jóvenes más despampanantes del harén.

Cuatro meses duraron las intensivas enseñanzas durante las cuales Anna fue instruida. Dieciséis semanas en las que Selma y Selim continuaron viéndose a escondidas con la ayuda de la joven, mientras se amaban en la clandestinidad y trazaban su plan de huida. El bravo soldado, avezado estratega en las pericias milicianas, había analizado meticulosamente todas las opciones viables, descartándolas una por una. Algunas resultaban quiméricas por la complejidad que implicaba ponerlas en práctica. Otras quizá pudiesen ejecutarse, pero la posibilidad de ser descubiertos por los vigilantes de la corte constituía la debilidad del plan.

—Intentar escapar durante alguna de tus salidas semanales resulta inviable, mi amor. Aunque el séquito no es muy numeroso, sí cuenta con los suficientes integrantes. No estamos capacitados para despistarlos a todos

ellos. Además de que algunos de los que te acompañan durante tus caminatas campestres forman parte de la élite de la guardia personal del sultán. Son los mejores oficiales. Y aun en el caso de burlar su vigilancia, darían inmediatamente la orden de alarma después de que alguno de ellos advirtiese tu ausencia. Los ejércitos del sultán actuarían con premura. Nos resultaría muy complicado salir de Estambul con todo el aparato imperial movilizado. Y de los muros del serrallo que te acoge solo se puede salir de dos maneras.

—¿Tierra y aire, Selim? Yo tampoco dejo de darle vueltas. Ahora mis pensamientos solo se dirigen a encontrar el modo de pasar el resto de mi vida a tu lado. Una y otra vez.

—Tú lo has dicho, Selma. Aire y tierra. Podríamos escaparnos a través del lucernario de los jardines interiores que provee de luz a gran parte del harén y regala luminosidad al área de las piscinas. Pero se eleva a más de cinco metros sobre el suelo y aunque lo intentásemos de madrugada, mientras todos duermen, es probable que alguno de los guardianes reparase en nuestra presencia.

—O de los eunucos, que son personajes de sueño ligero y mirada incisiva. Algunos dormitan con un ojo abierto.

—Exacto. Además, son necesarias ciertas habilidades físicas para escalar paredes con la ayuda de las cuerdas. Es un ejercicio que requiere una fortaleza en los brazos de la que tú careces y un adiestramiento previo.

—¿Y por tierra, mi amor?

—La otra posibilidad con la que contamos pasaría por excavar un túnel desde tus aposentos privados hasta más allá de los dominios del gran palacio. La dificultad a la que nos enfrentamos reside en que para culminar con éxito tal menester, para sobrepasar los límites palaciegos, tendríamos que cavar a lo largo de más de dos mil metros. Con tan solo cuatro manos, las tuyas y las mías, y un par de horas robadas a la semana para dedicarnos a perforar furtivamente el subsuelo, tardaríamos años en conseguir nuestro objetivo. Y dispondríamos de muy pocas horas de ventaja una vez puesto el pie en las calles de la ciudad.

—Tienes razón, amor mío. La voz de alarma de mi desaparición se correría a media mañana, cuando al acudir mis sirvientas a despertarme no diesen conmigo.

—Y para entonces nosotros dos aún estaríamos demasiado cerca de todas partes.

—¿Y entonces, Selim? Si resulta arriesgado, además de prácticamente imposible, escapar de la vigilancia del séquito imperial durante mis paseos por las riberas del río, si no podemos escalar hasta lo alto del lucernario sin ser vistos por los eunucos o las otras moradoras del harén, si la solución de una huida bajo la tierra nos llevaría años de trabajo, ¿cómo lo haremos? ¿Cómo nos fugaremos de esta mi prisión, amado Selim?

—Aunque los seres humanos tendemos a dejarnos embaucar por lo más complejo, las soluciones simples suelen ser las más acertadas: lo haremos saliendo por la puerta del palacio. A la vista de todos.



La primera noche en la que Anna fue llevada ante el sultán transcurrió según habían previsto Selma y la Valide. Sus conjeturas se materializaron con precisión. La certera intuición femenina constituye la más hábil de las pericias.

Pese a la culminación exitosa del encuentro, la joven principiante se encontraba atemorizada durante las horas previas. A lo largo de aquellos cuatro meses jamás le confesaron la identidad del hombre al que sería entregada. Había imaginado, como en su día sugirió su señora, que tal vez aguardaba por ella algún gallardo soldado, un apuesto oficial o quizá un influyente funcionario de la corte. Cuando esa tarde de primavera la misma Selma le confesó el nombre del varón que esperaba por ella, el pánico se apoderó de su todavía ingenua conciencia y cabal entendimiento.

—Se han invertido semanas de intenso trabajo en tu adiestramiento por las más destacadas kalfas de la corte. La Valide ha sido generosa obsequiándote con costosas alhajas, auténticos tesoros solo al alcance de las elegidas: los cofres de ámbar y nácar que reposan sobre las estanterías de tus estancias se hallan rebosantes de diamantes, rubíes, turquesas, lapislázuli, jade y esmeraldas de gran talla. Tus aposentos fueron engalanados cada nuevo amanecer con docenas de aromáticas flores recién cortadas. Tu cuerpo ha sido

embellecido cubriéndolo con los tejidos más refinados, y las instructoras más selectas de la corte te han enseñado a comportarte como una favorita de reyes.

—Y estoy conmocionada por ello, mi señora. Jamás osé imaginar semejante destino para una campesina proveniente de una aldea de cabreros.

—Déjame continuar, Anna, debes ser consciente de tu buenaventura, tus atributos y tus aptitudes. Mírate en ese espejo de marco de oro, mi niña. Eres hermosa. Tus largos cabellos rubios y tus ojos azules adornan un rostro agraciado y unas piernas espigadas. Tu escote está colmado de pechos generosos, tus redondas caderas encienden el deseo de los hombres y recitas con donaire a los mejores poetas: con los versos que declames conseguirás embelesar al afortunado que te escuche.

—Es cierto, mi señora.

—¿Crees, pues, que una mujer tan virtuosa como tú debe ser desperdiciada entre los brazos de un varón de rango menor? Tu piel de algodón es capricho de dioses y tus labios melosos un antojo para monarcas. La Valide ha determinado, y yo refrendo su decisión, que el sultán debe conocerte. No temas en demasía, Anna: hace un lustro yo afronté idéntico trance al que tú te vas a enfrentar hoy y salí airosa. Ahora es tu turno.

—Pero yo nunca estaré a su altura, mi señora —titubeaba con la cabeza gacha una insegura Anna.

—Es que no debes estar a mi altura ni a la de nadie, querida Anna. Tú ya has establecido tu propio listón con tu talento y tu hermosura. Encárgate de mantenerlo siempre a ese nivel.

—¿Seré capaz de agradar al hombre que siempre veneré casi como a un Dios? Al que me enseñaron a honrar, acatar y reverenciar.

—Por supuesto que lo harás. No has de olvidar jamás esto que ahora voy a revelarte: mendigos o sultanes, pordioseros o emperadores, ignorantes o sabios, pusilánimes o guerreros, en el lecho únicamente son hombres necesitados de cariño, atenciones y placer.

Y tomando su mano con suavidad, Selma guio a Anna hasta un diván apartado, en el cual, tumbada a su lado, con cariño, dulzura y paciencia, le fue desvelando uno a uno los secretos íntimos para complacer al soberano. A lo largo de casi cinco años de veladas de amor compartidas, de confianza y complicidad, Selma había logrado descifrar los enigmas de uno de los

monarcas que más poder atesoraban sobre la Tierra: ella fue capaz de comprender y calmar al poderoso mientras satisfacía la pasión del hombre.

Ahora transmitía toda su sapiencia a quien deseaba de todo corazón que se convirtiese en su sustituta. No quedó detalle de alcoba que a Anna no le fuese revelado por su excepcional mentora. Aquella fue la última vez que ambas departieron a solas.

El sultán se mostró profundamente impresionado por la aparición de esa atractiva joven que guardaba cierto parecido físico con Selma. Alguien que caminaba, se movía, vestía, enjoyaba, peinaba y perfumaba como ella, que recitaba con desparpajo idénticos versos a los que declamaba su mujer favorita, y que danzaba de similar y sensual modo. También le tocaba, besaba y amaba como hasta entonces solo había sido capaz de hacerlo la dama más fascinante, atrayente, deslumbrante y hechicera que dio en siglos el Imperio otomano. Una diosa solo a la altura de la inconmensurable Roxelana.

Sin embargo, ese capullo caucasiano que comenzaba a florecer resultaba una réplica deliciosa de Selma: excepto en su inimitable belleza, en todo lo demás le recordaba a la mujer que le robó el corazón. Con el añadido de que Anna era más joven y se entregaba con naturalidad, entusiasmada sin reserva alguna en los instantes de intimidad. Parecía como si Selma hubiese compartido lecho por obligación y Anna lo hiciese por devoción, como si Selma hubiese sido vencida por la rutina amorosa y Anna, doncella de aspecto frágil, labios carnosos y aura trágica, se considerase la dama más favorecida de la Tierra por contar con el privilegio de agradar al amo y señor del sultanato.

La Valide y Selma no cabían en sí de gozo: desde aquella primera noche junto a Anna, el sultán reclamaba continuamente la presencia de la flamante deidad del harén. El astuto plan que comenzaron a trazar meses atrás había tenido éxito.

—Ahora solo resta que una semilla de mi hijo florezca cuanto antes en las entrañas de esa linda y dócil doncella. Entonces podré desplazar a la extranjera. No quiero a esa mujer como esposa principal y me voy a salir con la mía. Hágase, una vez más, la voluntad de la sultana —sentenció la Valide.

Con la madre del soberano tranquila, confiando en Selma como la más fiel y astuta aliada con la que jamás contó, un sultán complacido con su nueva

compañía femenina y unas moradoras del serrallo intrigando contra esa recién llegada que había acaparado las inclinaciones del monarca, Selma pudo gozar, al fin, de las semanas más apacibles desde que puso un pie en el harén.

Tiempo que Selim y ella aprovecharon para ir concretando los detalles de su temerario plan. Durante dos meses, a lo largo de las escasas horas en las que él podía introducirse furtivamente allí con la ayuda de Anna y bajo el disfraz del charchaf, cavaron un agujero en el dormitorio de ella, justo debajo de la enorme cama con baldaquino. El objetivo no era construir un túnel allende los muros del palacio, sino un cubículo en el que cupiesen holgadamente dos seres humanos, recipientes con agua y algunos alimentos no perecederos.

Durante los días previos a la fecha que habían señalado como la más idónea para iniciar su plan de su fuga, Selma almacenó a discreción porciones de queso, pan, chacinas, algo de fruta y jarras de agua que apartaba con disimulo de sus propios almuerzos y cenas. Se trataba de unos pocos víveres destinados a su supervivencia; a lo largo de siete días Selim y ella se alimentarían frugalmente bajo tierra, nutriéndose lo justo para no desfallecer. También cosió algunas de sus múltiples alhajas entre el forro y el dobladillo de los faldones que llevaría puestos en el momento de la huida. Eligió al azar un gran puñado de sus joyas, además de la perla que lucía en la frente el día que ambos se conocieron.

—Selma, he de confesarte que tantos años al servicio del sultán sin apenas gastos me han dado para ahorrar un pequeño capital con el que podremos subsistir una larga temporada.

—Yo también quiero colaborar en la construcción de nuestro futuro en común, amor. Algunas de mis joyas viajarán con nosotros.

Aunque el desconocimiento de Selma respecto al verdadero valor del dinero le hacía ignorar la auténtica fortuna que estaba escondiendo bajo las entretelas.

Siete días antes de que aconteciese una de las celebraciones populares más representativas del Imperio, los dos amantes se emparedaron bajo tierra, debajo del suelo del dormitorio de la hasta entonces mujer más admirada, envidiada e imitada del harén. El revuelo y los dimes y diretes se apoderaron de la corte: resultó como si a Selma se la hubiese tragado la tierra. Cosa de



brujos. Lo que todos desconocían es que eso era lo que efectivamente había ocurrido. Bajo sus pies, enterrada viva, se ocultaba ante los ojos de toda la corte la divina mujer que se estaba convirtiendo en leyenda.

Como en el harén no encontraron indicio alguno de Selma, el sultán y la Valide ordenaron rastrear cada rincón del gran palacio al completo, los patios, las murallas, los jardines, los accesos, las callejas aledañas, el cauce del río, las riberas por las que Selma solía pasear, los prados cercanos al lugar donde el caique fondeaba, sin encontrar la menor pista sobre ella. Cualquier lugar frecuentado por la favorita del soberano fue batido al milímetro por una legión de soldados imperiales. El sultán ofreció una inmensa recompensa a cualquier persona que facilitase un nimio detalle sobre la dama que mantenía secuestrado su corazón desde el día que la conoció. El estupor por la súbita desaparición de la gran dama se convirtió en la comidilla de todos, a la par que dos ánimas rebosantes de felicidad aguardaban escondidas en un zulo a lo que el destino les deparase.

Esperaban ilusionados la llegada de la fecha de su fuga definitiva. Sería el séptimo día desde que se emparedaron: coincidía con el cumpleaños del sultán, fecha de celebraciones multitudinarias a lo largo de todo Estambul.

—Una efeméride simpar de fachadas engalanadas, de júbilo colectivo y de fastos desmedidos entre la sociedad otomana. Durante las horas en las que acontecen los festejos oficiales, las estancias palaciegas y las del serrallo quedarán semivacías debido a la celebración simultánea de decenas de eventos. Ese será nuestro momento.

—Súbditos, familia imperial, parientes lejanos y cercanos, representantes del culto religioso del Imperio, los notables de la corte, altos cargos diplomáticos extranjeros, los doctores de la Ley, visires, ministros, miembros de todos los rangos de los ejércitos... ¡No hay ciudadano turco que no participe de la grandeza del boato organizado en honor al sultán, Selim!

—Algunos salen a la calle para contemplar desfiles, cabalgatas, fuegos artificiales, algarabía callejera; otros para escuchar a la orquesta imperial interpretar marchas populares otomanas; otros tantos para engrandecer con su presencia las recepciones oficiales en la gran explanada exterior y en los vastos jardines palatinos... Mientras todos se encuentren entretenidos, huiremos, Selma.

El día de la onomástica amaneció soleado en la capital del Imperio. Desde las primeras horas de la mañana se percibía un mayor trasiego en cualquier rincón de la ciudad. Todos querían participar de uno de los días más alegres y ajetreados del año. Mientras el ruido y el jolgorio de la calle dominaban el ambiente, entre bandas de música, desfiles militares, cañonazos conmemorativos, regocijo de súbditos, esclavos lanzando al aire monedas de oro acuñadas para la ocasión, entre vítores y aclamaciones de la multitud, cuatro inquietas manos se esforzaban por retirar con premura las piedras y la arenisca que los había mantenido emparedados.

Los amantes consiguieron emerger a la superficie de las dependencias privadas de Selma exhaustos, temerosos por un desenlace incierto, cubiertos de polvo y con ansias por respirar aire fresco. Sujetaban entre sus manos el par de charchafs que habían escondido junto a ellos bajo tierra: esa tupida vestimenta tradicional podría significar su salvoconducto a la libertad.

Sin demora alguna y sin apenas resuello, se cubrieron con ellos de pies a cabeza, ocultando sus identidades, sus hechuras, su auténtica anatomía, dejando al descubierto tan solo dos pares de ojos. El único objetivo era hacerse pasar por cualquiera de las mujeres del gineceo sin llamar la atención.

Casi todo el harén permanecía vacío y silencioso: se trataba de uno de los escasos días del año en el cual las mujeres salían al exterior para participar de las celebraciones organizadas con motivo de la onomástica del soberano. Lo hacían acompañadas del séquito imperial y cubiertas de arriba a abajo con vestimentas de gala y multitud de velos superpuestos que ocultasen sus encantos ante las miradas de varones ajenos a la familia real.

Temblando, angustiados, nerviosos, con las pulsaciones aceleradas, pero con paso firme, Selma y Selim fueron dejando atrás estancias, salones, fuentes ornamentadas, piscinas y los exuberantes jardines interiores sin mayor contratiempo.

—Adelante, mi amor. Vamos a enfilear el último pasillo, el que nos da acceso a la puerta principal de salida.

Selma ni siquiera volvió la cabeza para ojear por última vez el que había sido su hogar impuesto —y su prisión de juventud— durante los últimos cinco años. Tan solo tomó aire, respiró, cerró los ojos apretando sus párpados tanto

como pudo y traspasó ese umbral por última vez en actitud altanera, con la frente bien alta.

Dos soldados uniformados, sujetando sendas lanzas en sus manos diestras, uno a cada lado del portón, custodiaban la entrada. Saludaron ceremoniosamente inclinando sus cabezas a un par de mujeres rezagadas, quienes sin duda se dirigían con retraso hacia la gran explanada, eje central de las efemérides imperiales. O quizá hacia los vergeles exteriores del palacio donde el sultán agasajaría con una excelsa bacanal a los allegados más cercanos. Los guardianes no les prestaron mayor interés y continuaron escoltando la puerta de acceso al serrallo sin modificar su recia posición marcial.

A paso ligero, sin volver la cabeza y sin pronunciar palabra, Selma y Selim se dirigieron raudos hacia el ajetreado y concurrido puerto de Estambul, lugar desde el cual zarpaban continuamente embarcaciones hacia Europa y hacia Asia. En algún callejón inhóspito y vacío de miradas indiscretas, Selim se despojó del ropaje femenino. Selma lo mantuvo encima hasta dejar muy atrás las costas de Turquía, momento en el cual se quitó tan pesadas vestimentas. Con premura las arrojó al mar.

—Selim, mi amor, siento un gran alivio y un inmenso gozo al desprenderme de este ropaje. Es como si se tratase de una alegoría de nuestra recién adquirida libertad.

Al día siguiente, tras la magnánima conmemoración del nacimiento del sultán, dejados ya atrás la pompa, fastuosidad y el boato, unas sirvientas que iban a depositar jarrones repletos de lilas y gardenias en las estancias de Selma descubrieron piedras, polvo y arena alrededor de su cama. Al acercarse un poco más al lugar que acumulaba esa extraña suciedad pudieron observar estupefactas un estrecho boquete bajo el cual se intuía un habitáculo cavado bajo tierra.

Todo concordaba pues: hacía ya varios días que también salió a la luz la extraña desaparición de uno de los más queridos oficiales de la guardia personal del sultán, el gallardo soldado que rescató de las aguas a la bella Selma. El oficial fue visto por última vez por sus compañeros el día que ella desapareció.

—Cuánto duele la traición, mi hermosa protegida. Yo te admiré como a una igual. Cómo aflige la insidia e ingratitud de alguien en quien deposité mi cariño y respeto. Tanto te adulé, que llegué a idealizarte como la candidata idónea para convertirte en mi propia sustituta en las tareas de Gobierno de este sagrado serrallo imperial. Yo te maldigo, Selma. A ti y a toda tu estirpe. Si alguna vez consigues que tu vientre yermo dé algún fruto, la vida de tus descendientes quedará marcada por los sobresaltos, la congoja, la incertidumbre y la tragedia.

Motivada por lo que consideró una traición imperdonable de Selma contra el Imperio, contra su persona y contra su propia familia, una Valide enfurecida pronunció en voz alta una eterna condena. Mientras tanto, la maldecida y su amado Selim navegaban a través del mar Negro hacia las costas de Rusia, destino que alcanzaron dos semanas después.

—Mi querido Selim, el mero disfrute de estas jornadas de navegación en mutua compañía, los besos robados bajo los puntitos luminosos que cubren el firmamento de copos de nieve celestiales, la caricia de la brisa marina refrescando mi rostro descubierto, la calidez de tus abrazos, la promesa de un futuro no escrito por terceras personas bien ha valido años de apatía y desesperanza.

—Y esto es solo el principio, mi reina. Ahora nos resta toda una vida juntos. ¿Seremos capaces de sobrevivir cuerdos a tanta dicha?

Al alcanzar la costa rusa les aguardaban un par de soldados enviados por Kemal, el hermano de Selim, miembro destacado del ejército del zar Alejandro, quienes los escoltaron mientras atravesaban los vastos territorios del país más extenso del planeta. Durante cuatro largas semanas de dura travesía, cruzaron hacia el norte la arisca estepa hasta llegar a Moscú.

En esta ciudad tampoco finalizaba su agotador viaje. El zar había inaugurado a mediados de siglo la línea ferroviaria que unía con Moscú, al estilo de las grandes líneas americanas de entonces, que los trasladaría hasta su verdadero fin de trayecto. Tras varios días más de travesía, resguardados bajo el cobijo de un confortable vagón de tren, custodiados por los enviados de Kemal, un par de amantes con los ojos preñados de lágrimas asomaron sus cabezas por las ventanillas para observar por primera vez la fabulosa urbe que los acogería con hospitalidad.

San Petersburgo. La capital rusa de aquella época, ciudad de canales serpenteantes, monumentales plazas, icónicas avenidas, resplandeciente sol de medianoche, vetustos edificios, iglesias coronadas por bombones coloreados, palacetes rococós y opulentas residencias de verano dando lustre a sus alrededores. Cuna de nobles, residencia de una corte solo comparable a la versallesca, origen de zares, literatos, músicos, artistas y notables. Kemal aguardaba la llegada de sus parientes emocionado en el andén. Los hermanos volvían a reencontrarse desde su separación siendo apenas unos infantes.

A finales de verano del año 1888 Selma y Selim pisaron emocionados el suelo de la ciudad que cobijaba a la corte imperial de los zares, a toda la aristocracia rusa y nórdica de finales del siglo XIX. Pero para ellos aquel pueblo tenía otro significado: amor, libertad, vida y futuro.

¿Qué meter en el Keepall de Vuitton cuando una se está preparando para conocer a los padres de su recién estrenado «algo»? ¿Prendiente? ¿Amante? ¿Enamorado? ¡Ayyyyyy! Si ni siquiera sé cómo denominar a Moliere y me tengo que presentar ante su pomposo linaje. Siendo sincera conmigo misma, mi testaruda cabeza todavía se revuelve, pero mi corazón sí sabe cómo calificar a Vincent... Perfectamente. En fin, el momento «familia» es una de esas situaciones incómodas por las que todos los mortales hemos de pasar una y otra vez. Me consuelo pensando que resultaría todavía más absurdo hacer el equipaje para que me pongan cara los hijos crecidos de algún amor *vintage*. Que me pasen revista unos retoños ávidos de morbo y predispuestos a ponerme a parir sería igual de sufrido, pero al menos el arte de empaquetar esa maleta resultaría más fácil. Sin duda. Total, si me ponga lo que me ponga a la señora Moliere, de soltera Olivares de Arcos, compatriota proveniente del sur y primogénita de distinguida estirpe, le va a parecer demasiado desenfadado. O peripuesto. O vulgar. O recargado. O inapropiado. Por unos momentos me estoy sintiendo como Letizia con Z, sí, *the queen*. Debe ser un fastidio idear tácticas estilísticas a sabiendas de que, sea cual sea la elección final, lloverán chuzos de punta. Y aun así el diluvio celestial jamás será del agrado de todos.

Dejando de lado este *impasse* a lo *royal*, me apura conocer a los papás Moliere. Más que apurarme, me acojona. Pero no he tenido valor de contradecir a Vincent en lo referente al encuentro paterno-filial. Aunque normalmente llevarle la contraria se me da de fábula. Hasta disfruto con sus caritas desconcertadas. No es sadismo de mujer fatal, forma parte del juego de

la seducción: si quieres impresionar a un cachorro de vida fácil debes ponerle en un brete tras otro. ¡Retar a Vincent es un lujo!

El plan parisino ya ha sido trazado. Acudiremos a la casa de campo de los Moliere el fin de semana. Semejante denominación para una edificación entre arbustos me resulta de una cursilería sobrecogedora: *casa de campo*. Uffff. Solo pernoctaremos allí el sábado. Esa sí ha sido una condición innegociable: me la envaino con el embarazoso compromiso familiar para darte el capricho —en esto de las atracciones peligrosas hay que aprender a ceder de vez en cuando—, pero la escapada quedará reducida a la mínima expresión de la convivencia grupal. Llegamos el sábado al mediodía y regresamos el domingo tras la sobremesa. Lo que yo denomino un encuentro vuelta y vuelta.

Así que hacia allá volamos: destino, aeropuerto de Orly. Pensamientos que me asaltan machaconamente durante el trayecto: «Cómo me gusta arrimarme a su piel y qué bueno está mi amor, por Dios». Para qué negarlo, su perfil al contraluz silueteado sobre un fondo celeste con moteado de nubecitas es soberbio. De no haber nacido milloneta se podía haber ganado la vida como torso fetiche de Abercrombie. O como sonrisa Profidén de alguna marca pija de las que embellecen fachadas metropolitanas con lonas colosales. Y cuando vuelve su cara hacia mí y clava sus pupilas en mis ojitos, la lujuria pasa a un segundo plano porque una conmoción estalla en mi interior. Los sentimientos profundos se han impuesto a la sensualidad. He perdido la cruzada del autocontrol amoroso.

En cuanto aterrizamos todo se va desarrollando como había dibujado previamente en mi cabeza. Chófer uniformado en la terminal, cochazo oscuro de lunas tintadas, trayecto corto por los alrededores parisinos entre caminos sinuosos, mansiones espeluznantes por aquí y por allá, verja de hierro decimonónica, sendero cuajado de frondosos árboles —ni pajolera idea del tipo, soy malísima con la botánica, pero son muy resultones para ambientar la señorial llegada—, mansión de fachada pétrea, personal de servicio a pie de portalón que acude solícito a abrirnos las puertas y recoger nuestro equipaje de mano... Y el matrimonio Moliere sonriente, expectante y repeinado, agitando las manos acompasadas en señal de bienvenida.

Lo que destaca de sus soberanas estampas en un breve golpe de vista: papá Moliere es un venerable anciano, sobrepasa los ochenta, pero se conserva estupendamente. El que tuvo retuvo. Debió de ser un guaperas al estilo de su agraciado vástago. Mmmmm la puñetera diablesa que llevo dentro me susurra una sentencia pérfida, pero útil: «si el padre octogenario luce tan estupendo, Vincent envejecerá adecuadamente. Será follable hasta avanzada edad».

Porte aristocrático, cabello cano, arrugas palpables (pero en su justa medida), rostro amable, ojos claros, expresión cálida, pantalones beige de pinzas, camisa a juego, blazer marino y calzado a medida. Sonríe con convicción y su complacencia por nuestra visita parece sincera. Me observa sin disimulo alguno. Es más, me mira y remira como si yo fuese la primera mujer con la que se hubiese topado en la Tierra. No lo he querido preguntar por vergüenza, pero quizá sea la primera *lady* a la que su hijo hace los honores paternos. Acojonadita, pues.

Mamá Moliere. Distinguida pero previsible. Elegante pero rancia. Tal cual la había pergeñado en mis elucubraciones. Señora de edad considerable, mechadas a discreción, delgadez extrema, maquillaje suave pero patente, piel estirada, brillantes señala-lóbulos, pantalón oscuro, zapatos de salón de medio tacón y chaqueta clásica de tweed firmada por Chanel como pieza fundamental del estilismo. También sonrío emocionada... mientras abraza a su hijo. Achuchones maternos a destajo a lo largo de la mareante anatomía de su criatura.

Mientras me saluda cortés, pero sin arrebatos —su sonrisa se muestra taaaaaaan amplia que resulta forzada—, la señora Moliere, de soltera Olivares de Arcos, se emplea a fondo en el complejo arte de intentar agradar a una aspirante a nuera. Los buenos modales siempre por bandera. Las relaciones sociales las domina con maestría, suponen el eje sobre el que gira su trayectoria vital. Nada que yo no esperase.

—Querida Violeta, al fin tenemos el placer de recibirte. ¡Qué ganas de conocerte! Vincent nos ha hablado mucho de ti —me confiesa; a pesar de los años transcurridos desde que contrajo matrimonio y se trasladó a Francia, mantiene intacto su acento andaluz—. Pero no nos desveló ni una palabra acerca de lo preciosa que eres. Divina. Siéntete como en casa, porque estás en



tu casa. —Creo que con paciencia podré sobrevivir sin mayores contratiempos a estas veinticuatro horas de alabanzas y grandilocuencias.

Aunque desde el exterior la fachada puede resultar sobria, al cruzar el umbral debo hacer un esfuerzo para evitar un desmayo causado por la emoción. Y para no comportarme como una cateta, especialmente cuando no soy ninguna profana en cuestiones artísticas. Quizá precisamente por mis conocimientos me está costando mucho trabajo no emitir grititos histéricos ni sacar el iPhone para disparar *selfies* —la soplapollez que alimenta la egolatría contemporánea— a diestro y siniestro.

Y es que al acceder al hall de la casita de campo me ha dado la bienvenida, así, de sopetón, un Munch, pintor al que los eruditos achacan en el modernismo el papel de Durero en el Renacimiento. Pudiera ser esa la razón por la cual la familia Moliere los exhibe juntos: a Munch y a Durero. Porque a la derecha de la obra del noruego me topo con un grabado original, realizado en técnica de buril, del alemán. ¡Toma castaña! Eso ya son palabras mayores: siento debilidad por toda su obra con mención honorífica para *El caballero, la muerte y el diablo*. Y a la izquierda de Munch cuelga un Mantegna, ese artistazo italiano que tuvo la mala suerte de ser coetáneo de los, posiblemente, dos mayores virtuosos de la historia del arte: Da Vinci y Miguel Ángel.

Las obras paridas por el talento de Munch, Durero y Mantegna se encuentran frente a mí, yo no me hallo en el interior de un museo ni un edificio de los que engrosan los patrimonios nacionales y apenas he avanzado una veintena de pasos desde que crucé la puerta. ¿¿¿Qué sorpresa me aguardará, pues, presidiendo el salón??? ¿Un Velázquez? ¿Un Van Gogh? ¿Un Picasso? ¿Un Rothko?

Me dejo guiar escaleras arriba por una señora de mediana edad muy agradable, perteneciente al servicio de los anfitriones. Me he alejado a propósito para facilitar que los tres Moliere, padre, madre y vástago, mantengan unos minutos de intimidad familiar sin mi presencia. Traducido al lenguaje real: para que la mamá alta costura me destripe de boquilla, y el insigne papá dé unas palmaditas en la espalda de su retoño; manotazos cariñosos que llevan impresa esa rúbrica tan masculina y básica de «eres un machote, campeón».

Me han asignado un luminoso dormitorio con amplio ventanal y gran chimenea en el ala este de la casa de la pradera. Pero cualquier detalle de la habitación torna a minucia cuando me doy cuenta de lo que está decorando sus paredes. ¡Ay, Dios! Cinco acuarelas de Vetriatto. CINCO. Y no, obviamente no se trata de las láminas y reproducciones que venden papelerías y grandes almacenes al precio de euro y mitad, sino de los originales. Bailarines de tango, damas de azul, una *femme fatale* exhibiendo libido explícita sobre el sofá, dos amantes besándose al requiebro de la luna, un distinguido baile de otra época... Y mi rendición absoluta.

Admiro la elegancia de los magníficos retratos de Boutet de Monvel, pero puede que Jack sea mi pintor vivo preferido. Compraría toda su obra si dispusiese de capital, forraría mis carpetas con sus ilustraciones si retornase a la universidad, utilizaría sus siluetas como portada de mis libros si fuese escritora... ¡Y por gracia de los Moliere voy a dormir compartiendo techo con cinco originales del escocés! Igual la visita obligada a la campiña francesa no haya sido tan mala idea.

Tras lo que considero un tiempo prudencial para que mis anfitriones hayan despachado los asuntos familiares pendientes, regreso a la planta baja. Los padres de Vincent nos otorgan vía libre hasta la cena. Momento en el que compartiremos mesa, mantel y larga sobremesa a una hora muy europea: las ocho de la tarde. Papá Moliere me mira con afecto. O con brillo en sus pupilas. Creo. Qué majete es este abuelo.

Tras un largo paseo por los dominios colindantes a la casa de campo, una bucólica caminata por los alrededores, varios encontronazos con una variopinta colección de bichos silvestres, un vistazo al riachuelo de orillas claras que atraviesa la propiedad, y tras el correspondiente trámite de ritual de embellecimiento femenino, aquí me encuentro. Sentada en una ceremonial mesa iluminada por cirios colocados sobre candelabros versallescicos y recubierta de una mantelería de hilo bordado. Sobre ella reposan una vajilla decimonónica, una cristalería palaciega y una sopera de plata maciza que debe costar una fortuna. Camareras enguantadas y tocadas con cofia nos ofrecen delicatesen a la vista y al gusto: quesos cremosos, salmón y anguila ahumada, paté de la campiña, jamón de bellota en mi honor —y en el de las papilas gustativas del resto de los comensales— y un magret de pato asado en su

punto. Todo regado por el vino con la etiqueta más reconocida y cara de Borgoña: un Louis Jadot.

Mamá Moliere asiente satisfecha, vanagloriándose de la colosal puesta en escena. De mi discreto vestido negro de Armani, entallado, pero no ajustado, tan solo aderezado por unas perlas cortesía de Kate Austen, no ha dicho ni mu. Desconozco si ese silencio es bueno o es malo. Sin embargo, papá Moliere no quita ojo a mi gargantilla. Creo que el collar resulta de su agrado. Un señor con buen gusto, como su hijo. La colección de arte que encierra esta casa de campo —Dios, ¿qué tesoros esconderán en la mansión parisina, hogar oficial del matrimonio, o en su dúplex neoyorquino?— atestigua su acertada sensibilidad por la estética. Y, por supuesto, ese soberbio mosaico bizantino que cubre por completo la pared. No me resisto a alabarlo.

—Herencia familiar —me aclara el anfitrión al darse cuenta de mi interés por semejante obra de arte—. La belleza de los mosaicos es tan embriagadora como la armonía de sus colores. Por desgracia, ahora son piezas codiciadas en el mercado ilegal. En parte debido al ISIS y a la macabra situación de Siria, enclave del que proceden la mayoría de estos mosaicos. Allí atesoran patrimonio del periodo clásico griego y romano que podría pertenecer a cualquier país del Mediterráneo. Con la falta de autoridad de la zona cambian los certificados de procedencia para encubrir ilegalidades.

—He escuchado que la mayoría de lo saqueado en Siria procede de encargos previos.

—Efectivamente, Violeta. Los intermediarios cuentan con una red de compradores internacionales que les piden, por ejemplo, un mosaico bizantino como el que ahora observan tus ojos, y que termina en manos de coleccionistas privados sin escrúpulos. Generalmente, grandes fortunas europeas, francesas y alemanas, sobre todo, y norteamericanos o multimillonarios asentados en países del Golfo.

—Jamás podría disfrutar de una pieza proveniente del tráfico ilegal del arte. Para mí sería como forzar a un menor. Pura profanación de lo sagrado.

—Por desgracia, Violeta, los que pueden comprar obras a precios prohibitivos suelen carecer de ética. Los principios sólidos no satisfacen caprichos ni engordan egos desmesurados. A mí me apena lo que está ocurriendo en aquella zona. Cuando cualquier campesino descubre bajo la

tierra que está labrando vasijas, monedas o jarrones, su hallazgo no tarda en llegar a oídos de los muyahidines del ISIS. Se presentan allí, desentierran el tesoro y desaparecen con el botín. Lo venden días después a los traficantes de arte y se apropian de todas las ganancias. Ciudades como Apamea, Ebla o Raqqa han sido completamente saqueadas. La población civil de Siria, el régimen de Al Asad, los grupos yihadistas... todos ellos conocen los tesoros ocultos que albergan sus tierras.

»La Siria moderna, como Irak y Egipto, descansa sobre el yacimiento arqueológico antiguo más extenso del mundo. Desde el norte hasta el sur, reposan piezas únicas de la antigua Mesopotamia, del periodo romano helenístico, de la Grecia bizantina o del arte islámico... Por eso el ISIS está financiando sus actividades con el contrabando de los restos artísticos y arqueológicos que subyacen bajo tierras sirias. Las imágenes por satélite muestran territorios acribillados, museos desvalijados o ciudades subterráneas que han perdido sus reliquias milenarias. Los yihadistas organizan incluso sus propias excavaciones. Como en la ciudad de Hasaka, donde una bandera negra custodia la colina donde realizan las obras de extracción ilegales.

—¿Y cómo se puede poner remedio a este expolio? El ultraje va dirigido a todos nosotros, a la herencia cultural artística e histórica que dejemos a nuestros hijos...

—Es complejo por la idiosincrasia de la zona, entregada a un permanente conflicto. El pillaje se extendió entre los vecinos de varias ciudades sirias durante los primeros años de la guerra. El colapso de la autoridad y la fractura del Estado crearon un vacío de seguridad idóneo para que malhechores y oportunistas asaltaran, pala en mano, los lugares donde se creía que estaban enterrados tesoros. Muchos recurren al robo de antigüedades para sacar algo de dinero, para sobrevivir a la miseria. Hay un pequeño grupo que intenta proteger el patrimonio que está en riesgo sobre el terreno: la Fuerza Especial del Patrimonio Sirio. Pero es insuficiente. Son quijotes combatiendo a bestias macabras y sanguinarias. Los valientes no dan abasto.

—¿Y cómo consiguen introducir esas piezas en el mercado internacional?

Se trata de un tema que me apasiona y del que charlo con frecuencia con Fermín. Mi padre cuenta con sobrados conocimientos al respecto, pero mi anfitrión parece un gran experto. Al fin y al cabo, hoy me encuentro sentada en

la mesa de una familia situada en el *top ten* de los coleccionistas privados contemporáneos. Prefiero no pensarlo, porque esas cifras me marean. Y hasta me aturden.

—Una vez extraídos los tesoros, los yihadistas contactan con traficantes e intermediarios, generalmente sirios y turcos, que viajan hasta su territorio y compran las vasijas, esculturas, monedas o mosaicos. Cuando el ISIS invadió Siria, la población civil ya llevaba tiempo robando piezas en lugares arqueológicos. Pero tras imponer su autoridad, los yihadistas obligaron a la ciudadanía a pagar un impuesto al Estado Islámico por los hallazgos: un 20 por ciento de los beneficios. Así que los terroristas visitan diariamente las diferentes excavaciones para recaudar fondos. Ese dinero financia la cruenta orgía en nombre de la guerra santa y de las pamplinas que reivindicán. Nos resulta imposible calcular el beneficio económico que obtienen con sus expolios.

—Se estima que el contrabando ilegal de arte mueve tres billones de dólares anuales, papá —apostilla Vincent con cierto fastidio. Parece que no resulta de su agrado que su progenitor y yo hayamos fagocitado la conversación. Él y su madre apenas intervienen. Pero al cabeza de familia parece no importarle esa contrariedad manifiesta, puesto que retoma sin demora la conversación que nos ocupa.

—Pronto el ISIS comprendió que era un negocio demasiado lucrativo para compartirlo. Así que monopolizaron el proceso de pillaje prohibiendo a la población civil acercarse a los trabajos arqueológicos. De hecho, el robo de arte es el trabajo mejor pagado por el Estado Islámico después del contrabando de petróleo.

—Oye, papá, creo que vas a aburrir a nuestra invitada con uno de tus temas de conversación talismán de los últimos meses: la financiación terrorista proveniente del tráfico de arte.

—¡Para nada, Vincent! ¿Cómo puedes pensar que una charla sobre los desalmados que trafican con el patrimonio de la humanidad podría cansarme? Es una temática sobre la que me gustaría profundizar de aquí en adelante. — Noto una leve mueca de desagrado en su expresión, pero decido continuar. Prefiero que en la mesa todo verse alrededor del arte para evitar que la

conversación dé un giro inesperado y su madre decida indagar en frivolidades que me repelen: las que pertenecen al ámbito de mi intimidad.

Animo a papá Moliere a retomar su exposición, cosa que él hace encantado. Me mira de un modo tan especial... Como si me conociese desde siempre.

—Tienes una novia lúcida y perspicaz además de bellísima, hijo. Deberías aprender de ella.

Jajajaja zasca en todos los morros al pibón. Este octogenario me va a caer bien. Aunque el palabro «novia» me provoca un respingo inesperado.

—¿Por dónde íbamos, Violeta? Ah, sí, por la recaudación de impuestos. Una vez extraídos los objetos de valor, los yihadistas se ponen en contacto con intermediarios que sacan las piezas por varias fronteras: la del Líbano, la de Jordania y la de Turquía. Los traficantes esconden el material durante algún tiempo hasta que estalla una crisis internacional que distrae la atención de las autoridades. Es entonces cuando los delincuentes comienzan a introducir las lentamente.

—Por ejemplo, ahora estamos viendo en el mercado piezas robadas en Irak hace diez años. —Es Vincent quien aporta el dato, a la vez que sirve agua a su santa madre.

—Mientras esperan que pase el tiempo suficiente, los intermediarios distribuyen una pequeña parte de estas reliquias en páginas de venta *online* especializadas. Otros objetos van pasando por distintas manos hasta que terminan en subastas de arte, después de haber falsificado los lugares de procedencia.

—Fermín, mi padre, siempre me ha contado que el «lavado de arte» es necesario para una venta oficial.

—Cierto, Violeta. Los delincuentes de guante blanco lo tienen todo planificado. Es una desgracia, pero muy bien organizada. Supongo que habrás oído hablar de Cheikhmous Ali, un importante arqueólogo —prosigue sin esperar mi respuesta—. Él dice que cuando se pierde un lugar arqueológico, desaparece para siempre. No se puede recuperar. Es como cuando un ser vivo muere, no puedes devolverle la vida.

—Ali ha establecido desde Estrasburgo una red de informadores en Siria que le ayudan a documentar la destrucción del patrimonio —comenta Vincent.

La cara de *almorranero* crónico que luce esta noche delata fastidio. ¿Se habrá arrepentido de haberme invitado a conquistar su territorio?

—Hace poco vi un vídeo conmovedor. —Mi anfitrión continúa charlando entusiasmado, ajeno a mis pensamientos sobre el aparente disgusto de su retoño—. Un joven muestra la ciudad milenaria de Ebla mientras cuida de los pocos restos que quedan entre las ruinas. Durante las noches, este valiente pone su vida en peligro protegiendo la entrada a la ciudad antigua para ahuyentar a los bandidos que intentan hacerse con las tablillas cuneiformes, los textos de Ebla, únicas en el mundo. Otro quijote solitario frente a la maldad imperante...

»La ciudadela de Alepo es utilizada por el régimen como un puesto de defensa; las ruinas de Palmira han sufrido los daños de numerosos combates y amenazan con su aniquilación. Pero los malnacidos del ISIS son astutos. Cuando comenzaron los bombardeos de la coalición en el pueblo milenario de Dura Europos, se protegieron en las ruinas arqueológicas: tenían la certeza de que los americanos jamás atacarían lugares de gran valor histórico.

Se hace el silencio. Mi anfitrión deja de parlotear durante breves instantes para saborear el borgoña de a quinientos pavos la botella. La señora de la casa apenas interviene en las conversaciones, ni prueba bocado, ni bebe, ni se manifiesta. Es como un contorno etéreo, el detalle humano de una decoración soberbia. Solo interactúa para dar muestra de sus modales impecables y de una condescendiente amabilidad. Yo permanezco callada porque estoy reflexionando acerca de lo que estamos debatiendo, y mi *lover* sigue con cara de malas pulgas. No entiendo el motivo: debería estar satisfecho porque su padre y yo congeniamos, tenemos intereses en común, charlamos animadamente como viejos conocidos y nos encontramos cómodos en mutua compañía. ¿No habíamos venido precisamente a eso? ¿A culminar una simbiosis entre los Moliere y los Austen?

Ese semblante indescifrable de Vincent me incita a denominarlo como mi amante criptograma. He asumido que salgo con un ser de aspecto mitológico y alma de lobo estepario que mantiene oculta al mundo una parte capital de su propio yo. Lo respeto, pero es un fastidio. Soy consciente de que es uno de esos tipos obcecados con el hermetismo a los que nunca llegas a conocer por completo. Como lo demás me compensa con creces, paso por alto este

impedimento. Yo soy de las que utilizan a menudo la balanza que mide los pros y los contras. Nada ni nadie es perfecto: analizo beneficios y perjuicios y atrapo lo que me conviene.

Aunque ese *no sé qué* incierto de Vincent me desasosiega. Casi tanto como lo que descubro a continuación. Mientras a los demás les sirven una copa en el salón de los mosaicos, yo subo a la planta superior para visitar a un cómplice de las mujeres en cualquier velada que se precie: la toilette. Aprovechando que todos conversan un piso más abajo, no me resisto a llevar a cabo una incursión clandestina al dormitorio de mi amante. Ni soy especialmente cotilla ni suelo merodear en estancias ajenas, pero es inevitable echar una ojeada a su guarida campestre. Apenas conozco nada de su infancia y me encantaría descubrir entre sus estanterías las típicas chorradas que los adultos solemos acumular: algún juguete fetiche, alguna foto en pleno desgarbo adolescente, la banda de graduación, los cómics de juventud, la instantánea de la pandilla con la que se compartieron trastadas universitarias...

Por supuesto ni un cachivache se hace visible en el pulcro espacio privado de Moliere. Lo más destacable de un dormitorio immaculado e impersonal —me recuerda a la suite de cualquier hotel de lujo— es un paisaje firmado por Modigliani sobre la cama. Qué tontaina soy. Vincent creció rodeado de obras de arte. Nada de figuritas de Playmobil o balones de fútbol como el resto de los mortales. Apenas si encuentro algún toque personal en su amplio habitáculo de la residencia familiar. Tan solo algunas fotografías enmarcadas en plata sobre un tocador rococó ubicado junto al gran ventanal con vistas al jardín.

Tendré que conformarme con la visión efímera de media decena de imágenes. Menos es nada. Un rollizo bebé de anuncio que presupongo es mi *lover* con apenas unos meses de vida, mamá Moliere luciendo palmito y pamele con unas cuantas décadas menos encima, un grupo de emperifollados figurines de todas las edades —familia Moliere en sus diversas ramas, imagino—, padre e hijo a bordo de la cubierta de un yate bronceados y sonrientes, y un vuelco que me da el corazón. Sin previo aviso. Por cotilla.

Ahí están. Ambos. Elegantes, impecables, risueños, sobre un escenario con fondo azul intenso. A muchos metros sobre el suelo. Frente a unas fabulosas cristalerías cruzadas por finas barras de acero. Con unas



panorámicas de 180 grados sobre el parque de atracciones del lujo: Dubái. Reconozco esa localización. Es la planta veintisiete del Burj Al Arab, el legendario siete estrellas cuya silueta en forma de vela suspendida sobre el mar de Arabia representa uno de los iconos míticos dubaitíes. Mi abuela y Vincent almuerzan en Al Muntaha, el más impresionante de los restaurantes que alberga en su interior este establecimiento solo al alcance de las mayores fortunas del planeta. La instantánea debió ser tomada poco tiempo antes de la muerte de Kate.

¿Por qué se revoluciona mi adrenalina al descubrir una foto que nada tiene de extraordinario? ¿Por qué mi pulso se acelera? ¿Por qué mi subconsciente se pone alerta? Ellos se apreciaban y querían, eso no es ningún secreto. Él mismo me lo ha confesado. Vincent viaja continuamente a Oriente Próximo y tomó las riendas de los negocios familiares en la zona de Emiratos. Marc me advirtió hace escasas semanas de que mi abuela también frecuentó aquellos lares durante sus últimos años. Coincidirían en uno de tantos viajes y quedaron a almorzar. Ningún misterio.

—Que no te confundan los fantasmas propios de mentes calenturientas, Violeta. —La inquietud me obliga a razonar en voz alta. Tengo que aprender a controlar esta manía que se ha acrecentado desde que salgo con Moliere—. ¿Pero por qué entre los escasos detalles personales que atesora Vincent en su dormitorio campestre hay una foto enmarcada en la que aparece junto a mi abuela? ¿Por qué nunca me ha comentado que se vieron en Dubái? Él sabe que estoy indagando su pasado y que cualquier detalle es bienvenido. ¡Ay! Estoy sensible, coño. Frecuentaron los mismos ambientes desde que él tiene uso de razón, acrecentaron su confianza y afecto a lo largo de los años, coincidieron a siete mil kilómetros de Europa y comieron juntos. Alguien toma una foto y Vincent, que jamás ha negado el cariño y la admiración que sintió por mi antológica abuela, la enmarca en su recuerdo y en su honor. Fin de la cita, Violeta. Nada más que objetar. Ya me gustaría a mí poner el punto y final: la incertidumbre genera inseguridad, y la inseguridad, desconfianza.

Bajo de nuevo al salón principal tras mi visita al baño y mi incursión en dormitorios ajenos. Pido un único gin-tonic de cortesía y apenas media hora más tarde todos nos retiramos a descansar. Pese al sobresalto de la jodida fotografía, duermo como una princesita en su castillo de fantasía. Al abrir los

ojos soy incapaz de recordar si mis sueños se han decantado por querubines regordetes o por luciferes traviosos. Pero sonrío complacida.

Vincent viene a darme los buenos días con una gran bandeja entre sus manos —un copioso desayuno me está esperando— y un jarrón repleto de lavanda recién cortada. Que levante la mano quien no muera de amor con estos amaneceres peliculeros... Será mejor para mi salud mental que destierre de mi cabecita pensamientos rarunos. Él se ha levantado hablador y animado, aunque permanece algo distante. Ni se me ocurre incidir en sus vericuetos interiores, y menos aún mentar a la imagen enmarcada. Cuando los tíos sacan el hermetismo a pasear es mejor dejarlo estar.

Después de dos cafés, un delicioso huevo benedictine recubierto por un salmón de sabor y textura orgásmica, un cruasán relleno de mermelada casera de cerezas, y una posterior caminata en la que quedo embobada ante un lago artificial repleto de cisnes negros —por lo visto se trata de una excentricidad de mi chico—, nos aguarda un chófer para trasladarnos a París. Papá Moliere nos invita a comer en el mítico Epicure, un paraíso del refinamiento; es un antiguo teatro que destaca por un techo esculpido con pan de oro y adornado con una alegoría de las cuatro estaciones. Las paredes están atestadas de boiserías Régence en roble de Hungría y decoradas con tapices de la manufactura de Lille del siglo XVI. Tras un agradable y desenfadado almuerzo en el que conversamos sobre temas banales alejados del arte, el chófer nos acerca al aeropuerto. Todo transcurre en paz y armonía. Me atrevo a constatar que disfrutamos de un ambiente idílico aderezado con unas pinceladitas de cinismo.

Mamá Moliere a veces me recuerda a una ameba: peripuesta y elegantemente complementada, pero con la actividad mental de un protozoo. ¿Qué vería su marido en ella durante la temporada del cortejo? Un señor inteligente, carismático, emprendedor y erudito. En fin, quizá cinco décadas atrás fue la reina del baile y con el devenir de la edad decayó su salero primigenio...

Antes del aluvión de besos y abrazos de rigor, de las buenaventuras y de toda la parafernalia que conllevan las despedidas familiares, me aguarda una confesión inesperada. Mientras madre e hijo se deshacen en carantoñas algo apartados del resto del grupo, el cabeza de familia no se priva de acercarse a

mí, para admitir, muy al estilo escénico de una tragicomedia, algo que me desconcierta.

—Algunos lo denominan justicia poética. Te pareces tanto a ella...

—¿Perdón? ¿Me parezco... a ella? —Imagino que se refiere a mi abuela. Vincent e incluso mi padre ya me habían adelantado que ambas familias, los Austen y los Moliere, pertenecían al mismo círculo, la élite europea. Durante décadas compartieron veladas, fiestas, eventos de postín, amigos comunes, celebraciones familiares... La endogamia implícita a las altas esferas y a los cogollitos de poder.

—A Catalina. Eres igual de bonita, vivaz, distinguida, exquisita, estilosa e instruida. —¡Toma ya! Enumera semejante retahíla de adjetivos sin titubear, pestañear y casi sin respirar—. No os parecéis como dos gotas de agua — prosigue—, pero llevas impreso el sobresaliente sello de las damas Austen en tus facciones. —Algo que ya me corroboró la señora Robinson nada más conocerla—. El guardián encargado de equilibrar la extravagancia y la clase suprema siempre fue benevolente con las mujeres de tu familia. Imaginé que jamás volvería a recrearme con la belleza de tu abuela hasta que ayer te vi bajar del coche. Bendita sea tu estampa, Violeta. Supone una inmensa alegría para mí comprobar que te entiendes con mi hijo. Formáis una pareja excepcional. Y no es pasión de padre. Os deseo lo mejor. De corazón.

Y entonces me mira de una forma que no logro comprender. Intuyo que se trata de un sentimiento profundo, tal vez nostalgia por el pasado, por los días de vino y rosas de una época que ya no existe más que en sus propios recuerdos. Y retumba en mi cabeza el consejo machacón de Fermín sobre la conveniencia de aprender a desentrañar las miradas de los otros. Los padres siempre tienen razón, solo que únicamente aprecias su sabiduría cuando te conviertes en uno de ellos dando la vida o cuando la edad adulta te ha vencido.

Por cierto, sus nombres son Dominique y Macarena, conocida por los más cercanos como Ena, al igual que la esposa de Alfonso XII. Así se llaman papá y mamá Moliere.

## *San Petersburgo, década de 1890*

La felicidad conquistaba cada rincón del nuevo hogar de Selma y Selim, un pequeño condominio que Kemal había alquilado para ellos antes de su llegada. La casita estaba ubicada en una calle perpendicular a la arteria principal de San Petersburgo: la colosal avenida Nevsky de más de cuatro kilómetros de longitud y atravesada por tres canales navegables, el Moika, Griboédov y el Fontanka. Selma adoraba dar largos paseos por una de las calles con más historia del mundo. Vaivén de gentes, el traqueteo de los coches de caballos, risas infantiles, toldos multicolores, grandes escaparates, la vasta explanada de la catedral de Kazán consagrada a la virgen más venerada de Rusia, cafés señoriales y trasiego popular. Entremedias, un sinfín de contrastes entre los que destacaban los quehaceres de ciudadanos variopintos: artesanos, nobles, herreros, pescadores, aristócratas, bohemios, orfebres, burócratas, artistas... Tanta vida a su alrededor provocaba un júbilo permanente en quien había pasado los últimos años confinada en un palacio.

Otra de las cosas que impactó a Selma cuando llegó a San Petersburgo fue el gran parecido físico entre los hermanos: su amado Selim era un palmo más alto, Kemal tenía los ojos color miel en vez de azabache y una mandíbula más prominente, pero resultaba incuestionable su parentesco a un simple golpe de vista. Ambos se encontraban plenamente dichosos por volver a formar parte del destino del otro. Parecía como si quisiesen recuperar con ansia las dos décadas que la vida, a veces dadivosa a veces traicionera, les había robado. En aquella flamante etapa, el hermano de Selim se había convertido en

parte de la familia. Se aseguró de que la pareja alcanzase a salvo la ciudad — custodiada por dos de sus subordinados en el escalafón militar—, se encargó de buscarles una vivienda adecuada en el centro y recomendó a Selim como candidato idóneo para formar parte del ejército de zar. Experiencia, corpulencia, instrucción y pericia militar no le faltaban, por lo que se incorporó como miembro destacado del regimiento de caballería del zar Alejandro a los pocos días de instalarse en San Petersburgo. Un cúmulo de parabienes teñían de esperanza el porvenir de la pareja.

—Cada recodo de la monumental ciudad plasma la legendaria corte de los zares, de los grandes duques y señores, de los aristócratas que parecen salidos de *Las mil y una noches* y participan en una continua sucesión de lujos, pompa, convites y celebraciones... —comentaba Kemal mientras acompañaba a la pareja en un paseo vespertino.

—Cierto es, hermano. El descomunal río me recuerda al Bósforo por su caudal y dimensiones. La grandiosidad de la urbe y las imponentes edificaciones se asemejan en muchos aspectos a la imperial Estambul que hemos dejado atrás —estuvo de acuerdo Selim.

Fuentes ornamentadas, parques floridos, fabulosos palacios, catedrales marmóreas, riqueza asiática, residencias de nobles, monumentos religiosos, academias de bellas artes, teatros, iglesias, boato bizantino, sinuosos canales, arquitectura titánica, museos, ballets... Los jóvenes contemplaban extasiados ese mundo desconocido para ellos.

Pero Selma apreciaba con otros ojos cada detalle del país que la había acogido generosamente: con la mirada de quien sabe que dispone de su propia libertad.

—¿Sabéis lo que más me gusta de San Petersburgo? —les preguntó Selma con una gran sonrisa iluminando su rostro—. Que puedo dirigir mi destino cada nuevo amanecer, abrir ventanas al libre albedrío sin celosías enrejadas, traspasar puertas sin permisos previos ni vigilancias impuestas, lucir vestimentas femeninas al estilo occidental, con el rostro descubierto, los hombros al aire, sin mangas, con diseños escotados y a mi gusto. Cualquier gesto cotidiano, insignificante para cualquier mujer europea, para mí supone la prueba manifiesta de un futuro henchido de oportunidades.

A pesar de tanta ventura, los ojos de Selma brillaban con ardor por otro motivo. Se había producido un suceso inesperado que jamás soñó que llegaría a ocurrirle, pero que cerraba el círculo de una felicidad absoluta. Se encontraba encinta. En el harén sufría durante cada encuentro con el sultán, a sabiendas de que concebir un hijo del soberano la ataría para siempre a ese mundo opresor que la asfixiaba. La falta de frutos de su vientre a lo largo de un lustro había llegado a convencer a Selma de su incapacidad para ser madre. Sin embargo, quedó preñada de Selim durante las escasas semanas en las cuales viajaron desde Turquía a Rusia.

Quedaban apenas noventa días para el parto y ella soñaba cada madrugada con el momento de regocijarse con la carita de su bebé.

—Qué extraños los caprichos del destino que vetaron mi preñez en el serrallo durante cinco largos años, y tras fugarnos, propiciaron la fertilidad de mis entrañas en apenas unas pocas semanas. —Aquella era una reflexión que Selma se había hecho a sí misma en multitud de ocasiones durante su embarazo y que ahora compartía con Selim.

Los meses transcurridos en la capital rusa habían acontecido plácidos y serenos. Mientras Selim atendía sus obligaciones como miembro de los ejércitos del zar, Selma se esmeraba por cuidar el fruto de su amor que crecía dentro de ella y buscaba una nueva residencia. La casa colindante a la avenida Nevsky se quedaría pequeña con la llegada al mundo de una criatura. El personal de los ejércitos al servicio de la familia Romanov recibía un buen jornal que cubría holgadamente sus necesidades, e incluso podían permitirse caprichos solo al alcance de la alta burguesía. Pero ella guardaba oculto un tesoro extraordinario: el que había transportado consigo cosido al forro de su falda durante la huida. Un buen puñado de las formidables joyas pertenecientes a la mujer que fue considerada la favorita de uno de los últimos sultanes del Imperio otomano.

Selma desconocía el valor monetario de las alhajas regalo del sultán. Había preguntado a Kemal cómo podía comerciar en la ciudad con algunos adornos y aderezos de los que quería desprenderse, y él, sin dudar, le recomendó que visitase a los joyeros de la corte. Si el material era de calidad, lo comprarían a buen precio. Tomó aleatoriamente algunas de las joyas y las

introdujo en un saquito de terciopelo color grana. Siguió conservando para sí la otra mitad.

Se había encaprichado de una casa con fachada azul cercana al Palacio de Invierno. Narraban los lugareños que los edificios de San Petersburgo se pintaban de alegres tonalidades para dar color a los largos meses de frío que todo lo teñían de blanco y gris. La vivienda en venta era luminosa, recibía al huésped con un fabuloso portón decorado con columnas, disponía de un extenso jardín, tres plantas y ofrecía amplios ventanales con vistas al río Neva.

Ella desconocía si el valor real de aquellas gemas podría intercambiarse por un nuevo hogar, pero se dirigió entusiasmada a la dirección que le había facilitado Kemal. Cuando expuso la mercancía sobre un pulcro mostrador de mármol ante los orfebres imperiales, el asombro por lo exhibido se apoderó de los allí presentes sin pudor alguno.

—¡Santísima Virgen del Kazán! ¿Habéis visto esto? ¿Dónde consiguió usted estas esmeraldas tan puras, señora? Mirad, al trasluz no cuentan con imperfección alguna... ¿Y estos diamantes de un tallaje simpar? ¿Y esas perlas? ¡Jamás vimos ninguna de ese tamaño! Jade, lapislázuli, rubíes, camafeos... La mercancía que usted nos muestra, señora, es fabulosa. ¿Está segura de querer deshacerse de estos valiosísimos tesoros?

—Con tal propósito entré en su taller, señores joyeros. Yo procedo de Turquía y allá hay muchas alhajas como estas —fue lo único que atinó a desvelar una Selma perpleja ante la fascinación de sus interlocutores por el género expuesto.

Ella no alcanzaba a comprender el estupor de aquellos hombres: en la corte otomana todas las mujeres de la familia imperial lucían joyas similares e incluso más despampanantes. Había centenares, miles de piedras preciosas como aquellas esparcidas por cofres y arcones a lo largo de todas las estancias del serrallo. El sultán las repartía a puñados en cada visita afirmando que «las gemas sin la suave piel de una mujer, son solo piedras resplandecientes pero frías».

Aunque aquel tesoro extendido sobre el pulcro mármol del mostrador no era lo único que mantenía en vilo a los orífices de la corte. La belleza de la mujer que frente a ellos exponía con una naturalidad pasmosa las piedras más

extraordinarias que jamás hubiesen contemplado los deslumbraba casi aún más que el fulgor y el colorido de las alhajas.

—¿Quién es esta criatura de modales distinguidos y lindura sin igual que porta despreocupada una gran cantidad de joyas dignas de la mismísima zarina? —murmuraban asombrados los orfebres reales.

Acordaron quedarse con las gemas a cambio de un precio que a Selma le pareció una fortuna. Ni siquiera caviló si aquello era un buen o un mal trato para su bolsillo. Solo apreciaba que esa cantidad de rublos le permitiría comprar con desahogo la casa junto al río que anhelaba compartir con su familia. Además, ella seguía conservando en su poder un número de joyas similar al que acababa de vender. Si en el futuro la necesidad llamaba a su puerta, la única pieza que le agradaría conservar sería la gran perla dorada que lucía en la frente la tarde en la que conoció a Selim.

Ese mismo día, tras el cierre de la transacción con los joyeros de la corte, comenzó a circular por los cenáculos y mentideros el inquietante rumor de la llegada a la capital imperial de una misteriosa mujer de portentosa belleza y exquisitos modales, proveniente de tierras turcas, poseedora de tesoros solo al alcance de emperadores y reyes. ¿Cuál era la identidad de aquella dama? ¿De dónde procedía? ¿Dónde residía? ¿Había recalado en San Petersburgo por casualidad o iba a permanecer allí durante una temporada? ¿Por qué era propietaria de tiaras, brazaletes, zarcillos, sortijas y gargantillas de enjundia real?

Apenas unos días más tarde, Selma y Selim firmaron la escritura de propiedad de su residencia definitiva en San Petersburgo. Al quedarse a solas en su nueva casa, subieron abrazados hasta la última planta de su recién estrenado hogar. Allí se besaron con ardor. La espera, el sacrificio, los sinsabores y la incertidumbre por el resultado de una huida arriesgada habían merecido la pena. Mientras ella se recreaba con las espléndidas panorámicas de la ciudad, lo tuvo claro de improviso. Fue como una revelación.

—En las aguas revueltas del gran río de Estambul nos encontramos tu padre y yo —susurraba con ternura acariciando su abultado vientre—. Frente a las aguas del caudaloso río de San Petersburgo, nacerás tú. Selim y yo formaremos una familia junto a las riberas del Neva. Así te llamarás tú, hija mía: Neva.



Fijando sus ojos en el límpido caudal que bañaba las lindes de su nuevo jardín cuajado de plantas aromáticas, Selma intuyó que la criatura que pataleaba en sus entrañas era una niña.

No erró en su premonición. A mediados del mes de junio, tras un parto largo y doloroso, dio a luz a una hembra sana, rolliza, de cuatro kilos de peso, iris claros y una fina pelusilla rubia recubriendo su cabeza. Apenas lloraba ni abría los ojos más que para alimentarse, pero aferraba con fuerza con sus puñitos los dedos de su madre.

—¡Mira cómo aprieta tus manos! ¡Con decisión y bravura! Será una niña combativa y tenaz —repetía una y otra vez el orgulloso padre turbado por la emoción.

—Será una mujer hermosísima, ha heredado todos los rasgos de su madre —apostillaba el dichoso tío Kemal.

—Lo que de veras deseo para mi hija es que sea una persona afortunada y querida. —Selma era conocedora de la pesadumbre que un ser humano podía arrastrar a pesar de disfrutar del don de la hermosura, la abundancia y el exceso de privilegios.

Cuando tuvo a su hija recién nacida entre sus brazos, cuando contempló su perfecta carita redonda, mofletuda y sonrosada, cuando acarició la suave pelusilla rubia que recubría su diminuta cabeza, solo rogó a la Providencia por el bienestar venidero de su retoño. Por la felicidad de Neva.



Transcurrieron unos años de armonía, prosperidad y bonanza para la familia al completo. La que fuera favorita de un sultán de Oriente, antaño cautiva desdichada en un presidio de ébano y marfil, al fin estaba disfrutando de las mieles de la dicha. Kemal y Selim se convirtieron en inseparables a la par que ambos servían diligentemente en las filas del ejército de la familia imperial rusa. Neva crecía alegre, sana y pizpereta, bajo los cuidados permanentes de su madre, quien además se esmeraba por educarla en las artes en las que ella fue instruida intramuros del serrallo: lectura, escritura, música, danza, idiomas y poesía.

Y la grácil Selma se iba haciendo un hueco en la animada y distinguida sociedad de San Petersburgo: todos querían contar en sus veladas, bailes, cenas y celebraciones de postín con la presencia de aquella enigmática mujer, proveniente de Oriente, que además de epatar con su porte, elegancia y belleza a damas y caballeros por igual, hablaba a la perfección varios idiomas, recitaba con maestría versos conmovedores, danzaba, cantaba y dominaba pintorescas disciplinas culturales.

Aunque no se prodigaba en exceso en galas y efemérides porque prefería pasar el tiempo en la intimidad de su casona azul en compañía de su familia, Selma se dejaba querer por grandes duques y duquesas, príncipes, aristócratas, ministros, generales o terratenientes rusos. En parte por entretenimiento, pero también para encaminar con brillantez el futuro de su hija: Neva debía crecer rodeada de las élites.

A finales de año de 1894, recibió una invitación que de veras la ilusionó: la que le daba acceso como testigo privilegiado a la celebración de una boda principesca. Tres semanas después del doloroso duelo por la muerte del zar Alejandro, su heredero, Nicolás II, se casó con su prometida Alejandra de Hesse, nieta de la legendaria reina Victoria de Inglaterra.

La emperatriz de Rusia le recordó vagamente a una pintura renacentista de una mujer camino del altar: alta, esbelta, regia, con la mirada solemne, luciendo un vestido blanco con brocado de plata, cola adornada con armiño y la capa bordada de oro reposando sobre sus hombros. La falda del atuendo nupcial se abría desde la cintura para dejar al descubierto una segunda prenda interior de gasa de plata, revestida de piel. El escote favorecía la visión de su estilizado cuello y sus bien formados hombros. La ajustada pechera se encontraba cuajada de diamantes que brillaban con cada movimiento. Por encima de tan regio ropaje, Alejandra vestía el manto imperial de lienzo dorado, forrado y bordeado de armiño. El largo velo de tul quedó fijado con una diadema *kokoshnik* de diamantes engastados en platino. Culminando la impresionante estampa, lucía la corona nupcial de los Romanov, conformada por diamantes cosidos a la tela de terciopelo carmesí. Su cabello rojizo destacaba bajo esa imponente corona real.

La boda de los futuros zares se celebró ante cientos de invitados que asistieron a la ceremonia nupcial oficiada en la capilla del Palacio de

Invierno. Entre los afortunados, se encontraban Selma, Selim y Kemal. A Selma le impactó la llegada al altar de la que sería la última emperatriz de Rusia. Le resultó una mujer bella, con porte principesco, pero lo que le estremeció como un latigazo fue reconocerse a sí misma algunos años atrás: detrás de la pompa ceremonial y el impecable protocolo de la corte europea de referencia, se percibían unos ojos empañados por la melancolía. En ese efímero instante de empatía femenina Selma determinó que debía entablar amistad con la que meses más tarde sería coronada oficialmente como zarina consorte.

El primer encuentro entre ambas, más allá de algunos saludos de cortesía en actos protocolarios y oficiales, no se produjo hasta el verano siguiente, cuando Alejandra se encontraba encinta de la que iba a convertirse en su primogénita, la archiduquesa Olga. Selma recibió una invitación formal para tomar el té en el Palacio Alexander, un gracioso edificio de estilo neoclásico convertido en la residencia imperial favorita de Nicolás II. Ubicado a veinte kilómetros al sureste de San Petersburgo, fue construido por Catalina la Grande en la pequeña localidad de Tsarskoe Selo.

Se trataba de un vasto paraíso natural de cuatrocientas hectáreas que la familia real rusa seleccionó como su hogar frente al resto de palacios, palacetes e incommensurables mansiones de los cuales podía disponer, que eran muchos.

—Seas muy bienvenida a mi casa, Selma. Tu hermosura tiene obnubilada a la corte rusa. He de confesar que, al observar de cerca el color de tus ojos y la perfección de tus rasgos, aprecio que son más impresionantes de lo que las habladoras cortesanías afirman.

—Sus palabras hacia mi persona son generosas, zarina Alejandra. Pero le agradezco de corazón el cumplido, así como la oportunidad que me brinda al invitarme a tomar el té en sus estancias privadas. Es un honor y un privilegio. Deseo que mi compañía y mi conversación le resulten gratas.

—Estoy segura de que así será. Algo me dice que no te pareces a las frívolas y fatuas damas que conforman la alta sociedad rusa.

—Desconozco cómo son las otras mujeres a las que menciona porque suelo actuar y comportarme según mis propias convicciones.

—Las mujeres fieles a sí mismas son las únicas que merecen mi atención, querida Selma.

Aquella jornada de confidencias comedidas, de tertulia cálida, de silencios cómodos, entre porcelana fina, dulces recién sacados de la tahona y teteras de plata, se inició una estrecha relación entre ambas damas que se alargó hasta 1918.

No se pudo perpetuar más allá porque aquel fatídico año, Alejandra Feodorovna, la zarina de todas las Rusias, fue cruelmente ejecutada por los bolcheviques junto al resto de su familia en un lúgubre sótano de Ekaterimburgo. Meses antes había comenzado el éxodo de la aristocracia, de la alta sociedad y de la pudiente burguesía rusa hacia todos los puntos de Europa e incluso hacia América.

Desde aquella velada de conversaciones fluidas y complicidad femenina, Selma llevó a los Romanov en su corazón hasta el fin de sus días. Al igual que años más tarde le ocurriría a su hija Neva.



—Afirman los rusos, su propio pueblo, que la zarina es una mujer asustadiza, enferma, supersticiosa y profundamente religiosa. ¿Es cierto, mi amor?

Selim y Selma se encontraban recostados uno junto al otro bajo uno de los almendros que florecían en su jardín, degustando unas sabrosas frutas maduras y unas golosinas mientras vigilaban los juegos de Neva, quien correteaba despreocupada entre los árboles y arbustos con sus mascotas, dos graciosos cachorros de bulldog francés. Los perritos se llamaban Trajano y Napoleón. Cuando Selma observaba a su hija zascandilear al aire libre, se recordaba a sí misma dos décadas atrás, disfrutando entre los montes y la campiña de su aldea turca natal.

—Nadie que no haya llevado el peso de una corona imperial sobre sus hombros debería permitirse el lujo de juzgar con severidad a los que por derecho o por obligación son portadores de historia. Descendientes de antiguos linajes que ostentan la representación vitalicia de millones de compatriotas.

—Yo no la juzgo, mi Selma, solo comparto contigo las habladurías inmisericordes de sus súbditos. Y de paso intento sonsacar a mi amada si algo de razón esconden esas insidiosas murmuraciones...

—Si te he de ser sincera, Selim, desconozco cómo es ella en realidad. Nos hacemos mutua compañía de cuando en cuando. Nuestros encuentros se reducen a veladas con sabor de té, bocados de *pastila* y pan de miel, limonada a media tarde y largas tareas de bordado. A las dos nos apasiona pasar el tiempo en silencio, faenando entre hilos. Ambas somos virtuosas del hilvanado.

—¿Charláis sobre cualquier tema? ¿Qué se conversa con toda una emperatriz, amor mío?

—Creo que precisamente aprecia mi compañía porque no me incomoda la ausencia de palabras, mantengo el temple y la serenidad, y porque jamás oso iniciar una conversación a la que no he sido invitada ni formulo preguntas comprometidas. Nada relativo al boato de una corte imperial me es ajeno y me desenvuelvo como una aristócrata más entre auténticos nobles de cuna. La zarina tampoco me ha interrogado acerca del porqué yo domino habilidades y disciplinas solo al alcance de la realeza y de dónde proviene mi exquisita educación. Pero sí sabe acerca de nuestra llegada allende las fronteras del Imperio colindante. Una mujer de su rango bien conoce la costumbre otomana de los serrallos, tan alejada del credo cristiano que Alejandra profesa con devoción. Estoy convencida de que intuye que fui moradora de uno de ellos. Pero es extraordinariamente prudente. Como yo lo soy respecto a sus interioridades.

—Eres una gran mujer, Selma. Templada, sabia, la más hermosa dama que pisó la Tierra y la mejor madre. Y eres mía. ¿Se puede ser más dichoso? No te merezco, mi flor.

—Qué lisonjero eres, Selim. Te expongo sin ambages lo que ocurre frente a los luminosos ventanales del Palacio Alexander que es donde tejemos. Ahora bien, si mi amado esposo me preguntase acerca de mi opinión personal...

—Tu amado esposo te lo pregunta, pues —respondió Selim con una sonrisa cuajada de complicidad.

—Entonces le confesaría que la esposa de Nicolás II es una persona que se deja vencer por la melancolía, con una salud débil a pesar de su regío físico, un ánimo quebradizo, temerosa de Dios hasta la demencia y devota de su familia por encima de todas las cosas. Ella es muy consciente de la trascendencia de su estatus, mantiene un comportamiento ejemplar como zarina, ejerce escrupulosamente sus responsabilidades para con Rusia y es juiciosa sobre el papel que representa la estirpe de su marido. Pero en su fuero interno nada es comparable a la plenitud que le proporciona comportarse como una esposa y una madre ejemplar.

—Quizá por eso tú te encariñaste con ella desde el principio, porque sabes lo que implica desempeñar por obligación un papel que detestas. Lo complejo que resulta mantener una posición que los demás anhelan mientras uno solo añora bienestar. Tú comprendes por experiencia propia a esas almas atormentadas que sueñan con una realidad sencilla. Los que desean para sí mismos las existencias de los poderosos, desconocen los pesares que sus estatus acarrearán. Las vidas de lujos y opulencias no conllevan implícita la felicidad.

—Intuyo que la zarina no es dichosa. Hay algo más allá de su mirada, del gesto ausente y de los silencios de Alejandra que me recuerda a mi sombrío estado de ánimo intramuros antes de conocerte. Aunque ella jamás confesaría penar alguno. Su compromiso y lealtad hacia Rusia son inquebrantables. Pero si ella dispusiese de otra vida, si tuviese la opción de elegir, se decantaría por un devenir tranquilo en el campo. Quizá en su Alemania natal o en alguna región junto al mar, rodeada de los perros, su amplia prole y entregada al amor incondicional que profesa a Nicolás. Lo adora por encima de todo.

—La zarina siempre prefirió el ambiente recogido, el íntimo y familiar frente a la atmósfera palaciega. Eligió como residencia habitual el aire campestre de Tsarskoe Selo en las afueras de la capital, en vez de los impresionantes palacios oficiales de los zares, la serenidad bucólica al entorno agitado de San Petersburgo. Desprecia las frivolidades de la corte, los aristócratas despilfarradores y chismosos, huye de personajes intrigantes y adulatoras y detesta los rumores insidiosos. No se molesta en disimular un cierto desdén hacia la rica élite aristocrática.

—Exacto. Y en vez de mármoles, jaspes, alabastros, obras de arte, ébano, columnas de malaquita o arañas de cristal tallado, filigranas únicas en el mundo, ella disfruta residiendo en una mansión de grandes ventanales con vistas al parque y a sus lagos, decorada con mobiliario sencillo tallado con madera de limonero en color marfil. Flores frescas, rosas, orquídeas, lirios, lilas, margaritas, peonías, objetos sin más valor que el sentimental y cestos de mimbre repletos de juguetes de los niños es cuanto rodea las estancias privadas de los zares de Rusia. Su sala de estar podría pasar por la de cualquier matrimonio burgués bien situado.

—¿Sabes lo que estoy apreciando mientras me describes las estancias de la familia del zar? Que esas habitaciones, mi amor, tienen alma. Los largos pasillos de los palacios y residencias oficiales son fríos e impersonales pese a la exhibición de arte, esplendor y magnificencia que albergan. Alejandra ha sufrido mucho, Selma. Las presiones que recibió para que pariese un varón llegaron a ser crueles e inhumanas. Suplicaba a la Providencia con rezos desgarrados, noche tras noche, para que cada preñez culminase en el ansiado niño con el que ganarse el corazón del pueblo ruso: el heredero y futuro soberano. Y así durante cinco embarazos. Con sus respectivos partos. Uno tras otro.

—Lo sé, Selim. Ella cargó con una injusta culpabilidad: la de avivar la ansiedad y frustrar las esperanzas de todo un Imperio por la sucesiva llegada al mundo de cuatro hembras. Las niñas son una bendición para sus augustos padres.

—Claro, mi amor. Para ellos simplemente son sus hijas, las cuatro archiduquesas: Olga, Tatiana, María y Anastasia. Pero parece como si hasta el reciente nacimiento del zarévich, esas criaturas solo hubiesen sido queridas por los zares y aborrecidas por toda Rusia por el mero hecho de haber nacido mujeres.

—¡Cómo si parir hembras o varones dependiese de la voluntad de la madre que los engendra en vez de los designios antojadizos de la naturaleza! Alejandra apenas ha cumplido los treinta y dos, pero ya ha soportado una cruenta presión y diez agotadores años de embarazos y partos.

Por un momento Selma revivió su sensación de angustia cuando la Valide le recriminaba su incapacidad para hacer florecer en sus entrañas una semilla

de su hijo, el sultán. Un áspero escalofrío azotó su espina dorsal al recordar el pasado hasta que la cálida mano de Selim acariciando tiernamente sus mejillas y la vivaracha sonrisa de Neva agitando su manita junto a la verja la devolvieron a un presente primoroso.

—Me impactó la escena que observé tras el reciente parto imperial. Me hallaba caminando por los alrededores del Teatro Mariinsky cuando cada súbdito de San Petersburgo que me rodeaba, y eran unos cientos, interrumpieron su paso. Permanecieron expectantes e inquietos contando los cañonazos provenientes de la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Te confieso que cuando escuché las salvas que anunciaban la llegada de un heredero, pensé en la liberación de unos padres. ¡Qué peso se han quitado de encima! Al fin y al cabo, para ellos esas criaturas son sus amados retoños, como nuestra Neva lo es para nosotros. Además, las cuatro hermanas Romanov son ciertamente lindas, disciplinadas y cariñosas.

—Lo son, mi amor. Tu hija está encandilada con Olga. A la zarina le gusta que sus niñas compartan juegos con la nuestra.

—¿Nos acompañará Neva al bautizo real?

—Sí, lo hará. Debe ir aprendiendo a comportarse ante los demás como lo que es: una preciosa damisela.

—Mi hija es adorable y se parece mucho a su bellísima mamá. ¡Aunque ha heredado mi barbilla! Y mis manos. A veces la descubro imitando alguno de mis gestos.

—Si el orgulloso papá de la criatura lo cree así, no seré yo quien lo desilusione. —Selma acercó sus labios a los de Selim para besarlo con pasión mientras con el rabillo del ojo seguía recreándose con los juegos infantiles que su hija gozaba en compañía de los cachorros perrunos. Mientras tanto, Selim abrazaba con ternura al amor de su vida. No había un solo segundo de su existencia que no agradeciese el privilegio que suponía compartir sus días y sus noches con ella.

—¿Cómo llamarán al recién nacido? —preguntó con curiosidad a la par que continuaba apretujando a Selma entre sus brazos.

—Alekséi, en memoria del segundo de los zares Romanov, el padre de Pedro el Grande.



Doce días después del nacimiento del heredero se celebró su bautizo en Peterhof. Un cortejo de carruajes acompasados enfilaba el camino hacia la capilla del Palacio de Verano. La dama de compañía de mayor rango llevó al neófito sobre un cojín dorado. El zarévich resultó ser un bebé precioso que pesó más de cinco kilos. Un niño de facciones perfectas con grandes ojos azules y una cabecita recubierta de rizos rubios.

Sus cuatro hermanas formaron parte de la comitiva, y la mayor, Olga, fue una de las madrinas ceremoniales. Las hijas del zar lucían radiantes a pesar de su corta edad. Acudieron con unos trajes de corte ruso confeccionados a medida, en satén azul, adornados con botones plateados. Recubrían sus cabezas con los tocados típicos rusos, unos *kokoshnik* de terciopelo azul con perlas y más lazos. Sobre sus pecheras sobresalían unas curiosas versiones en miniatura de la Orden de Santa Catalina.

La solemne ceremonia bautismal duró más de cuatro horas. La alegría por el nacimiento del heredero se desató a lo largo y ancho de toda Rusia. La dinastía estaba a salvo. Cientos de felicitaciones, cartas y telegramas inundaron Peterhof, el palacio de las mil y una fuentes, cascadas, esculturas refinadas y heredero de la tradición de los jardines versallescos. Se desató la euforia en cada rincón y aldea del país. Se sucedieron largas jornadas de festejos, homenajes y bienaventuranzas. La terrible enfermedad congénita y hereditaria —transmitida por vía materna— que portaba el pequeño Alekséi todavía no era palpable: ni para su familia ni para la corte.

El júbilo de Alejandra y Nicolás por el nacimiento del ansiado descendiente varón pronto quedó ensombrecido ante la evidencia de que algo no marchaba bien en la salud de su benjamín. Las heridas del pequeño no cicatrizaban y cualquier corte o magulladura desembocaba en terribles hemorragias. A la devota madre le aguardaban noches en vela frente a la cabecera de la cama para dar consuelo a un hijo enfermo, aquejado de un mal incurable: la hemofilia.

El zarévich sería víctima de los más terribles dolores, calvarios y sufrimientos. Y a la recia zarina, una madre deshecha de dolor, le restaba sobrellevar el cometido de mantener semejante infortunio en estricto secreto ante los ojos de la corte y del mundo entero. Para no minar la seguridad del trono.

La tumultuosa vida de Alejandra Feodorovna estuvo marcada por la fatalidad y rematada por la funesta enfermedad de su hijo pequeño. La terrible ejecución que acabaría con su vida y aniquilaría a toda su familia fue la culminación de una existencia trágica.

**A**l fin regreso a Madrid tras mis andanzas francesas. Y debo reconocer que el plan no resultó tan espeluznante como presagiaban mis expectativas. Obviando la fotografía de la discordia y la apatía congénita de Ena, la protozoaria, podría afirmar que en esta escapada hemos disfrutado hasta de momentos entrañables.

Dominique parece un hombre afectuoso y la casita que tienen montada en las inmediaciones parisinas es para retirarse a vegetar plácidamente. Por los restos. Obras de arte hasta en el cuarto de baño —sobre mi retrete de marca pija requetecara colgaba un grabado de Picasso, lo juro— y un entorno de ensueño: parques naturales, vegetación espesa, riachuelos transparentes y un lago de los cisnes que arranca sonrisas. A escasa media hora de la Ciudad de la Luz. Ahora ya sé lo que se siente al disponer de un museo propio para uso y disfrute particular: grandeza.

Anoche tuvo lugar la cena a tres bandas: mi *páter*, bombonazo y servidora. Todo en orden. El adonis parisino se ganó a Fermín nada más abrazarlo introduciendo en sus bolsillos dos entradas de palco para el estreno de *Otelo* en el Teatro Real. Culminó su impecable puesta en escena durante los postres. Le entregó una caja de habanos Cohiba Behike 54, considerados la joya de la más prestigiosa casa de tabacos cubana. Fermín no es fumador habitual de morcillas humeantes, pero disfruta saboreando un buen puro en sobremesas especiales. Y conocer al novio de su hija lo es.

El ágape consistió en delicias de la gastronomía española: jamón-jamón, selección de quesos, huevos rotos con patatas, croquetas de carabineros, pimientos de Guernica, arroz con leche y un excelente Rioja. El animado parloteo giró en torno a Pierre Bonnard. Vincent lo admira y a Fermín le

inquieta su obra. Dice que es un pintor para pintores, y, por tanto, autor de cuadros difíciles de catalogar. La conversación sobre el talentoso ilustrador fue tan intensa que a punto estuve de marcharme a calentar las sábanas. Tampoco hubiese resultado descabellado dejarlos a ambos en febril compañía de humo de habano, regusto de tinto y controversia sobre la antesala de la pintura abstracta. Alimentar la complicidad tribal masculina entre mi padre y Vincent me beneficia. Y en el fondo me entenece.

—¡Este sí es tu chico! —me susurró un pletórico y achispado Fermín al despedirnos. Imagino que se trataba de su escueto modo de halagar, a su manera, mi última conquista.

Una vez normalizada en el ámbito familiar nuestra relación —mira que me jode lo de los formalismos sentimentales ante el plácet de terceros—, los tórtolos podremos dedicarnos durante una larga temporada a practicar el hedonismo. Que es lo que realmente me apetece disfrutar ante la presencia de semejante anatomía a mi vera. Y lo que es más importante: de semejante intelecto cultivado. Que el buen sexo siempre comienza en las neuronas ávidas de sapiencia. Las propias y las ajenas. Lo que yo siempre he denominado la sensualidad de la inteligencia...

En las próximas semanas nos aguardan días poco ajetreados. ¡Aleluya, que ya tocaba! Y hasta lo necesitaba. Vincent no tiene agendada una vorágine viajera como acostumbra, y yo, excepto por un par de compromisos profesionales, estoy liberada de obligaciones extraordinarias. Lo cual me vendrá de maravilla para intentar recuperarme del carrusel emocional al que estoy siendo sometida.

Soy una mujer fuerte y hasta desabrida en la exhibición de sensiblerías, pero he de reconocer que el aluvión de sorpresas familiares y las experiencias profundas que me rondan —incluyendo el amor— descolocarían hasta a la más gélida. Intento, sin éxito, no darle demasiadas vueltas a todo lo que se me está viniendo encima. Pero en las horas de soledad nocturna y en el silencio de la mañana reflexiono como nunca antes. Sobre los cantos del alma que siempre obvié. O congelé, quizá inconscientemente. Fantaseo sobre cómo hubiese transcurrido mi infancia si mis padres no hubiesen fallecido siendo yo un bebé. Sobre cómo se habría desarrollado el devenir de mi adolescencia y juventud en Inglaterra y no en España. Rebusco en una memoria vacía, puesto

que carezco de recuerdos de aquella época temprana. De mis tres primeros años solo rememoro un chupete mojado en azúcar, el cálido hocico de un labrador retriever y el vestido de lunares rosas de una muñeca de trapo. Y estas semanas bien presentes que los tengo: al chupete, al perro y a los topitos rosados.

Hace unos cuantos días que no sé nada de Marc. Pero confío plenamente en él y en sus métodos. De lo contrario no lo hubiese contratado. Además, soy consciente de que cuando un periodista de la vieja escuela está involucrado de lleno en una investigación, conviene dejarlo a su libre albedrío y no incordiar como un moscón cojoneo. Lo cual no quiere decir que no esté deseando encontrarme con su nombre en la pantalla de mi móvil o en la bandeja de entrada del e-mail. Cada vez que me conecto al Outlook espero que aparezca *[marc-ribo66@gmail.com](mailto:marc-ribo66@gmail.com)* en negrita en el buzón. Pero he de ser paciente. Las pesquisas llevan su tiempo.

¿Qué estará averiguando mi amigo en Rusia? ¿Permanecerá en San Petersburgo o se encontrará pateando otras regiones del país más grande del mundo? ¿Habrá dado con informaciones relevantes acerca del pasado de mi abuela todoterreno, doña Catalina Austen? Son interrogantes que taconeán salerosos por mi cabeza una y otra vez. De vez en cuando también martillea en mis neuronas la foto de Kate y Vincent compartiendo mesa, caviar y champán en uno de los entornos más elitistas que existen.

Entretanto he acudido a regalarle unas cuantas alegrías al vestidor. Nuevos colores, hechuras, tejidos y complementos lo invaden desde esta mañana. Me apetece ponerme guapa para mí, me siento pletórica. ¿Y por qué no reconocerlo? También para Moliere. Jorge Vázquez y los Alvarno han hecho un buen negocio antes del mediodía a costa de mi tarjeta de crédito.

Y me ha ocurrido algo curioso mientras me emocionaba descolgando de las perchas, una y otra vez, cual posesa, los modelos de la exposición de Jorge. Que si el vestido cóctel, que si la mini de gasa, que si el abrigo camel, que si el traje pantalón... Desde los grandes escaparates de la tienda que dan a la calle Argensola descubrí sonrojada cómo un hombre de mediana edad, de piel cetrina, con la narizota pegada a los cristales, me observaba con atención. Creo que sonreía. Probablemente porque yo me estaba comportando como una

chiquilla embobada por el encanto de cada diseño. Cosas de mujeres... Nuestro flechazo con las prendas de moda es así: fulminante.

Tras salir de la boutique —con dos bolsas en cada mano— paré a reponer fuerzas en la cercana terraza de Santa Bárbara. Siempre me ha gustado dejar pasar las horas en esta cafetería, especialmente si me siento en las mesas ubicadas junto a las cristaleras y durante las estaciones de primavera y otoño. Desde sus ventanales se toma el pulso a la sociedad madrileña. Pues bien, mientras me refrescaba con una cañita bien tirada y un bocado de ensaladilla rusa —confieso, también con media ración de patatas bravas— volví a topar con el caballero que merodeaba por la fachada jorgevazqueña. Él se sentó a saborear un vermú unas cuantas mesas más allá, en dirección a Alonso Martínez, mientras ojeaba el *Marca*. Pura casualidad, supongo. Es un tipo inclasificable. Su rostro resulta anodino, pero su mirada perspicaz no deja indiferente.

Seguro que se divirtió al comprobar cómo la joven de comportamiento adolescente ante los nuevos diseños de temporada emulaba los modales de un soldado hambriento frente a un plato de comida. Y es que, a pesar de mi aspecto frágil y mi anatomía estilizada, zampo como una felina insaciable. Y disfruto con la gastronomía contundente. Dame unos callos melosos y quédate tú con la ensalada de algas.



—Te noté algo distante en la cena campestre con tus padres, *amore*. Que igual son suspicacias infundadas de una mujer sometida a la presión extrema que supone ser presentada en sociedad ante los ascendientes de todo un macho alfa. —Bromeando, pero se la suelto. No me voy a quedar con las ganas de averiguar si don perfecto se molestó por algo que dije o hice. Retener veneno perjudica seriamente un bonito romance.

Estamos acurrucados frente a la chimenea de mi casa de las Salesas, sobre una alfombra de terciopelo grueso con estampado cebril, hipnotizados por el crepitar de las brasas. Esas manazas suyas —suaves y manicureadas, pero de considerables dimensiones— acarician mi nuca con delicadeza,

provocándome estremecimientos acompasados e intensos. Escalofríos de placer. Mmmmmm... A nuestro lado reposa una bandeja semivacia de miniaturas culinarias japonesas. Ambos sujetamos sendas copas de vino entre nuestras manos. Joder, menuda escenografía hemos montado sin darnos cuenta. Parecemos una pareja ideal de las que retratan los telefilmes de sobremesa.

Vincent me observa con esa puñetera mirada que no voy a ser capaz de descifrar en la vida. Me desconcierta mi incapacidad supina para llegar a saber si me está contemplando con deseo, curiosidad o si me examina permanentemente. Se trata de una de esas sensaciones que los humanos padecemos sin ton ni son, pero que nos perturban: posiblemente carece de sentido alguno lo que nos ronda por la testa, pero nos asalta una y otra vez. Machaconamente. Boom, boom, boooooom... En este caso la sandez que me mortifica es sentirme como una alumna a la que su letrado maestro oposita sin descanso, esperando de ella un cum laude impecable en cada situación. O un nimio fallo para darle boletó.

—¡Ah, la cena! Resultó sensacional. Todo un espectáculo recrearme con un diálogo intenso entre mi venerable padre y la dueña y señora de mis libidinosos deseos...

—Pues no se te veía nada entusiasmado, la verdad. —Frunzo el ceño y levanto la ceja con intención acusatoria.

—¿Tú crees? No lo recuerdo.

—Apenas abriste la boca. Juraría que tenías cara de perro rata enojado. —Denomino de tal guisa a todos aquellos canes de reducidas dimensiones que las petardas exhibicionistas, de profesión bloguera ñoña o gili *it-girl*, suelen complementar a juego con sus delirantes estilismos. Esos perretes XXS, más parecidos a una rata sin rabo que a una adorable mascota, se enfrentan a la vida con perenne gesto de almorranas crónicas sin dejar de emitir ladridos estridentes.

—Quizá me hubiese divertido más una conversación tradicional, ya sabes, dónde estudiaste, qué tal el negocio de Fermín, tienes intención de conservar la tienda de antigüedades, sé que has estrenado nueva casa, descríbenosla, cuáles son tus aficiones, cómo conociste a mi hijo, qué planes tenéis, que un sesudo coloquio sobre el tráfico de arte en zonas de conflicto...

Pero, al fin y al cabo, el uno nació con el coleccionismo de arte bajo el brazo y la otra lo ha mamado desde la cuna.

—Y el tercero en discordia, o sea, tú, vives por y para atesorar, conservar, proteger y difundir el arte... ¿Qué esperabas, *cuore*? Conciénciate. Tu padre y yo tenemos dos cosas en común: a Vincent Moliere y el universo artístico.

—Más cosas tenéis ambos en común...

—¿Ah, síiiii? Desembucha, canalla.

—¿¿¿De verdad quieres que sigamos debatiendo sobre mi señor padre a la una de la madrugada, Violeta Velarde???

Besos en la nuca, mordisquitos en los hombros y caricias en la entrepierna. Definitivamente sabe finiquitar las conversaciones a su real antojo.

Después de horas de dulce agasajo corporal —¡cómo me gusta ser manoseada por este hombre, Diosssss!—, caigo rendida. Duermo apoyando mi cabeza sobre el torso de mi *lover*, rodeada de sus musculados brazos. Así me siento protegida, mimada e idolatrada. Una gozada, pues. Creo que voy a hacer compañía a Morfeo durante doce horas. Del tirón. Incluso puede que sueñe con ositos de peluche, piruletas de corazón y nubes de algodón. Pura cursilería y placidez poscoito celestial.

La culminación exitosa de semejante visión onírica hubiese sido posible sin la interrupción de un hijo de la gran puta. A algún petardo le ha dado por teclear los números de mi teléfono móvil a horas intempestivas. Las ocho de la mañana de un sábado. Joder. Quién es el asno que osa perturbar mi retiro espiritual y mi deleite corporal. Aunque yo también tendré que autoflagelarme por haber olvidado activar el modo silencio en el iPhone.

¡Ay, si es Marc! ¡¡¡Mi Marc Ribó, el Deseado!!! Unas cuantas semanas suplicando por tener noticias tuyas y justo me incordia cuando menos apetece. Mi Sherlock particular se está destapando como un auténtico cenizo con los horarios: siempre hace las llamadas en momentos inoportunos.

—Mamonazo, que es sábado *morning*, muy *morning*. ¡Son las ocho de la mañana!

—Buenos días, Violeta.

—Buen día, capullo.



—Yo también te quiero. Mis humildes disculpas si desperté a la princesa, pero aquí en San Petersburgo amaneció hace un buen rato. Son las diez y llevo ya tres horas bien despierto. Me dio tiempo a ducharme, afeitarme, desayunar, meditar y pasear.

—Y a mí qué me cuentas... Yo dormitaba plácidamente en la cama soñando con corderitos, terneros, lechoncitos y demás cachorrillos que habitan las granjas del mundo...

—¿Sigues bajo las sábanas?

—¿Tú qué crees, Ribó? ¡Pues claro! Y en cuanto cuelgue contigo me daré la media vuelta y seguiré soñando con animalitos adorables y con peluches de feria. —Omito con toda la intención que no estoy sola sobre mi colchón *King size*.

—Pues mejor así, que estés tumbadita para que no te caigas al suelo cuando te desvele el bombazo que te voy a soltar en tres, dos, uno...

—¡Ribó! ¿Qué tienes que contarme? —Me incorporo sobresaltada. Acaban de emigrar a otros mundos todos los bostezos y remoloneos matutinos. Caigo en la cuenta de que si Ribó telefona de buena mañana la razón debe de ser de peso. Ay, madre.

—¿Estás preparada para escuchar una noticia inesperada, pero alucinanteeee? A-LU-CI-NAN-TE...

—¿Sobre mi abuela?

—Sobre la misma Catalina Austen...

—Suéltalo ya o arderás en el averno, joderrrrrr. —Vincent abre un ojo ante mi bramido infernal. Se incorpora lentamente con los ojos entreabiertos y el rostro somnoliento; aun con legañas, con la marca de la almohada dibujada en sus mejillas y despeinado está tremendo. Nunca me voy a acostumbrar a disfrutar de una divinidad a escasos centímetros de mi piel. O sobre ella. Decido pulsar la opción de manos libres y poner a tope el volumen del altavoz para que el bello durmiente también escuche lo que sea que vaya a desvelarme Marc.

—He tenido acceso a los archivos de la KGB. Y no me preguntes cómo porque eso jamás lo desvelaré. Las fuentes son sagradas. Y yo soy de los que siguen respetando el código deontológico del periodismo, aunque ya no esté de moda dar palique a los dictados de la ética profesional. Y porque la fuente

no es relevante en el asunto que nos ocupa. Eso sí, tendré que incluir otra partida monetaria extra en la factura final. El pago de las confesiones tiene un precio...

Apenas he escuchado las últimas palabras de Marc. Mi mente se ha bloqueado tras las siglas que acaba de pronunciar.

—¿¿¿De la KGB??? ¿Qué coño tienen que ver los extintos servicios secretos soviéticos conmigo? Bueno, con mi familia.

—Mucho, muchísimo, *darling*. Querida, tu abuela, la distinguida Catalina Austen, referente en el *gotha* europeo de finales del siglo XX, fue una espía rusa durante la Guerra Fría.

Soponcio, taquicardia, temblores, respiración agitada y un despertar definitivo, áspero e instantáneo. Pero, sobre todo, tremenda incredulidad. ¿¿¿Espía rusa durante la Guerra Fría???

—Pero ¿qué me estás contando, chalado? ¿Kate, mi Kate? ¿La noble anciana de trayectoria principesca, la dama más refinada que yo haya contemplado, una respetable coleccionista de obras de arte, esa señora de porte aristocrático, adalid del buen gusto y emparentada desde su juventud con la alta alcurnia anglosajona fue una espía comunista? ¿De la Unión Soviética más rojera? ¿Del comunismo más rancio? ¿Eins? ¿Einsssss? ¿Einssssssssssss? ¡Anda ya, Ribó! Menudo disparate...

A pesar del sobresalto que está convulsionando mi cuerpo serrano, del impacto matutino y hasta de la conmoción, yo juraría que Vincent acaba de palidecer. O me estoy volviendo tarada con tanto sobresalto o aquí nada es lo que parece.

## *San Petersburgo, comienzos del siglo XX*

Los frufús de los vestidos de gala constituían el inequívoco preámbulo de opulentas fiestas, junto al deslumbrante refulgir de piedras preciosas engastadas en joyas prodigiosas. Y las reuniones más excéntricas de todo San Petersburgo, las que encumbraban su esplendor, aquellas que venían precedidas de volantes de satenes y sedas, de encajes y guipures, de terciopelos y brocados, de los destellos de impresionantes tiaras, brazaletes y gargantillas, acontecían bajo la batuta de María Pávlovna. María era la viuda del tercer hijo de Alejandro II y tío del zar Nicolás II, el gran duque Vladímir de Rusia.

La alta aristocracia ávida de fastos, la que se reunía bajo un halo de pompa y exceso en los salones del restaurante Donon, en las galerías y terrazas de los hoteles más lujosos como el Astoria o el Europa, en el restringido club imperial de Yates, en las deslumbrantes residencias veraniegas de Crimea, acudía solícita a las invitaciones de la que era considerada por muchos como la auténtica emperatriz de San Petersburgo. El apego de los Romanov por la vida austera y familiar, alejada de compromisos palaciegos, había propiciado la creación de una corte paralela que aceptaba gustosa las invitaciones a cualquiera de las fiestas que organizaba con maestría la archiduquesa Vladímir.

En su inmenso palacio de estilo florentino, ubicado a las orillas del Neva, con embarcadero propio y comparable tanto en dimensiones como en riqueza y opulencia a cualquiera de las residencias imperiales oficiales, la

Pávlovna llevaba a cabo una sucesión interminable de festejos. Siempre a la mayor gloria de sí misma, de las grandes casas nobiliarias rusas, de los más animados cortesanos, de insignes miembros de otras casas reinantes europeas y de celebridades culturales, artísticas, humanísticas y literarias provenientes de todas partes del mundo. No había personalidad de renombre de la época a la que la más aclamada anfitriona rusa no pudiese acceder. Tal era su influencia en los círculos sociales de enjundia.

Bailes de máscaras a la altura de los mejores carnavales de la edad de oro veneciana, conciertos dirigidos por los directores de orquesta más reputados, representaciones privadas de obras de teatro o prodigiosos recitales de arias a cargo de figuras operísticas se sucedían con éxito. Su archifamoso bazar de la caridad reunía durante los cuatro días previos a la Navidad a lo más granado de la élite rusa en torno a la filantropía. Y a las succulentas degustaciones de caviar, deliciosa carne trinchada al momento, salmón, trucha, arenque y anguila ahumada, pelmeni, faisán relleno, ostras, langosta, pirozhki, repostería fina, bombones, chocolate, y litros y litros de vodka y champán, acompañados de los armoniosos compases de valsés vieneses. Nadie se resistía a acudir a las convocatorias más prodigiosas de San Petersburgo.

Las damas de alta cuna también frecuentaban las actuaciones del ballet imperial en el Teatro Mariinsky, las recepciones organizadas por las embajadas extranjeras y los bailes de debutantes, donde las señoritas casaderas eran presentadas en sociedad envueltas en un onírico halo virginal, vestidas de blanco puro y adornadas con flores. Los caballeros, sin embargo, eran adictos a las copiosas cenas y eternas sobremesas regadas con coñac en los clubs privados de la ciudad.

Selma era requerida para cualquier gran acontecimiento de relevancia que tuviese lugar en la capital de la corte, pero no frecuentaba todos ellos; seleccionaba con tino cómo, cuándo y dónde acudir. Aquella noche aceptó la invitación de la archiduquesa María y apareció frente al portalón florentino estrenando un vestido de noche en tonos azafrán, de generoso escote, bordado en hilo de plata, cubierto por un revestimiento de tul, con mangas segmentadas en tres partes, abullonadas y adornadas con encajes. El modelo estaba rematado con una cola cuajada de diminutos cristales. Su cabello, recogido en

un moño muy elaborado, había sido cuidadosamente adornado por una diadema alrededor de la frente, de la que pendía la impresionante perla proveniente de los mares del Sur que lucía el día que conoció a Selim, quien agarrado de su brazo y con el impecable uniforme militar de gala, contribuía a perfilar una pareja de fábula. Un gran aderezo de diamantes en la pechera de Selma culminaba una apariencia que no dejaba indiferente a ningún asistente a la gran gala.

La belleza de Selma en algunas ocasiones perturbaba a sus interlocutores, especialmente a quienes la observaban por primera vez. Su figura y su pasado seguían constituyendo un misterio para la alta aristocracia rusa, pero lejos de suponer un inconveniente, esa aura exótica incrementaba el morbo y la expectación hacia su persona hasta encumbrarla a la categoría de personaje célebre.

A ella toda esa gente cuya vida giraba alrededor de música de violines, escenarios de mármol, manjares prohibitivos, guardarropa de etiqueta y alegría mundana le provocaba sensaciones encontradas. La frivolidad de las damas insulsas de elevada alcurnia alimentaba su indiferencia, mientras que las jugosas conversaciones de los eruditos y de los miembros destacados del mundo de la cultura de la época llamaban su atención. Había ciertas señoras pertenecientes a ese ambiente que despertaban su simpatía por transgresoras e imaginativas. Como la misma archiduquesa Vladímir, una mujer enérgica, de carácter indomable e ideas estafalarias, pero con asombrosa iniciativa.

Selma la consideraba la más excelente anfitriona que jamás conoció, una mente brillante que, pese a su partida de nacimiento alemana, había sabido tomar el pulso a la sociedad rusa, convirtiéndose en la estrella aristocrática de San Petersburgo en detrimento de la impopular zarina, a la que Selma, sin embargo, profesaba un afecto sincero. La princesa Obolenskaya, impulsora del baile de Mitología Griega, también contaba con su aprecio, o la encantadora princesa Shuvalova, precursora de aquel otro baile multicolor adornado con pelucas y turbantes en rojos, verdes, magentas, dorados y azules, celebrado en su Palacio de Fontanka. Una puesta en escena que tiñó de las tonalidades del arcoíris las galerías y los salones de vetustas edificaciones.

Selma saludaba a unas, mantenía breves conversaciones con otras, departía cortésmente con el resto y jamás se permitía confianzas innecesarias

ni confidencias comprometidas. El comportamiento que se esperaba de una gran dama durante esas celebraciones de estilo imperial no tenía secretos para ella.

Pero aquellos encuentros sociales dominados por las risas fatuas, las miradas ladinas, las burbujas efervescentes, los costosos diseños de última moda y la exhibición de alhajas insultantes para los millones de campesinos rusos que pasaban hambre, también le permitían conocer a personajes notables como pintores, músicos, poetas y escritores en alza. Aquella noche Selma albergaba un deseo en concreto: deseaba saludar al maestro Nicolái Rimsky-Korsákov. El célebre compositor acudió acompañado de uno de sus jóvenes pupilos. Un veinteañero corto de estatura, de rostro alargado, pelo negro, facciones angulosas, vivaces ojos oscuros y gafas de pasta llamado Ígor Stravinski.

A Selma le hubiese encantado tener la oportunidad de estrechar la mano de uno de sus compositores favoritos, Piotr Tchaikovsky, pero el maestro falleció en el año 1893, antes de que ella pisase Rusia. Su música le embriagaba y, muerto el autor, tenía que conformarse con acudir a los teatros y salas de conciertos de la ciudad cuando interpretaban sus obras. Instruida en el serrallo desde jovencita en el conocimiento de las disciplinas musicales, admiraba a aquellos capaces de idear melodías que envalentonaban el alma simplemente plasmando una sucesión de notas en una libreta.

Antes de departir con sus venerados compositores, Selma se detuvo a charlar animadamente durante unos minutos con un viejo conocido: el ilustre joyero, orfebre más destacado y proveedor de joyas de la corte, Peter Carl Fabergé. En el año 1870, el entonces joven Carl se convirtió en el responsable de la empresa de joyería de su familia. Tras la exposición Panrusa de 1882, en la que se alzó con la medalla de oro, fue nombrado joyero oficial de la familia real.

Fabergé contaba con una excelente reputación como diseñador, trabajaba con piedras preciosas, semipreciosas y metales, y se atrevía con diseños de diferentes estilos, como ruso antiguo, griego, renacentista, barroco, *art nouveau*, naturalista y caricaturesco. Le encargaban trabajos únicos y a medida desde todas las casas reinantes del Viejo Continente.

A petición del difunto zar Alejandro, a mediados de la década de los ochenta diseñó un huevo como regalo para su esposa. El zar se lo entregó durante la Pascua, la festividad religiosa de mayor importancia para la iglesia ortodoxa. La joya consistía en un curioso huevo envuelto en materiales preciosos, que al abrirse descubría una yema en su interior, que a su vez contenía una gallina de oro en miniatura con corona y un huevo de rubí. Fabergé logró asombrar al zar con tan peculiar idea y desde entonces, cada año, el soberano le encargaba un huevo para María. De esta manera, el padre de Nicolás II convirtió el regalo de los huevos de Pascua en una tradición. Dicha costumbre la mantuvo su hijo, quien cada año por las mismas fechas seguía agasajando a Alejandra con las exquisitas filigranas del orfebre. Selma, debido a su cercanía con la zarina, había tenido entre sus manos más de una docena de esos huevos y le resultaban irresistibles. Puro arte.

Fabergé utilizaba diversos metales, como plata, oro, cobre, níquel, platino, y piedras, como diamantes, zafiros o rubíes, que combinaba en distintas proporciones para obtener diferentes colores. Utilizaba técnicas como la del labrado a mano o el *guilloché* para conseguir un efecto de olas y estrías sobre la superficie de la joya. Como disponía de una limitada gama de colores, el orfebre iba experimentando para aumentar su paleta hasta conseguir más de ciento cuarenta tonalidades diferentes. Se murmuraba por San Petersburgo que incluso utilizaba el esmalte de ostra porque variaba de color dependiendo de la luz.

Fabergé presumía con orgullo de que todas las materias primas que se empleaban en su taller provenían de distintas partes de Rusia. Muchos huevos incluían minerales como el jaspe, la malaquita, el lapislázuli y el jade, y también empleaba elementos semipreciosos como las piedras de luna, los granates, los olivinos y las piedras de mecca. Ninguna técnica ni material escapaba a la maestría del emperador de las filigranas.

—Bellísima Selma —saludaba el afamado orfebre mientras tomaba su mano para besar a la dama, a la par que realizaba una simpática reverencia en señal de admiración—, es un placer reencontrarme contigo. He de confesarte que estoy completamente deslumbrado: ni siquiera las sagradas entrañas de nuestra patria son capaces de engendrar diamantes de la pureza y tamaño de los que esta noche luces en ese aderezo que adorna tu pechera.

—Querido Carl, siempre es un honor saludarte. Tan amable, galante y distinguido. Muchos prohombres de la corte debieran fijarse en tus impecables modales. Estas fiestas ganarían en caballerosidad y buen gusto.

—Agradecido por tus generosas palabras. Aunque, si me permites la osadía, y sé que lo harás, admito que tú cuentas con un intelecto cultivado y con un sentido del humor notable. Por eso valoras otros aspectos menos mundanos.

—Siempre admiré a las personas que destacan por su talento.

—Sin embargo, muchas de las señoras que abarrotan esta noche los excelsos salones palaciegos de nuestra amiga María obvian esos aspectos. Necesitan exhibir el brillo que emanan sus joyas para sentirse seguras en las veladas de sociedad.

—Tienes razón, Carl. Conozco a mujeres que se aferran a los destellos multicolores de la pedrería que llevan encima para emitir algún tipo de luz.

—Contigo ocurre lo contrario: tus impresionantes alhajas quedan marchitas ante el poderío de tu colosal belleza. ¿Y qué decir del tamaño de la perla dorada que adorna tu frente? Es el ejemplar más portentoso que mis ojos nunca vieron.

—Seguro que exageras, amigo. Eres el mejor orfebre de Rusia.

—Créeme: se trata de una pieza de incalculable valor, lo puedo afirmar con rotundidad. Estas pupilas de joyero hace tiempo que dejaron de asombrarse con las materias primas con las que trabajan a diario. Si alguna gema llama mi atención, eso significa que es realmente extraordinaria. Como su portadora.

—Tus palabras me sonrojan y me halagan a partes iguales, querido Carl. Pero soy consciente de que me piropeas con sinceridad desinteresada. Un día de estos tú y yo tenemos que hacer negocios.

—A tu entera disposición, bella Selma. Será un honor y un placer comerciar con la dama más espléndida y carismática de todo San Petersburgo. Me ilusionaría poner mis manos a trabajar en el diseño de alguna pieza exclusiva para una mujer de tu categoría.

—Así será, orfebre imperial. Pronto recibirás noticias mías. —Y tras devolver graciosamente la reverencia con la que había sido obsequiada en el



saludo inicial, marchó rauda hacia donde Nikolái y su pupilo departían con otro grupo de invitados.

A Selma le agradaba ser benefactora del arte y la cultura. Desde que se asentó en la capital rusa cada año vendía alguna piedra preciosa de las que aún conservaba de su paso por el harén. Con el montante resultante (que suponía un capital) sufragaba los gastos de músicos, literatos y pintores en el inicio de sus carreras. No encontraba mejor utilidad para el dinero obtenido con la venta de las alhajas provenientes de la que fue su prisión vital. El forjar artistas la enorgullecía. Apoyaba a jóvenes que destacaban en alguna disciplina concreta o a través de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo, aquel vasto recinto fundado por Catalina II.

Se rumoreaba que uno de los últimos discípulos del gran maestro Rimsky-Korsákov, de nombre Ígor Stravinski, era un virtuoso de la música. Y ella deseaba ejercer de nuevo como mecenas de una promesa en ciernes. Selma advirtió que ambos compositores mantenían una animada charla con otros caballeros y decidió acercarse al grupo. Quería conocer en persona a aquel joven de físico poco agraciado, pero con una mirada profunda, inquieta y repleta de fuerza. El pupilo del viejo compositor la impresionó. Su claridad de ideas, su dinamismo y una oratoria refinada resultaban sorprendentes a pesar de su juventud. Decidió en ese mismo instante que le ayudaría a desarrollar su carrera como compositor.

Mientras departía con los compositores, su adorado Selim le lanzaba un sutil beso desde un corrillo ubicado en uno de los laterales del salón principal. Su gran amor conversaba con señores de buena planta, casi todos ellos oficiales de la guardia personal del zar y del cuerpo de cosacos. «Ya ha superado holgadamente la treintena y jamás estuvo tan imponente. Selim atraviesa su etapa de plenitud. ¡Cómo lo quiero!», se dijo. Seguían profundamente enamorados el uno del otro. Ella le guiñó un ojo mientras una chispeante música de balalaikas empujaba a las damas a voltear con gracia las colas de sus vestidos de baile.

En el ambiente flotaba jolgorio, compadreo, veleidad, tintineo de copas, frivolidad y despreocupación. Selma iba almacenando aquellas jubilosas veladas en su memoria. A veces la sobresaltaban extrañas punzadas de alerta: algo le advertía de que todo aquello estaba agonizando lentamente sin que

nadie más que ella pudiese apreciarlo. Como si el esplendor de una época  
colease a ritmo de vals.

No me ha quedado otra alternativa que lanzarme a la aventura. Involucrarme personalmente en lo que quiera que sea que Marc haya averiguado al otro lado del continente. ¿Qué coño hago yo esperando noticias, con la impaciencia disparada, si puedo pelear en el barro y ensuciarme en el fango? Así que... ¡¡¡al ataque!!! San Petersburgo me está llamando a gritos.

He de confesar que moría de ganas por visitar la capital imperial. Desde siempre. Así que no lo he tenido que pensar dos veces cuando Marc soltó el bombazo del supuesto espionaje. Una gran excusa para embarcarme rumbo a esos míticos canales. No me cuadra que Catalina Austen fuese espía de un régimen dictatorial. Y me costaría aceptar que mi abuela hubiese colaborado con mandatarios sanguinarios. Pero quién sabe. Cosas más espeluznantes se han visto. Al fin y al cabo, los que ejercitan su perspicacia entre servicios de inteligencia y conspiraciones gubernamentales no lo van exhibiendo abiertamente. Al contrario: suelen aparentar lo que no son. Como los cretinos y los acomplejados, aunque por motivos antagónicos. Pese a mantener una relación cálida y cercana con mi abuela, jamás me desveló secretos ni intimidades. Por tanto, aunque mi instinto y hasta mi corazón me guían por idéntico camino, no estoy en disposición de jugarme ni una papeleta en esta tómbola.

A Vincent no le ha hecho gracia que me largue sin previo aviso ni plan establecido. No me lo ha confesado abiertamente, pero el ceño fruncido y una despedida algo fría han hablado por él. Aunque tomar mis propias decisiones cómo y cuándo me venga en gana no es negociable. Cualquier candidato a mis afectos íntimos debe asumirlo: cuando me traigo algo entre manos, entrar y salir a mi antojo sin dar explicaciones —ni tampoco pedir las— forma parte de

mi esencia. Soy consciente de que mi libre albedrío resulta complejo de sobrellevar para un varón protector —que no dominante ni cavernícola—, pero es lo que hay. O me tomas tal cual o me dejas ir. No hay posibilidad de pactar un escenario intermedio en mi manera de interpretar las relaciones.

No me he vuelto loca con el equipaje. Una simple bolsa de mano. Ya compraré ropa y complementos en las boutiques de la avenida Nevsky, en sus galerías Gostiny Dvor y Passage, y en las zonas aledañas. Y caviar. Tengo que conseguir unas cuantas latas de huevas del Caspio a precio razonable. Para Fermín y para mí. Del negro y del rojo. Para el codiciado Beluga 000 caja azul, el que cotiza a cuatro mil euros el kilo en tierras rusas —y hasta doce mil fuera de ellas— no me llega. Pongo a Fermín como parapeto, pero especialmente lo compraré para mí. Me encanta el caviar. Sin blinis, crema agria ni mamonadas. A cucharadas. Su textura es única. Esas bolitas gelatinosas con sabor marino y un toque amargo deshaciéndose en la boca son un deleite.

—¿Qué está haciendo mi Violeta coqueta? Ya te estoy echando de menos. —Bombón al teléfono. Le debe remorder la conciencia por esa despedida distante de anoche... Cuando se pone tierno lo adoro.

—Pues ahora mismo me estoy probando los nuevos modelos de bolsos Loewe tras saborear unos *noodles* con langostinos, *dim sum* de gambas y un par de *niguiris* de pez mantequilla con trufa en el Kabuki de la T4. ¡Este restaurante japonés es la salvación gastronómica de Barajas!

—Regados con una Estrella de Galicia servida en vaso helado, supongo.

—Mmmmmm, míster Moliere progresa adecuadamente. Me vas conociendo, pero que muy bien, canalla...

—Eres una zampona, amor.

—Tus habilidades y unas buenas viandas sois dos de los grandes placeres de mi vida...

—¡Espero que al menos en ese orden! Promete que me llamarás en cuanto te instales en el hotel. Y que me irás poniendo al corriente de cualquier novedad. Y que tendrás cuidado. Y que me avisarás enseguida si descubres algo extraño. Que tengas un buen vuelo, mi niña.

Tras lanzarnos tropecientos besos y piropos ñoños vía tecnológica, me ha ocurrido una anécdota curiosa. En la cola de embarque me pareció reconocer

a aquel señor narigudo de piel cetrina; sí, el mismo que me observaba con atención tras el escaparate de la tienda madrileña de Jorge Vázquez. El que leía voraz el *Marca* en una de las mesas de la terraza de Santa Bárbara.

No puedo asegurar al cien por cien que se trate de la misma persona, pero el parecido físico es razonable. El hombre que acaba de subir al avión lleva sombrero y gafas de sol. Dado que se encuentra varias filas por delante, que luce unos complementos que desvirtúan los rasgos y que no soy una experta fisonomista, me quedaré con la duda. ¡Sería una coincidencia asombrosa!

Tras un vuelo tranquilo —con cabezada incluida— hemos aterrizado sin mayores contratiempos. Después de pasar los trámites aduaneros correspondientes he tomado un taxi para dirigirme al hotel. Me alojo en el Four Season. He ido a lo seguro. Esta cadena de lujo nunca falla. Cualquiera de sus establecimientos, incluso los que se hallan ubicados en los destinos más recónditos, dan la talla. Y suelen superar la prueba con notable alto. Casi siempre con sobresaliente. Expectante estoy por conocer el hotelazo que van a inaugurar en la capital de España, en un imponente edificio histórico que OHL está rehabilitando en la plaza de Canalejas.

La ciudad de los zares es uno de esos lugares del mundo tocados por varitas de hadas y magos: consigue dejarte boquiabierto a cada nuevo paso que das. Como Venecia. De hecho, la primera impresión que me ha causado la excapital rusa es que me encuentro en una metrópoli que fusiona con acierto la Ciudad de la Luz con la de las máscaras. San Petersburgo atrapa la grandiosidad y dimensiones de plazas, avenidas y espacios abiertos parisinos fundiéndola con el encanto de los canales y palacetes flotantes de la Serenísima. Cada rincón, cada recoveco, cada callejuela, esconden un tesoro. Podrías permanecer durante meses entre sus calles y no descubrirías ni una pequeña parte de lo que la ciudad puede ofrecerte. Cuando me siento flechada por una urbe a simple golpe de vista es que me ha engatusado para siempre.

Por desgracia mi tiempo en Rusia es limitado. Limitadísimo. Por eso he decidido tomarme libre solamente mi primer día y medio en suelo petersburgués. Para turistear. He quedado con Marc mañana al mediodía. Mientras tanto, voy a disfrutar de mis escasas horas de recreo. Las panorámicas de la ciudad por sí mismas ya constituyen todo un espectáculo. La

grandeza de sus construcciones encandila. La perfección de sus detalles cautiva. Esta no es ciudad para personalidades carentes de sensibilidad.

Visito la catedral de San Isaac, la más grandiosa de las iglesias rusas; se eleva sobre una altura que sobrepasa los cien metros mientras muestra sus columnas de granito en los pórticos y presume de una cúpula que recuerda a la de San Pedro, pero recubierta de oro puro en su totalidad. Me acerco a la mítica Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Situada en una isla sobre el río Neva, ofrece al visitante uno de los emblemas de la ciudad: la aguja de su campanario de 122 metros coronada por una veleta en forma de ángel. La fortaleza es el panteón de los zares rusos. Aquí también reposan los restos que resistieron la espeluznante masacre que padecieron los Romanov. Un escalofrío me sacude al recordarlo. La familia de Nicolás II no mereció una agonía tan atroz. Nadie la merece.

Me recreo con la catedral de Nuestra Señora de Kazán, una maravilla que se erige majestuosa en uno de los laterales de la arteria de la ciudad, la Nevsky. Paro a tomar un bocado, justo enfrente, en la Casa Singer. Ubicada en un magnífico edificio de estilo *art nouveau*, es la librería más famosa de San Petersburgo. En su planta superior hay una espaciosa cafetería en la que engullo unos sabrosos blinis de salmón y otros de *roast beef*, regados por una cerveza bien fría tamaño XXL. El primer trago de una cerveza helada es tan delicioso como zambullirte desnuda en alta mar. ¡Y sin mojarte!

Me tomo el refrigerio sentada junto a las enormes cristaleras que ofrecen una panorámica inmejorable de la fachada catedralicia. Un bocado con buenas vistas siempre se digiere mejor. Solo falta la más grata de las compañías... De repente he añorado la presencia de Vincent. ¡Ay! Antes no me daban ataquitos de nostalgia en mis escapadas alrededor del mundo. El amor es lo que tiene: la ausencia del ser amado ensombrece cualquier momento que antes hubieses catalogado como perfecto. También he descubierto que resulta ilusionante contar con la certeza de que hay un corazoncito palpitando por tu regreso, alguien inquieto por tu lejanía y que aguarda tu retorno con ardor.

Después de mi copioso avituallamiento y de la punzada sensiblera, camino a lo largo de la Nevsky durante un par de kilómetros hasta alcanzar la plaza del Palacio. Grandiosa y monumental. Estoy en el epicentro del corazón del antiguo Imperio ruso. La genuina fachada verde menta del Palacio de

Invierno de los zares a un lado, el edificio del Estado Mayor al otro (coronado por una impresionante cuadriga en bronce de seis caballos similar a la Puerta de Brandemburgo) y la solemne columnata de Alejandro en el centro, con sus cincuenta metros de altura, la convierten en una de las plazas más memorables del planeta.

El peso de la historia resulta palpable en un entorno tan majestuoso. He fotografiado hasta a las golondrinas que jugueteaban en los balcones. Cada detalle que observo va guiando a mi imaginación hacia un pasado cercano, esplendoroso e irrepetible. *Touché*. Esta atmósfera es hechicera. San Petersburgo me ha conquistado.

Hoy no tengo tiempo para visitar el Hermitage. Tendré que dejarlo para el final de mi estancia en la ciudad. Contemplar cada una de sus más de tres millones de piezas llevaría años. Solo el complejo arquitectónico que alberga al museo es una joya: el Palacio de Invierno, el Pequeño Hermitage, el Viejo Hermitage, el Teatro del Hermitage, el Nuevo Hermitage y parte del edificio del Estado Mayor son capaces de conmover a los ácratas que reniegan del lirismo artístico. Sus colecciones constan de antigüedades romanas y griegas, arte oriental, vestuario de la ostentosa nobleza y de los zares rusos, piezas arqueológicas, cuadros y esculturas de Europa Occidental, arte ruso y una de las mejores pinacotecas del mundo. Célebres son sus salas dedicadas al Impresionismo. Muero por enfrentarme cara a cara con el *Descendimiento de la cruz* de Rembrandt, una obra maestra que muestra la fragilidad de Cristo con un tratamiento del claroscuro impresionante.

¡Ay, cómo me gustaría perderme entre esas salas con Vincent ejerciendo de cicerone! En todas mis visitas por la ciudad añoro su presencia. He tenido que viajar hasta Rusia para darme cuenta de que me apetece rellenar todos los momentos agradables de mi día a día con su compañía. ¿Está ganando Moliere la batalla a mi incorregible independencia?

Voy apuntado en una lista mis tareas pendientes en San Petersburgo para acometerlas cuando resuelva, junto a Marc, las cuitas que me han traído hasta aquí. Si es que somos capaces de encajar las piezas del rompecabezas. Y si todavía dispusiese de tiempo, que lo dudo, también me gustaría acercarme a uno de los palacios de verano, a Peterhof. De entre todas las residencias estivales de los zares, esta es posiblemente la más imponente por sus inmensos

parques y jardines o sus barrocas fuentes y cascadas, muy al estilo de Versalles. Se encuentra a menos de treinta kilómetros de San Petersburgo, en el golfo de Finlandia. Los paisajes marítimos de sus alrededores dicen que también son magníficos.

También me encantaría acudir a una representación del ballet ruso. Tengo que pedir a Marc que consiga unas entradas. Aunque la ciudad imperial cuenta con más de cuarenta teatros, lo más acertado es disfrutar de una velada en el histórico Mariinski. Ir al teatro en este país es una grata experiencia: las salas son inmensas, las representaciones (de ópera, teatro, danza, ballet, música clásica...) fantásticas y el ambiente único. Los rusos disfrutaban desde niños de las manifestaciones culturales como parte de su propia identidad. ¡Y tengo que comprar matrioskas! Aunque prefiero hacerlo sin la compañía de Marc. Excepciones habrá, pero salir de compras con hombres es un calvario. Todas lo sabemos. Se impacientan enseguida, comienzan a protestar y acaban resultando un incordio. Para ir de tiendas en condiciones, la soledad es el mejor aliado.

Las matrioskas se pueden encontrar en cualquier punto de la ciudad. Los precios oscilan desde unos pocos rublos hasta cifras desorbitadas. Las muñecas rusas elaboradas a mano que realmente merecen la pena comienzan a cotizar a partir de los ochenta euros. Si las han pintado artistas de renombre pueden alcanzar fácilmente los cuatro o cinco mil euros. Tampoco me podré resistir al encanto de las cajas lacadas y a las réplicas de los huevos Fabergé. Siempre sentí debilidad por esas obras de arte ovaladas que guardan sorpresas y filigranas en su interior. ¡Mataría por tener un Fabergé original! Creo que mi Visa saldrá muy perjudicada después de mi expedición rusa. Pero mi nuevo hogar y honrar la memoria de mi abuela bien merecen unos buenos arreones al plástico crediticio. Si ella estuviese viva, podría entretenerme comprándole regalos...

Tras una mañana frenética mis pies doloridos comienzan a quejarse por tanta caminata. Quizá mis extremidades necesiten un respiro. He dejado para las últimas horas del día una de las actividades que más ilusión me hace: navegar al atardecer (y brindar con vodka) sobre el Neva.

Neva, qué hermosa denominación: un río que suena a nombre de mujer... Hacia sus orillas me dirijo con una sonrisa en la cara y muchas expectativas en



la retaguardia. Me embarco en una goleta clásica en la que una orquestina interpreta melodías típicas a ritmo de balalaikas. La sucesión de palacios de colores a lo largo de las riberas, de residencias dieciochescas flotando sobre sus canales y los matices cromáticos de un ocaso interminable redibujando en tonos dorados el perfil de la ciudad han resultado de una belleza indescriptible. Este paseo ribereño he de repetirlo antes de marchar. Y otra vez el recuerdo de Vincent sobrevolando mi sesera... ¡Mierda! Esto de los romances en pleno apogeo es un soberano coñazo para la paz interior. Pero un coñazo placentero y dulce. Va a resultar que desde la distancia es cuando más estoy comprendiendo la grandeza de su compañía. Parece que desde que Moliere forma parte de mi vida, el sentir de mi corazón viaja más lejos y más rápido que yo misma...

Tras el crucero por el Neva y por algunos de sus canales más representativos, me detengo a cenar en una terraza cualquiera. Las tripas me rugen. Para combatir el hambre me decanto por un guiso de carne rehogado a fuego lento que sabe a gloria acompañado por una copa de vino blanco. Caeré rendida sobre la cama del hotel en cuanto la roce. ¡Qué palizón llevo encima!

Aprovecho el momento de relax para telefonar a Marc. Hemos quedado mañana a mediodía. Comeremos juntos y me pondrá al corriente acerca de todas sus averiguaciones.

—Así que la señorita Velarde se ha pateado San Peter sin descanso. Y sin compañía, a su aire. No esperaba menos de un espíritu intrépido como el tuyo.

—Marc, no podía despegarme de las calles de esta metrópoli, del magnetismo del Neva, la musicalidad de sus puentes, de sus estampas imperiales. Es como si ambas, la ciudad y yo, estuviésemos ligadas a un vórtice invisible... No me hagas caso si me pongo dramática. Me encuentro algo melancólica y sensiblera estos últimos días. En fin, creo que he pecado de andarina compulsiva, sin más. Mis extremidades refunfunan a conciencia.

—Nada que no pueda curarse con una buena crema, un masaje profundo, un baño caliente y unas cuantas horas de reposo. Te levantarás como nueva, ya verás.

—No sé si seré capaz de acometer todo ese ritual o directamente fusionarme con la cama. Mañana será otro día.

—Y necesitarás estar lúcida. Así que duerme rápido, miss Watson. ¡Es una orden de tu Sherlock a sueldo! Jajajaja. ¿Te parece bien si te recojo sobre las dos en tu hotel?

—Me parece perfecto. Tengo previsto levantarme temprano para seguir empapándome de esta ciudad, para seguir absorbiendo su energía, sus secretos, su historia... Aunque mañana me lo tomaré con más calma, ¡prometido! Regresaré al hotel a eso de la una y tomaré una ducha rápida. Entonces ya estaré lista para acudir presentable a cierta cita que tengo agendada con un señor de apellido Ribó. Ribó, Marc Ribó, ¿te suena? Por estas tierras rusas algunos rumores maledicentes lo catalogan como detective a sueldo de la señorita Velarde...

—Ribó. Mmmmm... creo que es un apellido que me dice algo, sí. Oiga usted, jefa Velarde, ¿por qué no comemos en tu hotel? Tiene un restaurante que me agrada mucho, el Percorso. Así bajas directa desde tu habitación y no perdemos tiempo en los desplazamientos. San Peter al mediodía es un polvorín automovilístico. Creo que de este modo aprovechamos mejor el tiempo por la tarde.

—¡Me parece estupendo, Marc! Así lo haremos. Ahora, cuando llegue al Four Season, reservo mesa para dos. Corre de mi cuenta. ¿Y luego?

—Pues luego, relatos, cifras, datos... Mi estancia en Rusia ha dado para mucho, la verdad. Y visitaremos la propiedad de la que te hablé, la que vendió tu abuela en sus últimos años de vida. Se trata de una fantástica residencia de tres plantas con un enorme jardín situada frente al río Neva. Estéticamente es maravillosa. La localización también es fabulosa.

—Me hace muchísima ilusión conocer la antigua casa petersburguesa de Kate. ¿A quién pertenece ahora?

—A unos millonarios italianos que la utilizan algunos fines de semana. También organizan un par de fiestones al año en los que convocan a la alta alcurnia europea. Suelen celebrar un evento de envergadura durante la semana en la que tiene lugar la gala del Festival de las Noches Blancas. Como bien sabes, se trata de una cita anual que se celebra en el Palacio de Invierno y que reúne a personalidades procedentes de todo el mundo.

—¿Por qué era propiedad de Kate? ¿Un pago por sus servicios al régimen, tal vez? —pronunciar la expresión «servicios al régimen» me

provoca repelús. ¡Jesús! Si me guiase por lo que me grita el instinto quedaría descartado el catalogar a Catalina como una confidente de dictadores. Pero prefiero mantenerme alerta por si acaso.

—Nada de eso. La residencia la heredó de su abuela. He podido ver en el registro los asientos oficiales de compra-venta del último siglo.

—Su abuela... Mi familia...

—Sí, Violeta. Tu tatarabuela. Se llamaba Selma Sahin. Con ese nombre y apellido podemos dar por hecho que era turca.

—Exacto, Ribó. Fermín ya me adelantó en Madrid hace unos meses que yo también desciendo de otomanos. Pero ahora acabas de poner nombre y apellido a mi tatarabuela. Selma. Selma Sahin. —Durante unos instantes dejo en el aire mi conversación con Ribó. Cierro los ojos, me envuelvo en un ilusorio aroma de almizcle e intento dibujar en mi fantasía un rostro amable de rasgos orientales adornado por alhajas de oro y cubierto por gasas nacaradas. El retrato de la abuela de mi abuela. El de la bisabuela de mi madre. La voz de Marc me trae de vuelta enseguida.

—Fíjate que hace apenas un año te imaginaba como una españolita de pura cepa abandonada por unos padres en apuros. Alguien a quien adoptó un hombre de buen corazón siendo una bebita con pañales.

—Y en apenas doce meses estoy construyendo un árbol genealógico que me entronca con antepasados otomanos, rusos y hasta con una stirpe inglesa de renombre.

—¡Pero eso no es un contratiempo! Al contrario, ¡resulta de lo más novelesco! No le des demasiadas vueltas a lo acontecido en otra época y descansa, Violeta. Intenta que no te afecte lo que no puedes controlar.

Me despido de Marc mientras reflexiono: como mantenga este ritmo anímico de merengue acelerado mi salud se va a resentir. Cada nueva pista es más jugosa. Estoy expectante por conocerlo todo. Y algo temerosa. Lo de la KGB continúa martilleando mis neuronas. Sigue sin cuadrarme esa rocambolesca conexión entre mi abuela y los descendientes de los sanguinarios bolcheviques. Como si una pieza del rompecabezas no encajase del todo. A doña Catalina Austen se la puede visualizar de muchas maneras, pero ejerciendo como espía comunista... Ufff, difícil, difícil. Pero ¿por qué debería ser siniestro el pasado de Kate? ¿Por qué presuponemos que lo

desconocido será malévolos cuando existen idénticas posibilidades de que sea bienaventurado? El corazón me empuja a idealizar un ayer de terciopelo.

Y encima ahora tengo que bregar con otra antepasada, mi tatarabuela, Selma Sahin, una mujer que parece que vivió en Rusia, pero cuyas raíces se remontan a uno de los últimos grandes imperios, el otomano, regentado por sultanes y decorado por escenarios miliunanoscos. ¿Desciendo de una estirpe de heroínas?

Emprendo el camino de regreso hacia el hotel, cavilando sobre cómo debieron acontecer las vidas de mis ascendientes femeninas, cómo serían todas ellas, reflexionado sobre todo lo que sucedió antes de que yo naciera, cuando me entretengo ojeando un escaparate ubicado en el lateral de un callejón. Vuelvo a pensar en Vincent. Lo echo de menos rabiosamente. Quizá su presencia podría aliviar mi desasosiego y sus consejos resolver mi indecisión. Porque cuando tomo su mano veo la realidad con otros ojos. De las miserias suele ser alivio una compañía, escribió Cervantes.

Continúo absorta, intentando poner orden a semejante cacao mental mientras me deleito con el colorido de un precioso juego de matrioskas de veinticuatro piezas. Las figuritas están pintadas con motivos florales y se encuentran perfectamente ordenadas tras el cristal, de mayor a menor tamaño. ¡Me encanta! ¡Las quiero! Mañana regresaré a por esta colección de muñecas rusas cuando la tienda esté abierta.

Es entonces cuando siento un pinchazo leve en el cuello. ¡Ay! ¿Será el aguijón de una avispa puñetera? El pinchazo ha resultado demasiado ínfimo para tratarse de la picadura áspera del insecto volador. Algo no va bien. Mientras intento volverme para averiguar qué está ocurriendo en mi cuello, un sopor súbito me invade. Creo que me estoy desplomando. Y todo se ha vuelto negro.

*San Petersburgo, principios del siglo XX*

—Nuestras hijas ya no son unas chiquillas, mi querida amiga. Han dejado atrás la infancia. Especialmente Olga y Tatiana. Se han convertido en unas adolescentes hermosas, espigadas y rebosantes de vida. Todos los ojos de la corte se posan sobre ellas en cada aparición oficial. Y Neva es una delicia de criatura. Debes estar orgullosa. En breve contará con una legión de pretendientes rendidos a sus encantos, jovencitos deseosos de obtener sus atenciones. ¿Has caído en la cuenta de ello? —La zarina Alejandra reflexionó sobre el porvenir de las jóvenes mientras agitaba distraída una cucharilla de plata en el interior de una taza de té. Conversaba con Selma sobre una de las cubiertas del *Shtandart*.

Selma y Neva habían sido invitadas a una travesía de un par de semanas de duración a bordo del yate imperial. La embarcación navegaba por las costas meridionales de Finlandia y las islas Pukkio. Viajaban junto a la familia real al completo y en compañía de otras dos invitadas muy apreciadas por la zarina: Ann Vyruboya, una leal confidente de la soberana, y Lili Dehn, otra íntima cuyo marido era teniente de la guardia, motivo por el cual Selma congeniaba con ella de maravilla.

Con 128 metros de eslora, el *Shtandart* era una de las embarcaciones reales más esplendorosas: salones de ébano, elegantes estancias de recreo, mobiliario de lujo y más de doscientas personas encargadas del servicio de a bordo, incluyendo los miembros del ejército que se hacían cargo de la seguridad. A pesar de todo ello, el ambiente a lo largo de la travesía resultó

informal y relajado. Los cinco hermanos Romanov junto a su amiga Neva jugaban continuamente en las cubiertas. Correteaban, reían, hacían travesuras y se divertían. Incluso interactuaban con los miembros de la tripulación, quienes cuidaban y consentían a los chiquillos como si de sus propios familiares se tratase. La camaradería se imponía al protocolo a bordo del yate real.

Las archiduquesas imperiales, a pesar de lo poco que se relacionaban con el mundo exterior por expreso deseo de sus padres, eran unas chiquillas simpáticas, afables, disciplinadas y muy bien educadas. Las cuatro poseían unos rostros agraciados, pero Olga destacaba por su sentido de la responsabilidad, Tatiana por sus rasgos exóticos, María por una belleza dulce y femenina, y Anastasia por su tenacidad. Se apoyaban las unas en las otras, se hacían compañía y compartían entretenimientos, confidencias y formación.

A bordo del *Shtandart*, la zarina, una mujer que a menudo se mostraba angustiada, nostálgica, distante, aquejada de continuas dolencias y problemas nerviosos, se encontraba mucho más calmada, jovial y participativa. En cuanto el yate ponía rumbo al oeste de la capital parecía como si las preocupaciones y lamentos permaneciesen hibernando en las costas de Rusia, aguardando pacientes su regreso. Sobre el agradable balanceo de las aguas, las angustias y congojas otorgaban una tregua a la soberana.

Navegar suponía para la familia imperial, sus acompañantes e incluso para la tripulación una concatenación de plácidos momentos cimentados en planes sencillos: jornadas tranquilas, horarios pausados, pesca y remo para el zar y el zarévich, sobremesas de té con la orquestina tocando para las damas, divertidos juegos para las adolescentes, cenas deliciosas para los adultos, cantos populares, serenatas de piano y picnics al aire libre para todos, inolvidables puestas de sol en las cubiertas...

—¡Cuánta razón tienes, Alejandra! Tu primogénita, la gran duquesa Olga, está a punto de convertirse en toda una mujer, con las consiguientes implicaciones personales e institucionales que ello conlleva, pero mi Neva ya está en edad de ser cortejada. ¡Y no sé si semejante hito me agrada o me aturde! Qué rápido ha crecido y cuántas satisfacciones nos está dando a su padre y a mí. Es una buena persona y nos lo demuestra cada día.

—No seas modesta, Selma. Tu hija es una señorita adorable. Su belleza es objeto de admiración en la capital del Imperio tanto como la tuya. Deberías

advertir que, a buen seguro, ya le rondan los candidatos. Es una mujer de estatura notable, anatomía esbelta, rostro fino y anguloso, piel de porcelana, mejillas encendidas, iris coloreados por un azul embriagador, hombros delicados y esos perfectos bucles dorados que conforman su larga cabellera rubia. Habla varios idiomas, recita con musicalidad poemas, lee a los filósofos clásicos, toca el piano, borda de maravilla y conoce los dictados de la más selecta educación, del protocolo y las buenas costumbres.

Selma se sintió halagada por la retahíla de alabanzas que la zarina estaba enumerando sobre las bondades de su hija. Pero ella, aunque orgullosa y satisfecha, sonreía para sí misma por otros motivos más capitales. Neva había crecido en una familia unida, era una chica serena, aunque animosa cuando procedía, y disponía de todo un porvenir por delante. Un futuro abanderado por la libertad.

Su criatura, ya mujer y crecida, entraba y salía de la residencia familiar cuando gustaba, paseaba por los campos, caminos y ciudades, vestía como le placía siguiendo los cánones de la moda de la época y lucía su bonito rostro descubierto ante el mundo. Cuando llegase el momento podría elegir a un hombre adecuado con quien disfrutar del amor y engendrar una prole. Sin presiones ni obligaciones impuestas por otros. ¡Todo ello suponía una bendición para quien había pasado su juventud retenida intramuros de un serrallo, sin posibilidad de elegir, decidir y apenas pensar!

—He estado sopesando una posibilidad desde hace tiempo, si a ti y a Selim os parece bien, mi querida amiga. Creo que sería beneficioso para todos.

—Tú me dirás, Alejandra. Será un auténtico honor complacerte si está en nuestra mano.

—Se me ha ocurrido que tu hija podría convertirse en una de las damas de compañía de Olga. Es una doncella de modales distinguidos con la que mi amada primogénita se entiende a la perfección. No hay más que observar sus caras de satisfacción y su complicidad en mutua compañía. ¡Les encanta estar juntas! Neva podrá aprovecharse de los privilegios que otorga el formar parte del círculo más restringido de los zares de Rusia. E incluso hablaré con Nicolás para que cavile qué joven perteneciente a los más altos mandos del

gobierno, del ejército o incluso qué pariente Romanov en edad casadera, sería conveniente matrimoniar con tan versada y refinada joven: tu hija.

—Te estoy muy agradecida. Hablaré con mi esposo y con Neva, pero estoy segura de que ambos aceptarán con ilusión y enorme gratitud semejante privilegio.



En aquellos días la familia imperial rusa llevó a cabo su primer viaje a la región de Crimea. Se trasladaron hasta allí en tren. En la comitiva también iba Neva, a quien le había parecido una gran idea la sugerencia de la zarina de ejercer durante una temporada como dama de compañía de la archiduquesa Olga.

Neva continuaba residiendo en el hogar familiar petersburgués, pero acudía varias veces por semana al Palacio Alexander y se unía a Olga en los actos sociales en los que la hija del zar participaba; también en los viajes oficiales. A Selma y Selim les agradó de veras que su única descendiente se incorporase a la corte imperial, aunque no aceptaron la propuesta hasta contar con la certeza de que a ella le satisfacía. Respetaban la voluntad de su hija y le concedían plena libertad en la toma de sus decisiones.

En la región costera de Crimea se ubicaba el Palacio de Livadia, una residencia de verano de los zares de clara inspiración en el estilo renacentista italiano.

—Dicen los que lo conocen que el palacio cuenta con grandes ventanales, fachadas blancas, y que se encuentra cuajado de buganvillas, adelfas y glicinas. Un aluvión de rosas floradas otorga a los jardines un colorido simpar. El palacio está rodeado de pinos, cipreses, palmeras y olivos. Desde cualquier rincón del vasto recinto parece que puede observarse un mar tan azul como el Egeo. —Le había adelantado una entusiasmada Olga a su amiga Neva antes de partir.

Livadia recreaba una estampa más propia de lienzos líricos que de paisajes reales. En cuanto los más jóvenes de la comitiva pusieron un pie en aquella bucólica residencia, quedaron prendados de semejante entorno para



siempre. Emulaba a los escenarios en los que acontecían hermosos cuentos e idílicas leyendas.

Crimea era el equivalente ruso a la Riviera francesa y la alta sociedad pasaba las temporadas estivales allí entre actividades al aire libre, paseos marítimos de buena mañana, aperitivos regados con jerez al mediodía, degustación de cócteles al caer el sol y sofisticadas veladas nocturnas. Muchos de los parientes Romanov, la aristocracia más rancia, la alta burguesía y los nuevos pudientes construyeron ostentosas residencias en Crimea.

El Palacio de Livadia, que acogía a los Romanov y a su séquito, se encontraba ubicado cerca de la playa, con las picudas montañas al fondo, y disponía de decenas de balconadas amplias que ofrecían una luminosidad sobrecogedora. También presumía de un gran patio central con columnatas italianas de mármol, ornamentadas fuentes en los jardines, innumerables jarrones repletos de flores frescas y olorosas, y las fuentes de fruta fresca recién cortada dispuestas por todas las estancias. Todos estos detalles conseguían recrear un entorno poético que cuantos allí moraban no querían abandonar. Cuando habitas el escenario en el que tienen lugar los sueños, ¿qué puede ofrecer la realidad?

Durante las vacaciones y los veranos en Crimea acontecieron algunos de los momentos más felices de la corte rusa al completo y del círculo íntimo de los Romanov. Especialmente dichosas en aquellas tierras de luz y colorido sinfín fueron Olga y Tatiana, las hijas mayores del zar, quienes habían dejado atrás la adolescencia para dar paso a una juventud lozana y envidiable. Junto a ellas siempre solía aparecer Neva. Las tres jóvenes conseguían volver la vista de cuantos se cruzaban en su camino, y ellas respondían a los halagos con saludos cariñosos, jamás exentos de gracia y cordialidad.

A veces mantenían conversaciones con los lugareños, otras simplemente saludaban pizpiretas agitando las manos o moviendo sus sombreros y tocados en señal de bienvenida. En multitud de ocasiones entraban en las tiendas de los pueblos y localidades de los alrededores del palacio para comprar postales, golosinas, chocolatinas, pasteles, artesanía típica o estampas e iconos religiosos que luego regalaban a sus familiares cuando regresaban a la corte. Acudiesen donde acudiesen, las jóvenes causaban una extraordinaria

impresión y resultaban queridas por todos aquellos que llegaron a tratarlas personalmente.

Se mostraban accesibles y amables por igual con parientes de ascendencia aristocrática, humildes campesinos, miembros del ejército, artesanos, guardias de la corte, personal del servicio, tenderos, sacerdotes, modistas, zapateros, enfermeras, músicos de la orquesta imperial... Regalaban donaire y generosidad sin importar la procedencia del receptor de sus simpatías.

Cuando paseaban por los rincones de Crimea las hermanas Romanov vestían ropas frescas, de corte sencillo, tejidos ligeros, tonalidades claras y estampados veraniegos. Aunque no renegaban de sus complementos regio: pamelas vistosas, collares de perlas, grandes lazadas de raso, sombrillas de sedas y calzado a medida.

—¿Tú te quieres casar, Neva? —preguntó Olga una calurosa tarde cuando observaban desde un risco el vaivén de las olas. Saboreaban, en compañía de Tatiana y Alekséi, una limonada fresca mientras la brisa balanceaba con suavidad sus largas melenas rubias. Semejante estampa marina bien podría recrear un lienzo de Sorolla.

—Sí, quiero. Me gustaría enamorarme de un joven apuesto y gallardo. De un hombre dulce que me consienta y me mime durante toda la vida. Y que me dé al menos un par de hijos: un varón y una hembra. Mis padres son tan felices que me placería imitar su buenaventura. Y vivir tranquila rodeada de mis seres queridos en una mansión de techos altos, paredes de colores y con un jardín repleto de arbustos frondosos.

—Desde que te conozco siempre te ha gustado pasear entre la naturaleza, amiga.

—Dice mi madre que he heredado su amor por lo agreste. Parece que de niña disfrutaba pateando los bosques. Ojalá en el futuro yo pueda habitar un hogar junto al gran río o frente al mar. ¿Y tú, Olga? Ya me he fijado que se te van esos ojitos claros es pos de la anatomía de algún atractivo oficial del yate imperial.

Olga se sonrojó y esbozó una media sonrisa. Tímida, pero franca. Aquella expresión azorada constituía una clara respuesta por sí misma. La joven Romanov flirteaba sutilmente con su oficial preferido. Se trataba más de

un juego inocente que de una llamada a la picardía. Pero la gran duquesa quiso explayarse en su respuesta con más precisión. Los rumores sobre futuros matrimonios que la emparentasen con los jóvenes casaderos de otras casas reales europeas corrían de boca en boca por todos los mentideros de la corte. Para el resto del mundo sus esponsales constituían un asunto de Estado. Para ella, tan solo la esperanza de un matrimonio dichoso, de una vida feliz.

—¡Yo deseo tener muchos más hijos que los que quieres parir tú! Cuatro o cinco, como los zares. Es satisfactorio compartir las veladas familiares junto a tantos hermanos. No necesitas más compañeros de juegos ni más confidentes extraños, ajenos a tu intimidad. Pero a mí no me va a resultar fácil conseguir mis propósitos amorosos tal y como yo los imagino en mis fantasías.

—¿Por qué dices eso, Olga? Tu hermosura cautiva. Eres una joven linda, dulce, responsable, instruida, misericordiosa... ¡y, además, eres la primogénita del zar de Rusia, por el amor de Dios! Por tus venas corre la sangre de una de las estirpes más legendarias de la historia. Los grandes herederos se disputarán tus favores y anhelarán conseguir tu mano. Eres la princesa casadera más codiciada de Europa. Eres consciente de ello, ¿verdad?

—Pues precisamente por todo lo que expones, Neva, me asaltan inquietudes y recelos. Seré una joven deseada por motivos dinásticos y políticos, no personales.

—Yo sé que tales vainas, llegado el momento, las podrías tolerar, porque fuiste educada para estar a la altura de las responsabilidades que acarrea esa sangre Romanov que corre por tus venas.

—Cierto: acataré la decisión que los zares tomen respecto a mi matrimonio porque me debo a los deberes y compromisos implícitos a mi dinastía. ¿Pero sabes lo que supondría para mí oficializar una petición de mano con cualquiera de esos herederos a los que haces referencia? Sí, comprometerme con alguno de esos jóvenes sobre los que todo San Petersburgo está haciendo cábalas...

—Lo imagino, pero dímelo tú. Me gustaría conocer de tu boca esas inquietudes que perturban tu mente.

—Pues entrañaría convertirme en soberana consorte de algún país extranjero. Y yo no quiero abandonar Rusia por una corona reinante. Soy feliz aquí, con mi familia, en esta tierra, junto a mis hermanos y entre mis amistades

más queridas como lo puedes ser tú. Mi destino está ligado a este país. Jamás seré feliz más allá de nuestras fronteras. No deseo casarme si ello implica alejarme de mi origen. Ser la monarca consorte de alguna casa reinante extranjera conlleva adaptarme por obligación a costumbres, religiones e idiomas que me son completamente ajenos. Ese destino no me atrae en absoluto. Mi felicidad está vinculada a Rusia, Neva.

—Quizá puedas ser dichosa en otras tierras junto a un hombre al que llegues a amar con más fuerza que a tu propia patria. A veces la buenaventura se abre paso entre las sendas más insospechadas. Y la fuerza del amor todo lo puede. Afirman los que quedaron atrapados en sus dulces redes que el amor es la respuesta para quienes cuestionan el sentido de la vida. No desesperes, Olga. El deber institucional y el ardor del corazón podrían venir de la mano.

—O quizás, no. Mi madre ama con locura a mi padre y además es correspondida. De eso no me cabe ninguna duda. Solamente hay que observar cómo se miran, cómo se sonríen, cómo se cuidan, cómo se protegen y cómo disfrutan de su intimidad. Se veneran tanto que padecen una dependencia emocional el uno del otro.

—¡Pero alcanzar semejante comunión vital con tu esposo debe ser maravilloso, Olga!

—Lo es. Sin embargo, la intuición me advierte de que la zarina, mi augusta madre, alcanzaría su plenitud disfrutando de una vida sencilla entre las verdes campiñas que rodean al Rin, en su condado natal y alejada de los lujos palaciegos.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Me desperté con malestar general, dolor de cabeza, náuseas y el estómago descompuesto. He permanecido dormida —lo correcto sería decir sedada— durante muchas horas. Me han secuestrado. Estoy completamente acojonada: retenida contra mi voluntad no sé dónde. Debido a la ausencia de luz natural y de ventanas presupongo que me mantienen en un sótano. Pero esto no es un zulo subterráneo ni un habitáculo lúgubre. Excepto por la falta de claridad, se podría decir que estoy en una estancia decorada con gusto: es una habitación amplia de unos cuarenta metros cuadrados con cama *King size*, colchón de calidad, sábanas de algodón, alfombra persa cubriendo un suelo de madera noble, un tocador centenario presidido por un gran espejo, un sofá y dos sillones de cuero que rodean una mesa baja de cristal y acero. Al lado izquierdo de la puerta hay un cuarto de baño alicatado en mármol blanco que dispone de todo tipo de artículos de aseo.

Si no fuese por la imposibilidad de comunicarme con el exterior y porque la puerta permanece cerrada con llave desde el otro lado, podría ocupar semejante escenario como invitada de unos anfitriones generosos. Mis pertenencias y mi documentación se mantienen intactas en el bolso, pero se han llevado el móvil y el iPad.

He conocido a mi captor, o al que se esté ocupando de vigilarme durante mi cautiverio. Es un tipo de unos treinta años, estatura media, moreno, con el pelo cortado a cepillo, de cejas pobladas, piel oscura —podría ser de origen árabe por sus rasgos faciales de Oriente Próximo— y parco en palabras, aunque se comunica conmigo en inglés fluido. También es capaz de chapurrear un español básico. Me trajo el desayuno esta mañana. Depositó en la mesa

baja una bandeja que contenía un plato de fruta fresca recién cortada, unos huevos revueltos, pan de cereales, un plato con queso y embutido, mantequilla, mermelada, un termo de café caliente y otro de agua fresca. Todo el menaje es de porcelana. En las películas de acción los secuestrados se ponen chulos y desprecian la comida, pero yo estoy muerta de hambre y además me faltan agallas para ponerme gallito. Así que desayuné de buen grado. Alimentarme me sentó fenomenal y mejoró ostensiblemente mi malestar general, pero el pavor permanece intacto. El miedo y el desconocimiento de lo que está ocurriendo me paralizan.

El tipo me explicó que cuanto antes colaborase con los propósitos de estos cabronazos, antes me liberarían. Que no tienen intención alguna de lastimarme, dice el mandado. Y que solo quieren de mí una cosa: conocer el paradero del tesoro que me ha traído a San Petersburgo. No les intereso para nada más. Cuanto antes cante *La traviata*, mejor para todos. Yo apenas he podido pronunciar palabra. Me he limitado a escuchar. Y a intentar ocultar mi estado de ánimo, es decir, un pánico descomunal.

Tampoco puedo reponerme del shock que me sacude y ando lloriqueando a moco tendido. Y no me estoy refiriendo al trauma de ser secuestrada en un país extranjero a cinco mil kilómetros de mi casa, que también. Es que el horror me invade por completo. La incertidumbre está destrozando mis nervios. La completa ignorancia acerca de quién o quiénes me mantienen retenida contra mi voluntad me desquicia. El miedo al dolor físico o a algo peor me mortifica. Siempre he sido una quejica con los achaques de salud. Detesto los hospitales. Su olor me impresiona. Una simple revisión médica me aturde. Así que la sola idea de que unos delincuentes puedan llegar a torturarme me está generando taquicardias. Pero lo que realmente provoca mis lágrimas es la rabia causada por la previsible traición de los seres queridos.

Estoy turbada, soy incapaz de controlar un incesante tembleque en mis rodillas, pero he llegado a una conclusión clara. Afirmaría que irrefutable. Solo hay tres personas con las que yo haya hablado abiertamente acerca del supuesto tesoro de los cojones. La octogenaria exsecretaria de mi abuela, una anciana con sobrepeso y movilidad limitada que pasa los últimos años de su existencia en una confortable residencia de Cambridge, fumando aromáticas pipas y empalmando un partido de fútbol tras otro frente a la pantalla de

plasma. Su única aspiración es disfrutar en paz de lo que le queda de vida. Se trata de una candidata a traidora que descarto de inmediato.

Vincent Moliere, el hombre con el que comparto complicidad e intimidad desde hace unos cuantos meses. El amante que me ha conquistado y me ha enamorado. El causante de mi plenitud sentimental. La piel de cuyas caricias mis manos quieren llenarse. Quien me ha hecho descubrir la vehemencia de la pasión hasta en sus silencios. A él lo quiero descartar para conservar mi salud mental. ¿Cómo se digiere que la persona por la cual suspiras te venda por un puñado de oro siendo, además, el único heredero de una fortuna incalculable? ¿Cómo podría superar semejante conjura mi deshecho corazón?

Y el último candidato de la lista para alzarse con el título de traidor del año: Marc Ribó, un amigo, casi un socio en la reconstrucción de mi pasado que tiene los derechos de la exclusiva periodística de lo que sea que averigüemos, si es que resulta de interés general y es publicable. ¿Se habrá dejado seducir Marc por el mejor postor? ¿Le habrán ofrecido una millonada o un alto porcentaje del montante de ese supuesto tesoro que ni siquiera sé si existe? ¿Me habrá traicionado por un cheque abultado? Cómo me cuesta creerlo. Marc es un mercenario de la información, un perro viejo que destripa los asuntos de la actualidad con mucho oficio y poco beneficio, pero un tipo leal a los suyos. Una rara avis que respeta los pactos que fueron cerrados a la vieja usanza: con buena voluntad y un apretón de manos.

Pero, siendo realista, mi viejo amigo tampoco anda sobrado de pasta. ¿Se habrá corrompido por la promesa de una transacción millonaria? Mi corazón y hasta mi cabeza me gritan con contundencia que el código ético de Ribó está muy por encima de una cuenta corriente saneada; menos aún conseguida a través de procedimientos delictivos. Pero encerrada a la fuerza entre cuatro paredes y bajo llave, la duda sobrevuela. Es inevitable.

Aunque si finalmente resultase que Marc no me ha traicionado, la otra alternativa que barajo supondría un dramón de dimensiones épicas. ¿Está Vincent, mi amante, mi cómplice, mi amor, detrás de esta reclusión forzosa a la que estoy siendo sometida? No, no y noooooo. ¡Qué idea tan descabellada! Un personaje con semejante reputación personal y empresarial, un archimillonario con la vida resuelta, un miembro destacado de la élite mundial actuando como un criminal... Impensable. Claro, que las grandes fortunas del

planeta, las pertenecientes al restringido club de los billonarios, ya sabemos de dónde proceden; ninguna de ellas cuenta con un origen lícito: tráfico de armas, blanqueo de capitales, trata de blancas, drogas, monopolios encubiertos, explotación infantil... No puedo evitar hablar en voz alta. En esta ocasión no solo por la inquietud, sino para autoconvencerme de lo disparatado de mis sospechas.

Vincent me adora, me cuida, me mimas, se preocupa por mí, me protege, mantenemos una relación ardiente, satisfactoria, mágica... Jamás me lastimaría ni mucho menos organizaría algo tan sucio para sonsacarme una información que yo le hubiese confesado en caso de disponer de ella.

No quiero ni imaginar cómo sería enfrentarse a la conmoción de una culpabilidad de Moliere. Pero me viene a la cabeza Shakespeare: «hay puñales en las sonrisas de los hombres...». Y un llanto doliente me ahoga. Así están pasando las horas. Una tras otra. Con una anarquía mental más desgarradora que el temor al daño que estos desgraciados me puedan infligir.

Es complicado controlar el paso del tiempo sin reloj ni luz natural, pero calculo que ha debido transcurrir toda la mañana, que hemos dejado atrás el mediodía y que podría ser la última hora de la tarde cuando vuelve a entrar mi captor con la segunda bandeja de comida del día. Otros dos termos, uno de café caliente y otro de agua fresca, junto a una ensalada griega, dos rodajas de merluza a la plancha —exquisitamente presentados ambos platos—, y un bol de apetitosa fruta pelada y troceada. Apenas me mira a los ojos cuando deposita la bandeja en la mesa baja y se limita a decir:

—Recuerde, miss Velarde, que en cuanto nos facilite la información de la que disponga respecto a ese tesoro que la ha traído hasta San Petersburgo, la enviaremos inmediatamente de regreso a su hotel. Sin demora ni complicaciones.

Yo no respondo, apenas lo miro y mantengo la cabeza gacha. ¿Me creerá este canalla si le digo que no tengo ni idea del supuesto tesoro y que ni siquiera sé de lo que se trata en caso de que realmente exista? ¿Que lo que me ha traído hasta aquí es intentar reconstruir el pasado de mi abuela? Que solo he viajado a Rusia para profundizar en mis orígenes y desentrañar los misterios de mi verdadera familia recién descubierta. Que me estoy reconciliando con una infancia difusa averiguando los entresijos de mis



ascendentes. Que solo soy una pobre huérfana enfrentándose con retardo a su destino. Ante mi silencio, se limita a decir:

—En el cuarto de baño dispone de todo lo necesario para su aseo personal. Champú, gel de baño, *body milk*, dentífrico, peines, cepillos, toallas, albornoz... Mañana por la mañana, junto con el desayuno, también le traeré ropa limpia. Pero insisto: usted puede evitar permanecer aquí ni un minuto más. Solo tiene que confesar lo que le estamos preguntando. Podría dormir de nuevo en el comfortable Four Season esta misma noche. Piénselo.

¿Sería osado intentar interrogarle acerca de quiénes son *ellos*, los que *están preguntando*? No me atrevo a hacerlo. Como el captor o el mandado de mis secuestradores (opción más razonable) observa que me pongo a comer sin pronunciar palabra, se retira discretamente. Al escuchar el sonido de las llaves cerrando la puerta desde el exterior se me eriza la piel. Me encuentro cautiva a merced de unos malhechores. Completamente desamparada.

No tengo demasiado apetito, pero decido cenar. Tanto la ensalada como el pescado están deliciosos, aunque apenas como la mitad de cada plato. Tengo el estómago encogido, un nudo en la garganta y las lágrimas de nuevo rodando por las mejillas. Quizá sea una buena idea tomar una ducha ardiente antes de meterme en la cama. No seré capaz de pegar ojo, pero al menos el líquido resbalando por mi piel relajará mis músculos contraídos por tanta tensión.

Mientras mis lágrimas se desvanecen entre el vapor y las gotas de agua, caigo en la cuenta de que este calvario intensifica la fragilidad que siempre desprecié en los otros.

*San Petersburgo, principios del siglo XX*

La puesta de largo de Olga Romanov tuvo lugar una calurosa noche de verano en su adorada Crimea. Mientras descendía tímidamente, con calculada y ceremonial parsimonia, por las escaleras del Palacio de Livadia, cientos de ojos se concentraban extasiados sobre aquella silueta juvenil. Admiraban su elegante traje largo de tul y complementado con un corpiño de cordones cuajado de flores sujetas al pecho. Su pelo, recogido en un moño, y el collar de perlas que adornaba su estilizado cuello de cisne acentuaban el encanto de una agraciada princesa de estirpe milenaria.

—¿Estoy apropiada, Neva? ¿Cómo luzco? Habrá casi dos centenares de invitados pendientes de mi aparición ahí abajo. Eso me sonroja y acrecienta mis nervios. —Había confesado antes de su presentación en sociedad. Mientras exponía sus temores e inseguridades se miraba frente a un espejo de cuerpo entero una y otra vez desde todos los ángulos posibles. Alisaba continuamente pliegues inexistentes de la larga falda y buscaba desesperada la mirada de aprobación de su hermana Tatiana y de su dama de confianza, su gran amiga.

—Hermanita, estás preciosa —gritaba entusiasmada la segunda hija de los zares mientras observaba con admiración a la primogénita de la casa—. Nunca te había visto tan radiante.

Las dos hermanas Romanov se besaron y abrazaron con cariño, pero con cuidado para no estropear sus elaborados peinados ni el carmín rosado de sus

labios. Tatiana también se había vestido de gala para la ocasión y brillaba con tanta intensidad como la debutante.

—Espléndida. Soberbia. Majestuosa. El vestido, el peinado, las joyas... Nada debes temer, Olga. Tampoco permitas que los nervios interfieran en la que será una de las veladas imborrables de tu juventud. Deberías sentirte más segura de ti misma: eres una mujer admirable, dotada de una extraordinaria sensibilidad.

—Eres muy buena y generosa conmigo, Neva. Tú también estás guapísima. Te favorece ese traje de noche y su tono azul cielo. Además, ¿te has fijado en que hemos coincidido en la elección de las joyas? Ambas hemos seleccionado perlas para nuestro gran baile en Crimea. Qué fabulosa perla dorada luces sobre la pechera, Neva. Es una pieza magnífica. Nunca había visto una esfera de nácar tan grande ni con semejante color. Ni siquiera dentro de los cofres reales que guardan desde hace siglos las mejores alhajas de la estirpe imperial.

—He de confesarte que se trata de una gema que tiene un significado especial para mis padres. Mi madre ha insistido en que la exhibiese esta noche y yo no he podido negarme. ¡Parece que ella la llevaba puesta el día que conoció a mi padre! Esta enorme perla dorada, proveniente de los lejanos Mares del Sur, se ha convertido para ellos en una especie de fetiche, en un talismán de su felicidad.

—¡Vaya! ¡Qué historia tan romántica! La alhaja que presencié el inicio del romance entre tus padres contemplará esta noche cómo el fruto de ese amor es admirado por los ilustres invitados que han acudido a la puesta de largo de la primogénita del zar de Rusia.

—Supone un orgullo lucir una joya que atesora tanto simbolismo para mi familia.

—¿Eres consciente, querida amiga, de que podrás conquistar a cualquier joven que te propongas? Tu hermosura eclipsará a la misma luna de Crimea esta noche. No envidio tu divina belleza, Neva, pero sí tu plena libertad para elegir un futuro.

Tatiana permanecía en un rincón de la habitación retocándose en un espejo. Cuando escuchó las últimas palabras pronunciadas por Olga asintió

firmemente con la cabeza, como si también hiciese suyos los anhelos que su hermana mayor manifestaba con cierta melancolía.

—No temas lo que esté por venir, Olga. No malgastes tu energía en pensamientos negativos. No dejes que la melancolía te invada. El destino que te aguarda puede ser de tu agrado. Lucha por encontrar el equilibrio entre los deberes implícitos a la dinastía Romanov y tu gozo.

El baile de la puesta de largo imperial se convirtió en el evento social de la temporada. Pero solo ciento cincuenta invitados tuvieron el privilegio de acudir a tal efeméride. Entre los asistentes se encontraba una representación de todos los estamentos rusos de referencia. Parientes de los Romanov — directos y colaterales—, miembros de las familias aristócratas de más raigambre, altos dignatarios de los distintos escuadrones de los ejércitos zaristas, representantes del gobierno, patriarcas de la Iglesia ortodoxa, miembros de confianza pertenecientes a la tripulación del yate imperial y un puñado de integrantes del círculo de confianza de los zares entre los que destacaban Kemal, Selim y una esplendorosa Selma, que acaparó un sinfín de miradas de admiración luciendo un vestido de gala confeccionado en terciopelo del color del oro y una gargantilla aderezada con doce diamantes de talla pera.

Tras degustar una exquisita cena a la luz de las velas en el gran comedor del palacio, los invitados salieron a los jardines para disfrutar de una velada estival iluminada por los rayos de plata de la luna llena. Los astros se habían confabulado para regalar una puesta de largo inmemorial a la joven archiduquesa. Y todos los allí presentes se concentraron alrededor de un círculo imaginario para aplaudir joviales el primer baile de la noche: la torpe danza de una radiante debutante, guiada por el compás de los violines y agarrada a los brazos de su orgulloso padre, Nicolás II.

Bajo el cielo limpio y despejado de Crimea se entremezclaron con finura las sedas, tafetanes, encajes, rasos y terciopelos de las damas, los impecables uniformes de gala de los caballeros, los pasos de baile de los más jóvenes amenizados por la orquesta del regimiento, la vitalidad y las risas cómplices de los fornidos oficiales del *Shtandart*, la fragancia nocturna de miles de rosas perfumando el ambiente, el colorido cotillón y el revolotear de las traviesas burbujas del champán. En contadas ocasiones se había disfrutado en

Rusia de una atmósfera tan idílica y unos ánimos tan entusiastas; de una comunión tan intensa entre la alta sociedad y sus soberanos.

Una zarina radiante, vestida con un regio traje adornado con brocados y engalanada con joyas imperiales en su cabello, iba regalando guirnaldas de flores a todas las señoritas que alegraban la presentación en sociedad de su primogénita. Los presentes florales habían sido elaborados por las propias manos de la zarina. Nadie recordaba haber visto a Alejandra tan animada en un fasto público, dejando atrás su innata timidez e interactuando de buena gana con todos los invitados.

—¡Qué gran zarina podría llegar a ser si se lo propusiese! ¡Si estuviese dispuesta a mostrar su mejor cara ante los súbditos de nuestro Imperio! La alemana nunca ha hecho el más mínimo esfuerzo por ganarse el afecto y el respeto de su pueblo —murmuraban con malicia las envidiosas parientas Romanov. Les enervaba la indiferencia de Alejandra ante las frivolidades cortesanas y su poca predisposición a la vida social.

—Esa sangre germana que corre por sus venas nunca estará a la altura de la grandeza imperial rusa.

—El porte regio, la legendaria estirpe de la que procede y su educación exquisita quedan sepultados por su carácter sombrío, su melancolía crónica y su constitución enfermiza.

—Y por su antipatía manifiesta a la exposición social, algo que su rango exige.



Tras la inolvidable puesta de largo organizada para conmemorar el decimosexto cumpleaños de Olga, se iniciaron unos meses de desbordante actividad para las reales hermanas y para Neva, quien siguió formando parte del séquito imperial con entusiasmo. La confianza infantil de las chicas se transformó en una sincera amistad de juventud, así que todos acordaron de buen grado que mientras ambas estuviesen solteras, Neva permanecería junto a la primogénita del zar.

Pese a que todos lo anhelaban, el cortejo real no regresó a Crimea hasta la Pascua. Durante aquellos días de recogimiento religioso el cálido clima y los ardientes rayos del sol a los que estaban acostumbrados en la zona fueron sustituidos por paisajes ásperos, nevados, y por temperaturas gélidas. Como era tradición, los jóvenes pintaron con sus propias manos coloridos huevos de porcelana, hicieron muñecos de nieve, acudieron a la misa de medianoche, pasearon por el pueblo saludando con afecto a los lugareños y se deleitaron sin mesura probando todos los dulces típicos de la fiesta. Y como cada Pascua desde hacía años, Nicolás regaló a Alejandra un huevo de Fabergé.

El propio hijo del orfebre de la corte, el joven Eugéne, se desplazó hasta Crimea para entregar la joya personalmente, la que acabaría siendo conocida como el Huevo del Zarévich. Bajo una delicada capa exterior de lapislázuli azul oscuro, decorado con jaulas de flores de oro, cupidos y águilas imperiales, se escondía un retrato del heredero con diamantes incrustados. La majestuosidad de los huevos de Pascua de Fabergé hipnotizaba a todo aquel que tenía el placer de observar aquellas obras sublimes. La zarina aguardaba con expectación cada año la sorpresa que escondía el nuevo huevo, pero quedó especialmente conmovida con el retrato de su pequeño zarévich. Alekséi se había convertido en el centro sobre el que se organizaba toda la familia. Era un niño de facciones perfectas que repartía dulzura entre todos aquellos que formaban parte de su vida. Sus hermanas mayores lo adoraban y el benjamín de los Romanov era la alegría de sus orgullosos padres. El zarévich conseguía exprimir las bondades de toda la familia.

Tras una Pascua tranquila, a la comitiva del zar y a sus acompañantes les aguardaban unos meses de frenética actividad oficial. La presencia de Olga y Tatiana, convertidas en unas jovencitas que cumplían a la perfección con sus deberes institucionales, fue especialmente significativa durante las solemnes celebraciones del tercer centenario de la dinastía Romanov. Las apariciones de las chicas rejuvenecían la imagen de la familia reinante, otorgando frescura, vistosidad y expectación a cualquier acto oficial. Fue lo que ocurrió en el magnánimo día del tricentenario: las hermanas brillaron como ningún otro invitado.

Aquella mañana las calles de San Petersburgo relucían como nunca, decoradas en rojo, blanco y azul en honor a la bandera rusa. Bajo un cielo

luminoso, el inicio de las celebraciones tuvo lugar tras los muros de la fortaleza de San Pedro y San Pablo con los disparos reglamentarios de salvas de cañones. Las tiendas estaban repletas de objetos y monedas conmemorativos, los escaparates y farolas de la avenida Nevsky habían sido engalanados con el águila bicéfala zarista y con los retratos de todos los soberanos Romanov a lo largo de los siglos. La ciudad se encontraba tan esplendorosa y ornamentada que sus calles parecían una extensión natural de las pomposas estancias palaciegas de la aristocracia rusa.

—Cortejos, procesiones, ceremonias religiosas en la catedral de Kazán, desfiles militares, conciertos, verbenas populares, bailes de gala, iluminaciones especiales en las plazas, monumentos y avenidas principales, vaivén de transeúntes eufóricos y henchidos de orgullo patrio animando cualquier rincón de la metrópoli... Nos esperan días agotadores, hermana.

—Debemos estar a la altura de lo que de nosotras se espera, Tatiana. Durante tres días San Petersburgo se convertirá en la capital del mundo. Asistirán a los fastos más de cuatro mil representantes de la nobleza rusa, diplomáticos y dignatarios extranjeros, familias reales europeas, ciudadanos corrientes, representantes del campesinado y de los estratos sociales más humildes. Nadie faltará a una cita histórica. Los zares recibirán en la sala Nicolás del Palacio de Invierno a más de mil quinientas personalidades de todo origen y condición. Y allí estaremos a su lado para apoyarlos.

Las hermanas Romanov, impecables, vestidas de gala, acapararon, una vez más, todas las miradas y los halagos. La juventud de Olga y Tatiana otorgaba un esplendor renovado a la dinastía. Los vestidos que escogieron las grandes duquesas para el evento que conmemoraba la historia de su real linaje eran de gala, ceremoniales, al estilo ruso. Largos, de seda blanca, con amplias mangas acabadas en punta. La parte delantera era de terciopelo y tenían una cola decorada con guirnaldas de rosas. Ambas portaban a la altura del pecho las órdenes de Santa Catalina sobre bandas escarlatas y cubrían sus cabezas con los tradicionales *kokoshnik* con lustrosas perlas engastadas.

Los fotógrafos presentes en las celebraciones, que se contaban por docenas, no dejaron de disparar sus objetivos ante la presencia de las dos hermanas. Los rostros de las hijas del zar hechizaron a las cámaras y dieron la vuelta al mundo.

Pero a Olga todavía le aguardaba todavía un acontecimiento más representativo durante las efemérides del tricentenario. A sus dieciocho años asistió, en compañía de sus padres, al primer baile público celebrado en San Petersburgo en la Asamblea de los Nobles. La siempre crítica aristocracia rusa parecía al fin satisfecha porque la familia real aireaba sin pudor su regia estirpe. La hermosura y gracia de sus descendientes femeninas enmudecía a los más exigentes.

—Estás preciosa, Olga. Ninguna otra dama podrá hacerte sombra esta noche en el baile —comentaba con franqueza y sin impostura Neva mientras retocaba el ramillete de flores que adornaba el cabello de la primogénita del zar. La joven disfrutaba imponiendo su toque en los atuendos regios de su amiga. Tenía buena mano y un gusto exquisito.

—Estoy en desacuerdo, Neva. Sí hay una señorita que puede hacerme sombra entre danzas húngaras, paredes marmóreas, columnatas de malaquita, uniformes de gala y escaleras palaciegas. Y esa malvada competidora... ¡eres tú, amiga! Deberías dejarte cortejar por alguno de los jóvenes casaderos que esta noche se pelearán por sacarte a bailar.

—Me halagan tus alabanzas, archiduquesa. Pero creo que la amistad sincera que me profesas interfiere en la subjetividad de tus opiniones acerca de mi apariencia.

—¡Mírate en ese espejo de cuerpo entero! Si hasta los oficiales que nos escoltan se vuelven sin disimulo a tu paso. Asume tu belleza y disfrútala. Y si alguno de los danzarines con los que compartas vals o polca te sonroja las mejillas... ¡vienes corriendo a contármelo! Estoy deseosa de que te estrenes en los entresijos del romance. ¡Así yo no seré tan ignorante en esas cuitas cuando me toque estrenarme a mí!

—Acepto de buena gana las lisonjas que me regalas porque sé que son sinceras. Aunque puede que esta noche los varones también se distraigan con la presencia de la gran duquesa Tatiana, que se ha convertido en una mujer muy linda. Su rostro sereno, marcado por ojos rasgados y pómulos sinuosos, también hace que los oficiales tuerzan el paso...

—Cierto. Vengo observando en los últimos meses que la atención de los varones de la corte queda atrapada ante los encantos de Tatiana, querida Neva. ¡Cuánto me enorgullece mi hermana! ¡Cómo me agrada la gran mujer en la que



se está convirtiendo! Pero te voy a confesar un secreto en el que no influye el amor incondicional que profeso a mi familia: la que con toda seguridad crecerá ejerciendo como una señorita rompecorazones es la archiduquesa María. Es una damisela muy guapa. Su beldad es dulce y delicada, y su rostro, tan femenino y armonioso, resplandece cuando sonrío. El baile de sus labios atrapa la atención de los otros.

Las dos amigas sonrieron y se abrazaron con cariño. Ambas estaban verdaderamente hermosas, Olga ataviada con un traje rosa pálido y una vuelta de perlas como única joya, y Neva luciendo un vestido de satén en tonos verde agua. Había en ella mucho encanto y una exuberancia innata que la convertía en irresistible ante las encendidas pupilas masculinas. Como la mera presencia de Selma. Aunque la belleza de Neva resultaba más serena. La de su madre siempre fue arrolladora.

Las jóvenes amigas, en compañía de Tatiana —hermosísima con un vestido en tonos nacarados con complementos de plata—, no dejaron de bailar ninguna pieza ni de hablar con unos y con otros. Se fijaban en los jóvenes más apuestos y se dejaban cortejar de un modo casto e ingenuo. Charlaban por igual con oficiales veteranos y con los noveles, pero su coquetería salía a relucir sutilmente cuando los varones en edad casadera rondaban alrededor. Los meses venideros transcurrieron entre flirteos inocentes, ceremonias oficiales, noches de representaciones de ballet —recreándose con las actuaciones magistrales de la Pavlova— y veladas en la ópera.

Tras la conclusión de los eventos por el tricentenario acontecidos en San Petersburgo, las chicas todavía debían acudir a los actos organizados en otra de las principales ciudades rusas: Moscú aguardaba expectante por ellas. Las jóvenes estaban tan llenas de vida que lejos de quejarse por tanto compromiso oficial se ilusionaban ante los buenos momentos que les depararía el siguiente evento, acto o baile. Y no dejaban de rememorar entre ellas los detalles de cada conversación acontecida con los jóvenes de su mayor agrado.

—El oficial del cuerpo de los cosacos con el que bailé la tercera pieza de la noche es realmente encantador, Olga. Su conversación era amena, sus modales distinguidos, y se movía con elegancia al compás de la música. Me atraen irremediabilmente los hombres que saben guiar a una dama con soltura entre los recovecos de la pista de baile.

—¡Y se trataba de un joven muy apuesto, Neva! Os observé de reojo mientras danzaba con mi pariente Dimitri Pávlovich, el candidato favorito de mi padre para conquistar mi corazón, pero que a mí me aburre. Deberías permitir que ese avezado danzarín te corteje más allá de los salones de baile.

—Mmmmm, puede ser que lo haga. Pero tengo una inquietud, ¿el ritual del cortejo estará a la altura de la expectación que suscita o, por el contrario, se tornará aburrido y rutinario? ¿Decaerá el fervor por cumplimentar los dictados del protocolo?

—Solo hay una manera de averiguarlo, querida amiga... ¡Flirteando!

—Lo que me atemoriza del cortejo es que antecede irremediabilmente al matrimonio. ¿No te parece que somos aún demasiado jóvenes? ¿Por qué nos presionan para que elijamos con tanta premura lo que habrá de ser el resto de nuestra vida?

—Estoy de acuerdo contigo, Neva. ¿Por qué los adultos, e incluso algunos de nuestros jóvenes amigos, tienen tanta prisa en alcanzar lo inevitable?

—A veces pienso que las generaciones de nuestros antepasados plantearon sus vidas con celeridad: el costumbrismo social ha impuesto metas que nos sentimos obligados a ir alcanzando sin respiro. Y quizá la felicidad consista en que cada cual acompase su existencia a los dictados de sus propios planteamientos y deseos, no a los que heredamos de nuestros predecesores.

Durante la primavera la familia al completo se trasladó en el tren imperial hasta Moscú. Desde allí se embarcaron en un crucero fluvial por espacio de dos semanas sobre las aguas del río Volga. Se organizaron paradas en las principales poblaciones de las regiones que iban visitando para que el pueblo pudiese aclamar a los soberanos y a su linda prole. Los hermanos Romanov estaban acaparando popularidad, admiración y cariño a lo largo de todos los territorios de Rusia.

Recibimientos jubilosos, el tañido recurrente de las campanas de las iglesias de los alrededores, bandas militares interpretando canciones tradicionales y multitudes de campesinos arremolinados en las orillas se sucedían a lo largo de cada jornada. Algunos súbditos incluso se adentraban en el agua hasta cubrir sus rodillas para observarlos más de cerca. Pañuelos agitados al viento en señal de bienvenida, algarabía contagiosa y un sinfín de

lugareños esperando el paso de la comitiva imperial para saludar a los monarcas y a su familia.

Con las celebraciones llevadas a cabo en la ciudad moscovita se daban por finalizadas las efemérides conmemorativas de los tres siglos de la dinastía Romanov. Todas resultaron triunfales. Se promovió con gran éxito ante el mundo la imagen de una monarquía Romanov unida, devota, virtuosa, y cuyas hijas constituían la mejor imagen ante el pueblo, la aristocracia, la prensa e incluso las casas reinantes extranjeras.

La propia archiduquesa Vladímir, la mejor anfitriona de la época, la convidante de las élites, la que despreciaba a la zarina por su aversión a socializar, organizó agasajos privados en honor de las hermanas a su regreso a San Petersburgo. Aquellas adorables chiquillas suponían un impulso para la imagen exterior de Rusia y había que mantenerlas a la vista de todos causando expectativas y admiración.

En 1913 no había princesas reales casaderas más ricas y deseables que Olga y Tatiana Romanov.

Setenta y dos horas llevo cautiva. Soy incapaz de controlar el transcurso del tiempo, pero el desayuno me indica que ha llegado la mañana y la merienda cena que está anocheciendo. Me traen comida elaborada con productos de calidad dos veces al día. Como mis tripas siguen revueltas, esa dieta me resulta más que suficiente. También han dejado un par de cómodos pantalones —negros y azules—, tres jerséis de *cashmere* —negro, blanco y azul—, un pijama y calzado de estar por casa. Solo Dios sabe en manos de quién estoy, pero resulta obvio que esta gentuza maneja pasta. Entretanto solo me dirigen la palabra para soltarme la misma cantinela una y otra vez:

—En cuanto nos facilite la información que le hemos pedido estará fuera de aquí en cuestión de minutos. Ni a nosotros nos agrada retenerla, ni usted se encuentra cómoda encerrada. Aunque el tiempo corre en su contra. Debería ser consciente de ello. Nosotros podemos mantenerla aquí durante semanas sin que nos afecte en absoluto. ¿Y usted, miss Velarde? ¿Podrá conservar esta compostura durante muchos más días?

Me he pasado gran parte de la tarde lloriqueando, lagrimeando y moqueando. Dándole vueltas al asunto que me apesadumbra tanto o más que permanecer cautiva. ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Quién me ha vendido por un puñado de euros? ¿Cuál de esos dos hombres tan cercanos a mí, tan queridos, me ha traicionado? A Marc lo conozco desde hace más de una década, y aunque nunca fuimos íntimos, el respeto y la complicidad han sido una constante a lo largo de nuestra relación. Además, él siempre perteneció a mi círculo profesional, a mi entorno madrileño.

Con Vincent mantengo —o mantenía— la relación más intensa y satisfactoria que recuerdo. Pero lo conozco desde hace unos meses. A pesar de

haber reparado en su imponente presencia en eventos relacionados con el arte a lo largo de los años, jamás perteneció a mi ámbito. Quizá sí al de mi distinguida abuela, pero no al mío. Él forma parte —y como miembro destacado— del club de los privilegiados, ese restringido grupo en el que solo tienen cabida las élites. Y siempre he tenido la sensación de que hay algo de él que se me escapa. Esa mirada que nunca supe descifrar, esas preguntas sin respuestas, ese sexto sentido alerta ante su presencia sin saber por qué...

No me quito de la sesera el sambenito misterioso que siempre ha rodeado a Vincent y mi angustia se acrecienta cada minuto que permanezco encerrada. Si salgo viva de aquí y mi secuestrador resulta ser el hombre que amo, no habrá terapia en el mundo que logre devolverme la paz interior. Ni la confianza en el amor, un cielo que jamás volveré a tocar. Me convertiré en un alma quebrada que no podrá recomponerse.

¿Qué puedo hacer? Yo no sé nada de ningún tesoro más allá de que Kate estaba tras la pista de uno al final de sus días. Ni siquiera sé qué era lo que ella buscaba, qué valor real tenía o si se trataba de algo simbólico, de una riqueza sentimental. Sin más. Si supiera quién ha orquestado este dislate, quizá podría dialogar con él, o con ellos, quienes quiera que sean. Razonar como adultos.

Llevo ya tres días aquí y cada noche duermo peor que la anterior. Doy vueltas y más vueltas. Soy una prisionera. Cavilo sin alcanzar ninguna conclusión coherente. Me tapo la cabeza con la almohada para intentar protegerme. Temo no despertar jamás. Me levanto de madrugada para caminar en círculos alrededor de la habitación, en medio de la oscuridad, como un robot. No consigo dormir profundamente y menos aún soñar. Una vez escuché decir por ahí que la esperanza está perdida y una parte de ti te ha abandonado cuando los sueños no afloran. Desconozco por cuánto tiempo permaneceré cuerda si no salgo de aquí enseguida. Y esa sospecha de que mi amor, Vincent, esté detrás de mi secuestro no ayuda a templar mis nervios. Al contrario, agita mi desasosiego y acrecienta mi tristeza. Creo que las garras de una depresión me acechan.

¿Por qué me están haciendo esto? ¿Y si todo se torciese? ¿Y si esto fuese el final? ¿Estoy sucumbiendo con un año de retraso a la dichosa maldición que tanto preocupaba a mi abuela? Se me eriza el vello de la nuca y decido obviar

hipotéticas condenaciones eternas e inciertos poderes sobrenaturales. Carezco de la respuesta que estos miserables buscan, así que me convertiré en un estorbo en cuanto se aseguren de que desconozco la información que pretenden sonsacarme. Qué desgracia: terminar mis días en completa soledad, sospechando de la traición de mis seres queridos, vencida por la amargura, privada de libertad y en un país extranjero. Hasta las pulgas tienen un final más digno.

Sentada en el suelo, con los ojos hinchados por las lágrimas derramadas, con la espalda pegada a la pared y la cabeza inclinada en dirección a un cielo ilusorio cuajadito de estrellas, me recrimino por las oportunidades perdidas. Por los perdones no pronunciados. Por los prejuicios antepuestos. Por las sonrisas despreciadas. Por los besos desganados. Por el lastre del orgullo. Por los contratiempos sobredimensionados. Por los te quiero cautivos. Por los anhelos desechados. Por los cafés pendientes. Por los amaneceres ignorados. Por los abrazos perezosos. Por el tiempo descuidado. Por las caricias retenidas. Por las ilusiones aniquiladas. Por los amores marchitos. Cuando la esperanza languidece y mi futuro es una utopía, me condeno por las veces que di la espalda a la vida.

La desesperación es caprichosa. Mientras estoy reflexionando acerca de tantos aspectos vitales que podía haber afrontado con más audacia y tino —a la vez que me echo en cara mis errores irreparables—, la imagen regia de mi abuela en sus años de esplendor asalta mis pensamientos. Rememoro su templanza. Su vitalidad. Su determinación. Su valentía. ¿Cómo se hubiese enfrentado ella a una situación límite? ¿Se habría derrumbado? ¿Se sentiría derrotada por el pesimismo? ¿La gran Catalina Austen se habría dejado vencer por el desánimo?

Visualizo a una dama combativa y pendenciera. No a una plañidera asustada y sollozante. Percibo a una Kate capaz de seducir al mismísimo Lucifer para salirse con la suya sin perder la distinción ni la compostura. A una conquistadora también en la adversidad. ¿Hago honor al temple y las trayectorias de mis antepasadas? Yo llevo su sangre. Yo soy su única heredera. Soy la última Austen viva. La cobardía no tiene cabida en nuestro ADN. Y entonces me vengo arriba. Por Kate. Por Charlotte. Por Samuel. Por Fermín. Por mí misma.

—Juro por la estirpe femenina que me precede que ningún maleficio, brujería ni hechizo aplastará a esta Austen contemporánea. Ni ningún delincuente de alta alcurnia. Que voy a dar la batalla para salir de aquí. Que superaré la picadura áspera de cualquier traición. Y que mi abuela y mi madre, allá donde estén, se sentirán eternamente orgullosas de mí.

La adrenalina decide gobernar al agotamiento. El ímpetu a la rabia. La resistencia al abatimiento. El coraje al temor. La osadía al conformismo. Las agallas de las Austen se están desperezando dentro de mí cuando más lo necesito.



Ya debe de haber entrado la mañana y apenas he pegado ojo analizando mis posibilidades para salir de aquí. En esta guarida no hay ventanas, ni objetos punzantes ni piezas pesadas que puedan causar daño en caso de arrojárselos a alguien. La primera opción admisible que se me ha ocurrido es muy peliculera, aunque creo que poco efectiva. Esconder el tenedor o el cuchillo —poco afilado— de la próxima comida e intentar atacar con los cubiertos a mi captor en un descuido. El desenlace no parece muy halagüeño: o le dejo KO al primer intento, cosa bastante improbable, o su fuerza física me reducirá a la segunda embestida.

Y en el remoto caso de tener éxito en la jugada de la fuerza bruta, ¿qué garantías tengo de escapar? Desconozco si fuera de esta habitación hay más hombres, si están armados, si me encuentro en el corazón de la ciudad o aislada en medio de ninguna parte, a tomar por saco de cualquier vestigio de civilización.

La segunda alternativa es más compleja, requiere de una sangre fría de órdago y puede finalizar en catástrofe. Se trata de mentir con mucho desparpajo para intentar convencer a estos malditos de que puedo guiarlos hacia un tesoro ficticio. Si pudiese salir de aquí mediante una concatenación de imposturas, argucias y embustes, quizá podría dejar caer por el camino alguna nota de auxilio, cruzarme con un héroe por accidente, tirarme de un coche en marcha, ser registrada por alguna cámara de vigilancia, ser

reconocida por cualquier ser humano que se cruce en nuestro trayecto... A estas alturas ya me deben estar buscando y puede que mi rostro sea carne de cañón de portadas y noticiarios.

El problema es que, si yo estuviese en su lugar, si perteneciese al bando de los malvados, sonsacaría la información de mi víctima a través de una confesión, un plano o un mapa en vez de saliendo a pasear con la prisionera... Y en el caso de que yo fuese capaz de encandilarlos con tanta maestría como para que me permitiesen acompañarlos en una excursión, ¿a dónde carajo los iba a llevar si no tengo ni pajolera idea de la geografía rusa?

Oigo ruidos al otro lado de la puerta. En este agujero de lujo suele reinar un silencio que perturba: tras estas paredes que me aíslan del mundo exterior se perciben pocos sonidos. Solo escucho al vigilante, de vez en cuando y de manera atenuada, hablar por teléfono o jugar con la consola de videojuegos. Debido a la ausencia de conversaciones o de trasiego de gentes he llegado a la conclusión de que me mantienen oculta en alguna casa o edificio desocupado. Esto no debe ser la residencia habitual de nadie, aunque la acertada decoración de la habitación me despistó en un primer momento. Quizá una mansión en venta, una segunda vivienda, un retiro vacacional...

De repente unas voces me han sobresaltado. Y unos pasos rápidos. De varias personas. Tres, quizá cuatro. ¿Qué está ocurriendo ahí fuera? Camino con cautela a través de la habitación. Me aproximo hacia la puerta y acerco la oreja. Pero unos golpes me asustan. Y más voces. Quizá unos forcejeos, no puedo distinguirlo bien desde el otro lado. ¿Es ruso el idioma que hablan? Inglés desde luego no. Entonces un aterrador alarido me hace retroceder de manera instintiva. Me sobresalta un griterío. Y lo que termina por atemorizarme por completo. ¡Están disparando! ¡¡¡Al otro lado de la pared hay fuego cruzado!!!

Trato de mantener la cabeza fría, pero la desesperación me vence cuando por fin estaba aflorando una Violeta guerrera y corajuda. ¿Cómo hacer frente a un pelotón de hombres armados? El pavor me ha paralizado. Esto es demasiada presión para una tonta que creía saber mucho acerca de todo y ahora se siente cobarde e insignificante. Por mucho ánimo de pelear que una tenga, no puedo hacer frente a un arsenal de metralletas. Estoy perdida. Si



abren esa puerta solo me queda rezar y prepararme para morir en paz. Aunque eso no será posible: nadie debería partir sin un beso de despedida.

¿Si el remordimiento por las promesas incumplidas, la conciencia acusadora que recrimina todo lo que te queda por hacer y el ansia por aferrarse a la vida se anteponen a la calma que antecede el final es que todavía no ha llegado tu hora? Lo único que se me ocurre entre tanto desbarre y especulación es alejarme lo más posible de la entrada y resguardarme debajo de la cama. Como si no fuese el primer sitio donde cualquiera que estuviese buscando a alguien miraría al entrar. Desde ahí abajo, presionada por las láminas que soportan el peso del colchón, observo el habitáculo y el cuarto de baño anexo. No tengo escapatoria. No hay ventanas por las que huir, ni siquiera armarios, ni mucho menos otra puerta.

Escucho golpetazos persistentes. Padezco vértigo y escalofríos. Están intentando echar la puerta abajo. Esto se acabó. Tan solo es cuestión de segundos que esos bárbaros derriben la última defensa que resta entre mi frágil cuerpo, ya sin esperanza alguna de supervivencia, y sus armas asesinas. Pero vuelvo a pensar en Kate, en Charlotte, en los míos. Me seco las lágrimas y recompongo mi rostro, incluso mi pelo. Resulta curioso el complejo mecanismo de la mente humana. Hay unos desalmados armados a escasos metros de mí y de repente un resorte de pundonor ha saltado en mi interior con un único propósito:

—No lloraré. Ni suplicaré. Y en medio del caos, guerrearé aferrándome a cualquier resquicio de supervivencia. —He pronunciado esta sentencia henchida de dignidad sobrevenida. Una especie de «moriré con las botas puestas», supongo. Sonrío al recordar el rostro bondadoso de Fermín, su paciencia, esa inagotable generosidad suya que me ha convertido en lo que soy. Siento los tiernos abrazos de mi abuela, Catalina Austen, su sonrisa hipnótica. Vuelvo a jugar mentalmente con aquella muñeca de trapo que me acompañaba en Cambridgeshires. Y con el retriever de hocico cálido que me olisqueaba revoltoso. Vincent, ay, Vincent, ni evité tu pasión ni la vencí. Pero me he sentido grande a tu lado. Solo por eso mereció la pena. Y por tantas otras cosas que debí valorar cuando podía.

Golpes y más golpes. Voces. Todas ellas graves, masculinas. Un estruendo. La puerta ha caído. Ya no lloro, ni tiemblo, podría decirse que

súbitamente me he liberado de la angustia que me ha dominado sin compasión en los últimos días. Será esa sensación de calma la que te embarga cuando la muerte viene a visitarte, según afirman las leyendas urbanas. Incluso creo escuchar que pronuncian mi nombre.

—¿Violeta? ¡¡¡Violeta!!!! ¿¿¿Violeta, estás aquí??? ¡Tienes que estar aquí! Por el amor de Dios, dime algo, háblame. ¿Estás bien? ¡Violeta, mi vida, cómo te encuentras? ¿Te han lastimado? ¿Te han hecho daño?

Un momento. Para tratarse de la llamada de la implacable señora de la guadaña cuenta con un timbre muy familiar. Y varonil. Joder. Joderrrrr. Esa es la voz de Vincent. Igual he entrado en shock y estoy delirando. O puede que unas décimas de segundo antes me hayan disparado a quemarropa. Me habrán reventado la cabeza y ahora me encuentro ascendiendo hacia el más allá mientras rememoro recuerdos placenteros. Pueden ser mis retazos vitales, los palpitos de mi alma, ahora disfrazados de efectos especiales, que ambientan el túnel interestelar que desemboca en la luz blanca y facilitan el tránsito de las ánimas dolientes hacia el más allá.

Asomo la cabecita cual cachorrillo desorientado. Tímidamente. Como si me encontrase flotando en otra dimensión. Dentro de una ilusión. Nada de esto tiene sentido. Cuando alzo la mirada lo que descubro me deja petrificada. Definitivamente estoy a las puertas del paraíso, pero de un edén jaranero. Moliere se encuentra en el centro de la habitación ataviado con un traje de ¿¿¿madelman???, ¿¿¿superhéroe de Marvel, tal vez??? Rodeado de polvo. Sudoroso. Con el pelo revuelto.

Detrás de él aparecen un grupo de hombres uniformados, cuatro, quizá cinco. Unos señores fornidos que a un simple golpe de vista supongo que pertenecen a algún cuerpo de seguridad. Por los distintivos y demás simbología militar que lucen en pecho y mangas... ¿Es esto un rescate? Tiene toda la pinta. O eso, o que san Pedro, el santo guardián de las llaves del cielo, adopta las formas, hechuras y colores al gusto del recién llegado. Todo un detalle por su parte en caso de ser cierto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Violeta, mi Violeta! ¡Estás aquí! ¡Sana! ¡Gracias a Dios! —Vincent se tira junto a la cama y me ayuda a incorporarme. Mi cara de asombro debe ser legendaria. Sus lágrimas, emotivas. Los miro a todos

sorprendida, pero con recelo. Y con los ojos fijos, el ceño fruncido y las pupilas dilatadas. Como una fiera acechada, vaya.

Este semidiós que me sujeta con brío sabe adivinar los pensamientos de los vulgares mortales: es capaz de aclarar mi perplejidad antes siquiera de que yo formule las preguntas que están acribillando mi confuso entendimiento a la velocidad del rayo.

—No te preocupes, mi amor. Estos hombres pertenecen a los cuerpos especiales rusos. También colaboran en esta operación otras fuerzas de seguridad europeas. Ya pasó, mi niña. Este infierno se acabó. Estás a salvo. Conmigo.

Creo que me he quedado muda de la impresión. Soy incapaz de articular palabra. Apenas si puedo mover un músculo. Los siento agarrotados. Estoy atontada. Agilipollada. No me creo nada.

—¡Violeta, escúchame! —me suplica mientras me zarandea para que reaccione—. ¡Estás a salvo! ¡Libre! Y yo estoy aquí para protegerte y llevarte a casa. ¿Te han lastimado? ¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?

—No, Vincent. Estoy desorientada, incrédula por este panorama que solo había observado en las pelis de acción o en los telediarios, pero físicamente perfecta. Sin un rasguño.

Al conseguir pronunciar un par de frases coherentes parece que el resto de mi actividad —corporal y cerebral— ha reaccionado de manera inmediata. Lo abrazo con tanta fuerza que me hago daño en los brazos, lo aprieto contra mí como si en ello me fuese la vida. No me arranco con los besos de tornillo por vergüenza torera ante un público tan uniformado. Me aferro a su cuerpo y entro en calor. El hombre del que sospechaba, al que había catalogado en mis lúgubres pensamientos como el amante traidor, como un imperdonable hijo de la gran puta, como ese desgraciado que iba delatando a sus incautas novias, me acaba de liberar de los malos. Y a lo Superman. Joder.

Pese al aturdimiento que me domina, me estoy sintiendo como una zorra perversa. Pero si, como mis ojos observan, Vincent me está rescatando en plan cinematográfico, a lo bizarro, como el mítico McGiver con la adrenalina en plena ebullición, entonces... ¿Quién estaba detrás de mi secuestro? ¿Quién se fue de la lengua? ¿Marc Ribó? ¿Por qué, Marc?

Pero en la vida nada es lo que parece. Ni acontece lo que planeas. Ni tan siquiera tiene lugar lo que imaginan tus neuronas de manera recurrente: gran parte de nuestras preocupaciones provienen de erradas elucubraciones personales, no de lo que realmente ocurre.

Está a punto de desencadenarse una sucesión de sorpresas que a saber cómo seré capaz de digerir. Noticias que afectarán a mi existencia tal y como la conocía hasta ahora. ¡Como si no hubiese ya acumulado bastantes asombros en los últimos tiempos! Pero las confesiones que voy a tener que escuchar en los próximos días resultarán tan inauditas como extraordinarias.

La fantasía forma parte de la vida. La entelequia no siempre pertenece a universos de ficción.

*San Petersburgo, en los albores de la Gran Guerra*

En el caluroso verano anterior a la guerra, las hijas del zar disfrutaban de las noches hechiceras de Crimea y de los bailes estivales celebrados en el Palacio de Livadia en compañía de sus amigos e invitados. Danzaban felices y despreocupadas al compás de los acordes de valeses entre los brazos de funcionarios de alto rango y de los más jóvenes oficiales de la corte.

Una gran luna volvía a presidir otra de las veladas de gala de la familia imperial celebradas en la costa, junto a las orillas del mar Negro. La algarabía de los ocupantes del salón del baile y la de todos aquellos que pululaban por los jardines del palacio, unida a la vitalidad de los más jóvenes, contagiaba el ambiente de alborozo y regocijo. Las chicas no podían saberlo entonces, pero aquel sería su último gran baile en la tierra de sus sueños, su idolatrada Crimea, el lugar del que nunca quisieron partir y al que jamás regresaron. Una fiesta deliciosa en la que disfrutaron despreocupadas y radiantes, rodeadas de glicinas, flores del árbol de la lluvia de oro, lirios, anémonas y manojos cuajados de peonías de color magenta. A su lado, las personas leales en las que confiaban, y cuya presencia les relajaba de la protocolaria corte de San Petersburgo, más rígida y cainita. Quizá si hubiesen advertido entonces que jamás volverían a pisar Crimea habrían retenido cada insignificante detalle de aquella madrugada engalanada con júbilo y sonrisas.

—¿Crees que cuando sea una venerable anciana podré retirarme en esta tierra de mil colores? En Crimea la felicidad se impone sin esfuerzo alguno a los sinsabores y pesares. —Olga danzaba sobre sí misma haciendo girar los

faldones de seda salvaje de su traje de gala. Neva la escuchaba divertida, pero sin quitar ojo a un atractivo miembro del ejército imperial con el que acababa de bailar dos piezas a ritmo de balalaicas. Las amigas habían salido a los jardines para tomar el fresco durante unos minutos, pero a Neva le apetecía volver a sentir la mirada penetrante de aquel joven antes de que finalizase la velada: las pupilas azabache del apuesto oficial le provocaban cosquilleos en el estómago.

—No veo por qué no podrías hacerlo. En un futuro, cuando el zarévich herede la corona, el peso de la representación del linaje Romanov recaerá sobre él, sobre la mujer que tome como esposa y sobre los hijos que ambos engendren. Así pues, mi querida Olga, podrás finalizar tus días disfrutando de las puestas de sol que este incomparable rincón ofrece. Y si me lo permites, yo estaré encantada de visitarte de cuando en cuando acompañada de mi familia.

—¡Por supuesto que lo harás! Me gustaría conservar nuestra amistad a lo largo de las décadas venideras. Y reírnos de estas trastadas de juventud cuando llegemos a viejitas, mientras tomamos el té junto a mis hermanas alrededor de una mesa redonda, vestida para la ocasión con mantelería de hilo blanco. Una gran mesa ubicada frente a unos enormes ventanales, como ese rincón del Palacio Alexander en el que nuestras madres se relajan tejiendo y saboreando un té. ¿Crees que lo lograremos?

—Olga, no se me ocurren motivos que pudiesen arrebatarnos nuestro afecto. Incluso daremos continuidad al cariño que nos profesamos cultivando la amistad entre nuestros hijos desde que sean unos críos.

—¡Entre nuestros niños y también entre ellos y la futura prole de mis hermanos! A veces calculo que si todos nosotros tenemos cinco hijos, como el zar y la zarina, dentro de unos pocos años habrá al menos veinticinco chiquillos Romanov correteando por los parques y jardines imperiales. ¿Qué te parece?

—Una linda locura, Olga. Los hijos conllevan alegría y desasosiego a partes iguales. Pero el regocijo de verlos crecer compensa con creces las inquietudes de su crianza. ¡Eso afirma mi madre!

Pero nadie tiene el futuro que espera. Ni siquiera las princesas más primorosas que ha dado la historia.

La última temporada de invierno celebrada en San Petersburgo antes de la guerra primero, y de la revolución bolchevique después, fue brillante, animada e infatigable. Tras el exitoso año del tricentenario, los rusos se encontraban animados. La sucesión de fiestas organizadas por las más insignes estirpes nobiliarias rusas en honor de la patria y de sus soberanos marcarían el ocaso de una dinastía legendaria. También de la sociedad noble y burguesa de toda una época. El canto del cisne.

Rusia entró en guerra en el verano de 1914 poniendo fin a la existencia de la corte Romanov. Y a las trayectorias de todos cuantos formaban parte de ella: Olga, Tatiana, María, Anastasia, Neva, Selma, Selim, Kemal... Ya no habría más cruceros por las costas de Finlandia, ni reuniones sociales bajo el firmamento despejado de Crimea, ni cenas de gala en San Petersburgo, ni veladas en los palcos aterciopelados del ballet, ni brindis de champán en el entreacto de las funciones de la ópera. Tampoco confidencias femeninas a la luz de la luna, ni tardes veraniegas de juegos y risas con los amables oficiales del *Shtandart*; ni siquiera anhelos juveniles compartidos entre golosinas y limonadas. Los fastuosos salones del Palacio de Invierno, la sala de conciertos, el Teatro Imperial e incluso el solemne salón del trono tuvieron que ser reconvertidos en espacios públicos para improvisar hospitales de campaña en los cuales atender a los miles de heridos.

Las hasta entonces regias e inaccesibles estancias reservadas para el uso y disfrute de la familia imperial y sus refinados invitados se llenaron de hileras de camastros, dando paso a la tristeza, los lamentos, los gemidos, los alaridos de dolor, el derramamiento de sangre y las atroces muertes de jóvenes inocentes y de seres queridos. Óbitos causados por la crudeza de los combates y por las heridas de la metralla.

La zarina y sus hijas se presentaron como voluntarias de la Cruz Roja y ejercieron como enfermeras durante los meses que duró la contienda. Recibieron formación y lecciones de medicina, e incluso llegaron a graduarse como enfermeras de quirófano, al igual que su inseparable dama de compañía, la dulce Neva.

Las jóvenes sustituyeron sin rechistar las protocolarias y principescas vestimentas por sencillos batines blancos, las labores de bordado por las agujas de sutura, las joyas reales y los metales preciosos por el acero de

tijeras de botiquín y las cuberterías de plata por bisturíes quirúrgicos. Limpiaron a conciencia sangre derramada, quemaduras, pus, metralla y heridas espeluznantes, como cualquier otra enfermera titulada, y jamás protestaron por el dantesco espectáculo de los cuerpos mutilados ni sucumbieron al cansancio ni al desaliento. Amputaron miembros, curaron cuerpos destrozados por las bombas y vieron morir a muchos soldados. Algunos de ellos fallecieron en sus propios brazos mientras las chicas intentaban transmitirles un poco de consuelo durante el clímax de sus agonías.

A veces pasaban las tardes en el hospital sin más propósito que alentar a los heridos, acompañarlos en sus horas de soledad, charlar con ellos, entretenerlos leyéndoles cuentos o jugando a las cartas. Incluso llevaban desde palacio pasteles caseros, dulces elaborados artesanalmente y flores recién cortadas de los jardines para intentar sonsacar tenues sonrisas de los postrados convalecientes. Les regalaban atenciones y caricias ganándose el corazón y el respeto tanto de los soldados heridos como del personal cualificado que atendía los hospitales. Ni una pizca de altanería, ni un ademán distante, ni un mísero privilegio resultaba palpable en aquel grupo de mujeres de ascendencia imperial.

—Hoy he tenido que vendar las heridas de un joven nacido en la región de Siberia. Se llama Serguéi y el pobre perdió un brazo por la explosión de una bomba. Su triste sonrisa parecía agradecerme el gesto, pero sus ojos transmitían tanto pesar que casi estallo en lágrimas, Neva. He tenido que contenerme para evitar el llanto en su presencia. ¿Hasta cuándo va a durar esta inclemente guerra que mantiene al pueblo descorazonado y abatido, a la par que solo nos devuelve soldados con los cuerpos mutilados y el ánimo quebrado?

—Yo rezo todas las noches para que esta tragedia cese cuanto antes, Olga, aunque parece que nadie allá arriba escucha mis ruegos. Pero debemos ser fuertes. Por Rusia y por todos los compatriotas a los que atendemos. Si nosotras desfallecemos a su lado, ellos sucumbirán al desánimo. Se encuentran lejos de sus hogares, de sus familias, de sus esposas, de cualquier mano amiga... Están malheridos, débiles y agotados. Nuestros rostros son los únicos que observan durante su calvario, y tenemos la obligación de mostrarles la



mejor cara que seamos capaces de lucir. Aunque por dentro estemos deshechas.

—Lo sé, mi querida amiga. Pero hay días en que el nuevo amanecer me resulta demasiado sombrío para afrontarlo. Bien conoces que en mi familia no somos ajenos a la enfermedad. Siempre hemos tenido que otorgar consuelo, desde que mis hermanas y yo éramos unas crías, a los pesares de mamá, a sus nervios destrozados, a esas jaquecas crónicas que la mantienen aislada y a cuantos suplicios ha soportado el pequeño Alekséi desde su nacimiento: la hemofilia que padece lo ha postrado largas temporadas en cama. ¡Cuántas noches he tenido que observar al benjamín sollozar a causa del sufrimiento que le provocan sus hemorragias incontenibles! Pobrecito mío, cuánto dolor ha padecido desde que era un bebé.

—Es un niño muy valiente, Olga. Tiene coraje y siempre sale adelante.

—Lo sé, y doy gracias por la templanza y la fortaleza con las que mi hermano pequeño afronta y supera cada una de sus crisis. Pero todos esos soldados, algunos casi unos niños, exhibiendo expresiones dulces e infantiles en sus rostros demacrados, tan pálidos, con las carnes abiertas, con boquetes en los muslos, con las heridas a la vista, febriles, delirando... A veces la impotencia me puede, que no el desánimo. Y cuando esos muchachos levantan la vista y me encuentro a escasos centímetros de sus iris suplicantes, se me parte el alma.

—Cuando creas que todo se desmorona en tu interior, piensa en las agradables travesías a bordo del *Shtandart*, Olga, en el vaivén de las olas y en la fresca brisa del mar acariciando nuestras mejillas. En la sonrisa cómplice de nuestros amigos, de nuestros familiares. En tantos juegos disfrutados sobre la hierba de los parques del Palacio Alexander. O en Crimea.

—Cuando esta espantosa guerra llegue a su fin, y no tardará mucho en hacerlo, regresaremos a nuestro refugio, al Palacio de Livadia. Y volverán a sonar las orquestinas en honor de los invitados imperiales.

—¡Claro que sí! Y luciremos de nuevo nuestras mejores galas, estrenaremos vestidos a la moda, brindaremos con champán y con vodka, saborearemos faisán relleno, y repartiremos golosinas y chocolates mientras nos cortejan los valientes soldados bajo el cielo límpido de aquella divina región. Y también organizaremos un gran convite honrando a los

convalecientes, los mismos a quienes ahora intentamos sanar física y espiritualmente. Ellos son los héroes de nuestra patria. Dejarán atrás estos siniestros camastros para danzar junto a nosotras, para bailar con Tatiana, con María y hasta con Anastasia, que ya no será tan niña...

—¡Ojalá el porvenir que nos aguarda acontezca tal cual lo estás narrando! Y el zar, mi amado padre, estará orgulloso de que sus hijas organicen homenajes para agasajar a los soldados que ahora están sirviendo a Rusia con honor y gallardía.

Las amigas se abrazaron conmovidas a la vez que sus anhelos juveniles volaban hacia aquellos planes que estaban trazando para cuando la Gran Guerra no fuese más que un agrio recuerdo. Fue la última vez que Neva y Olga se vieron, mientras dibujaban un ilusionante futuro que jamás aconteció. A la hija de Selma le aguardaba el exilio. A la primogénita del zar una muerte atroz.

Pero hubo años felices.



Los trágicos meses posteriores al estallido de la Gran Guerra sobrevinieron cruentos entre la creciente desesperación del pueblo ruso. Temperaturas bajo cero, falta de combustible, transportes paralizados, carencia de madera para calentarse, tempestades siberianas, escasez de alimentos e innumerables colas para conseguir algo de pan que llevarse a la boca. El ambiente se enrareció en Rusia ante las necesidades de las masas hambrientas. Comenzaron a ser habituales en todos los rincones del país los brotes de violencia callejera. A los saqueos de los colmados y establecimientos de alimentación siguieron los incendios provocados, el linchamiento de los miembros del ejército que intentaban poner orden, los disturbios populares y las revueltas continuadas. No hay razón, argumento, patria ni bandera que el clamor del hambre y la necesidad de los hijos pueda defender.

La ciudad imperial hervía de tensión, desesperanza, tumultos y peleas. Un silencio aterrador, el mutismo que antecede a la muerte, cubrió San Petersburgo —que había pasado a denominarse Petrogrado en la guerra—

durante la víspera de la revolución. Se había desencadenado el punto de no retorno en el que se sucedían los motines despiadados y se multiplicaban las deserciones de soldados y oficiales, las huidas de los miembros del servicio y hasta la traición de algunos allegados.

Las presiones, chantajes y un poderío cada vez más intenso de los insurgentes iban conquistando con violencia y firmeza las calles del país. Tumbiar el sistema reinante para alzarse a la fuerza con el poder y adueñarse del gobierno de Rusia constituía el único objetivo de los rebeldes. Los insurrectos se fueron haciendo tan numerosos con el transcurrir de las jornadas prerrevolucionarias, su supremacía se hizo tan potente, que incluso consiguieron secuestrar el tren imperial en el que viajaba Nicolás II: fue en aquel momento, en el mes de marzo de 1917, cuando bajo amenazas y coacciones obligaron a abdicar al último zar de Rusia.

La familia Romanov permaneció arrestada durante largos meses tras los muros de su propio Palacio de Tsarskoe Selo —vejados y despreciados por quienes durante décadas los habían reverenciado—. Después se determinó el exilio de toda la estirpe imperial a la ciudad de Tobolsk, en la inhóspita Siberia, por orden del líder del gobierno provisional, Kerenski, un revolucionario moderado que no pretendía dañarlos. Su verdadera intención era protegerlos de la furia desatada de las turbas en un paraje tan remoto e inaccesible.

A las cinco de la mañana de una desapacible madrugada, la familia Romanov se despidió para siempre del que había sido su hogar, su refugio íntimo de juegos y afectos, el Palacio Alexander. Después de muchas horas de inquietud a bordo del tren, tras cruzar los Urales, los regios viajeros alcanzaron una diminuta población ubicada en la Siberia occidental. Una aldea rodeada de vastas praderas, caudalosos riachuelos y bosquecillos de abedules: Tobolsk. Allí, envueltos en un ambiente de naturaleza virgen y con el fondo de montañas nevadas, la familia del zar gozó de una relativa libertad de movimientos. Incluso algunos soldados llegaron a entablar relaciones de cierta camaradería con los prisioneros, dado el carácter afable de todos ellos. Pese a las circunstancias y a la incertidumbre, los miembros de la familia imperial se mantenían con el ánimo firme por el hecho de permanecer unidos. Hallaban consuelo en la mutua compañía y los hermanos no cesaban de bromear y jugar

entre ellos como antaño, a pesar de encontrarse cautivos bajo una vigilancia constante.

Pero tras unos meses de cierta calma, aislados en aquella región idílica, en otoño todo cambió para los Romanov. El gobierno de Kerenski cayó ante la presión de los más radicales y el líder moderado que los había protegido tuvo que fugarse al extranjero para salvar su propia vida. La situación política en Rusia se había convertido en un polvorín que estallaba sin control en cada callejuela, en cada rincón, en cada salón, a lo largo y ancho de los inmensos territorios del país.

Tras aquella huida del único dirigente ruso de ideología comedida, la suerte de la familia imperial quedó en manos del recién investido gobierno de los soviets: acababa de iniciarse uno de los regímenes más autoritarios, implacables y sanguinarios de la historia contemporánea. Un sistema liderado por tiranos ideológicamente intransigentes y capitaneado por la crueldad. Un absolutismo que permaneció vigente hasta las últimas décadas del siglo XX. La grandeza del Imperio ruso, que durante siglos había impresionado al mundo, se diluyó en apenas unos años de supremacía comunista.

Los bolcheviques decidieron trasladar a los zares y a sus hijos a Ekaterimburgo. Custodiados por centinelas rojos, pasaron unas semanas cautivos entre humillaciones y una reclusión opresiva. Mientras tanto, en Moscú, los nuevos líderes debatían sin piedad ni compasión sobre el destino definitivo de los Romanov. Una de las primeras decisiones del nuevo dirigente de la izquierda revolucionaria más radical, el implacable Lenin, fue ordenar la ejecución de toda la familia imperial.

Bajo su mando, el comandante Yurovski se instaló en la casa que acogía a los Romanov junto con varios miembros de la checa. El objetivo único del grupo era cumplir cuanto antes las órdenes de su superior. Aún no había salido el sol cuando en la madrugada del 17 de julio los captores despertaron a todos los miembros de la familia imperial y les ordenaron vestirse con premura. Sin dilación ni explicaciones, los condujeron al sótano de la residencia en la que se encontraban confinados, la que sería su última morada.

Mientras se estaban acomodando en aquel cuartucho lúgubre y preguntándose entre ellos, extrañados y desconcertados, por qué los habían movilizad o hasta allí antes del amanecer, entró en la estancia subterránea un

grupo armado de bolcheviques. Los recién llegados no se demoraron en acometer la misión que les había sido asignada: dispararon a quemarropa a la familia imperial y a algunos de sus más fieles sirvientes.

El zar cayó fulminado en primer lugar y la zarina fue asesinada inmediatamente después, víctima del impacto de un disparo en plena boca. A continuación, todavía envueltos bajo el espeso humo provocado por la primera ráfaga de pólvora, inmunes a las miradas suplicantes y a las expresiones conmovedoras de los hermanos, los fusileros realizaron una descarga de munición al resto de los presentes. Once personas fueron salvajemente ejecutadas. No hubo supervivientes.

El zarévich, apenas un adolescente, sobrevivió al primer vendaval de metralla, pero fue rematado sin clemencia: le dispararon a bocajarro por dos veces a la altura del oído. Los que no perecieron de inmediato fueron ajusticiados a bayonetazos en el transcurso de una carnicería inhumana. Los ejecutores no se inmutaron ante los alaridos desgarrados, el tormento, la agonía y los estertores mortales de los más jóvenes. Incluso las mascotas de las grandes duquesas Tatiana y Anastasia, sus perros Ortipo y Jemmy, fueron abatidas por los disparos inmisericordes de los verdugos.

Los miembros de la dinastía reinante más grandiosa que Europa hubiese contemplado desde la corte versallesca yacían inertes entre densos charcos de sangre. Unos sobre otros, desfigurados a balazos. Los que alguna vez tuvieron al pueblo ruso a sus pies murieron en una lúgubre cripta, masacrados como vulgares delincuentes.

Los hombres de Yurovski trasladaron los cadáveres en carretas desde el sótano en el que tuvo lugar el espeluznante exterminio hasta una mina abandonada. Los desnudaron y rajaron sus vestidos en diminutas piezas. Con hachas y cuchillos de cazador despedazaron los cuerpos y destruyeron los restos vertiendo por encima ácido sulfúrico. Después hicieron arder en hogueras activadas con bencina los desechos de la familia imperial. Pretendían evitar su identificación en caso de que alguna vez esos despojos humanos fueran hallados.

Quizá si los Romanov hubiesen comprendido las necesidades de aquellos a los que gobernaban, si hubiesen vislumbrado que el mundo que los rodeaba

estaba cambiando, habrían podido escapar de tan temible destino. Y la historia contemporánea de Rusia se hubiese escrito con otro final.

## Quinta parte

# GUERRA Y PAZ

«A veces hay que estropear un poquito el cuadro  
para poder terminarlo».

EUGÈNE DELACROIX



## *Las confesiones de los Moliere*

**H**an transcurrido tres días desde mi liberación. Ya han pasado setenta y dos horas desde esa operación coordinada de las unidades de élite, de tiroteos en los pasillos, griteríos, disparos y puertas derribadas. Nadie está preparado para convertirse en el protagonista de las peripecias que hemos visto en el cine o leído en los libros. Y sin previo aviso.

Del reconocimiento médico y de la declaración policial no me libré pese a mi estado catatónico, pero esos han sido los únicos trámites oficiales de obligado cumplimiento. Por ahora. Parece que dar conmigo no fue excesivamente complejo gracias a la llamada telefónica que mantuve con Marc apenas unos minutos antes de que aquellos canallas ejecutaran mi secuestro. Como le estaba describiendo la terraza en la que tomaba un tentempié justo antes de que me atacaran, pudieron rastrear mi móvil y visionar las cámaras de seguridad de la zona en un radio muy limitado y concreto. El objetivo fijo de un banco situado a escasos metros del escaparate en el que yo contaba muñecas rusas grabó el momento en el que un tipo hercúleo me inyectó un calmante en el cuello y me arrastró hacia una furgoneta cuya matrícula quedó visible. La policía rusa localizó al propietario del vehículo y ese dato desencadenó la operación de rescate. Todo se hubiese complicado y dilatado en el tiempo de no haber tenido lugar esa oportuna conversación por el móvil. A veces, solo a veces, el efecto mariposa tiene un final feliz.

También fue capital la celeridad con la que Marc reaccionó. Al no presentarme en el restaurante del Four Season a la hora convenida, se acercó hasta mi habitación. Como tampoco me encontraba allí, muy extrañado, preguntó en recepción. Ante su insistencia y preocupación, el personal constató que yo no había pasado la noche en el hotel. Marc se alarmó y supo enseguida que algo no iba bien. La última vez que habíamos hablado, unas quince horas antes, yo me dirigía hacia allá. Como no aparecí en el almuerzo, ni dormí en mi habitación y mi iPhone permanecía apagado, contactó de inmediato con Vincent. También avisó a la policía civil rusa, pero dio por

hecho que uno de los tíos más ricos e influyentes de Europa tendría más recursos a su disposición que una comisaría de San Petersburgo, como así fue. De ahí su empeño por explicarle la situación a Moliere antes que a nadie.

Resultó que la impecable reacción de los dos hombres a los que yo maldije por traidores durante mi cautiverio, a los que culpé como principales sospechosos de todas mis desgracias, a los que degradé inmisericordemente a la categoría de escoria, a los que ofendí durante tres días y sus tres noches, los que me arrancaron lágrimas de sangre por el disgusto de un complot imaginario, los que transformaron mi miedo en dolor, eran quienes habían propiciado mi retorno a la libertad en tiempo récord.

Yo condeno mi recelo. Mi conciencia está revuelta y los remordimientos me reconcomen. Menuda cabrona estoy hecha. Desconfiada, retorcida y mal pensada. Creo que el único dolor del alma que no voy a ser capaz de superar tras esta experiencia devastadora es la mala conciencia por culpar gratuitamente a los que más me quieren.

Tras el diagnóstico previsible del especialista —estrés postraumático leve, reposo absoluto, cura intensiva de sueño, alimentos sanos y grandes dosis de cariño—, me he pasado tres placenteras jornadas descansando en el Four Season, sometida a un régimen divino y sin apenas salir de la habitación. Ojo. Por prescripción médica. Cuando me interesa lo que prescriben, el canto de los doctores es palabra de Dios.

Masajes relajantes, largas siestas bajo sábanas de raso y cálidos edredones, desayunos saboreados en la cama, bocados delicatosen servidos en la misma suite, toneladas de flores frescas decorando mi habitación y mimos delicados provenientes de cierto bombón. Y hasta carantoñas del personal del hotel, que ha debido recibir generosas propinas para que yo consiga sentirme como una princesita Disney en su palacio particular. En estos días tenebrosos me ha sorprendido comprobar cómo la luz de Vincent brillaba entre mis sombras. Como ninguna otra resplandeció jamás.

Tras setenta y dos horas apacibles, la Violeta guerrera, rebelde, curiosa e inquieta comienza a rugir y a desperezarse. Y tengo muuuuuy claro por dónde quiero comenzar a saber. En esta ocasión nada tiene que ver con mi pasado, mis ascendientes o mi árbol genealógico. El objeto prioritario de mi asombro y de mis desvelos presume de culo prieto, espalda ancha, torso fibroso, labios

carnosos y olor dulzón. ¿Qué coño hacía Moliere participando en un rescate de alto riesgo junto a los cuerpos de élite? Mi amante batallando junto a esos sementales bravos, soldados entrenados para el combate, unos milicianos doctos en bailar el machete. Prepárate, Vincent, porque, pese a la convalecencia, ahora mi asalto particular va dirigido hacia ti. Únicamente hacia ti.

Él golpea suavemente la puerta con los nudillos, asoma la cabeza y entra con una sonrisa que me derrite. Y un nuevo ramo de flores. Camelias. Esta suite parece el jardín de las delicias (obviando las escenas calentitas). Rosas, orquídeas, calas, gardenias, peonías... Al Four Season lo voy a rebautizar como *One Season: the Spring*. Y a mi héroe particular lo van a nombrar cliente del mes en la floristería en la que se esté dejando un capital de rublos a diario. Pero me encantan sus atenciones. Sus cuidados y caricias. Esa preocupación por mi bienestar que no se molesta en disimular. Tras haber mantenido un feo careo con la muerte, me he prometido aparcas los sarcasmos y las chulerías hasta la siguiente vida. A veces no necesitamos una mano que nos levante cuando caemos, sino a alguien que permanezca en nuestro regazo hasta que podamos volver a caminar.

—Como sigas cubriendo de flores estas paredes me van a tener que trasladar a la estancia presidencial por falta de espacio.

—Si es lo que realmente te apetece, descuelgo el teléfono y en diez minutos estás gobernando la suite real. O los salones más regios y solemnes del Palacio de Invierno si te place. Todo es poco para verte de nuevo en plena forma. Cuanto antes.

Besazo con lengua. Y mordisquitos suaves en el cuello. Taquicardias y calentón de la maltrecha guerrera. Pero no es momento de danzar bajo las sábanas, sino de comenzar un interrogatorio. Venga, Violeta. Cuanto antes dispaes antes darás en el blanco.

—Me parece que cierto madelman me debe una explicación.

—¿Cómo te encuentras esta tarde? Tu aspecto es magnífico, lo cual me tranquiliza.

—No cambies de tema. Estoy estupenda y a cada hora transcurrida acumulo más energía. También se ha desperezado mi apetito voraz. Vamos, que mi cuerpo vuelve a funcionar como acostumbra. Pero, por mucho que lo

intentes esquivar, quiero respuestas. Sinceras. Vi lo que vi y necesito saber. ¿Eres Vincent Moliere o el capitán del Equipo A? ¿Tal vez el superhéroe de capa roja y calzón azul jubiló a Clark Kent para reconvertirse en un bombón de ascendencia parisina?

El guapérrimo echa unas risas —al fin la naturalidad se impone a sus habituales formas impecables— y me mira con picardía. Entretanto no deja de besuquearme. Como piense que voy a claudicar por el efecto hipnótico de sus labios húmedos e insinuantes que hoy me saben a cereza, va listo. Sabe que ha llegado el momento de confesar, algo que intuyo no le resultará fácil.

—No vas a parar hasta saber por qué estaba allí, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? Lo que sea que tengas que confesarme, cuanto antes mejor.

—No debería contarte esto.

—Pues ya lo estás haciendo y no vas a parar hasta el punto y final.

—Nunca debiste saber lo que estoy a punto de desvelarte, pero tu vida estaba en peligro y eso para mí era más sagrado que cualquier otra cosa. Lo que vas a escuchar debe quedar entre nosotros.

—Si eso es lo que te preocupa, puedes estar tranquilo. Lo que ahora me confieses entre nosotros quedará.

—¿Aunque alguna vez me abandones por otro? Ahora nos queremos, pero algún capullo se podría interponer entre nosotros. Esas cosas suceden. La pasión no hace cosquillas eternamente.

«O alguna harpía», pienso para mis adentros mientras no puedo evitar sonreír ante esa controvertida pregunta. Qué cosas tiene Moliere...

—Ahora y siempre sabré guardarte el secreto.

—Mmmmm, ahora y para siempre. Como en el altar...

Por la reincidencia de sus evasivas resulta evidente que a Vincent le cuesta comenzar su confesión. Intento desdramatizar el momento para ver si el jodío se arranca de una vez con las palabras.

—He descubierto a mi verdadera familia, a unos antepasados provenientes del antiguo Imperio otomano y hasta una abuela legendaria que podría protagonizar una telenovela de mil capítulos por lo extraordinario de su vida. Las últimas noticias tuyas que han llegado hasta mis oídos es que pudo ejercer como espía comunista durante la Guerra Fría... ¿Crees que después de

averiguar todo este serial que cargo sobre mis genes hay algo que podría trastocarme todavía más?

—Es que parte de lo que te voy a contar también tiene que ver con Kate.

Doy un respingo. Me enderezo y con un tono de voz más severo y hasta con una expresión suplicante, exijo:

—Vincent Moliere, no voy a tolerar otra evasiva. Suéltalo todo. Ya mismo.

Acerca hasta el cabecero de la cama una silla de patas doradas, tapizada en terciopelo bermellón, y la sitúa a mi vera. Si me incorporo lo puedo besar apasionadamente. Pues a aguantarse. Las zalamerías deben esperar. Parece que por fin va a hablar. ¡Aleluya! Lo que ocurre es que lo que está a punto de soltarme es la bomba. Parece que no solo la magnánima Catalina Austen era espía. ¡La Virgen!

—El tráfico de antigüedades se ha convertido en una de las fuentes principales de financiación del yihadismo. En los territorios de Siria e Irak controlados por el Ejército Islámico, no solo rige un régimen medieval, tirano, de una crueldad atroz. También se están destruyendo sistemáticamente bienes culturales y tesoros de la humanidad en una región que ha sido cruce de culturas desde el neolítico. Por un lado, destrozan museos y yacimientos. Pero, por otro, se ha organizado una auténtica mafia alrededor de las excavaciones ilegales y del saqueo de miles de piezas que, tarde o temprano, por desgracia, entrarán en el mercado. Esta situación ha puesto en alerta tanto a la Unesco como a la Interpol. También a los gobiernos, fuerzas de seguridad y policías de numerosos países. Una parte importante de los ingresos del Estado Islámico proviene del saqueo y contrabando del patrimonio cultural expoliado de los yacimientos arqueológicos, museos, bibliotecas y archivos de Irak y Siria.

No comprendo muy bien hacia dónde quiere ir a parar Vincent, pero me propongo no interrumpirlo. Con lo que le ha costado poner en marcha este monólogo ni se me ocurre siquiera preguntar. Aunque el hecho de que las primeras palabras de su explicación se dirijan hacia esos desaprensivos terroristas, la peor escoria que haya padecido nuestra sociedad en décadas, me alarma.

—Los ingresos de este expolio se están utilizando para apoyar actividades de reclutamiento y fortalecer su capacidad operacional con el

objetivo de perpetrar atentados terroristas. Por lo tanto, no se trata únicamente de la destrucción deliberada del patrimonio cultural, que de por sí constituye un crimen de guerra. Es también un problema de seguridad mundial.

—El ISIS, la Unesco y la Interpol. Has comenzado fuertecito, Moliere.

—Pues agárrate bien, mi Violeta. Que este relato apenas ha comenzado. La tensión irá *in crescendo*. ¿Estás preparada?

—Continúa, *cuore*. Tienes toda mi atención.

—Bien, hasta ahora no han aparecido piezas de Irak ni de Siria en el mercado de arte. Sin embargo, sí hemos detectado en plataformas virtuales de venta ilegal objetos pequeños, como monedas, lamparillas de terracota o estatuillas. La Unesco trabaja activamente con algunos países de la zona, Turquía y Líbano en particular, para descubrir las principales redes e intentar detener el tráfico. Los principales mercados son, como bien conoces porque es tu trabajo, Estados Unidos, Suiza, Francia, Reino Unido y China.

—Y los traficantes buscan colocar las piezas de más valor en esos mercados, los más pudientes.

—Exacto. Nuestro desafío es alertar sobre el crecimiento de este tráfico, su procedencia, su destino, la financiación de la organización terrorista que tiene en jaque a Occidente, y reforzar las medidas de control y verificación de las procedencias.

¿He escuchado a Vincent pronunciar las palabras «nuestro desafío»? ¿¿¿Nuestro desafío??? Vaya, que él mismo se está incluyendo en el meollo de esta cuestión. ¿Como integrante de los equipos de investigación? ¿Y mi abuela cómo encaja en este jeroglífico?

—La lucha contra el tráfico ilícito de bienes culturales es un asunto que preocupa a la Unesco desde hace decenios. De hecho, desde 1970 la comunidad internacional dispone de una convención internacional, coordinada por este organismo, que trata de combatir ese tráfico. España la ratificó en 1986.

—Lo sé; continúa, por favor.

—La actual crisis iraquí nos puso en alerta hace ya muchos meses. En julio de 2014 la Unesco desarrolló un plan de acción para salvaguardar su patrimonio cultural. Convocó una reunión a la que asistieron expertos internacionales y movilizó a los interlocutores relevantes en este ámbito. Ya

sabes: Interpol, Organización Mundial de Aduanas, policías y autoridades de fronteras, casas de subastas, principales marchantes, coleccionistas...

—Vincent, cada vez se presta más atención a las pruebas que muestran la procedencia lícita de un objeto cultural. Es crucial que se halle registrado en un inventario adaptado a los estándares internacionales. Conozco estos procedimientos porque nosotros, como propietarios de un establecimiento comercial de prestigio que compra y vende antigüedades, lo cumplimos a rajatabla. Por ética profesional y por convicción moral.

—Cierto. Recomendamos a instituciones públicas y a coleccionistas privados que registren sus colecciones haciendo uso de estas herramientas. Como bien conoces, la Unesco promueve el uso del Object ID, un estándar internacional para describir objetos culturales.

—Pues anda que no lo he utilizado veces. Tanto en nuestra tienda madrileña como cuando trabajé en casas de subastas internacionales. El Object ID, que incluye fotografía y una descripción detallada de la pieza.

—Da gusto charlar sobre este tema con una experta. —Vincent me sonrío y acerca sus labios para besarme, pero le despacho con un pico rápido para evitar distracciones en una confesión que promete. Aunque estoy muriendo de amor y con unas ganas terribles de callarlo a besos.

—Lisonjas y halagos luego, cariño. Estoy *on fire*. Muy nerviosa. Necesito saber y lo necesito ya.

—Vale, vale. Menuda sargenta estás hecha. En caso de robo esa descripción ayuda a las autoridades a encontrar el objeto y facilita su inclusión en la base de datos de Interpol sobre obras de arte robadas. Ese sistema, aplicado de forma universal, ayudaría en el rastreo de objetos robados y mejoraría la cooperación internacional.

—¿Podrías ir al grano? ¡No puedo esperar más para descubrir dónde quieres llegar! Creo que he pillado sobradamente el contexto en el que quieres situarme. Por un lado están los buenos, los organismos internacionales y los estados que pretenden combatir el tráfico de arte; y por el otro, los malos, los que trafican e incumplen la legalidad. Hoy en día la mayoría de los que pertenecen al bando equivocado son los cabronazos que se aprovechan de las zonas de conflicto, especialmente en Siria. Con los malnacidos del ISIS a la cabeza.

—¡Esta es mi chica! Jajajaja, no te angusties, que ya llegamos al desenlace. ¿Dónde situamos a nuestra querida Kate y a tu amor, o sea, a mí, en esta encrucijada?

—El cerco del rompecabezas se ha estrechado y ya voy ubicando vuestro papel en este relato. Y puedo asegurarte que el corazón se me va a salir del pecho.

—Ahí voy, Violeta Velarde. Ya llego. —Vincent sonrío con dulzura y toma mi mano. Su piel es suave, placentera al tacto. Dejo que acaricie mis dedos mientras continúa hablando. El roce de su piel me relaja—. La Unesco agrupa a socios como la unidad de obras de arte de Interpol, la oficina contra el tráfico de bienes culturales de la policía francesa, la Guardia Civil en España o los Carabinieri en Italia. Forma a agentes de aduanas, policías y especialistas en el campo de la protección del patrimonio, en el control de procedencia de objetos culturales y en el tráfico de arte internacional. Existen colaboradores en todos los ámbitos: gobiernos, policías nacionales, coleccionistas, galeristas, artistas, intermediarios...

—¡Ay! No me digas más. Sois una especie de protectores del patrimonio de la humanidad o de agentes infiltrados para las fuerzas de seguridad y organismos que combaten el tráfico de arte. Si va a resultar que yo no andaba tan descaminada en mis elucubraciones...

Vincent exhibe con toda la intención una sonrisa pícaro y una ceja subida que le otorga un aspecto de tío bueno irresistible. Estoy orgullosa de mantener una relación con un mecenas que en sus ratos libres combate el tráfico de arte, pero solo se me ocurre pensar en lo tremendo que está el maromo. Viciosilla que es una, qué se le va a hacer. Y, por cierto, bendita mi suerte. Como este hombre que ahora toquetea mis deditos con dulzura hay uno entre cien mil. Y yo lo tengo sentado a veinte centímetros de mi boca. Haciéndome confesiones íntimas que harían tambalear cimientos gubernamentales. También me hace el amor cuando no estoy convaleciente. Este pedazo de varón podría ser el embajador de Sodoma. Ufffff... Me riño a mí misma por mi descaró, aunque sonrío por mis claros síntomas de recuperación. Parece que voy dejando atrás el trauma del secuestro y mi cuerpo recupera su energía y dinamismo. «Violeta, no te disperses. Olvida esta lascivia efervescente hasta el final de su confesión».



—Tu abuela me reclutó. —Vincent lo suelta a bocajarro—. Mi amor, yo soy uno de esos agentes que colabora con los organismos internacionales. Ser uno de los principales mecenas en el panorama internacional me facilita la entrada sin restricciones a cualquier entorno relacionado con el arte, el coleccionismo, la compra-venta, lo que sea. Y sin despertar sospechas. Puedo preguntar, husmear, meter las narices, indagar, legitimado por mis propios intereses, los de mi patrimonio o el de mi familia, sin que nadie lo relacione con la trastienda, las investigaciones, con los organismos que luchan contra el tráfico y el contrabando. Los otros piensan que yo me informo porque me interesa para mis inversiones. Y todos pican, porque mi reputación, el estatus de mi familia y nuestro capital despierta la codicia humana: todos quieren hacer negocios conmigo. O intentarlo.

La euforia que me gobernaba hace escasos segundos —debida a la explosión de endorfinas que me provoca la anatomía de Moliere—, decae. Ahora me siento una mierda de personita. Una mujer sin sustancia. Todas las personas que me rodean o que están emparentadas conmigo rebosan excepcionalidad.

—¿Qué ocurre, Violeta? Te has quedado muy callada. —Vincent vuelve a tomar con ternura mis dedos entre los suyos. Siempre tiene las manos suaves, calientes, listas para ser acariciadas—. ¡Ay, mi niña, no me mires así! Debes comprender que estas operaciones requieren discreción por razones obvias. Para no desenmascarar a los que colaboramos en la sombra, para evitar filtraciones, para garantizar el éxito de las investigaciones, y, por encima de todas las cosas, para proteger a las personas que queremos. Cuanto menos sepáis, mejor.

—Aunque esté poniendo ojitos de ternerita desorientada, en el fondo te estoy admirando más que nunca. Pese a tenerlo todo y poder disfrutar de una vida sin preocupaciones, afrontas peligros innecesarios. ¡Te juegas la vida, coño! Y lo haces con un único propósito: intentar que las obras de arte perduren intactas para las sucesivas generaciones.

—Tampoco exageres, Violeta. Yo solo apporto un granito de arena desde despachos enmoquetados y entornos privilegiados. Poca cosa. Cada vez que tengo noticias de que han saqueado un nuevo yacimiento es como si me arrancasen un trocito del alma.

—¿¿¿Pero participas en trabajos de campo??? Allí, en las entrañas del desierto, sorteando dunas y tormentas de arena, entre cámaras polvorientas de tumbas centenarias. A lo Indiana Jones, látigo en mano... ¡De ti ya no me extraña nada!

—¡Qué va, para nada! En tu rescate me involucré personalmente porque estaba en juego la vida de la mujer a la que amo. Una excepción que no se repetirá. Los peligros extremos no son lo mío. Ni las heroicidades.

—Explícame cómo disteis conmigo. Conozco lo que ocurrió por boca de la policía, pero tú todavía no me lo has contado.

—Estaba esperando a que tú quisieses sacar este tema. No quería importunarte con recuerdos ácidos. Fue relativamente fácil. Y gracias a la celeridad y a los reflejos de Marc. Él había quedado a comer contigo en el Four Season. Al ver que te retrasabas, subió a buscarte a tu habitación. Como no estabas allí, preguntó en recepción. En el mostrador le confirmaron que no habías pasado la noche en el hotel. Se alarmó, puesto que parece que ibas de camino cuando charlasteis por teléfono la noche anterior. Se puso en contacto conmigo. Tu móvil permanecía en una inquietante desconexión permanente. Volé de inmediato a San Petersburgo en el jet privado de mi padre. Fue providencial esa llamada telefónica nocturna porque, mientras charlabais, también le contaste dónde habías cenado: en la terraza del Mar. La policía pudo rastrear todas las cámaras de seguridad de la zona y la de una entidad bancaria cercana, ubicada a escasos metros de la tienda cuyo escaparate mirabas con atención...

—Matrioskas —lo interrumpo con una sonrisa luminosa en la cara: admiro a este hombre como nunca—; estaba embelesada con una colección de veinticuatro muñecas rusas pintadas con maestría. Recuérdame que regrese por allí para comprarlas.

—Mañana tendrás en esta habitación una docena de colecciones de matrioskas. O más. No te apures por eso. Tantas como ramos de flores. Ya me encargo yo. Mimarte es mi más grata afición.

—Y tú eres mi única devoción, guapazo. —Y un muerdo de órdago que se acaba de ganar mi héroe en sus apetecibles morritos. Por entrañable. Por tierno. Por zalamero. Tras este breve receso culminado por una placentera sesión de besuqueos en boca, cuello y hombros, Vincent prosigue.

—Mientras tú contabas muñecas, se observa con nitidez cómo un desgraciado se acerca a ti por detrás, inyecta una jeringuilla en tu cuello y te arrastra hacia una furgoneta. Su matrícula nos puso en la pista correcta.

—Vale, dejemos aquí este tema, que lo que resta de trama y el desenlace, bien sabido y experimentado lo tengo. Y ahora explícame sin omitir detalles por qué y cómo te reclutó mi santa abuela, Catalina Austen.

—Fue más sencillo de lo que parece y nada novelero ni folletinesco. Kate ya había ejercido como espía en su juventud. Fue una de las más notables agentes británicas de la segunda mitad del siglo XX. Además de sus habilidades sociales y de su pertenencia desde la cuna a los ambientes más influyentes, dominaba cuatro idiomas: inglés, ruso, francés y español. Su expediente era de sobra conocido por los servicios secretos: una dama de referencia entre la flor y nata británica y una de las coleccionistas europeas de élite. Sus antecedentes nunca fueron un secreto para nadie. Todo ello, unido a su avanzada edad, la convertía en una candidata perfecta. Podía ver, oír, entrar, sonsacar, salir y callar o no, según procediese, en cualquier círculo artístico, aristocrático e institucional. Incluso en los más restringidos. Sin levantar suspicacia ni sospecha alguna.

—Mi abuela era bien recibida hasta por las opacas casas reales árabes...

—Exacto. Le propusieron una colaboración somera, algo que no la comprometiese en exceso debido a su edad. Pero ella sabía cómo actuar. ¡Vaya que si sabía! Contaba con la experiencia y sus conocimientos de antaño y la ventaja que otorga la veteranía. Los delincuentes de cuello blanco se relajan ante la presencia de una venerable anciana. Kate puso a las autoridades sobre la pista de traficantes y colaboradores en multitud de ocasiones. Tenía un olfato fino para advertir posibles tramas turbias antes que casi todos los demás.

—Y parece ser que también contaba con buen tino para captar agentes para su causa. Y reguapos. No tenía mal gusto mi abuela eligiendo sus compañeros de aventuras, no...

—Me conocía desde siempre. Me había visto crecer. Sabía de mi dedicación plena al arte, de mis mecenazgos, mis colecciones, mis recursos económicos, mi faceta empresarial y mis contactos internacionales. Todo ello me abría las puertas en los salones y cenáculos donde se cuecen las

negociaciones. Las legales y las delictivas. A las redes de compra-venta. A los intermediarios. Solo tenía que aparentar cierto interés por las antigüedades que procedían de territorios bélicos. Prestar atención a determinados estilos, a piezas de dudosa procedencia. Hacerme querer por los oportunistas. Sonreír y no decir ni que sí ni que no. Tu abuela fue capaz de advertir en mí a un potencial colaborador. Y no erró. Acepté sin rechistar. Para mí aquello también era una manera de devolver al arte todo lo que el arte me da.

—Pero hay algo que no me cuadra. Me chocó desde que se lo escuché a Marc. Se trata de una información que no he podido retomar desde entonces, pero que no me puedo quitar de la cabeza. Visualizar a mi exquisita abuela como espía británica, a lo James Bond, pero en *female*, tiene un pase. Encaja. Imaginarla como agente colaboradora de los organismos internacionales en la lucha contra el tráfico de arte, también. Pero me resulta imposible aceptar que fuese una espía doble durante la Guerra Fría. Una traidora a su patria al servicio del comunismo soviético.

—A mí también me asombra. Me apostaría un Monet a que tu abuela jamás trabajó para los soviéticos. Pero mucho me temo que en lo referente a la intimidad de Kate yo no te puedo ayudar. Pese a que en su día ella me reconoció su pertenencia a los servicios secretos británicos, no me confesó nada comprometido de aquella época. Ya te he explicado que el hermetismo y el silencio son dos requisitos imprescindibles incluso entre compañeros. También cuando ya estás fuera de servicio: aunque hayan transcurrido décadas desde que acontecieron determinadas operaciones, la confidencialidad siempre se impone.

—Vincent, es que me mortifica esa incertidumbre. ¿Era mi abuela una conspiradora?

—Tranquilízate, Violeta. Sé de alguien que podría resolver alguna de tus dudas. Desconozco hasta qué punto y tampoco sabría concretarte cuántas de ellas, pero estoy convencido de que él podrá aportarte informaciones muy valiosas sobre el pasado de tu abuela. Aspectos a los que yo jamás me aproximé.

—Por el amor de Dios, ¿¿¿quién es esa persona, Vincent???

—Dominique Moliere. Mi padre.



Una no es de piedra, aunque presuma de robustas tragaderas y de un umbral alto de tolerancia. Estoy acaparando sorpresas, noticias y acontecimientos relacionados con mi entorno familiar y el pasado de mis ancestros por encima de mis posibilidades. Por encima de las de cualquier ser humano cuerdo y equilibrado, supongo. Debido a esta montaña rusa emocional he decidido tomarme las cosas con calma. Pero cada vez me cuesta más. ¡Me está tocando asimilar demasiados sobresaltos a la vez!

Cuando voy dejando atrás la conmoción del secuestro, que no el recuerdo, ese permanecerá de por vida, Vincent me desvela su implicación directa en la lucha del tráfico de arte internacional, participación en la que se inició de la mano de mi omnipresente abuela. Y ahora resulta que las respuestas sobre el lado oscuro de Kate, si es que en algún momento sucumbió a uno de los regímenes más sanguinarios de la historia, las puede tener su propio padre.

¿Por qué sabe tanto Dominique Moliere? Mi cabeza se entretiene jugueteando con diversas hipótesis, pero todas se me antojan absurdas. La que más encaja es que el gran magnate hubiese colaborado en algún momento con los servicios de inteligencia británicos. O quizá con los franceses en los tiempos de la Resistencia ejerciendo de infiltrado. Pero no puedo estar más equivocada: en la reconstrucción de los entresijos de mis raíces familiares nada es como parece.

El padre de Vincent ha tenido la deferencia de viajar hasta San Petersburgo para encontrarse conmigo. Debido al reposo que debo guardar por prescripción médica, todavía permanezco en la ciudad de los zares. ¡Y sin ninguna gana de partir! Nunca una convalecencia fue tan placentera: si Moliere va a permanecer a mi lado consintiéndomelo todo, podría encamarme de por vida.

Teniendo en cuenta que Dominique es un octogenario que se sigue involucrando a diario en el emporio que preside, supone todo un detalle por su parte desplazarse hasta Rusia. Los abuelos que siguen al pie del cañón por pura afición despiertan una obsesión insana en mi curiosidad. Pero el

encuentro con el patriarca Moliere me inquieta. Nos vamos a reunir a solas. Y no puedo obviar que se trata del *páter* de Vincent. También es uno de los hombres más respetados del Viejo Continente. Eso impone, por mucho que los estatus y las pamplinas sociales yo me los suela pasar por el forro.

En otro alarde de caballerosidad, Dominique se ha ofrecido a acercarse hasta el Four Season. Pero hoy me siento con ganas de airearme. Tras unos cuantos días sometida a pavores, presiones e impresiones, ya me está apeteciendo batallar con el asfalto y sentir la ventisca fresca golpeando mi cara. Si me quedo encerrada por más tiempo me voy a poner mustia, como una margarita con mal de amores.

Así que le he propuesto que nos veamos en su hotel, el Gran Europe, el más antiguo de la ciudad, situado en la Nevsky, junto a la plaza de las Artes y rodeado de lugares emblemáticos. Es el alojamiento predilecto de viajeros sibaritas y de las personalidades internacionales que visitan la ciudad.

Ofrece a los huéspedes más exquisitos lo que sus propietarios denominan «planta histórica», ocupada por suites de ultralujo bautizadas con nombre propio. Papá Moliere ocupa la suite Romanov. Toda una declaración de intenciones. Adecuado preámbulo a los hechos que este prohombre está a punto de revelarme.

Avanzo por el largo pasillo de suelos marmóreos algo azorada, envuelta en un sobrio vestido camisero de tonos oscuros, con una *pashmina* de Etro a juego, y pisando fuerte con mis *stiletto*s de suela color carmín. Llamo a su puerta con delicadeza, cierto reparo y hasta un sonrojo sobrevenido en el último instante. No tarda ni cuatro segundos en abrirme. Dominique luce una sonrisa franca y unos ojos vivaces. Viste una camisa blanca con las iniciales bordadas a la altura del pecho, pantalón marino y mocasines de piel a juego con un cinturón de hebillas entrelazadas. Su reloj Panerai de cuarenta mil euros aporta el toque de exclusividad solo al alcance de fortunas privilegiadas. Las arrugas que surcan su rostro son profundas, pero otorgan a su apariencia un halo entrañable. Me abraza. Huele a moras. Eso me tranquiliza, así como su palpable amabilidad y ganas de agradarme.

Dominique dispara un arsenal de preguntas antes incluso de que yo traspase el umbral. Pero lo hace sin dejar de sonreír y haciendo gala de unos

modales impecables —de los que nos derriten a las mujeres y tan pocos señores saben practicar con acierto hoy en día sin parecer impostados.

«¿Cómo estás? ¿Recuperada? Yo te encuentro con un aspecto magnífico... Bellísima, como tú eres». «¿Qué te apetece tomar? ¿Café? ¿Té? ¿Cerveza? ¿Vino? ¿Un aperitivo, quizá?». «¿Dónde prefieres sentarte? ¿En el salón? ¿En la sala de estar? ¿En los sillones ubicados frente al ventanal? Estás en tu casa, querida Violeta».

—Un café largo con unas gotitas de leche estará bien. Muy caliente. Y un vaso de agua, por favor.

Para no parecer una curiosa indecente ojeo con disimulo la inmensa suite de ambiente señorial. Destaca por una decoración exquisita con toques *vintage*, pero resulta armoniosa. Podría pernoctar aquí y sentirme como en casa. Me dirijo casi por inercia hacia dos butacones ubicados junto a un amplio ventanal que regalan una espléndida panorámica de San Petersburgo. Creo que he elegido ese rincón de manera inconsciente porque son de color violeta, al igual que la alfombra que cubre el suelo a sus pies. Hay entornos que encajan como un guante con la persona que los ocupa. Este es el caso: papá Moliere resulta ideal como morador de la suite Romanov. Se palpa una sutil musicalidad entre ese hombre distinguido y los tapices, espejos, cuadros, lámparas, cortinas y demás elementos de atrezo que conforman una estancia digna de la pompa de otra época.

Sin mediar palabra, Dominique se acerca hasta mí retirando con su mano izquierda uno de los butacones para que yo pueda sentarme cómodamente. En su presencia mis nervios e inseguridad se van relajando. Creo que es su actitud servicial lo que acrecienta mi calma.

Llaman a la puerta con dos golpes secos y sincronizados. Es el mayordomo uniformado a la antigua usanza —todas las suites de la planta histórica cuentan con uno— que trae mi café acompañado de una bandeja de dulces, una jarra de cristal tallado repleta de agua Evian y una copa de coñac Remy Martin para mi anfitrión. Me subyuga el color ambarino de ese licor añejo y su textura espesa, envolvente. En cuanto el mayordomo abandona la estancia previo ceremonioso saludo, Dominique no se anda con rodeos, lo cual agradezco.

No sé cómo manejar esta situación adecuadamente porque desconozco a lo que estoy a punto de enfrentarme y lo que el patriarca Moliere va a confesarme. Solo se me ocurre una manera de iniciar esta conversación: con una proclama de agradecimiento sincero. Al estilo mitinero. Hala. Allá voy.

—Conozco lo complejo que resulta para usted el encontrar huecos disponibles para viajar. Por eso le agradezco la predisposición que ha demostrado para desplazarse con tanta premura hasta San Petersburgo. Pero, sobre todo, que haya venido hasta aquí con el único propósito de desvelarme detalles de la vida de mi abuela, de su pasado, acontecimientos que también me afectan personalmente. Será una gran ayuda para cimentar los pilares de mi propia existencia, de mi origen, que hasta hace poco desconocía.

Dominique me está mirando con una expresión exacta a aquella otra con la que me observó en nuestro único encuentro previo: el fin de semana parisino. Da la sensación de que él está viendo algo más allá de mis rasgos, de mis expresiones. Parece que cuando estamos frente a frente es capaz de percibir algo que no soy, posiblemente a la difunta Catalina. Intento continuar mi discurso sin distraerme.

—Solo le pido, Dominique, que sea franco. Y que intente, en la medida de lo posible, narrarme su historia del tirón, de una sola vez. No me considero capacitada para interrumpirlo. Ni siquiera para hacerle preguntas... no tengo ningún derecho. Al contrario, siempre estaré en deuda con usted por su generosidad.

Él toma mi mano y me mira con cariño. No percibo en su aspecto ni en sus ojos nada que me recuerde a la frialdad e imperturbabilidad que se espera de un aristócrata de los dividendos, de uno de los próceres de nuestro tiempo, de un dignatario del acero, el café, las telecomunicaciones, el arte, las finanzas y no sé cuántas cosas más.

—Violeta, quiero que sepas que tu abuela te quiso mucho. Muchísimo. Ni te imaginas la de veces que te mentaba: todas sus decisiones giraban alrededor de tu persona desde el día en que naciste. Se sintió bendecida por vivir los años suficientes para llegar a disfrutar de la magnífica mujer en la que te has convertido. Estaba muy orgullosa de ti. Si pudiese verte ahora mismo, tomando un café conmigo, se emocionaría. También me gustaría que te quedase claro que Kate Austen fue una mujer extraordinaria. En todos los aspectos que



se te pasen por la cabeza. Inigualable. Y, por último, pero no menos importante, he de confesarte que la quise como a nadie en este mundo. Yo amé a Catalina Austen. Y ella me amó a mí. Nos quisimos con locura. Todavía la sigo amando. Y lo haré hasta el día en que me muera.

¡Ay! ¡Ayyy! ¡Ayyyyyyy! ¡Esto sí que no me lo esperaba! ¡Toma ya! A bocajarro. Papá Moliere testimoniándome su amor incondicional por mi abuela. Sin calentamiento, introducción previa, excusas ni justificaciones. Semejante sorpresón, mientras todavía me estoy acomodando en la megasuite, sin ni siquiera haberme deleitado con el primer sorbo del café servido en la mejor porcelana, me deja perpleja. Intento mantener una expresión neutra, carente del más mínimo atisbo de asombro para que el ilustre narrador no se incomode. La descomunal impresión —una más de una interminable lista— me impacta de veras. ¡Dominique Moliere y Catalina Austen mantuvieron un romance! Dos celebridades internacionales de antaño. Aquello debió ser el equivalente a emparentar sentimentalmente en nuestra época a Bill Gates con Carolina de Mónaco. O a la reina de Inglaterra con Amancio Ortega.

—Kate y yo nos conocíamos desde siempre. Desde el momento en que ambos comenzamos a alternar en los compromisos sociales que nuestro entorno y responsabilidades requerían. Esa mujer no pasaba desapercibida. Si hubiese nacido en el Renacimiento se habría convertido en la musa de los artistas más grandes. Su rostro y airosa anatomía fueron cincelados por la divina Providencia para ser immortalizados por los virtuosos. Las primeras veces que coincidí con ella quedé cautivado. Poseía un magnetismo envolvente, irreprimible. La tentación del Paraíso no debería haberse materializado en una manzana, sino en el cuerpo desnudo de Catalina Austen.

Casi me parece estar escuchando a mi propio padre, a Fermín, cuando describió a Kate aquella tarde otoñal en nuestro taller madrileño. Distintas palabras, pero idéntica esencia la que ambos pretenden transmitir acerca de mi inefable ascendiente. Pero qué extrañas son las travesuras de los hados: mi padre adoptivo y el padre de mi amante han estado durante más de media vida enamorados de la misma mujer: mi abuela.

—Por aquel entonces la observaba desde la distancia, como una visión celestial. Su sonrisa te calaba hasta lo más hondo. Yo siempre le decía que su sonrisa era comprensiva. Algunas sonrisas seducen. Otras llegan al alma. La

suya conseguía todo ello y además te sentías en paz contigo mismo: solo porque Kate te sonreía. Ella era algunos años mayor que yo y ya estaba casada con tu abuelo. No fue hasta un par de décadas después, para entonces ambos ya habíamos sobrepasado el medio siglo, cuando aquella vieja amistad se fue transformando en un sentimiento más fuerte.

»No sabría decirte cómo empezó nuestra relación. Nada de chispazos fulminantes ni vuelcos del corazón. Un día te descubres observando a una mujer que siempre ha estado ahí con otros ojos y aprecias que eres correspondido. Se desencadena una erupción de sentimientos que te cambian la vida y hasta a ti mismo. Y te asombras al comprobar hasta qué punto estabas equivocado con todo lo que te rodeaba y con lo que creías sentir. La sensación de que tu vida era incompleta y superficial es demoledora para tu equilibrio interior. Resulta innecesario puntualizar que ambos estábamos casados y éramos padres. Nuestros cónyuges se conocían, todos nos apreciábamos y ambas familias coincidíamos en multitud de eventos y actos sociales a lo largo de los años.

Dominique se lleva a los labios la copa de coñac de a tres mil euros la botella. Saborea el licor. Por un momento entorna los ojos antes de proseguir con su relato. Yo intento no mover ni un músculo facial no vaya a ser que interrumpa lo que tiene pinta de convertirse en un relato épico. Al menos para mi trayectoria vital. Estoy completamente emocionada y solo nos encontramos en los previos.

—Llegamos a hablar de separarnos e iniciar una nueva vida juntos. Estábamos convencidos de dar ese paso. La felicidad hay que atraparla cuando te ronda. A cierta edad tomas conciencia de cuán extraordinaria es la dicha que procede de los sentimientos puros. Que puedes rozar la gloria si además son correspondidos. Teníamos el pleno convencimiento de que aquello no se trataba de un capricho ni de una pasión liviana. Pero entonces a tu abuelo le diagnosticaron la enfermedad degenerativa que lo acabaría llevando a la tumba.

Dominique vuelve a saborear el Remy Martin. Las pausas me asustan. Que me mire fijamente, más. Así que, para evitar el escrutinio de sus penetrantes pupilas, yo le doy al café, el agua, las pastas y sigo repitiendo idéntico ceremonial glotón hasta que él vuelve a tomar la palabra.

—Kate poseía un hondo sentido del deber. Y ella quería a tu abuelo, claro que lo quería. Como amigo, compañero de vida, mentor, como padre de su hija, como parte de su familia. Pero no estaba enamorada de él como lo estaba de mí. Ni sentía una pasión arrebatadora, de la que quema por dentro, de la que te descubre la grandeza de dos espíritus fusionados. Ese amor electrificante que enciende la sonrisa de tu alma.

»Ella decidió quedarse a su lado. Se sentía una traidora y una mala persona si lo abandonaba justo en el comienzo de una enfermedad antipática y dura. Yo respeté su decisión y comprendí sus razones. E incluso la admiré todavía más por su coraje. Por anteponer sus principios a sus anhelos. Estaba sacrificando su felicidad para salvaguardar una lealtad eterna. ¿Comprendes, querida Violeta?

Yo asiento mecánicamente. Impertérrita. Con mi intencionado silencio provoco que Dominique prosiga con su extraordinario relato.

—Aunque finalmente ninguno se separó de sus respectivas parejas, nos seguimos adorando. Fui su cómplice, amante y amigo hasta el final. Su recuerdo permanece dentro de mí cada despertar. Solo quería que comprendieses por qué lo sé todo, o casi todo, acerca de tu abuela, una mujer a la que los demás consideraban la soberana del misterio y el hermetismo. Ahora puedes preguntarme lo que quieras. Para eso he viajado hasta San Petersburgo. Se lo debo al amor de mi vida. Vincent me ha confesado que te encuentras algo confusa e intranquila porque piensas que Kate era una espía comunista.

No sé ni cómo plantear mis dudas a este hombre. Después de que un semidesconocido te confiese semejantes interioridades y te abra las puertas de su corazón me siento egoísta y hasta gilipollas por querer saciar la curiosidad de lo que aconteció décadas atrás. ¿Quién soy yo para escarbar en vidas de terceros? ¿Cómo dibujar certeramente el pasado de otros a través de retazos de memorias ajenas? A Dominique Moliere no le debe haber resultado fácil confesar su relación de adulterio con mi propia abuela. ¡Soy la novia de su único hijo!

Decido mostrar la misma naturalidad que estoy presenciando en mi interlocutor, pese a que mi sangre se encuentra alborotada, en plena ebullición, y mis sienas parecen albergar a los participantes de una tamborrada zamorana.

Por el sosiego con el que se dirige hacia mí, deduzco que él está muy orgulloso de confesarme su amor por Kate. No me atreveré a perturbar la paz de un octogenario. Tampoco a prejuizar sus amoríos. Al contrario, aplaudo sus decisiones. Olé por ellos y por lo felices que fueron en mutua compañía. Al AMOR siempre hay que decirle SÍ. La plenitud sentimental es complejísima de alcanzar. Cuando alguien tiene la suerte de topar con ella, solo resta congratular a los afortunados. Una punzada de envidia sana también está permitida.

—Lo cierto es que encargué a un viejo amigo, un veterano periodista español en quien confío, que indagara sobre el pasado de Kate. Además de otras tantas informaciones valiosas que él ha conseguido sonsacar de aquí y de allá, el devenir de su investigación lo condujo hasta San Petersburgo. Y parece ser que el nombre de mi abuela aparece en los archivos de la KGB. Supongo que Vincent ya le habrá puesto al corriente.

—Sí, lo ha hecho. Y te confirmo que tu amigo el investigador está en lo cierto. Ha llevado a cabo un buen trabajo. Efectivamente, tu abuela fue una agente doble. De los servicios secretos británicos y de la KGB rusa. Todo esto me lo confesó transcurridos años de confidencias, no vayas a creer que yo lo supe desde los inicios de nuestra relación. Pero no te apures: en realidad era una agente británica infiltrada en la inteligencia soviética. Ella facilitó al gobierno de su Majestad toda la información relevante para los intereses de Inglaterra que obtuvo durante la Guerra Fría.

Se me ha escapado un suspiro involuntario. Puede que hasta una sonrisa liberadora. Estoy que no doy una. Como pitonisa no tengo precio. Durante mi cautiverio sospeché de una traición por parte de Vincent o de Marc, para inmediatamente después fantasear acerca de que mi abuela era una sátrapa vendida al régimen más autoritario, tirano y cruel del siglo XX. Pues ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario. La fabulosa intervención de mis chicos me salvó de los malos; y Kate luchaba contra el totalitarismo comunista de la peor época soviética. Jugándose el tipo. Mi confundida cabecita tildándola de renegada cuando en realidad ejercía de heroína.

—Para comprender las motivaciones de Kate debes conocer algunos detalles de su pasado que todavía no te han sido revelados. Su vinculación con Rusia y su estrecha cercanía con los Romanov.

—Adelante, Dominique. Estoy ansiosa por escucharle y reitero mi agradecimiento por las molestias que se está tomando. Y por su rotunda sinceridad. —¿Los Romanov también tienen cabida en la vida de Kate? ¡Menuda trayectoria de película la de mi abuela! Ni las sagas al completo de *Star Wars* la pueden hacer sombra... ¡Joder!

—Catalina se crio en Gran Bretaña educada por su abuela, Selma, una extraordinaria mujer que llegó a ser la favorita de uno de los últimos sultanes del Imperio otomano y que logró escaparse, por amor, siempre por amor, querida Violeta, del harén imperial de Estambul a finales del siglo XIX. Dicen que Kate heredó la legendaria belleza de la turca. Selma no solo ejerció de madre con Kate, sino que la instruyó en muchas de las disciplinas que ella aprendió en el serrallo en su juventud: poesía, música, filosofía, las lenguas clásicas...

Joder, joderrrrrrr. La abuela de mi abuela se escapó de un harén otomano. ¡¡¡De un harén!!! Fue la favorita de un sultán. ¡¡¡De un sultán!!! Mi abuela se jugó la vida como espía soviética a la inversa, es decir, bajo las órdenes de los servicios secretos británicos, para sonsacar información a los comunistas más sátrapas. Merezco una recriminación en serie. Violeta Velarde: qué coño estás haciendo con tu vida. Eres una mujer desaprovechada.

—La madre de Catalina, que se llamaba Neva, como el legendario río petersburgués, fue íntima de la archiduquesa Olga Romanov y murió al poco tiempo de dar a luz a causa de complicaciones posteriores al parto. Se había casado con un valeroso oficial ruso perteneciente a la guardia personal de Nicolás II. Él sobrevivió al ataque de una jauría de campesinos embrutecidos durante las revueltas prerrevolucionarias, pero no fue capaz de superar las secuelas. Se conocieron en el yate imperial, tontearon de adolescentes y coincidieron en varias ocasiones en el Palacio de Livadia, en Crimea, e incluso en la capital de la corte, ya que ambos formaban parte del círculo más cercano a la familia imperial. Se reencontraron años más tarde, ya exiliados, en Inglaterra. Se casaron tras un noviazgo corto. La mala salud que él arrastraba les impulsó a contraer matrimonio con celeridad. Tu bisabuelo murió a los pocos meses. No llegó a conocer a su única hija, Catalina.

—Y Selma se hizo cargo de la niña, como mi abuela hizo conmigo...

—Exacto, Violeta. Cuando Selma escapó de Turquía se instaló en San Petersburgo junto al que fue su único y gran amor, Selim, el hombre por quien se enfrentó a un Imperio. Él había servido como alto mando en el ejército otomano e ingresó en la guardia personal del zar. El matrimonio contaba con un importante capital económico: trajeron consigo algunas de las alhajas y piedras preciosas con las que una favorita de reyes es agasajada en un harén. Ello, unido a las extraordinarias cualidades de Selma y a sus habilidades sociales, les ayudó a introducirse en el corazón de la élite rusa de principios del siglo XX.

»Selma se ganó la confianza de la zarina, algo complejo, puesto que Alejandra Feodorovna era una mujer peculiar: misántropa, melancólica y enfermiza. Y con el paso de los años, Neva, su única hija, tu bisabuela, se convirtió primero en dama de compañía y luego en amiga de Olga Romanov, la primogénita de los soberanos rusos. Olga era esa señorita de largos cabellos y rostro agraciado que aparece en los retratos en sepia que se conservan de la familia de Nicolás II. Las fotografías de las hermanas Romanov que han llegado hasta nuestros días son una delicia para la vista y una oda al buen gusto.

»Aquellos tiempos de algarabía popular y lujos cortesanos se truncaron con la revolución y la llegada al poder de los bolcheviques. Más de dos millones de personas tuvieron que abandonar el país tras el sangriento levantamiento. Los vencedores, la rama más radical y extremista del socialismo de entonces, el comunismo de la incipiente Unión Soviética, expulsaron del país a grandes duques, políticos, príncipes, aristócratas, ministros, generales, escritores, artistas, grandes terratenientes, prósperos industriales... Por supuesto, también a cualquier persona que perteneciese al restrictivo círculo de la familia real. Muchos fueron asesinados y otros tantos sufrieron penalidades inhumanas para salvar su vida o la de sus seres queridos.

¡Menuda historia! Voy a terminar con tortícolis de lo estirado que tengo el cuello. Pero debo mantenerme inmóvil para no importunar al orador.

—A partir de 1919 los comunistas cerraron las fronteras y desencadenaron el terror rojo contra los burgueses que no habían podido huir al extranjero. La temible Checa ejecutaba a diario a cientos de ellos. Selma y

Neva, como tantos otros, aprovecharon las bajas temperaturas y las nevadas del golfo de Finlandia para atravesar a pie el mar helado y acogerse a territorio finlandés. Desde allí viajaron a Inglaterra. Los hasta entonces rusos más pudientes, poderosos y acaudalados se dispersaron por diversos países de Europa y por territorio estadounidense. Algunos se agruparon en Dinamarca, otros muchos en París, y otros tantos al cobijo del rey Jorge de Inglaterra. Allí recalaron tus antepasadas.

—Mi abuela y mi bisabuela...

—Kate creció alrededor de un influyente grupo de aristócratas rusos emigrados y de algunos parientes del mismo zar. Todos se reunían a menudo para mantener vivo el recuerdo de la patria. La revolución se había apoderado, piedra a piedra, de toda Rusia. No hubo vuelta atrás para ninguno de ellos. Desde muy jovencita tu abuela convivió con expatriados a quienes les habían arrebatado sus posesiones, sus casas, sus riquezas. Familias despojadas de sus ahorros y de su patrimonio, herencia de generaciones. A otros tantos les habían fusilado a sus seres queridos, a sus amigos, a sus vecinos... Todos fueron víctimas de atroces carnicerías.

»Las personas que convivieron con Neva durante su infancia y adolescencia conformaban un grupo de expatriados que jamás podrían regresar a su país porque, de hacerlo, serían ejecutados en cuanto tuviesen la osadía de poner un pie en Rusia. Tus antepasadas huyeron dejándolo todo, aquí, en San Petersburgo, para poder sobrevivir. De codearse con la alta aristocracia rusa, de formar parte de la pompa más exquisita, de la misma corte del último zar de Rusia, tuvieron que pasar a atravesar aguas heladas en pleno invierno con el único propósito de sobrevivir. Iniciaron un nuevo comienzo a miles de kilómetros, en Inglaterra. Para Selma fue su segunda gran huida, su segundo volver a empezar.

—Y por eso Kate, años más tarde, se vengó a su manera del régimen que había destrozado la vida de todos aquellos que la educaron cuando era una cría y cuidaron de ella.

—Así fue, Violeta. Tu abuela nació en Inglaterra, recibió una educación británica, echó allí raíces, se casó, tuvo a su preciosa hija y fue muy feliz. Pero ejerció como agente doble por la memoria de su abuela, la mujer que la había criado como una madre. Pero también por la memoria de sus propios

padres —ambos rusos—, y por la dignidad de toda aquella comunidad exiliada, expoliada y vilipendiada, entre la que creció. Por sus ancestros. Por su origen. Y por principios: Catalina era una devota de la democracia y de la libertad de los pueblos. El régimen comunista ruso fue tan violento como feroz. De los más dictatoriales que hayan existido jamás. Tu abuela demostró sus agallas y la gratitud hacia los suyos poniendo en peligro su propia vida. Y la de las personas que más amó. Pagó muy caro sus valientes decisiones.

—¿Por qué afirma eso, Dominique? ¿Por qué lo pagó tan caro?

—Porque tu madre murió por esa causa.

Mi madre... Charlotte. Algo se resquebraja por dentro. Siento una sacudida atravesando mi espina dorsal. Una corriente gélida fustiga mis entrañas. Siempre pienso en Kate porque ella estuvo ahí a lo largo de toda mi vida. Aun sin conocer nuestro verdadero parentesco, viajamos juntas, comimos, charlamos, reímos, compartimos confidencias, recuerdos, momentos, posamos juntas en multitud de fotografías que conservo cerca de mí... Antes siquiera de saber que era mi abuela, yo ya la quería: era desde siempre un miembro más de mi pequeña familia porque Fermín siempre la trató como tal. Pero de mi verdadera madre, la mujer que me trajo al mundo, desafortunadamente no albergo recuerdos, puesto que murió cuando yo era un bebé. Quizá fuesen sus manos las que mojaban mis chupetes en azúcar, quizá fuera ella la persona que me regaló la muñeca de trapo con vestido de lunares rosas que habita en mis sueños. Eso ya nunca lo sabré. Tan solo conservo la gozosa expresión de su rostro y sus palpables ganas de vivir en la colección de instantáneas de la Polaroid que he remirado más de un millón de veces.

—La temible KGB terminó por descubrir el doble juego de tu abuela. Y cuando en aquel régimen siniestro un traidor salía a la luz se deshacían de él sin contemplaciones. Los soviéticos eran implacables. Gran parte de su inmenso poder se sustentó en el miedo que infundían, en el terror con el que dominaban a su entorno. Tu madre murió en un accidente de tráfico, eso es cierto. Pero no fue fortuito. Habían manipulado los frenos del coche que utilizaba Kate.

»Aquella noche lluviosa y cenicienta Charlotte le pidió prestado su automóvil a tu abuela para acudir desde la mansión familiar en Cambridge a un compromiso social en Londres. El automóvil de su marido, tu padre, no



arrancó. Esas piruetas macabras del destino... En condiciones normales ese coche con los frenos manipulados no debería haber salido del garaje hasta la mañana siguiente, momento en el que Kate lo tomaba para sus quehaceres diarios. El accidente mortal estaba programado para aniquilar a una espía doble, para hacer saltar en pedazos a una chivata ante los ojos de los comunistas, no para segar la vida de tus padres, dos inocentes ajenos a los servicios secretos y a la parafernalia de las altas esferas de la política y el poder.

—Ahí está la causa por la que mi abuela entró en una profunda depresión que la mantuvo más de dos años medicada. —¡Cuántos interrogantes que han pasado por mi cabecita a lo largo de las décadas están adquiriendo respuestas coherentes!

—Exacto. Siempre se consideró la culpable del asesinato de tus padres y esa pena la atormentó durante toda su vida. «Kate, tú no manipulaste los frenos», le repetí yo en infinidad de ocasiones. «Dominique, si yo no hubiese pasado información de los rusos al servicio secreto británico, esos frenos jamás habrían sido alterados, mi hija y mi yerno seguirían con vida, y Violeta tendría unos padres, puede que hasta una pareja de hermanos con los que jugar y en los que apoyarse a lo largo de los años», me respondía deshecha de dolor. Jamás se lo perdonó y jamás lo superó. De no haber existido su nieta, tú, Violeta, creo que hubiese cometido una locura contra sí misma. Y por ello te retiró de su lado: para protegerte. La idea de que alguien pudiese dañarte la mortificaba a todas horas del día. La decisión de enviarte a España a cargo de un buen hombre, ajeno a todo lo que no fuese su tienda de antigüedades, alguien a quien ella conocía bien y en quien confiaba, una persona ansiosa por ejercer una paternidad que se le había resistido de forma natural, no resultó fácil, pero la tranquilizaba. Tuviste guardaespaldas hasta que cayó el telón de acero. Posiblemente sea un dato que desconozca hasta el mismo Fermín.

Me encuentro tan petrificada que desconozco si seré capaz de articular palabra o directamente me echaré a llorar sobre los hombros de Dominique en cualquier momento. Intento mantener la compostura sin éxito. Porque el desconsuelo que pellizca el alma no se puede controlar. Las lágrimas golpean mis mejillas como puñales. El asesinato de mis padres me ha sacudido por dentro. No fue un accidente. No he podido disfrutar del amor de una madre

porque unos criminales la ejecutaron. A ella y al bueno de mi padre. Ni siquiera eran el objetivo. Murieron por una causa que no era la suya. Y una pobre niña rica de tres años quedó huérfana: le arrebataron el único vínculo indestructible de los seres humanos. La obligaron a crecer parapetada por una coraza de sarcasmo para combatir la angustia de sentirse desprotegida. Le imprimieron a fuego la amarga sensación de un desarraigo existencial. Le impusieron el anhelo perenne de un hermano imaginario que nunca tendría la oportunidad de nacer. Esos asesinos de padres inocentes me despojaron del primer amor. De dos seres únicos e imprescindibles en mi universo emocional. Me los arrebataron siendo apenas yo un bebé: una ausencia que es presencia y un reclamo eterno que apesadumbrará mi corazón hasta el día en que me muera. Yo maldigo vuestro odio. Arderéis en el infierno.

Entre tanta conmoción solo me ha aliviado el descubrir que Kate me envió a vivir a España para que nada malo pudiese ocurrirme. No me alejó de su lado a propósito, porque fuese una carga para ella o porque no me quisiese lo suficiente. Se preocupaba tanto por mi bienestar que antepuso mi seguridad al dolor que le provocaba no tenerme cerca. Ella sí que debió sufrir por encima de lo tolerable. Recompongo el gesto. Dominique se ha mantenido en un respetuoso silencio durante mi duelo.

—¿Nunca volvieron a por ella?

—¿Los ejecutores de la KGB? No. Sin haberlo planificado, le ocasionaron mucho más sufrimiento que acabando con su propia vida. Mataron a su única hija, una mujer de treinta y pocos años, y al que era su marido. Una pareja joven, ilusionada, con todo el futuro por delante. Y como daño colateral de esa venganza dejaron huérfana a un bebé, a ti, y quebraron por siempre el alma de una madre. La agente doble Catalina Austen pasó dos años fuertemente medicada en un hospital. Incapacitada. Rayando la demencia. Jamás volvieron a ocuparse de ella. Ya no les servía.

—¿Y la policía inglesa no investigó el «supuesto» accidente?

—Claro que lo hizo. Pero la versión de los servicios secretos prevaleció a la versión real. Nunca subestimes los oscuros tejemanejes que encierra el poder: se acaban imponiendo a la verdad cuando les conviene. Y en más ocasiones de las recomendables, también a la justicia.

—Pero mi abuela se recuperó.

—Sin duda. Se levantó con más fuerza. Como el Ave Fénix. Se ocupó de ti como de una hija. Con más celo si cabe. Te vio crecer. Te disfrutó. Cuidó a tu abuelo hasta su último suspiro. Volvió a ilusionarse por la vida. Y por una pasión. Me amó. Fuimos felices. Agrandó su colección de pintura hasta convertirla en una de las más codiciadas de Europa. Y hasta derrochó el coraje necesario para colaborar durante sus últimos años con los organismos internacionales en la lucha contra el tráfico de arte. Esa es la Catalina Austen que debes retener en tu memoria.

—E incluso en esa última etapa buscaba con ahínco un tesoro... — Después de todo lo que me está siendo revelado sobre mi familia, sinceramente, el supuesto tesoro queda relegado a una mera anécdota en mi lista de prioridades. Pero teniendo en cuenta que Dominique sabe tanto acerca de mi abuela y que fue la persona a la que Kate amó con locura, considero razonable formular la pregunta. Además, es ahora o nunca.

—Lo que tu abuela andaba buscando era un objeto de valor que perteneció a Selma, tu bisabuela.



Ayer Dominique me permitió poner al corriente a su hijo de los detalles de nuestra conversación. Hasta de los más delicados por las implicaciones personales que conllevan. Lo hubiese hecho de igual modo, pero agradezco su beneplácito para revelar a su vástago algo tan extravagante como una confesión de adulterio (a su propia madre) con mi querida abuela.

—Dominique, comprendería que usted me rogase una discreción sobre la historia que me acaba de desvelar. Pero bien sabe que su hijo me importa. Me importa mucho. Más de lo que lo haya hecho ningún otro hombre jamás. Le quiero.

Ay, Dios, acabo de reconocer por primera vez mis verdaderos sentimientos hacia Vincent en presencia de otra persona. Y ha tenido que ser su mismísimo padre. Ni más ni menos. De todos los momentos para sincerarme conmigo misma y reconciliarme con el universo he ido a elegir el más

delicado. Soy la leche. Me ruborizo. Me ataca la picazón implacable de las mariposas asesinas. Recompongo la compostura como buenamente puedo.

—Lo pasaría mal si me viese obligada a ocultarle esta conversación. Me desagradaría mentir a Vincent en aspectos que han resultado trascendentales en el devenir de mi familia, en el pasado de los míos...

—Violeta, al viajar hasta San Petersburgo para hacerte partícipe de esta parte de mi vida era plenamente consciente de que lo compartirías con mi hijo. Es lo que debes hacer. No tengáis jamás secretos el uno con el otro. Me alegra escuchar de tu boca tu lealtad hacia Vincent. Ve con él. Tienes mis bendiciones. Sed felices. Kate se alegraría de vuestro amor tanto como lo estoy haciendo yo. Quizá más. Desde el paraíso ahora nos está guiñando un ojo, querida niña.

Pero Vincent, que es prudente pero astuto, lo sospechaba. Creo que contaba con la certeza del romance entre nuestros ascendientes, aunque no me lo ha reconocido abiertamente. Se ha limitado a fijar sus pupilas en mis ojos —atrapados una vez más por el atractivo de su sexy anatomía— para admitir con una sonrisa socarrona:

—Parece que tú y yo estábamos predestinados a poner un final feliz a esa historia de amor inconclusa. Somos los herederos de un romance épico: una adoración mutua de dos personas extraordinarias pulverizada por los designios trágicos de la vida.

Y beso de tornillo al canto. Y cosquillitas que suben y bajan por mis extremidades mientras juegan en otras partes menos expuestas de mi morfología corporal. Si esto es el amor, bienvenido sea. Ahora me arrepiento de haberle sido escurridiza hasta mis treinta y seis primaveras...

—Veo que no te sorprende la noticia, bribón. A mí ayer casi me dio un síncope. Tuve que poner en práctica malabarismos faciales para no montar un numerito llorón delante de tu *páter*. Y al final no aguanté. Menudos sollozos se tragó el pobre. Sin embargo, mírate: impávido ante la buena nueva, saboreando una cerveza tostada.

—Siempre lo sospeché. Nunca obtuve confirmación tácita por parte de ninguno de los protagonistas. Hasta carecí de valor para siquiera insinuárselo. Pero los observé en mutua compañía en infinidad de ocasiones. No era complejo adivinar su felicidad cuando estaban cerca. Kate era más contenida,

pero a mi padre se le iluminaba el rostro en su presencia. Algo inusual, porque es inexpresivo por naturaleza y convicción. Los días previos a cualquier acto social en el que iba a compartir espacio con los Austen, a mi padre le cambiaba hasta el humor. El mazazo que sufrió con la noticia del fallecimiento de Kate terminó por convencerme de que aquella mujer había sido importante para él. Sinceramente, creo que hasta mi madre lo sabía. A las mujeres ese tipo de cosas no se os escapan. Aunque a veces las paséis por alto.

—¿Y no te importa?

—Somos adultos y sensatos. Desconozco a fondo la intimidad de mis padres, pero no hay que ser muy sagaz para apreciar que más que marido y mujer son compañeros de vida, pareja social, miembros de una misma familia que conviven en armonía, pero no se aman con locura. Se harán compañía hasta el fin de sus días, pero la pasión, si alguna vez la hubo, murió hace muchos años. Cada uno respeta el espacio vital del otro. Mi madre la prioridad por los negocios y la devoción de mi padre por el arte. Y él, sus continuos viajes a España, su implicación en el folclore y los saraos populares en los que participa junto a sus amistades de la infancia. Todo en orden entre ellos, pues.

Estamos bebiendo unas cervezas a orillas del río Neva en una coqueta terraza cubierta por un toldo rojo. La tarde es agradable y la brisa ribereña alborota el flequillo de Vincent. Ese pelo revuelto me vuelve loca. Es aquí donde nos ha citado Marc. Estas aguas inquietan por su caudal arrollador, pero cautivan por su grandeza; son hipnóticas. Su arrullo me calma casi tanto como un cachorro perruno haciendo monerías sobre mis rodillas. Podría pasarme horas recargando energías con esta panorámica. Ribó nos tiene que poner al corriente de sus últimas averiguaciones sobre la que fue la casa de Selma. El lugar donde vivió con su marido y con la hija de ambos, mi bisabuela, quien se llamaba como el río que ahora contemplo encandilada. Si alguna vez me decidiese a ser madre, quizá bautizaría a mi primogénita con el nombre de Neva.

Marc me ha adelantado por teléfono que tiene la certeza de que con los testimonios que ha ido recogiendo durante su estancia en San Petersburgo, el puzle quedará completamente terminado. Yo casi lo agradezco. Aunque arropada por el cariño de Vincent, estoy machacada emocionalmente y me

apetece regresar a Madrid para retomar mi vida, pero encarrilada por los cauces de lo cotidiano. Atender la galería. Recrearme con los pequeños tesoros expuestos en sus vitrinas. Conseguir alguna nueva pieza que ofrecer a nuestros clientes más exigentes. Asistir a eventos relacionados con el arte — comienzo a echar de menos a los petardos que pululan por palacetes engalanados por patrocinadores de postín—. Achuchar a Fermín. Compartir con él crujientes moscovitas en su taller. Disfrutar de mi ático recién estrenado. Cerrar los ojos y sentir la presencia de mi abuela frente a la chimenea. Pasear por las calles del centro sin rumbo fijo. Ojear escaparates. Comprarme caprichos cuando me plazca. Invitar a la señora Robinson a un partido en el Bernabéu. Descubrir restaurantes de moda. Escaparme a París. Pasar un fin de semana enterito bajo las mantas, sin salir de la cama. Mmmmm... Compartir sushi con Vincent en noches lluviosas. Amarlo sin medida. Ser feliz. No intentarlo: serlo.

Una mano se agita enérgicamente en la lejanía a modo de saludo. Reconozco de inmediato a Marc. Avanza hacia nosotros luciendo unos tejanos raídos, unas deportivas New Balance, un jersey negro ceñido y un gran bolso masculino colocado en bandolera. Se ha dejado la barba más espesa. Creo que también lleva el pelo más largo. Es un hombre atractivo. Ha sido un grato compañero de aventuras. Un taimado investigador. Y eso que durante mi secuestro llegué a dudar seriamente de su lealtad y hasta de sus intenciones.

Nos abrazamos con mucho sentimiento. Se trata de un abrazo largo. De los que consiguen despertar una sensación similar a la de flotar entre las nubes cuando te aprietas fuerte contra el cuerpo del otro. Al menos durante unos instantes. Conste en acta que sin intención libidinosa alguna: es el bienestar que proporciona la amistad.

Vincent lo saluda. No se cayeron bien cuando se conocieron, pero su estrecha colaboración para liberarme puso a cada uno en su sitio en la escala del otro: hombres muy diferentes en orígenes e idiosincrasia vital, pero grandes tipos. Ahora se respetan. No descarto que lleguen a convertirse en colegas con el paso del tiempo. Íntimos no lo creo. Pero cosas más extrañas se han visto. Tratándose de hombres, solo ellos tienen la última palabra.

—Necesito una cerveza tan grande como esa —nos dice Marc señalando con la cabeza una pinta que se está tomando un guiri de apariencia eslava en la

mesa contigua.

—Que sean dos. Te acompaño con otro zumo de cebada —pide Vincent.

—Estás tan reguapa como siempre, Violeta Velarde. Rusia te ha sentado de maravilla pese a los sobresaltos y a esos mamones de mala sangre que te fueron atacando a traición por las esquinas.

—Y yo compruebo que en Indochina o en Conacri seguirás ejerciendo como un zalamero consumado. Podemos dedicarle a esta agradable charla todas las horas que gustemos, pero, por Dios bendito, comencemos por las revelaciones. Cuéntanos lo que te quede por confesarme respecto al pasado de los Austen. ¡No aguanto más!

Creo percibir una mirada de complicidad entre los dos maromos que me escoltan y se produce un silencio incómodo. ¿¿¿Qué coño está ocurriendo aquí???

—¿Se lo cuentas tú o lo hago yo? —le espeta con desparpajo Marc a mi chico mientras ambos clavan sus vivaces ojazos en mi sorprendida jeta.

—Creo que, tratándose de un tema delicado, de índole familiar, me corresponde decírselo a mí —sentencia Vincent de manera solemne.

Marc asiente con la cabeza, complacido, y entonces Vincent se dirige a mí con una seriedad sobrevenida que me acojona y me pone alerta.

—Violeta, antes de que Marc nos revele las últimas averiguaciones de su investigación, hay algo que deberías saber. No te alarmes, pero es conveniente que conozcas la verdad. Se trata de Fermín.

—¿¿¿Le ha ocurrido algo a Fermín??? —vocifero mientras palidezco por el mosqueo—. ¿Qué le ha pasado a mi padre? ¿Está bien? ¡Quiero hablar con él ahora mismo!

—No. Tranquila. Él se encuentra perfectamente. Lo que vamos a contarte es un asunto relacionado con tu secuestro.

—¿¿¿Qué tiene que ver Fermín con mi secuestro??? —Como estos dos pendejos no se expliquen con claridad voy a empezar a hiperventilar.

—Directamente nada, desde luego. Pero su indiscreción fue la causante de lo que te ocurrió.

—No te andes con rodeos, Vincent Moliere, y suéltalo. Ya os vale a los dos, ambos conchabados a mis espaldas para ocultarme información sobre mi padre, ¡mi padre!, con premeditación y alevosía. ¡Qué cabrones!

—No se trata de eso; no te enfades antes de escuchar lo que Vincent tiene que contarte —interviene Marc—. Tan solo buscábamos el momento idóneo para desvelarte en persona un asunto espinoso. Esto no se despacha de cualquier manera ni tampoco por teléfono.

—Creo que no es necesario detallarte que Fermín sentía algo por Kate. De sobra lo sabes. En realidad, parece que el pobre sufría una obsesión por tu abuela. En el buen sentido. Estuvo toda la vida colgado de ella. Amor platónico e incondicional. A ti te adora, eso nadie lo duda, y te ha cuidado como el mejor de los padres. Todos lo admiramos, respetamos y queremos por ello; además de por ser un vejete entrañable. Pero en su día te adoptó porque eras la nieta de Kate. Una criatura que le otorgaba un vínculo para toda la vida con la mujer de sus sueños. Una manera de convertir al objeto de sus deseos en parte de su propia familia. Con la muerte de Kate su obsesión por ella se acrecentó. Con tenacidad y constancia ha ido coleccionado cualquier cosa que tuviera relación con tu abuela. Consiguió todo lo que estuvo a su alcance en los últimos años. No descartes toparse con un santuario en su honor en la calle Velázquez cualquier día de estos.

»Cuando le confesaste que estabas tras la pista del supuesto tesoro que ella buscaba, se lo contó a un comisionista turco. Un tipo con el que Fermín colaboraba habitualmente para conseguir piezas demandadas por vuestros clientes de la galería. En esas tareas el turco era efectivo, se movía dentro de los cauces legales y por ello Fermín confió en él. Además, tu padre desconocía por completo que su colaborador pertenecía a una de las mafias del mercado negro.

Viene a mi cabeza el moreno chaparro del escaparate, el de piel cetrina, el de la terraza de la plaza de Santa Bárbara, el que creí ver subiendo al avión con destino a San Petersburgo. No eran casualidades banales. Me seguía. Y yo a por uvas. Mierda.

—Tu padre pretendía que ese cabrón anduviera tras tus pasos para protegerte, guiarte, que se mantuviese cerca de ti, para, llegado el caso, ayudarte. Le dio instrucciones precisas: debía intervenir para conseguir lo que buscaba Kate si tú no podías hacerlo por ti misma. Tenía orden de comprarlo para vosotros, para él, si tú no lo conseguías. El turco pertenece a una relevante organización que trafica con arte. Es de los que ponen en contacto a



los que expolían tesoros de las zonas en conflicto con los millonarios europeos y americanos que están dispuestos a comprar obras de procedencia ilegal. El pájaro también operaba antes de su detención en mercados limpios, sí, es cierto. Esa era la faceta por la que Fermín y otros tantos anticuarios de prestigio lo conocían y confiaban en sus métodos. Pero el turco destacaba como comisionista de operaciones ilegales de alto *standing* entre Oriente y Occidente. Cuando Fermín le desveló con toda su buena intención la posibilidad de que Catalina Austen estuviese muy, muy interesada en algún objeto u objetos durante los últimos años de su vida, se encendieron las alarmas. Esa mujer era una de las más reputadas coleccionistas de Europa. Si perseguía con ahínco algo es porque debía tener mucho valor.

Marc toma la palabra para apoyar a Vincent en su exposición. Ese colega masculino entre ambos va a tener lugar bastante antes de lo pronosticado por mí. Pero qué erráticas somos las mujeres cuando entra en juego la complicidad testosterónica.

—Te siguieron hasta aquí y organizaron un dispositivo rápido y algo chapucero por las prisas: desconocían por cuánto tiempo permanecerías en San Petersburgo, así que actuaron con premura.

—De la mano de sus compinches rusos ejecutaron tu secuestro exprés — prosigue Vincent—. Estos delincuentes disponen de una red de colaboradores en cada país. Malditos hijos de puta. Al viajar hasta Rusia, ellos supusieron que tú ya habías localizado el botín, aquí, en San Petersburgo, y te retuvieron para intentar sonsacártelo a la fuerza.

—¿Fermín sabe todo esto?

—Claro que lo sabe. Él mismo cayó en la cuenta acerca de la procedencia de tus captores. Me lo contó completamente derrumbado. Hasta padeció un ataque de ansiedad mientras lo hacía. Tuvo que ser atendido por el SAMUR. Tranquila, te lo vuelvo a repetir, se encuentra perfectamente. Ni siquiera tuvo que ser ingresado.

—¿Cómo sabía él que me habían secuestrado?

—Porque antes de viajar a San Petersburgo fui a verlo. Cualquier detalle que hubiese tenido lugar en los últimos días podía resultar clave para obtener pistas respecto a tu paradero. Fermín me confesó enseguida que alguien más conocía tus pasos. Comprendió que su colaborador de confianza podía haber

salido rana, como así fue. Tu padre lo ha pasado francamente mal. Se siente culpable. No pega ojo. Sigue machacándose por lo ocurrido pese a que estás sana y salva. Se siente viejo, inútil, torpe y derrotado. Mi padre y yo le hemos transmitido todo nuestro cariño haciéndole comprender que eso le puede pasar a cualquiera. Pero no encuentra consuelo. Se culpa de que su malsana obsesión por Kate ha estado a punto de ocasionarte una desgracia. Piensa que nunca lo volverás a querer. Que le vas a odiar por lo ocurrido. Que renegarás de él.

—Pobre Fermín. Estoy deseando volver a España para quitarle esas ideas macabras de la cabeza con un par de abrazos.

—Tienes que quererlo y mimarlo mucho a tu vuelta.

—Nunca he dejado de hacerlo, pero me emplearé a fondo. ¡Qué ganas tengo de abrazarlo y de compartir con él tardes en el sótano con sus pinceles, sus esmaltes y nuestros cafés vespertinos! ¡Una tonelada de moscovitas le voy a comprar en cuanto aterrice en Madrid!

—Bueno, señores, que no decaiga la velada en los brazos de la melancolía. —Marc nos devuelve de golpe a la realidad petersburguesa—. Servidor os trae noticias fresquitas. Y puede que succulentas. He localizado la casa que perteneció a Kate y que ella vendió poco antes de su muerte. Se trata de una preciosa residencia ubicada a apenas doscientos metros de aquí. Por eso os cité en esta terraza junto al río. Ella apenas la utilizó en vida. La recuperó por motivos sentimentales tras la caída del telón de acero. Fue el hogar de sus antepasados en San Petersburgo. Pero la visitó poco y ni siquiera la reformó. La mantuvo entre sus propiedades por apego personal, pero una vez que se acercaba el final de sus días y dado que su única descendiente, o sea, tú, tenía su vida en España y carecía de vínculo alguno con Rusia, decidió deshacerse de ella. Pensó que te resultaría mucho más útil el ático que te legó en una de las mejores zonas de la capital de España.

»La casita es preciosa. Jardín, cenador techado con lilas colgantes, árboles frutales, vistas al río, fabulosos ocasos desde los dormitorios superiores, tres plantas, ventanales con balconadas, fachada azul tiffany, que diríais las chicas... Todos esos aspectos los han mantenido intactos sus actuales propietarios, unos encantadores italianos de avanzada edad. Ellos pasan aquí gran parte del verano y organizan una fiesta anual muy sonada entre la *socialité* europea con motivo del Festival de las Noches Blancas. El resto

del año residen entre Italia y Cerdeña. Lo que yo denomino una jubilación dorada, sí señor.

»Les he contado una milonga. En realidad, no tanto. He obviado la parte relativa a que estás buscando algo que inquietaba a tu inefable abuela para centrarme en el meollo emotivo del asunto. Tocar el corazoncito siempre es eficaz para lograr propósitos por la vía rápida. Les he dicho que, tras media vida en la inopia, has descubierto que eres la nieta biológica de Catalina Austen y estás muy interesada en conocerlo todo acerca de su pasado: sus amistades, sus gustos, sus afectos, los lugares donde transcurrió su infancia, las historias que marcaron su vida adulta, bla, bla, bla... Mi emotivo discurso ha inflamado su sensiblería. Ellos ahora no se encuentran en la ciudad, pero estarán encantados de que visites la casa que perteneció a tus antepasados. También me han dicho que no les importaría invitarte a cenar en alguna ocasión. Fueron viejos conocidos de los Austen y apreciaban a tus abuelos. Vamos, dad el último trago a estas cervezas porque nos espera el chico de los recados de los Cagliari para abrírnos la puerta.

—¿Los Cagliari?

—Así se apellidan los propietarios italianos. Y su chico para todo aquí en San Peter es un joven estudiante que también se encarga del mantenimiento de la casa.

—¡Marc! ¡Qué ilusión! ¡Voy a pisar el hogar de la abuela de Kate, de la increíble Selma, el lugar donde se crio mi bisabuela, Neva, la dama de compañía de las hijas de los últimos zares de Rusia! Puede que incluso la familia imperial compartiese momentos de ocio con mis antepasados entre esas paredes... —Me abalanzo sobre él para abrazarlo y comérmelo a besos. Ahora que conozco a fondo las extraordinarias figuras femeninas de mi estirpe, me supone una grata sorpresa descubrir los lugares donde fueron felices. Es como poner forma a la memoria. Siluetear la crónica de sus vidas y, por tanto, también de la mía.

—Puedes ahorrarte los besos de momento, porque tengo una noticia todavía mejor. Bueno, espero que lo sea. Podría tratarse de una primicia extraordinaria: dependerá de quién sea el autor y de qué revelaciones guardan esos contenidos.

Vincent y yo permanecemos mudos y con los ojos clavados en el careto de Marc. ¿Autor y contenidos? ¿Pero de qué está hablando ahora?

—¡Coño, Marc, no seas hijo puta y suelta por esa boquita! ¿Qué nos estás queriendo decir?

—Hace un par de años los Cagliari acometieron una profunda reforma en la mansión que perteneció a tus antepasados. Habían actualizado por completo la decoración de la cocina, los cuartos de baño y hasta adecentado los jardines cuando adquirieron la residencia, pero apenas retocaron otras estancias. La señora Cagliari me dijo que les gustaba ese estilo señorial de principios del siglo XX, las maderas nobles en los dormitorios, los estucos, las arañas de cristal... Pero enseguida las maderas se quedaron obsoletas, rayadas y carentes de brillo en comparación con el resto de la casa. Así que decidieron sustituir los suelos de la planta superior. Debajo de una de las tablas del dormitorio principal encontraron numerosos papeles. Parece que se trataba de correspondencia personal: había sobres sellados, cartas escritas con diferentes caligrafías... También algunas fotos. Las instantáneas reflejaban bailes de gala, estampas de San Petersburgo nevado, excursiones campestres, posados familiares en distintas estancias de la casa... según la señora Cagliari, y cito textualmente, «la mujer poseía una belleza apabullante, extraordinaria, inaudita...».

—¡Selma! ¡Ese bellezón de mujer debe de ser la mismísima Selma! ¡Ayyyy, qué ilusión, voy a poner cara a mi tatarabuela! ¡La heroína que plantó a un sultán por amor!

—Posiblemente, Violeta. Pero escucha, no te embales todavía ni sucumbas tan rápido al entusiasmo. Que las prisas son traicioneras. Todavía desconocemos los detalles.

—¡Estoy completamente emocionada, Marc! Nerviosa y excitada. Después de tantos meses llenos de incertidumbre parece que vamos a resolver unos cuantos interrogantes.

—¡Eso espero! Por cierto, los italianos también encontraron algunas fotografías que fueron tomadas en fiestas de postín en las que aparece gente muy acicalada, probablemente miembros de la aristocracia rusa y la alta burguesía de aquella época. La señora dice que incluso había estampas inéditas de la familia Romanov. ¿Lo puedes creer? Debajo de la cama donde

dormían su marido y ella habían permanecido ocultas fotos de la zarina, de sus hijas, del zarévich, de sus mascotas... Dice que se quedaron con un par de fotos de la familia imperial que están en el salón principal y en la salita de estar. Este descubrimiento tuvo lugar durante la reforma, cuando Kate ya había fallecido. De haber permanecido tu abuela con vida, se lo habría comunicado, porque quizá esos papeles le habrían interesado. Según ella es posible que pertenezcan a sus antepasados.

—¡Pero ahora resulta que sí hay alguien de esa familia que está muy vivo! ¡¡¡Yo!!! ¿Serían acaso, esas cartas y fotografías, lo que andaba buscando Kate? Un puñado de retazos de la memoria de Selma, de Neva, de las mujeres de su familia... Quizá ella también ejerció en sus últimos tiempos de lo mismo que yo: de cazadora de recuerdos.

—Podiera ser. Su abuela y su madre tuvieron que huir precipitadamente una noche cualquiera, como tantos otros compatriotas, de una Rusia tomada por los enloquecidos revolucionarios, seguramente sin llevarse consigo todo lo que hubiesen deseado. Puede que Selma le hablase a Catalina de aquellos recuerdos, pedazos de sus vidas que quedaron ocultos en el hogar de San Petersburgo. De su interés por recuperarlos si aún seguían existiendo. O puede que tu abuela buscase algo completamente diferente. Quién sabe. Nunca lo averiguaremos, porque Kate ya no está entre nosotros y jamás confesó a nadie explícitamente qué era lo que estaba buscando.

—¿Y las cartas? ¿Qué decían?

—Están escritas en ruso. El matrimonio Cagliari no pudo traducirlas cuando las tuvieron entre sus manos.

—¿Pero dónde se encuentra ahora ese material? ¿Lo conservan ellos? Nos acabas de contar que los italianos se quedaron con un par de fotografías de los Romanov que están decorando estanterías de la casa azul. Pero ¿y el resto de las instantáneas? ¿Y las cartas?

—Pensaron que al tratarse de estampas inéditas de los últimos zares de Rusia podían tener cierto valor histórico, como así fue. Las donaron junto a las cartas.

—¿A quién? —Mi corazón está palpitando como si estuviese bailando una maratón de tango. Aprieto con tremenda fuerza las manos de Vincent entre

las mías. Él ha permanecido callado durante la conversación, pero soy capaz de percibir su excitación por lo acelerado de sus pulsaciones.

Marc nos mira y remira con una expresión sarcástica y se descojona. Literalmente.

—Y que dos distinguidos expertos del arte más sibarita me estén preguntando esto a mí... A un humilde periodista, a un mal plagio de Anacleto agente secreto. Manda huevos. ¡Pareja, que estamos hablando de la dinastía Romanov y nos encontramos en San Petersburgo! ¿Pues a dónde lo van a donar? ¡Al museo de museos! ¡Al Hermitage!



Olor a hogar. Soy consciente de que resulta una gilipollez, pero eso es lo que he sentido al traspasar la verja de hierro forjado que da acceso a la residencia de fachada azul. Parece una casita de muñecas de coleccionista. ¿Pero cómo voy a ser capaz de aspirar un aroma familiar en una residencia reformada por unos abuelitos italianos? En una mansión construida a finales del siglo XVIII que permaneció deshabitada durante décadas y que actualmente, excepto por su arquitectura exterior, podría confundirse con cualquier *loft* neoyorquino de diseño...

Pues eso es lo que he sentido. Quizá porque es la primera vez que me deslizo sobre unas baldosas marmóreas sabiendo que fueron pisadas por los míos en otra época. Entre aquellas paredes transcurrió parte de la vida de mis antepasados. Y ¡zasca! Me atiza un arrepentimiento hondo e inesperado porque en la mansión inglesa de los Austen permanecí acobardada, casi paralizada por la impresión, al otro lado de la valla... Es una tarea pendiente: cuando resolvamos este rompecabezas tengo que contactar con mis parientes ingleses. Y conocer la morada de Kate, el lugar donde creció Charlotte, mi madre. Se lo debo a todas ellas. Y lo más importante: me lo debo a mí misma. Me estremezco, pero sonrío satisfecha por mi decisión. Quizá todavía conserven en la cocina los azucareros donde mojaban mi chupete siendo un bebé. Quizá corretee por los jardines algún descendiente del labrador que me olisqueaba

con suavidad. Quizá guarden en el desván una muñeca vestida con lunares rosas...

Vincent ha echado una rápida ojeada a los «dominios familiares» de mis antepasados antes de marchar hacia el Hermitage. La sucesión de cinco palacios que acogen uno de los museos más impresionantes del planeta se encuentra a menos de cinco minutos a pie desde la residencia de mi bisabuela. La imponente y colorida silueta del Palacio de Invierno, el corazón del Hermitage, parece flotar sobre el río mientras navegas por el Neva; exactamente igual que ocurre con este palacete de ensueño.

Los Moliere son patronos, mecenas y no sé cuántas cosas más del gran museo petersburgués —como también lo son del Metropolitan, el Louvre, el Prado, el British, la National Gallery y otros tantos—. Así que Vincent ha telefoneado al director del museo, como quien llama a un amigo del alma, para solicitar la supervisión de ciertos papeles donados por unos ilustres italianos: los señores Cagliari.

Parece que se trata de un material que no está expuesto todavía en las galerías: permanece en los archivos, pendiente de clasificar. Por los museos más emblemáticos del mundo recaen cada año miles de piezas, documentos y obras de diversa procedencia. Su estudio, clasificación y la decisión de si pasan a formar parte de las colecciones permanentes que albergan es un proceso largo y conlleva la intervención de numerosos eruditos para las verificaciones de rigor.

Por supuesto, el patrono Moliere, con el pastizal que suelta cada año para la conservación del museo entre museos, tiene acceso a lo que le venga en gana y cuando le venga en gana. Y cuenta con el privilegio de disponer de la ayuda de los expertos si fuese necesario. Vincent se defiende con el idioma ruso. No lo domina para mantener conversaciones fluidas, pero lo lee correctamente. Así que supongo que tratándose de unas cartas se podrá manejar él solito. A no ser que la caligrafía sea espantosa.

Fantaseo con una llegada hollywoodiense: seguro que los gerifaltes del museo le reverencian cual emperador de la galaxia. Fastos en honor de uno de los más generosos mecenas. A veces no soy consciente de que manejo entre las piernas a un pudiente —artístico y empresarial— de relevancia internacional. Y prefiero no hacerlo, porque esa faceta de Vincent me aturde. Podría llegar a

bloquearme y no estoy por la labor de que los aspectos más frívolos y mundanos interfieran en mis asuntos del corazón ahora que muero de amor. Ainsssss. Por fin he comprendido el porqué de tantas dudas, inseguridades e interrogantes: AMOR es la respuesta.

Marc ha permanecido en un segundo plano durante mis andanzas por el palacete dieciochesco. Y yo me he dejado llevar. He cerrado los ojos para imaginar cómo sería aquel escenario hace aproximadamente un siglo. En 1916 la sociedad rusa ya andaba revuelta, pero todavía no se había producido el estallido de la revolución.

Mi mente está dibujando a una niña con tirabuzones, mejillas sonrosadas y volantes con encajes jugueteando risueña en el jardín. A unos padres orgullosos observándola con las manos entrelazadas. Un río poderoso como principal testigo de todo cuanto acontecía frente a sus riberas. Me recreo con el olor de unos bollos recién horneados que huelen a canela y a limón, con el eco de risas y confidencias de enamorados, de besos pasionales frente a los ventanales superiores en las noches blancas de la metrópoli del sol eterno. Coloreo en mi imaginación un carruaje tirado por caballos esperando junto a la verja a una esplendorosa dama envuelta en pieles, sedas y joyas. El cochero le ayuda a acomodarse y parten hacia uno de los pomposos fastos que acontecían en la corte más distinguida que el mundo conoció...

Selma. La he descubierto en una de las fotos de los Romanov que conservan los Cagliari. Su estampa destaca entre el repujado de un exquisito marco de plata. Su rostro excepcional ocupa un lugar privilegiado sobre la repisa de la chimenea de un par de desconocidos. Esos ojos felinos me han llamado. En un retrato en blanco y negro se observa en segundo plano a un grupo de chiquillas danzando sobre la hierba, luciendo almidonados vestidos blancos: las hermanas Romanov y Neva. Mirando a cámara y en primer plano, se encuentran dos damas sentadas frente a un impecable servicio de té. La zarina Alejandra y la abuela de mi abuela.

Su aspecto físico sobrecoge. Se parece a Kate. Muchísimo. Casi como dos gemelas. Aunque quizá lady Austen poseía unos rasgos más finos y aristocráticos. Los de Selma resultan indómitos. Predominan en su físico los genes de ascendencia oriental. Las facciones de su cara son angulosas, su mirada selvática, sus ojos rasgados, y la expresión de su rostro, señorial. Toda



una explosión de fusión racial. Un cuello estilizado desemboca en un torso de medidas esculturales y una cintura de avispa acentuada por un corpiño.

Mi magna antepasada debió ser una pesadilla para la virtud masculina. ¡Qué barbaridad! ¡Qué físico tan portentoso! ¡Qué elegancia innata! Mira al objetivo con naturalidad. Queriendo restar importancia a una belleza sobrenatural que acapara todo el resplandor de una imagen de época, de una instantánea histórica. Selma posa livianamente, construyendo un parapeto imaginario que desdibuje ante las miradas ajenas la perfección de una anatomía turbadora.

Un tenue susurro me devuelve a la realidad. Es Marc. Se ha acercado delicadamente hacia mí, pero no he percibido su presencia a causa de mi ensimismamiento.

—Selma se parece muchísimo a ti, Violeta.

—Ese piropo es innecesario. En todo caso sería más correcto decir que yo me parezco a la dama de la foto. Ella me lleva un siglo de ventaja. Y años luz en la hermosura.

—Reniega de tu belleza todo lo que desees. Pero si aprecias el encanto y la excelencia que nos mira tras ese cristal enmarcado en plata, y sé que lo estás haciendo, deberías asumir la tuya propia. Contáis con un parecido más que razonable.

Suspiro en voz alta. El joven al servicio del matrimonio Cagliari me está observando con curiosidad. Quizá el parecido que referencia Marc sea más evidente de lo que yo deseo reconocerme a mí misma. Tanto primor en una sola mujer no debería estar permitido. Selma debió ser prisionera de su belleza.

—Tenemos que marcharnos. Vincent me ha llamado. En realidad te ha telefonado a ti varias veces, pero no te has enterado. ¡Estás absorta disfrutando de esta casita azul tiffany! Moliere nos espera en los archivos del Hermitage. Ha solicitado unos pases especiales para que no tengamos problemas de acceso. Los papeles que encontraron los Cagliari son parte de la correspondencia personal que mantuvo Selma durante los años que vivió en San Petersburgo. Ni más ni menos que cartas de la zarina, otros parientes cercanos de los Romanov, Stravinski... por cierto, ¿sabes que fue su mecenas? Selma promovió la obra del compositor y parece que también la de otros

cuantos artistas de la época: literatos, el mismísimo Rimsky-Korsákov... Parece que por lo general se trata de misivas cortas, con contenidos de cortesía, saludos y algunas invitaciones. Pero entre los papeles hay una carta que ha disparado el entusiasmo de tu bombón.

—¿De qué se trata? ¿Vincent te ha adelantado algo? —Otra manada de bulldogs pataleando por mi tripa. Otro vaivén de emociones. Otro festival de nervios. Las lágrimas están a punto de explotar, pero a duras penas consigo contenerlas.

—Sí, Violeta. Agárrate. Es una carta dirigida a Selma por un remitente muy especial: Pierre Carl Fabergé, quien por aquel entonces ya vivía en Suiza. Él también se vio obligado a exiliarse tras la revolución rusa. Está fechada en 1919, un año antes del fallecimiento del joyero. Él murió en Lausana y la abuela de Kate y el orfebre debieron ser buenos amigos cuando ambos residían en San Petersburgo.

—¡Vaya! Eso quiere decir que Selma y Neva se establecieron en Londres aproximadamente en 1919. Debieron de fugarse de aquí en 1918. Permanecieron en San Petersburgo al menos un año tras la revolución. No debieron ser unos meses fáciles para ellas.

—Sí, sí, sí, pero eso no es lo más relevante ahora. ¿Estás preparada? Respira hondo, toma mi mano, coge fuerzas y ahí lo llevas: Vincent ya sabe qué era lo que estaba buscando tu abuela. Bueno, y si no lo es, Moliere acaba de hacer un descubrimiento realmente extraordinario. Histórico.

Creo que jamás he corrido tanto. Acabo de patear la distancia que separa la casa azul del gran Hermitage en apenas tres minutos.

Extraña sensación la que me invade: el ahogo provocado por el trote acelerado se fusiona con ese sublime momento que antecede a la felicidad. Mi felicidad.

## *Cartas para Selma*

*E*stimada Selma:

*¡Qué alegría saber de ti! Supone un gran alivio conocer la buena nueva de que has decidido partir hacia Londres en las próximas semanas en compañía de tu hermosa hija. En estos tiempos convulsos la seguridad, por desgracia, se encuentra lejos de las fronteras de nuestro amado país.*

*¡Cómo me gustaría recrearme con el rostro de Neva ahora! Debe de haberse convertido en una joven adorable, tan gentil y primorosa como siempre lo ha sido su distinguida madre, una de las damas más admiradas de toda la corte rusa.*

*Envíale un afectuoso saludo de mi parte. Y si tienes a bien confirmarme más adelante la dirección de la que será vuestra residencia en la capital inglesa, le haré llegar con gusto alguna fruslería diseñada por mis manos especialmente para ella. Quizá uno de mis broches de araña. Debe ir preparándose adecuadamente para la vida social y el cortejo propio de su edad, aunque eso tú bien lo sabes. La guiarás por caminos certeros. Eres una maravillosa mujer. De las más extraordinarias que mis ojos jamás contemplaron.*

*¡Qué duro debe de resultar para vosotras dejar atrás San Petersburgo! Unas damas de vuestra envidia jamás deberían padecer semejante trance. Por desgracia, muchas de nuestras conocidas atraviesan situaciones similares en estos oscuros días para la patria. En los países fronterizos con Rusia se están formando unas aglomeraciones monstruosas de exiliados. Algunos de ellos pertenecen a nuestro círculo cercano de amistades. ¡Qué desgracia y qué dolor para el alma de los rusos de bien! Ojalá Kerenski se hubiera mantenido en el poder. Si la revolución era imparable, al menos ese hombre de ideología moderada hubiese supuesto un mal menor para todos nosotros. Y para el Imperio.*

*Ha llegado a mis oídos que la madre del difunto zar —Dios lo tenga en su gloria, a él y a su amada familia—, María Feodorovna, gracias a su*

*entronque sanguíneo con la familia real danesa, permanece a salvo en Dinamarca junto a dos de sus hijas: Olga y Xenia. Que Boris Vladimirovich, primo del soberano, reside en París. Algunos otros altos funcionarios imperiales han recalado en la Costa Azul y muchos aristócratas se han agrupado en Darmstad. Con algunos de ellos me carteo con regularidad.*

*Se rumorea que otros grandes duques han viajado hasta los Estados Unidos de América. El príncipe Cirilo, al que tú bien conoces, uno de los más queridos sobrinos de nuestro difunto soberano, el zar Nicolás II, ha sido acogido como huésped por el rey Jorge de Inglaterra. Ahora vive en Windsor, a pocos kilómetros de Londres. No dudes en contactar con él cuando te instales allí. Te abrirá las puertas entre los miembros de la corona británica, hecho que te resultará de gran utilidad mientras permanezcas en su hospitalario país.*

*Cómo lamenté la pérdida de tu esposo, querida Selma. Eso ya lo sabes porque te transmití mis más hondas y sinceras condolencias. Murió como un héroe, salvando la vida de otros, sirviendo a Rusia y defendiendo San Petersburgo de esos bolcheviques enloquecidos y desalmados. Comprendo que estas palabras no suponen ningún consuelo para ti, pero una caída con honor debe enorgullecerte. Fuisteis tremendamente dichosos y afortunados. Guarda en tu corazón cada instante de los compartidos. Y nunca olvides que ser bendecida con un amor tan inmenso y arrebatador solo está al alcance de los elegidos. Las puertas del cielo son más seguras desde que las vigila el valiente Selim.*

*Al menos pudiste recuperar su cuerpo y darle digna sepultura en el propio jardín de tu hogar. Eso debe reconfortarte. En cuanto puedas regresar a tu casa petersburguesa lo tendrás siempre a tu lado. Podrás rezar junto a su tumba cada mañana. Y no te aflijas por la carencia de lápida debido a la premura con la que os veis obligadas a partir de la ciudad. Tarde o temprano regresarás a nuestra tierra y podrás construir un hermoso panteón en el jardín para su eterno descanso. Los tiempos dichosos volverán, querida amiga. Las etapas de la historia son cíclicas y tras el horror y la destrucción la felicidad nos aguarda.*

*No te imaginas cuánto me emocionó saber que lo has enterrado junto a mi creación. La joya que con tanto cariño diseñé y fabriqué para ti,*

*siguiendo los cánones exactos que utilizaba para los huevos de Pascua que Nicolás II regalaba a Alejandra. Le hiciste en vida a Selim un regalo digno de zares que ahora lo acompañará durante toda la eternidad.*

*Como bien conoces, para la elaboración de algunos de los últimos huevos de Pascua de nuestros soberanos utilizamos en el taller piedras preciosas que te pertenecieron, algunas de las que trajiste contigo desde la capital del Imperio otomano. Pero las gemas que nos entregaste para elaborar el obsequio para tu difunto esposo no tienen parangón. Jamás observé unos diamantes y esmeraldas de la pureza de los que recubrían la cáscara exterior del huevo. Y la sorpresa que guardaba en su interior poseía un valor incalculable: una inmensa perla dorada procedente de los Mares del Sur. Aunque soy consciente de que para vosotros tenía un valor emocional que no se puede equiparar a la mayor fortuna: se trata de la perla que lucías en tu frente el día que os conocisteis.*

*¡Qué hermosa historia y qué fabulosa idea tuviste al encargarme un huevo cuyo interior guardaba una sorpresa tan simbólica para vuestro grandioso amor como regalo para Selim! Soy muy afortunado por haber sido el elegido para culminar un encargo trufado de adoración, pasión, ternura, cariño y buenos sentimientos. Y ahora mi creación yace junto a su genuino propietario. Bajo el parterre de vuestro propio hogar. Alabada seas, querida Selma.*

*Si resulta de tu agrado, me gustaría seguir recibiendo noticias sobre ti y sobre Neva. Sé que os encontráis inmersas en unos meses dolorosos, rebosantes de cambios e incertidumbres, pero me atrevo a cursarte una invitación para cuando mejore vuestro estado de ánimo. Podéis venir a visitar Lausana cuando gustéis. Es una ciudad acogedora, repleta de fachadas picudas culminadas por tejados de pizarra y salpicadas por terrazas cuajadas de coloridas flores. Las sempiternas cumbres nevadas de los Alpes dibujan un panorama delicioso desde cualquier rincón. En esta, mi casa, siempre seréis bienvenidas.*

*No me resta más que enviarte a través de estas líneas el deseo de que tu llegada a Londres, si no feliz por las trágicas circunstancias que azotan nuestro país y la congoja que oprime tu alma, al menos resulte plácida para tu amada hija y para ti.*

*Un abrazo de tu amigo y siempre servidor,  
Karl Fabergé*

Los tres permanecemos mudos. Ojipláticos. Pasmados. Incapaces de articular palabra alguna. El silencio como aliado de la estupefacción supina. Vincent me abraza. Necesito su calor, su olor, su tacto, su protección.

¡Cuántos secretos pueden extraerse de la lectura de unas líneas escritas hace casi un siglo! Como tantos y tantos rusos de elevado estatus social, Selma y su hija se vieron obligadas a huir de San Petersburgo tras el estallido de la sublevación popular. Aunque resistieron en la ciudad muchos meses tras el estruendo de la Revolución. Y cuando finalmente tomaron la decisión de marchar, la llevaron a cabo precipitadamente porque sus vidas corrían peligro. A los bolcheviques no les temblaba el pulso para ejecutar burgueses y aristócratas. Su esposo murió en un heroico acto de servicio en las filas de los ejércitos del zar durante las revueltas. Madre e hija se alejaron de Rusia a través del mar helado del golfo de Finlandia y fijaron su residencia en Londres, como ya me había relatado Dominique.

Selma recaló en San Petersburgo con un arsenal de impresionantes joyas procedentes del harén. Los sultanes siempre han tenido fama de ser generosos con sus favoritas. Me queda claro que dicha reputación dadivosa es bien merecida... El día que la abuela de mi abuela conoció al amor de su vida —un hombre por cuya compañía se fugó del harén de uno de los últimos sultanes del Imperio otomano cuando estas heroicidades no se pergeñaban ni en la retorcida cabecita de los novelistas— llevaba una enorme perla dorada de los Mares del Sur colgando de la frente.

Y vamos llegando al culmen del asunto. En un alarde de romanticismo, Selma encarga una chuchería con la que sorprender al esposo amado. Su orfebre de cabecera y ella parece que se entienden bien. Incluso ya han comerciado con alguna de las alhajas otomanas que le sobraban a la portentosa dama, que debían de ser muchas. Cosas de harenes.

Este caballero que se carteaba con Selma elaboraba con sus propias manos los míticos huevos de Pascua de los zares de Rusia, en algunos de los cuales, por cierto, engarzó las impresionantes piedras preciosas turcas

pertenecientes a mi antepasada. Selma encargó para su amado Selim un huevo idéntico a los que los soberanos rusos regalaban a sus esposas cada Pascua.

Estos huevos son considerados obras maestras de la joyería. El orfebre que los firma, un leal amigo de mi tatarabuela, es Fabergé, reconocido como el joyero más destacado de la historia.

Los huevos de Fabergé cotizan en el mercado a unos veinte millones de euros la pieza. Millón arriba, millón abajo. Un ejemplar no catalogado podría elevar considerablemente ese precio. Un huevo de Fabergé inédito, revestido de gemas de extraordinaria calidad en su exterior —diamantes y esmeraldas de una pureza máxima según se desprende de la carta— y que guarda en su interior una perla dorada de un tamaño descomunal, podría duplicar ese valor de mercado.

Hay un huevo inédito de Fabergé enterrado en el jardín de la casita azul. Y yo soy la legítima heredera.

## Epílogo



## De Romeos y Julietas

«El mundo está lleno de pequeñas alegrías:  
el arte consiste en saber distinguir las».

LI TAI-PO

**A**nhelamos permanecer por siempre entre los brazos de la serenidad, pero la vida nos sacude, los oscuros demonios de nuestro interior atacan y las dudas nos inquietan. Es entonces cuando las ásperas garras del sufrimiento y de la indecisión acechan y acabamos confundidos. Pero a pesar del soponcio inicial, no lo he tenido que pensar mucho. El huevo se queda donde debe estar: bajo tierra. Sería una pesadilla para mi conciencia mancillar una leyenda de puro amor protagonizada por mi familia. Además, me resultaría imposible sobrellevar semejante carga siendo consciente de que mi única motivación sería la codicia humana. Ese demonio insaciable.

Selma encargó al gran Fabergé un huevo imperial. El orfebre aceptó encantado la petición de una amiga; recubrió la joya con diamantes y esmeraldas provenientes de aquel Imperio otomano en el que un día Selma reinó intramuros. Remató su creación incrustando en el corazón de ese diseño único la perla que mi tatarabuela lucía el día que se cruzó en su camino el hombre que la marcó para siempre. Esa mujer valiente y virtuosa decidió hace cien años que aquel encargo fuese enterrado junto a los restos de su alma gemela de aquí a la eternidad.

La paz no tendría cabida el resto de mis noches si la avaricia por poseer lo que perfiló la felicidad de los ya muertos se impusiese al sentido común. Carezco de necesidades económicas: heredé una casa señorial, recibiré un negocio de arte próspero y consolidado y en mi caja fuerte reposan un puñado de alhajas fabulosas. Ahora sé que proceden de uno de los últimos harenes del Imperio otomano; son gemas que deben de valer una fortuna. Miedo me da tasarlas, no vaya a ser que averiguar el montante me deje epatada y me

convierta en una gilipollas con pedigrí. ¿Qué necesidad tengo yo, pues, de escarbar bajo tierra en nombre de la ruindad?

¿Que si no siento curiosidad por desenterrar el huevo de Fabergé? ¿Por observar esa magna obra de arte? ¿Por acariciarlo con mis deditos? ¿Por recrearme con su perfección? ¿Por deslumbrarme con los destellos de las piedras preciosas que lo decoran? ¿Por descubrir cómo diseñó Fabergé ese huevo desconocido para los historiadores de arte? ¿Por devolver a la luz una joya que engrosaría el catálogo de piezas patrimonio de la humanidad? ¿Por tocar con mis manos la historia de mi propia familia? Pues claro. Con todas mis ganas.

Pero seré capaz de controlarme. Y en los momentos en los que flaqueo, que lo haré —el figoneo es innato al ADN humano—, simplemente me pondré delante de un espejo y me diré a mí misma, en voz alta, como acostumbro cuando la inseguridad me vence:

—Violeta Velarde: si alguna vez depositas una huella de tu memoria junto a los restos de la persona que hayas amado con locura, ¿cómo te sentaría un ultraje perpetrado por alguna entrometida descendiente tuya para saciar su morbo? Pues eso. A apechugar con la coherencia. No les hagas a los otros lo que te repatearía que te hiciesen a ti. Sapiencias básicas del refranero español.

Fermín no levanta cabeza por el peso de la culpa. Los intrínquilis que propiciaron mi secuestro lo mantienen apesadumbrado. Lo cuidaré hasta que se le pase el sofoco mediante sesiones intensivas de balsamitos mimosos. Lo superará. Y yo jamás se lo tendré en cuenta. Al fin y al cabo, a mí las faltas que me inspiran más indulgencia son las que se cometen por amor. Y el suyo por Catalina Austen fue desinteresado y platónico. Las causas perdidas también me enternecen, así que... ¡bien por él!

Marc Ribó. Ay, Marc Ribó. En la próxima vida le debo un *bad romance* travieso y lujurioso. Jamás mi agradecimiento estará a la altura de su espléndida generosidad. Las deudas de gratitud son de las más complejas a las que han de enfrentarse las gentes de bien. Periodista de raza y legítimo descubridor de una de las exclusivas de la década: un huevo de Fabergé duerme bajo tierra, a orillas del Neva, en el jardín de una casita azul tiffany — como él la describe con retintín emulando una voz femenina cuando lo hace—. Notición de Pulitzer. Y aunque subyace un acuerdo previo entre nosotros, «si

descubro algo que huela a tema de portada me apropio la exclusiva», me dijo, en su decisión final se ha impuesto la lealtad.

Mi único alegato ante un amigo que ha demostrado nobleza e hidalguía, cual Quijote contemporáneo, fue: «Marc, si este hallazgo sale a la luz, Selim jamás descansará en paz ni la voluntad de Selma será respetada. Y, al fin y al cabo, se trata de mis tatarabuelos. Su residencia sobre el Neva se convertirá en un enjambre de fisgones, y de medios de comunicación rosas, amarillistas y multicolores».

El astuto plumilla ha renunciado a publicar semejante exclusiva a cambio de una importante —y merecida— compensación económica y de la cesión íntegra de unos derechos de autor. Ribó escribirá un libro basado en esta estirpe femenina de la que yo formo parte. Selma, Neva, la inmensa Catalina Austen y Charlotte, mi madre, se van a convertir en heroínas literarias. Realidad novelada, romances épicos, trasfondo histórico y bravas protagonistas. Espero que Ribó ponga el punto y final justo ahí. Porque la siguiente en la línea genealógica de esa portentosa saga de mujeres soy yo. Carezco de las innumerables cualidades y méritos que atesoran mis antepasadas, sin duda, pero soy la única descendiente viva de aquellas legendarias damas...

—Recuérdame, Vincent, que siempre, siempre, estaré en deuda con Marc. ¿Por qué habrá dejado de lado su esencia de periodista estepario? Pensé que no sería capaz de renunciar a esa exclusiva ni por una montaña de billetes morados. Y aun con un gran pesar por mi parte, en el fondo yo lo hubiese comprendido...

—¿Y tú me lo preguntas, lady Austen III? —Él me observa con una expresión de pillo que me deja perpleja. Casi tanto como las cinco palabras que pronuncia a continuación—. ¡¡¡Porque está enamorado de ti!!! A veces tu ingenuidad es más grande que tu atractivo, Violeta Velarde.

Los Moliere. Padre e hijo. Hijo y padre. Vaya par de tunantes. Grandiosos proyectos que se les ocurren y te los cuentan, como si tal cosa, cuando ya los han puesto en marcha.

—Hemos adquirido la propiedad de la que fue residencia de Selma. El precio ofrecido a los Cagliari resultaba irrechazable. Fue una negociación fácil. Duró exactamente los treinta segundos que el matrimonio italiano tardó

en abrir un sobre que contenía un cheque. Y un contrato de compra-venta ya redactado.

Van a convertir la casita azul en un museo que llevará el nombre de Catalina Austen. Se expondrán colecciones temporales bajo la supervisión y el mecenazgo de Moliere junior. ¿Su objetivo? Dar visibilidad a las obras de artistas emergentes. Y la colección permanente, a cargo de Dominique, estará constituida por obras de grandes artistas rusos de principios del siglo XX, algunos de los cuales se vieron obligados a exiliarse durante el aciago periodo que sucedió a la revolución bolchevique. Expatriados como Selma y Neva.

Textos y primeras ediciones de Máximo Gorki, Iván Bunin, Remisov, Ossarguine, Mark Aldanov, pinturas de la revalorizada Aleksandra Exter, Ivan Pokhitonov, obras del inmenso Kandinski, Lázar Lissitzky, Kustódiev, Aleksánder Archipenko... Y esmaltados, esculturas, cajas de laca, piezas únicas y hasta colecciones de muñecas rusas de aquella época también serán exhibidos en las estancias del memorial Austen. Todo un homenaje al amor que siente por Kate: dando cobijo al arte bajo las letras de su nombre. ¡Pero cuánta admiración despertó mi abuela! La envidio sanamente tanto como la admiro.

Este par de bribones apellidados Moliere han tenido la deferencia de ofrecerme la dirección del museo. De momento he rechazado la propuesta. En el futuro ya veremos. Me esforzaré por estar a la altura de una responsabilidad de tal envergadura. Y de la genealogía femenina que me precede.

Todavía no me encuentro capacitada para tomar las riendas de una pinacoteca que despertará la curiosidad internacional. Pero me apasiona el proyecto y estoy entusiasmada: padre e hijo contarán con todo mi apoyo. Y el tener la oportunidad de visitar ese palacete dieciochesco cuando me plazca, el lugar por el que correteó mi bisabuela siendo una niña, me ilusiona de veras.

El proyecto tardará varios meses en estar listo. Calculamos que se inaugurará dentro de un año. Promete convertirse en un acontecimiento artístico de relevancia mundial. Y vamos a trasladar los restos de Selma y de Neva desde Londres hasta el jardín del futuro museo, para que descansen junto a los de Selim. Construiremos un monolito en su honor. Mis tres antepasados podrán conquistar la eternidad bajo la tierra del que fue su hogar. Un final merecido para una existencia —y un amor— de leyenda.

¿Y yo qué hago con este hombre que me hace suspirar? ¿Hiperventilar ante su pecaminosa anatomía y sonreír como una boba? ¿Amarlo y respetarlo hasta que la muerte nos separe? Ainssssss, por fin disfruto de este sexy varón en plenitud, redimida ya de prejuicios, de angustias y de secretos del pasado. Estoy colada por él. Me ha costado reconocer este fragor amoroso letal, pero estoy rendida a sus encantos, cuerpazo, habilidades y hasta a sus defectos. Ya no puedo fijarme en su boca si no es con un beso mío. Y pretendo abandonarme al hedonismo y a todo lo que me proponga semejante milagro masculino. En su compañía me sumerjo en una armonía sobrecogedora: nada malo puede pasarme si él está junto a mí. El amor protege. El amor completa. El amor cobija. El amor inspira. El amor libera.

Cuando me miro en el espejo lo que me devuelve es su reflejo. Vincent no es que haya robado mi corazón, es que me lo trajo de vuelta. Su ausencia es tormento. Su ánimo me ilumina, su ímpetu me eleva y su cuerpo me abrasa. Recibir enredados cada nuevo amanecer remueve mi sensibilidad. Me gusta la mujer en la que me estoy convirtiendo junto a él. Si alguien desnuda tu alma sin proponérselo, si destapa la vulnerabilidad de tus sentimientos puros, es que ha ganado la batalla del querer: ahora y para siempre. Hay que capturar lo que te hace sonreír, dejarte llevar y viajar a su lado. La felicidad es esquiva y efímera: si te ronda, hazla tuya.

Esta gran aventura me ha regalado el amor, está dibujando un prodigioso destino, me ha desvelado mi origen, me ha enseñado unas cuantas lecciones vitales y hasta me otorgó una nueva identidad: mi verdadero nombre es Violeta Stuart Austen. Aunque no pasaré por el registro civil para modificar el DNI; al menos mientras Fermín viva.

—Deja de mortificarte por no haber embrujado a un sultán al compás de la mecedura picarona de tus caderas, embaucado con tu donaire a la última zarina rusa o burlado la seguridad de uno de los servicios de inteligencia más implacables de la vieja guardia: la KGB. Comprendo que no es lo mismo, pero... Violeta, mi lady Austen III, ha sido capaz de enloquecer a este entregado parisino. —Cuando Vincent me mordisquea el cuello, pierdo los papeles y hasta el *sentío*. Y el muy canalla se aprovecha de mi debilidad para manejarme a su antojo camino de la cama.

—Además —prosigue mi amor sin dejar de hincar sus dientes entre mis huesudos hombros desnudos—, nunca es tarde para que te subas a un tren que provoca febriles estallidos de adrenalina.

—¿De qué tren me estás hablando, m<sup>í</sup>ster Moliere?

—De uno adictivo, arriesgado e irrechazable. Mi dulce Violeta sería una digna heredera de su ilustre abuela y una perspicaz compañera de viaje en la lucha contra el tráfico de arte... junto a... junto a... junto a su futuro marido.

¿Vincent me está proponiendo que sea la sustituta de mi abuela como colaboradora de los organismos internacionales que combaten a las mafias del arte? Un momento... ¡¡¡Ay!!! ¡¡¡Ayyyyy, madre!!! ¿¿¿Futuro marido??? ¿¿¿Ha dicho futuro marido???

—Mmmmmm, eso habrá que negociarlo, jodido bombonazo.

Mientras sus zalamerías endulzan mis sentidos, me recreo en la expresión de sus ojos. Todavía soy incapaz de descifrar su enigmática mirada, pero como recitó Joe Brown bajo la dirección del maestro Wilder, nadie es perfecto. Ni siquiera Vincent Moliere.

## Agradecimientos

**G**racias de corazón a todos mis lectores, a las personas que me quieren y a los que confían en mí.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Carmela Díaz Fernández, 2017

© La Esfera de los Libros, S.L., 2017

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (mobi): mayo de 2017

ISBN: 978-84-9164-036-3 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.